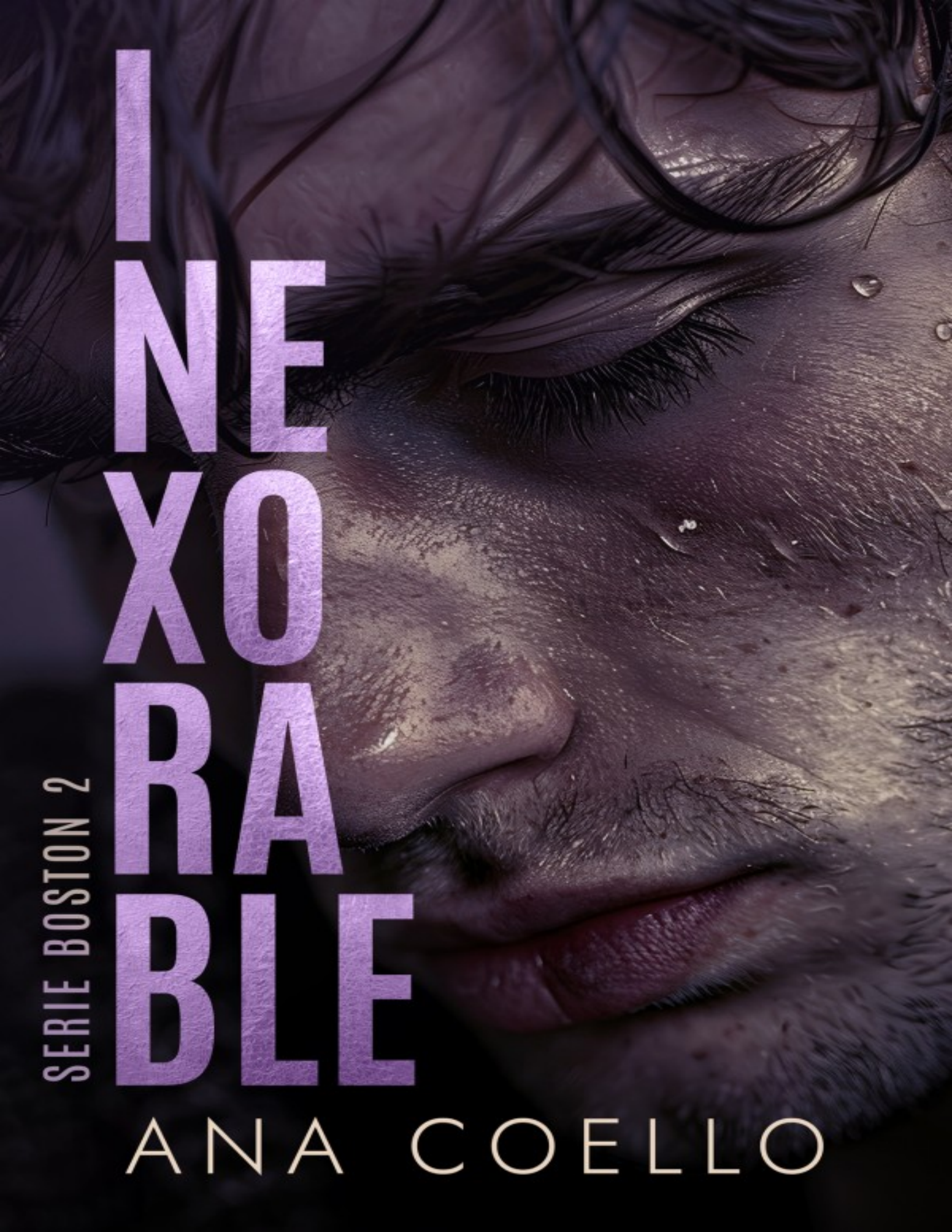
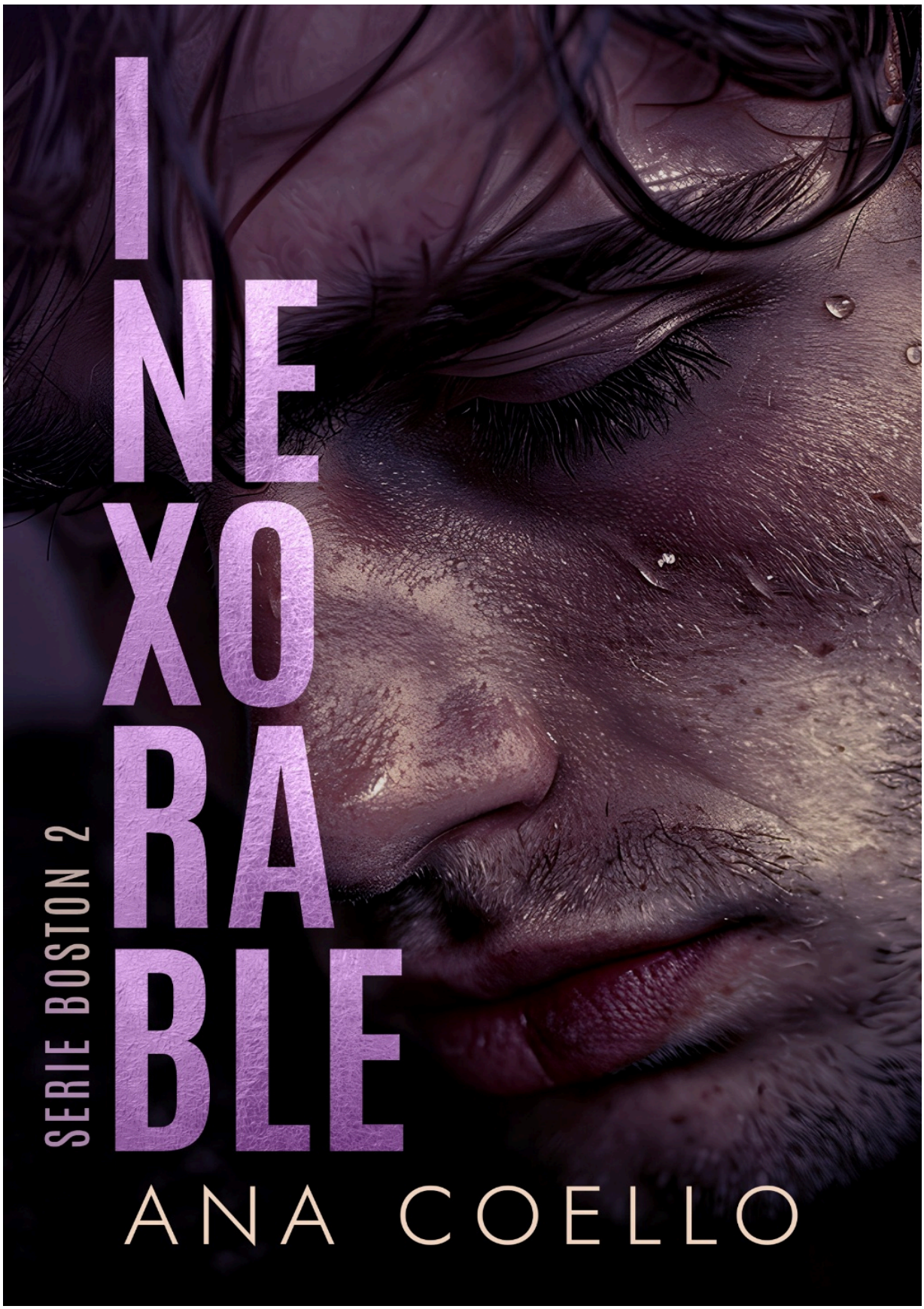

INEXORABLE
SERIE BOSTON 2
ANA COELLO


INEXORABLE
SERIE BOSTON 2
ANA COELLO

INEXORABLE

SERIE BOSTON 2

ANA COELLO

BOSTON serie

Primera edición: enero 2026
Serie Boston, por Ana Coello

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes nacionales e internacionales de propiedad intelectual, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía, el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público. No está permitida la comunicación pública, la transformación ni la distribución de este libro a través de redes sociales, plataformas de descarga gratuita, foros de mensajería o cualquier otro soporte digital sin el permiso previo y por escrito del autor.

Distribución exclusiva digital por Amazon, Inc.
Sello editorial: Publicación indepediente
Diseño de portada: © Kramer
Imagen: ©AdobePhotoStock
Ilustración de Mazo

CONTENIDO

1. El crujir de la grava
2. El bunker de cristal
3. La grieta en la armadura
4. El eco de la detonación
5. Disonancias y acordes
6. El peso del legado
7. El despertar de los sentidos.
8. Centro de atención
9. El despertar de la piel
10. Fuego y deflagración
11. No soy libre
12. Incendio inconmensurable
13. No subió jamás
14. Es solo un grito
15. Cayendo en la realidad
16. No significa nada
17. Admirar su fuego
18. Ni pies ni cabeza
19. No me generas nada
20. Mis manos tiemblan
21. Mentiras atroces
22. Bruma en mi interior
23. Lo que ruge dentro
24. Heridas provocadas
25. No puedo evitarlo

26. Tienes todas mis verdades
27. Expuesto, vulnerable, agredido
28. Adicto a Alexandre Danworth
Epílogo:
CARTA

1. EL CRUJIR DE LA GRAVA

BASTIAN

PRESENTE

Conduzco con la mente nublada por calles que, a mi pesar, me resultan dolorosamente familiares. Me dirijo al funeral de mi padre.

A lo largo de estos años, nuestro contacto fue preciso: si él visitaba Boston y yo lograba abrir un hueco en mi agenda, cenábamos en algún lugar neutral.

Era un buen hombre, reservado como lo somos todos en esta familia. Siempre hubo algo en su presencia que lograba apaciguarme, no obstante, sospecho que escondía demasiadas cosas tras su silencio. Quizá demasiadas.

Suspiro apretando el volante de cuero. Aunque vengo a despedirlo, la verdad amarga es que hubiese preferido no regresar jamás al lugar donde crecí.

Desacelero el Audi al cruzar el *causeway* hacia *The Neck.* A mi izquierda, el puerto de *Marblehead* descansa salpicado de yates; a mi derecha, el Atlántico golpea las rocas con una furia rítmica.

Este lugar es un búnker de privilegios, un museo viviente de apellidos que pesan más que las cuentas bancarias. Es el territorio que moldeó mi carácter y que hoy, con cada metro que avanzo, vuelve a asfixiarme.

Al girar a la derecha, el camino de grava me recibe con su eco característico. Mi saliva se espesa; el sonido de los neumáticos deslizándose sobre las piedrecillas dispara una respuesta visceral en mi sistema. Aquella sensación dormida despierta con una intensidad que no puedo contener. Siempre fue más fuerte que yo.

Hace cinco años que no ponía un pie en esta casa. No entraba en mis planes hacerlo, pero la muerte no acepta negociaciones y yo no estuve a su lado en el final. La culpa es una

herida mal cerrada que intenta supurar en mi pecho y que en este momento se abre espacio a dentelladas.

El fallo cardiaco nos tomó por sorpresa, aunque si soy sincero, algo se había extinguido en él hacía tiempo. Nunca busqué indagar. No teníamos ese tipo de relación. De los tres hermanos, yo soy el que se volcó en los negocios familiares, lejos de la abogacía que él tanto amaba. Nuestra convivencia en los últimos años fue escasa; casi nula.

Apago el reproductor de música. El silencio es denso.

Dicen que el tiempo lo cura todo. Para mí, eso es una mentira aberrante inventada por los que necesitan avanzar a toda costa. Yo lo hice, pero no por sanación, sino por supervivencia. En aquel momento no tuve otra opción que aceptar el exilio que mi madre impuso. Es eso por lo que no soporto tenerla cerca, ni pisar este suelo. La repelo con una furia silenciosa que ella conoce bien; por eso no se atreve a intervenir en mis decisiones.

En aquel entonces, como ahora, yo no era ningún ingenuo. No esperaba que aceptara mi naturaleza, ni siquiera que se esforzara por comprenderla. Pero lo que hizo fue más bajo de lo que mi peor pesadilla pudo maquinar.

Martha Andrews, la gran dama de sociedad, adicta a las reglas y al control, no pudo tolerar lo que descubrió. Me lo hizo saber con una contundencia que me dejó sin salida. Me marché porque era «lo correcto». Dejé atrás lo que más me importaba e intenté construir una vida lejos del significado de *él* en la mía.

Sacudo la cabeza y bajo del coche. *Basta de lamentaciones*, me exijo.

Hay autos de lujo por doquier y personal de servicio moviéndose con eficiencia fúnebre. Respiro hondo. Esto es exactamente lo que imaginé: la alta sociedad de Nueva Inglaterra reunida para cumplir con el protocolo de las condolencias. Gente que me genera un rechazo absoluto. Gente que me importa una real mierda.

Paso una mano por mis rizos oscuros, esos que no me molesté en peinar. No estoy en mi mejor momento. Ayer no tuve el valor de venir; hundido por el duelo, terminé el día con una botella

de *whisky* vacía y una fotografía entre las manos. Éramos mi padre y yo, muchos años atrás.

Siento el peso de la culpa por la distancia, aunque esa distancia fuera, en términos literales, una sentencia de exilio.

Acomodo el nudo de mi corbata negra y subo los escalones de piedra. Clark, el mayordomo, me recibe con una inclinación de cabeza.

—Mi más sentido pésame, joven Bastian —murmura. Hay sinceridad en su voz.

Los años han hecho mella en él, pero sigue luciendo impecable. Le doy una palmada en el hombro, un gesto inusual en mí.

—Gracias, Clark. Sé que para ti tampoco es fácil —digo con una sombra de sonrisa que no llega a mis ojos. Él asiente, visiblemente conmovido.

El interior de la casa está abigarrado de gente. Me da igual. No conecto con nada de lo que me rodea; es un hábito que me ha acompañado siempre, salvo por una única excepción...

Sacudo la cabeza para espantar el pensamiento.

Los pésames cargados de cortesía fingida me asaltan antes de que pueda llegar a mis hermanos. Respondo con los modales que bien aprendí, estrechando manos como un autómata, sintiéndome un tirano por dentro.

Distingo a Leonel, mi hermano mayor. Me acerco y sonríe a medias, tomándome por la nuca para atraerme hacia él. Leonel es serio, un tiburón de la abogacía que dirige la Firma con mano de hierro. Sin embargo, algunos dicen que yo soy peor, más implacable. Podría ser cierto y no puede importarme menos. Aun así, hoy luce genuinamente afectado.

—¿Estás bien? —susurra.

Nos vemos en Boston de vez en cuando; ellos llevan la parte jurídica de mi empresa. Me encojo de hombros, manteniendo la máscara inexpresiva.

—¿Y tú? —devuelvo.

Él suelta el aire, analizando el salón.

—No. Aún no lo asimilo.

—Lo sé —secundo clavando la mirada en un punto fijo.

No sé si Leonel está al tanto de lo que ocurrió en aquel último verano en esta casa. Me da igual. He alcanzado un grado de indiferencia que, a veces, me asusta a mí mismo.

—Últimamente lucía más ausente de lo normal —murmura buscando mis ojos.

Aprieto la quijada. El dolor de lo no dicho empieza a quemar.

—¿Dónde está Austin? —pregunto para cambiar de tema.

El menor de nosotros se graduó en Harvard hace poco. Es el «hijo perfecto», el que sigue el guion al pie de la letra, aunque siempre lo percibo a punto de estallar bajo la tensión.

—Ni idea, me rehúye un poco —responde mientras una nueva oleada de invitados se acerca.

—Bastian. Lograste llegar.

La voz de mi madre a mis espaldas hace que se me erice la piel. Desde que me cedió el control de la compañía, nuestra comunicación ha sido un desierto de balances mensuales y correos estrictamente laborales. No le debo nada. No quiero nada de ella.

Me giro con lentitud. Su mirada es analítica.

—Mi más sentido pésame, madre —ofrezco inalterable. Sé que mi frialdad la perturba, pero es su problema, no tengo intenciones de darle ni un miligramo de mi calidez.

He continuado con mi vida, sí, pero nada volvió a ser igual. Lo que sentí por él me marcó mucho antes de que tuviera el valor de ponerlo en palabras. Es imposible olvidar. Cada risa, cada mirada, cada reacción única que lograba arrancarle... Jamás he vuelto a sentir nada semejante. Tampoco lo he buscado.

—Gracias, Bastian —responde ella igualando mi tono gélido —. La lectura del testamento será mañana aquí. Wright nos informó que debemos estar reunidos temprano. Así lo estipuló Abraham.

—Bien —respondo con indiferencia.

Sonríe sin rastro de alegría. Noto lo mucho que ha envejecido. Ella y mi padre tenían una relación de fachada, una amistad lejana de habitaciones separadas. Ella fue la arquitecta de nuestra educación y la barrera infranqueable entre mi padre y

nosotros. Nunca fue fácil complacerla, y mi padre jamás intervino para defendernos de su control.

Me pierdo de nuevo en la marea de saludos. En cuanto puedo, me escapo hacia la barra de café para buscar un respiro. Mi mirada vaga por el salón hasta que ubico a Austin junto a Any, su eterna pareja. Pero hay alguien más con ellos.

Mi pecho se hunde con la violencia de un golpe seco.

Ese cabello castaño es inconfundible, aunque ahora lo lleve más corto. Ese perfil anguloso, esos ojos claros... esos malditos labios.

Cinco años, y mi cuerpo sigue reaccionando a su presencia con una potencia devastadora.

Está hablando con mi hermano. Sé que Austin y él se frecuentan. Sé que ha triunfado, que Berklee fue solo el inicio, que su música empieza a sonar en todas partes. He intentado mantenerme al margen de sus éxitos, pero es imposible cuando el mundo entero parece querer escucharlo.

Aprieto el puño y me muevo entre la multitud, buscando refugio. Entro en el estudio de mi padre. El silencio aquí es un bálsamo. Merodeo entre sus cosas, sintiendo el nudo en la garganta cerrarse con fuerza. Paso un dedo por el escritorio. Hay fotos. Una familiar, otra de Austin... y una de Alexandre.

Es reciente. Están los tres en un bote de pesca, sonriendo. La ley de la atracción me traiciona y mi mirada se clava en su boca, en esa expresión amable, casi ingenua, que siempre lo ha definido.

Resoplo furioso conmigo mismo. Ha pasado demasiado tiempo. Nada de esto tiene sentido. Me acerco a la ventana y la abro de par en par, buscando aire. Aspiro el olor del jardín, aferrándome al marco de madera hasta que mis nudillos blanquean.

El sonido de la puerta abriéndose rompe mi precario equilibrio. Me giro listo para ladrarle a quien sea que me interrumpa, pero el aire se me escapa de los pulmones.

Él cierra la puerta despacio. Se da la vuelta al tiempo que encaja las manos en los bolsillos de sus vaqueros oscuros y sus ojos claros chocan con los míos.

No se mueve. Yo tampoco. Lo estudio con una voracidad que intento ocultar: su piel clara, su rostro jodidamente varonil, su porte atlético. Posee aún ese aire de gentileza indómita que me doblegó años atrás. Aquello que me tuvo, literalmente, a sus pies.

Mis manos cosquillean. No, nunca lo superé. Por mucho que me mentí a mí mismo en Boston, nunca lo hice.

—Pensé que llegarías ayer —dice él. Su voz es seria.

Es la primera vez que nos hablamos desde aquella mañana fatídica. Mi cuerpo traidor vibra al escucharlo; su timbre no ha cambiado, ni el efecto eléctrico que tiene sobre mis nervios. Me tenso y mi respiración se vuelve errática. Me enfurece que siga teniendo este poder sobre mí.

—No pude —respondo seco, con la piel erizada bajo el traje.

No entiendo por qué se queda. Preferiría que huyera, que me odiara lo suficiente como para no soportar mi presencia. Pero ese no sería Alexandre.

—Lamento tu pérdida —dice con una formalidad que me quema.

Asiento luchando por mantener la máscara de frialdad.

—Sé que para ti también es difícil —replico con brusquedad —. Él te quería.

—Y yo a él —añade con una serenidad que me hiere. Parece no afectarle mi cercanía, y eso me provoca una rabia irracional.

—Quiero estar solo —sentencio, dándole la espalda.

Cuando me marché hace cinco años, lo hice trizas. Soy plenamente consciente del daño que le infligí, pero en aquel entonces no podía permitirme el lujo del arrepentimiento; era necesario. Alexandre merecía una vida limpia, lejos de las sombras y el veneno de mi familia.

Ahora… ahora la amenaza de mi madre sigue ahí, latente y letal, y él se ha convertido en una figura pública. En este mundo de apariencias, el escándalo no solo lo mancharía; lo destruiría por completo. Y no voy a permitir que mi pasado sea el arma que lo ejecute. Ya no tiene sentido.

Me obligo a girarme de nuevo solo para verlo abrir la puerta y alejarse. Una vez más, lo veo irse.

Carajo.

2. EL BUNKER DE CRISTAL

BASTIAN

El resto del día transcurre entre una marea de condolencias vacías. Personas que entran y salen de casa como figurantes en una obra de teatro. Permanezco al lado de mi madre, Austin y Leonel, soportando el protocolo como dicta la norma Andrews. Alexandre no vuelve a aparecer, pero su ausencia grita en cada rincón. Sé que sigue aquí; lo siento en el aire.

Leonel me informa que mi padre requirió la presencia de todos. Lo «correcto», dice, es que pasemos la noche bajo este techo como si fuésemos una familia. Una ficción que nunca fue realidad.

Ya entrada la noche, la casa se cierra y el silencio nos permite subir a descansar. Por la mañana será el entierro. El desayuno a las ocho; a media tarde, la lectura del testamento. Después, se acabó. Todo lo que fuimos tendrá un maldito punto final y no sé si me aterra o si es la mayor bendición que he recibido.

Me tumbo en la que solía ser mi cama después de una ducha rápida. Mientras me ponía los pantalones de algodón, noté que no han tocado nada. Mi habitación es una cápsula del tiempo; está exactamente como la dejé.

Lanzo un balón de baloncesto contra el techo, uno que encontré aquí, un tanto desinflado. El golpe rítmico me ayuda a procesar el caos. Me incorporo, despeinándome con los dedos, y camino hacia uno de los libreros. Repaso los objetos, recuerdos de una vida que abandoné junto a todo lo que me importaba. Me detengo en una fotografía: mi padre y yo el día que terminé la escuela secundaria. Aprieto la quijada y mi mirada viaja, casi por instinto, hacia aquel libro que nunca le devolví.

Seis años acumulados en el lomo de ese ejemplar. Paso la mano por la cubierta, lo abro y hojeo las páginas, evocando la mezcla de terror y atracción voraz de aquella tarde.

El sonido de una puerta rompe mi espiral de autocompasión. Me acerco a la puerta, dudo un segundo, y abro. Lo veo a un par de metros: descalzo, con pantalones de dormir y una camiseta de algodón.

Aprieto los dientes.

De adolescente se escabullía para tocar o perderse en sus composiciones, pero estoy seguro de que en esta casa ya no queda ni una de sus pertenecías, menos aquel lugar que era su santuario.

Él vive en Boston; aunque nunca nos hemos topado, siempre soy consciente de lo cerca que lo tengo.

Sus pasos son ligeros, casi etéreos, mientras baja las escaleras acariciando el barandal. La oscuridad lo oculta de los demás, pero yo no puedo apartar la mirada. Nunca he podido.

Regreso a mi cuarto, cierro y me recargo contra la madera. La frustración es mi sombra constante, aunque he aprendido a vapulearla a base de ejercicio, de expandir la cadena de supermercados, de estudio y de sexo feroz.

Mis días tienen un orden que no negocio; por eso sobrevivo. Él ya no entra en ese esquema. Mi vida está planificada al milímetro para darme el control, pero en esta casa, el control es una ilusión que se deshace entre mis dedos. Alexandre me tiene en el límite.

Reviso notificaciones y respondo correos laborales, buscando refugio en la rutina. Dejo el móvil en la cama, pero a los cinco segundos lo vuelvo a tomar. Soy un masoquista. Busco su *Instagram*. Lo hago poco, pero hoy es inevitable.

Repaso sus fotos. En persona es... infinitamente más. Lex Danworth es hoy una marca, alguien que se labró su propio camino con una resiliencia que admiro en secreto. En su vida, yo no soy más que un amargo recuerdo.

La alarma me devuelve a la realidad. Me anudo la corbata, peino mi cabello hacia atrás y salgo al corredor. Encuentro a Austin; me sonríe con una nostalgia que no puedo compartir. Asiento y bajamos.

—¿Qué tal el apartamento? —pregunto. Mi madre, fiel a su estilo, le eligió un lugar cerca de la Firma. Nada queda al azar con ella; ni siquiera el color de las sábanas de sus hijos.

Llegamos al comedor. Leonel ya está al teléfono. Mi madre baja poco después: vestido negro, maquillaje impecable, expresión inescrutable. Los tres la saludamos como súbditos. Nos sentamos y, de repente, escucho esos pasos que tengo grabados en el sistema.

—Buenos días —dice él.

Se me eriza la piel. Su ligereza es un insulto para la densidad putrefacta de este lugar.

—Buenos días, Alexandre —saluda mi madre con una frialdad que podría cortar el cristal. No lo quiere aquí, pero la última voluntad de mi padre es sagrada.

Él rodea la mesa. Me permito observarlo mientras se sienta; no busca mis ojos. Viste vaqueros oscuros, camiseta a juego y el cabello aún húmedo de la ducha.

Joder.

Aprieto la servilleta de lino contra mi pierna. No puede verse más hombre, más atractivo. Mi cuerpo reacciona de una forma que no puedo someter. Su rebeldía siempre fue mi adicción; ahora me enfurece en la misma proporción.

Alexandre tiene modales impecables, pero su frescura es un soplo de aire limpio en este ambiente rancio. Siempre fue así, desde que llegó a los quince años tras la muerte de sus padres.

—El entierro es a las diez —sentencia mi madre—. Nada de redes sociales hasta que termine todo, Alexandre. Sabes lo que opino de eso.

—Siempre respeté esta casa —responde él. Sus ojos claros chispean, desafiantes.

¿Por qué no puedes simplemente callarte?, gruño internamente. Pero me pierdo en su rostro, en su piel pálida y sus labios carnosos. Es un contraste fascinante.

—Eso es cuestionable —replica ella, tensa—. Solo pido respeto a la memoria de Abraham. El hombre que se ocupó de ti.

—No hace falta que lo repitas. Haré lo que deba —concede Alexandre, arqueando una ceja. Luce más decidido, más seguro de sí mismo. Mis pantalones empiezan a apretar de forma insoportable.

—Solo cuida lo que compartes, por respeto —pide mi madre, en un tono que me deja perplejo. Ha cedido.

Alexandre asiente y vuelve a su fruta. Lo estudio, ocultando mi aturdimiento. En un momento, nuestros ojos se interceptan y bajo la mirada, acobardado por la intensidad del contacto.

La camioneta nos lleva al *Waterside Cemetery.* Alexandre va atrás, con sus auriculares puestos. Se ve tan joven, tan vibrante, que me hace sentir como un anciano de cuarenta años a su lado, aunque solo nos llevemos cuatro. Me ignora, y yo aprovecho para observarlo por el retrovisor.

Leonel comanda el sepelio. Yo me mantengo al margen, recordando que, aunque me importe una mierda lo que diga mi madre, aquel video sigue en su poder. No soy impulsivo. Entender la realidad es lo más sensato.

Cuando la ceremonia termina, busco a Alexandre por puro instinto. Unas chicas se acercan para pedirle fotos. Un tipo rubio aparece para apartarlas, explicando la situación con demasiada confianza. Entiendo que es su equipo. Pero cuando el rubio le sonríe y le sujeta el antebrazo con familiaridad, algo primitivo y feroz despierta en mi interior.

Aprieto los puños. Siento una rabia que no reconozco. Ese imbécil planea llevárselo.

Carajo.

Sí, no soy impulsivo, pero mi cuerpo ha decidido olvidar las reglas. Camino hacia ellos. Alexandre está por subir a una todoterreno último modelo.

—Alexandre —lo llamo. Se detiene, pero no se gira—. Mi padre pidió que estuviéramos todos en casa —le recuerdo con la voz cargada de veneno. El rubio me mira intrigado—. La camioneta nos espera.

Él se vuelve despacio. Su masculinidad me golpea de frente. *Dre es mi alma y no tiene la menor idea*, pienso con desesperación.

—Iré más tarde —responde desafiante. Me enfurece su tono y mucho más que se vaya con ese idiota del que no sé nada.

—¿Te importa algo de esta familia? —lo cuestiono dando un paso colérico hacia él.

—Lex, no te preocupes, nos vemos después —interviene el tipo.

—No —determina Alexandre.

Sus ojos me queman con rabia, pero yo solo tengo ganas de beber de su boca. Mierda. Esto no se supone que fuera así.

—Por una vez... —comienzo. Él sabe a qué me refiero.

—Me importa, pero tengo cosas que hacer —dice, girándose. Mi garganta se cierra. Rompo la distancia y lo sujeto del brazo. Él se zafa como si mi tacto le quemara.

—¡Por una puta vez actúa como se espera! Deja de imponer tus formas. Esto es por respeto a mi padre, no se trata de ti —gruño. Veo cómo su expresión se descompone.

—Lex, en serio —insiste el rubio, notando que estamos a punto de estallar—. Lo revisamos mañana.

—Te busco luego —concede Alexandre al fin y entra segundos después a la camioneta oficial hecho una furia. Clavo mi mirada en el rubio. Le sostengo el desafío hasta que entiendo lo que quiere de él. Imbécil.

Ya en la camioneta, Alexandre mira por la ventana, moviendo la rodilla con ansiedad. Está furioso, pero yo he logrado lo que quería. Sin embargo, la realidad me cae encima como una losa: Alexandre es una figura pública, un hombre deseado. Es lógico que haya tenido a otros.

La rabia ciega se apodera de mi sangre. Imaginarlo con alguien más me produce ganas de destrozar el planeta. No seré hipócrita; yo no he sido célibe, pero mi vida sexual ha sido un intento infructuoso de borrarlo a él de mi piel. Nada ha funcionado.

Llegamos a la casa. Él baja y me golpea el hombro al pasar.

Subo las escaleras de dos en dos. Debo revisar contratos, distraerme con la compra de la franquicia en California. Pero mi corazón galopa y mi entrepierna duele.

Me detengo. Niego furioso. El instinto que enterré hace cinco años ha vuelto a la vida. Avanzo decidido hacia la habitación que encierra mis mejores y peores recuerdos.

Abro sin tocar, mandando al infierno la consciencia. Aseguro la puerta tras de mí. La música se desliza desde una bocina: es una de sus composiciones. Reconozco el violín y el piano mezclados con esa maestría única que solo él posee.

Estoy transpirando. La ropa que llevaba hace un rato está sobre la cama. Tomo su camiseta, la llevo a la cara y aspiro con fuerza. Cierro los ojos y me endurezco al instante. El deseo es un dolor físico. Está en el baño; escucho el agua correr.

Joder.

Me quito la corbata, el saco, y me desnudo con una prisa desesperada. No tengo idea de qué estoy haciendo, pero cuando se trata de él, la razón se queda en pausa. Alexandre es, desde hace diez años, mi única puta debilidad.

3. LA GRIETA EN LA ARMADURA

BASTIAN

Empujo la puerta. El vapor de la ducha se aglutina en el techo, creando una atmósfera densa que empaña mis sentidos. Distingo su silueta a través del cristal. Mi cuerpo reacciona con una inmediatez que me avergüenza; reconozco el arco de su trasero, sus muslos tensos, el abdomen plano y esos brazos que, incluso en la penumbra del vapor, irradian una vitalidad que yo no poseo. Camino hacia él, presa de la neblina que me envuelve y de un deseo voraz que ha estado hibernando demasiado tiempo.

Cinco años. Cinco putos años y sigue pareciéndome el hombre más deseable sobre la faz de la Tierra.

Entro despacio. Él voltea en ese preciso instante, con los ojos abiertos de par en par, conmocionado. Nos medimos en una batalla silenciosa. Su cuerpo es una obra digna de admirar y lo tengo frente a mí, empapado, pero solo consigo anclar mis ojos en su rostro goteante. Me pierdo en sus labios carnosos, sonrosados, y el raciocinio me abandona. Lo tomo por el cuello y lo atraigo hacia mi boca de una maldita vez.

Al principio no responde, paralizado por el *shock*. Cuando reacciona, me sujeta de los brazos buscando apartarme con una fuerza inútil; soy más grande que él y el hambre me somete de una forma que nunca había experimentado. Siento que se me escapará la vida si no bebo de su boca en este segundo.

Enredo mis manos en su cadera, pegándolo a mi piel desnuda. Él exhala un jadeo de asombro y, finalmente, deja de luchar. Sus manos se entierran en mi nuca con firmeza y nos besamos con ferocidad, con una violencia que roza la desesperación. Su aliento se funde con el mío; sus dedos me aferran la mandíbula mientras nuestros dientes chocan con brutalidad.

No pienso. Solo siento que él, maldita sea, sigue siendo mío.

Abandono su boca, ávido de más, y recorro su cuello, su lóbulo, el pulso que galopa bajo su piel. Lo mordisqueo sujetando su barbilla para asegurar mi acceso, tal como deseo. Jadeo de forma ronca; estoy tan duro que duele, reconociendo una excitación que no ha aflorado en cinco años.

Mi mano libre repasa su tórax hasta que su espalda choca contra los mosaicos fríos. Nuestras bocas vuelven a encontrarse con salvajismo y tomo todo lo que puedo de él, frotándome contra su cuerpo con urgencia.

Gemimos en medio de los roces y los mordiscos erráticos. Bajo la mano hasta el centro de su anatomía y aferro su erección. Se retuerce sujetándome por los bíceps. Su mirada está nublada por la lujuria y cada una de sus reacciones me hace sentir poderoso: el puto amo del mundo.

Muevo mi mano con maestría mientras atrapo su labio inferior entre mis dientes. Alexandre sacude la cabeza, sobrepasado por la sensación.

—Bastian… No —logra articular.

Ese ruego me incendia. Soñé demasiado tiempo con tenerlo así, escuchando mi nombre en sus labios mientras intenta negarse porque lo que siente lo aterra. Quería verlo desbordado, tal como ocurría cuando era mío.

—Y una mierda que no —le respondo con firmeza.

Cuando su mano me envuelve, el universo deja de tener sentido. Pego mi frente a la suya mientras nos castigamos de esa manera: tocándonos, reconociéndonos.

Lo giro con un movimiento brusco. Sus palmas quedan apoyadas contra la pared; respira rápido, pegando la frente al mosaico. Repaso su cuerpo clavándole las yemas de los dedos, llevándolo al límite.

Amaso su trasero sin tiento. Él cierra los puños con fuerza. Mordisqueo su espalda sin importarme dejar marcas que le recuerden quién estuvo aquí. Se retuerce. Mis dedos encuentran el punto exacto donde deseo enterrarme. El vapor, el agua y la laxitud del momento obran a mi favor. Sujeto su nuca para inmovilizarlo. Respiramos como un par de locomotoras. Introduzco un dedo y, en

respuesta, él me aprieta. Succiono la curva de su cuello hasta que se relaja bajo mi tacto.

Voy y vengo, buscando ese punto que nunca me costó encontrar. Joder, anhelo poseerlo de una vez, pero jamás he sentido la necesidad de lastimarlo. A él no.

—Mierda —gruñe, moviendo los hombros con desesperación.

Busco su boca de nuevo e introduzco un segundo dedo. Se queja, estremeciéndose. Lo obligo a recibirme, abriéndolo para mí, preparándolo para lo inevitable.

Tiembla como solía hacerlo. La necesidad aumenta hasta un punto ciego abrumador. Su capacidad para reaccionar a mí sigue intacta; lo noto con asombro y lo agradezco en medio de la embriaguez que me somete.

—¿Duele? —quiero saber, tomándolo de la barbilla para profundizar el beso.

Niega con la mirada perdida. Sonrío y lo lamo. Sé que esto tendrá consecuencias, pero no me permito procesarlas. Dre se ha abandonado a mí y es más de lo que esperé obtener jamás desde aquella mañana, años atrás.

Sujeto su cadera con fuerza mientras mis dedos no le dan tregua, anulando cualquier resquicio de su razón.

Es mío. Absolutamente mío.

—Lo haré ahora, Alexandre —le aviso con contundencia.

Retiro mis dedos para acariciar su apertura con mi miembro. Se tensa. Giro su rostro para besarlo despacio mientras guío mi erección. Voy ingresando lentamente. Su respiración se corta; intenta tensarse, pero mi beso lo distrae. Nuestras lenguas juegan una danza frenética y no me detengo. Deja salir un sonido gutural que me bebo por completo. Está tan apretado, tan malditamente cálido...

Entro de lleno. Su cuerpo busca doblarse, pero lo sujeto por la quijada. Mi pecho está a punto de explotar. Estoy sumergido en el hombre que para mí siempre significó hogar, delirio y plenitud.

—Estoy muy dentro de ti —rujo contra su nuca.

Se queja de esa forma que me oprime el corazón. Empiezo a moverme despacio, ayudado por el agua. Jadea emitiendo esos

sonidos roncos que me hacían desvariar. Beso su mejilla mientras lo observo recibirme. Pierdo la proporción de la realidad.

Busco su erección con la mano y la rodeo. Todo su cuerpo vibra. Jamás he conseguido olvidarme del resto del mundo como lo hago a su lado. El ritmo se vuelve constante, el frenesí nos envuelve y convierte el deseo en algo animal.

Nuestros cuerpos chocan, los jadeos se confunden con el ruido de la lluvia artificial. La presión es inconmensurable. Cada vez más rápido, más profundo. Alexandre suelta mi boca y se convulsiona violentamente. Espero a que se vacíe por completo antes de que mi propia simiente explote en su interior con una fuerza brutal. Lo sujeto por la cadera y rujo de forma bestial, poseído por el orgasmo más primitivo de mi vida.

—Carajo —consigo decir con los pulmones ardiendo.

Él se relaja, agotado, recargándose en mí. Lo envuelvo con lo que me queda de fuerza. Su nariz descansa en mi mejilla por un segundo eterno.

—¿Por qué te empeñas en romperme? —pregunta de pronto. Sus palabras provocan un calambre en mi pecho. Se separa despacio, apoyando la frente en los mosaicos—.Vete —ruega con voz quebrada. Siento que algo se destroza dentro de mí. Otra vez.

—No —respondo. Después de esto, no puedo dejarlo ir.

Voltea irritado, con la boca enrojecida por mis besos. Es obra mía. Él sigue siendo mío y la bestia que Dre despierta en mí lo reclama con furia.

Niega con los ojos llenos de temor e incredulidad antes de salir de la ducha. Golpeo la pared con el puño y apago el agua, frustrado. Lo sigo. Ya se enrolló la toalla a la cadera; me da la espalda y su figura esbelta me marea.

Noto mis marcas sobre su piel pálida. *Es mío*, insiste esa voz interna. Ansío obligarlo a voltear, pero lo poco que queda de razón me detiene.

Abre la puerta y sale. Me seco rápido y lo observo sacar ropa de su mochila. Se viste sin mirarme, se sienta ante su laptop y se coloca los audífonos. La música deja de sonar. Se ha convertido en un muro de frialdad que me congela. Es como si nada hubiera

ocurrido y eso me cabrea sin remedio, aunque sé que no tengo derecho a reclamar nada.

Me pongo el pantalón y tomo el pomo de la puerta.

—Te quiero malditamente lejos de mí —advierte sin mirarme.

Lo observo inexpresivo. Él nota que no me he ido y al fin me encara. Entiendo la revolución que está cruzando; es la misma en la que llevo envuelto cinco años.

—Eso no fue lo que demostraste ahí dentro —le suelto, herido, y salgo de la habitación.

Soy un hijo de puta, lo sé. Pero no me arrepiento. No después de verlo con otro en el funeral, no después de sentirlo tan frío.

En mi habitación, tiro la toalla y me paso las manos por la cabeza. De pronto, la puerta se abre. Alexandre entra, decidido y alterado.

—No me largo de aquí por respeto a tu padre, pero no te acerques a mí —ordena.

Alexandre no era así. Pero ambos cambiamos. Aquel día lo lastimé tanto que es lógico que me odie y, aun así, se entregó hace unos minutos. Estoy desesperado. No pienso resignarme esta vez.

—¿Por qué? ¿Porque sabes que volverás a caer? —pregunto con cinismo.

—Eres una mierda… —sentencia, y su decepción me abre otra herida—. Si te acercas otra vez, Bastian, me largo. Me importa un carajo el testamento de Abraham.

—No te engañes, jamás le harías eso a mi padre —lo desafío.

Él sonríe con suficiencia.

Joder, cómo me gusta el cabrón.

—A diferencia de ti, yo no necesito nada de esto. Estuve a su lado; no tengo deudas con él.

—Yo creo que sí. ¿Quién cuidó de ti estos años? Le debes esto.

—No le debo nada a nadie. Ya pagué el precio por vivir aquí —determina dejándome helado.

—Si te veo cerca de otro tipo, lo reduzco a nada —advierto cuando intenta marcharse. No tolero la idea de que alguien más lo

toque.

Se gira despacio. Sus ojos desprenden toda la furia que ha guardado.

—Tú eres uno más, Bastian. Solo eso.

Sale azotando la puerta. Me hundo, aferrándome la cabeza mientras una tormenta ruge en mi interior. Entonces, escucho un golpe seco afuera. Corro a abrir.

Alexandre está en el suelo, inconsciente. Mi corazón da un vuelco. Me acerco y lo volteo con cuidado; está mortalmente pálido.

—Eh, Dre… —lo muevo aterrorizado. El pasillo se encuentra desierto. Sacudo su rostro esculpido; no reacciona. Mis manos tiemblan. El golpe fue su cabeza contra el suelo.

¡Mierda!

Lo cargo con esfuerzo —es peso muerto, pero la adrenalina me da fuerzas— y lo llevo a mi cama. Su rostro cae de lado, despojado de la rabia de hace un momento. Busco desesperado el botiquín de mi madre. Mojo una toalla con alcohol y se la acerco a la nariz.

—Anda, Lex, despierta —ruego. Sus labios están blancos—. Carajo, abre los ojos, por favor.

Sus párpados aletean. Se remueve quejándose y aparta mi mano. Gime y se lleva las manos a la cabeza, haciéndose un ovillo. Abre los ojos, desorientado, y se aferra la sien con fuerza.

—¿La cabeza? —pregunto desconcertado. Su cuerpo está rígido—. ¿Qué hago?

—Mi… mi mochila —logra decir.

Corro a su cuarto, revuelvo sus cosas hasta encontrar un frasco con su nombre. Regreso con él.

Verlo así me carcome por dentro.

—¿Cuántas?

—Una —murmura.

—Arriba, tienes que tragarla —lo ayudo a incorporarse. Tiembla y suda. No logra sostener el vaso—. Abre la boca —ordeno. Obedece. Le doy el agua y el líquido moja su barbilla. Lo recuesto con cuidado, aseguro la puerta y cierro las cortinas. Me recuesto tras él y lo rodeo con fuerza.

—No… —dice débilmente.

—Me importa una mierda.

Lo pego a mi cuerpo. Se estremece por el dolor.

—Pasará, ya lo sabes… —susurro contra su nuca—. Suelta el cuerpo, Dre. Deja de luchar.

—No puedo —admite con voz ahogada.

Acaricio su cabello y su mejilla con una suavidad que creía olvidada.

—Sí, mi alma, hazlo.

Paso las yemas de mis dedos por su piel. Tras unos minutos, noto que empieza a ceder. Su boca se entreabre y cae vencido por el sueño. Relajo mi cuerpo sobre el colchón, intentando calmar mi propio pulso.

Ella me dijo que todo estaba bien al respecto a esto. No entiendo.

Lo cubro con una frazada. La culpa me golpea con fuerza. No me bastó con romperlo hace cinco años; hoy lo he vuelto a hacer. De alguna manera, sé que soy el responsable de esto.

4. EL ECO DE LA DETONACIÓN

ALEXANDRE

CINCO AÑOS ATRÁS

Lo veo acercarse de reojo y mi pulso se desboca. La brisa marítima mece mi cabello, pero intento concentrarme en la música que grabé; es lo único que calma mis sentidos, mis pensamientos y ese dolor sordo que, a veces, asoma en mi sien.

Conozco a Bastian de toda la vida, pero hace un año las notas de nuestra relación cambiaron de frecuencia. Ya no consigo sentirme igual cuando está cerca.

Él es el mediano de los Andrews: un tipo serio hasta lo impensable, aunque agradable cuando se lo propone, cosa que ocurre muy poco. Me lleva cuatro años. Estudia en Harvard, como hizo Leonel, el mayor, y está por cursar su último año. Austin, el menor, tiene mi edad; vamos al mismo instituto y es con quien paso más tiempo.

Nuestros padres eran tan amigos que sellaron un pacto inquebrantable: si alguno faltaba, el otro cuidaría de su familia. Por eso estoy aquí desde hace dos años.

Lo que ocurrió es una mancha que aún intento asimilar. Íbamos en el auto. Mis padres discutían —siempre lo hacían— cuando se escuchó una detonación. Mi padre cayó sobre el volante; su sangre salpicó mis labios y mi nariz.

Aún hoy, la sensación de ese líquido caliente sobre mi piel me despierta por las noches. Mamá gritó horrorizada un segundo antes de recibir el segundo impacto. No tuve tiempo de comprender nada. El auto se desbarrancó y el mundo se apagó.

Desperté en el hospital consciente de mi orfandad. Abraham Andrews estaba allí, discutiendo a diario con mis tíos sobre mi custodia. Yo fingía dormir para no enfrentar lo inminente: mi vida en

Seattle había acabado y Massachusetts era mi destino. Finalmente, el testamento notariado de mi padre prevaleció. Me mudé a esta mansión.

Nunca me han dicho por qué los mataron. Mis padres trabajaban para el gobierno en asuntos de alta seguridad; teníamos escoltas, pero esa vez no bastaron. Abraham insistió en sacarme de la mira, en borrar mi rastro para asegurar que mi vida no peligrara. Mi familia aceptó el exilio.

□

Bastian se sienta a mi lado en la arena. Me quita un auricular y se lo coloca en la oreja. Lo miro de reojo, nervioso. Este verano es diferente; me siento confundido, jodidamente confundido.

Todo empezó el verano anterior, cuando le salvé el pellejo por pura casualidad. Bastian llegó de madrugada, borracho y bajo los efectos de algo más. Yo había bajado a la cocina huyendo de una pesadilla. Al verlo en ese estado, le cubrí la boca para que nadie lo oyera y, como pude, lo arrastré hasta su habitación. Es enorme, un peso muerto difícil de manejar.

Cuando logré tumbarlo en el colchón, resoplé agotado. Le acerqué el cubo de basura mientras devolvía todo lo que llevaba dentro y yo le frotaba la espalda. Hasta ese día, apenas me había dirigido la palabra. Él siempre fue el hermano silencioso, el que no vivía en casa.

Al notar que no lograba estabilizarse, me asusté. A mis dieciséis años ya sabía lo que una sobredosis podía hacer. Abrí la ducha, le quité la camiseta y lo alcé con un esfuerzo supremo.

—Vamos, Bastian, ayúdame —le pedí con la voz ahogada—. Si te ven así, se acabó.

—¿Alexandre? —farfulló aturdido.

—Cierra el pico —le urgí.

Logré meterlo bajo el chorro de agua fría, esperando que el impacto lo hiciera reaccionar. Pero no contaba con que me jalara de la camiseta, arrastrándome con él bajo el agua helada. Jadeé empapado y furioso, intentando escapar de su agarre. De repente,

me abrazó con fuerza, hundiéndose en mí como si fuera su única tabla de salvación.

Pasé saliva, tenso. Mi cuerpo despertó con una sacudida que me alteró. Sabía que las chicas no eran lo mío desde antes del accidente, pero lo que Bastian generó en ese momento fue una respuesta eléctrica, algo que un hombre no debería despertar en otro, y menos en esas condiciones.

Se separó un poco, con el agua escurriendo por su mandíbula.

—Gracias, Dre —murmuró con la voz arrastrada.

Mis brazos quedaron inmóviles a los costados. Mi respiración se agitó y el miedo me golpeó el pecho. Su mano rodeó mi nuca y la otra rozó mis dedos con una suavidad que me hizo temblar. Colocó su frente sobre la mía y sonrió atontado, observando mi boca.

—Bastian, tenemos que salir —susurré, expectante a pesar del peligro.

Negó con suavidad, abandonando esa armadura de prepotencia y frialdad que siempre lleva. Busqué alejarme; lo impidió. Estaba ebrio, sí, pero su determinación era física.

—No, no… —suplicó relamiéndose los labios.

El agua recorría su tórax esculpido. Tomó mi mano y la colocó en la base de su espalda. Su piel tensa y sus músculos duros me hicieron vibrar. Cuando su boca besó mi mejilla, sentí brasas quemándome.

—Sh… —susurró, descendiendo por mi cuello. Dejó un rastro de fuego que hizo que mi cuerpo respondiera con una fuerza que me horrorizó.

Busqué detenerlo poniendo una mano en su pecho, pero eso solo logró que me mirara con hambre.

—Bastian, no —supliqué. Estaba ebrio, no sabía lo que hacía.

Sujetó mi barbilla y su pulgar repasó mi labio inferior. El pecho me dolía por la intensidad de lo que sentía; era algo que no debía ser.

—Sabía que reaccionarías a mí, Dre —murmuró usando ese apodo por primera vez. Le sujeté la muñeca, mirándolo fijo. Sus ojos, a pesar de la neblina del alcohol, brillaron con una fiera

decisión—. Esperaré un poco más —sentenció agotado, confundiéndome por completo. Entonces me soltó y comenzó a desvestirse. Intenté salir, pero me detuvo por el antebrazo—. Ayúdame —pidió. No podía con los botones.

Tragándome los nervios, lo hice. Se sujetó de mis hombros, quedando solo en un bóxer negro que marcaba su erección sin pudor. Desvié la mirada, con las manos cosquilleándome. Me quitó la camiseta y bajó mis pantalones de un tirón. Sonrió satisfecho al notar que mi cuerpo estaba igual que el suyo.

—Debemos secarnos —dijo, ignorando deliberadamente nuestra excitación mutua.

Salimos de la ducha. Le di una toalla y se la enrolló a la cintura. Se tambaleaba. Hice lo mismo, vigilándolo de reojo. De pronto se dobló de nuevo; quería vomitar. Lo ayudé a llegar al inodoro y, cuando terminó, se limpió con el antebrazo, exhausto.

—Esto es una putada. Recuérdame no volver a beber —susurró.

—Como si me fueras a hacer caso —repliqué rodando los ojos. Me sonrió, atontado.

—Siempre te hago caso, Alexandre —confesó.

Esa frase me congeló. Se iba a caer, así que lo sujeté y lo llevé hasta su cama, deseando escapar. Pero en cuanto su cuerpo tocó el colchón, me jaló con él.

—Bastian, basta —rugí intentando soltarme. Sabía que al día siguiente fingiría que esto no había pasado y a mí me costaría la vida olvidarlo.

Me ignoró como un crío caprichoso y me atrajo hacia él hasta que su pecho envolvió mi espalda. Me quedé rígido, sintiendo su respiración en mi nuca y su brazo rodeándome con firmeza.

—Descansa, Dre —dijo.

Fui consciente de su erección presionando contra mí. Dejé de moverme, conteniendo el aliento. Solo tenía que esperar a que se durmiera para salir de allí. Pero el calor de su cuerpo y sus dedos acariciando mi brazo terminaron por vencerme. Perdí la batalla contra el sueño antes que él. Patético.

Desperté con el sol en lo alto. Él seguía tras de mí, profundamente dormido. Mi toalla se había desatado. Con un cuidado milimétrico, me deslicé fuera de la cama, recogí mis cosas y regresé a mi habitación de forma clandestina.

Frente al espejo del baño, me observé turbado. Pasé la mano por donde su boca me había tocado. Mi piel aún olía a él y se sentía… demasiado bien. Me alejé asustado. No era correcto. Decidí que lo olvidaría, convencido de que él haría lo mismo.

Bastian es el más frío de los tres, pero después de esa noche, algo en el engranaje de la casa Andrews cambió para siempre.

Regresaba de correr esa mañana cuando lo encontré en la banca de madera. Ya lucía repuesto. Mi plan era pasar a su lado con un simple «buenos días». Fracasé. Me detuvo por el brazo.

—Gracias —susurró sin soltarme—. Dre, mírame —pidió. Lo hice. Me sonreía suavizando su expresión glacial—. Recuerdo todo —dijo con voz suave—. ¿Estás bien?

—Sí…

—No mentí —declaró acercándose—, tu cuerpo tampoco. No te asustes, sé esperar —murmuró y posó su boca en la comisura de la mía, enseguida me encontré ansiando más. Rozó mi nariz con la suya.

—Te debo una —concluyó y se alejó.

No entendí cómo mi pecho quería explotar. Yo no era… bueno, sabía que con las chicas siempre se sentía forzado, jamás se había asemejado en nada a lo que él provocaba.

El resto de las vacaciones fui consciente de su mirada. Se sentaba a mi lado, me interceptaba en la cocina, pero no volvió a acercarse así.

Sus amigos venían a casa y yo los alejaba de donde solía estar; no quería ser parte de su paisaje. Austin me instaba a salir con él; entraría al segundo año de *high school* al terminar las vacaciones, después de haber cursado el año con tutores en casa, pero yo aún no me sentía preparado para enfrentar el mundo exterior.

Ese verano me encontré practicando de nuevo el violín tras meses de silencio; también el piano y la guitarra, todo aquello que logré traerme de casa cuando me mudé.

Los dolores de cabeza durante ese año habían sido brutales, producto de una lesión provocada por el accidente; aunque aseguraban que no tendría mayor repercusión, a veces lo dudaba, porque dolía como el jodido infierno.

La primera vez que Bastian presenció uno, yo regresaba de correr con los dos Golden que viven en casa, Dash y Pax, ambos la adoración de Abraham. El dolor apareció así, como suele, de forma intempestiva, y caí de rodillas por la fuerza del impacto sobre el jardín. Los animales chillaron a mi lado. Entonces sentí a alguien sujetarme.

—Eh, ¿qué pasa? —preguntó Bastian, agachándose. Ese ruido que irrumpe en mí me aturde. No pude hablar, solo apreté los dientes sudando frío—. Dre, ¿qué pasa? —insistió. Su voz gruesa se escuchaba lejana. Me llevé la mano a la sien sin conseguir responder —. Vamos, ¿hay algo que puedas tomar? —quiso saber, preocupado.

Cerré el puño con fuerza, aguantando la descarga; sé que pasará, pero el golpe inicial es brutal.

—Arriba —logré decir con el poco aire que me quedaba. Me ayudó a levantarme.

—¿Qué ocurre? —era Austin—. Lex, ¿de nuevo? —lo escuché preguntar.

—¿De nuevo qué? —replicó Bastian.

—Eso, los dolores de cabeza; se pone así a veces.

—¿Desde cuándo? —quiso saber él. Era imposible que estuviera al tanto de nada sobre mí; vivía en Boston, a unos cuarenta minutos de aquí. —Por el… accidente. En su habitación tiene medicina.

—Yo lo acompaño —determinó Bastian. Yo no podía ni siquiera enfocar.

—Cuidado, porque se tambalea —le avisó su hermano, dejándolo hacer.

—*OK* —solo dijo, pasándome un brazo por el hombro.

—Iré con Any, nos vemos en un rato. Que te mejores, Lex —susurró Austin.

Subí respirando rápido, sin recordar ni cómo me movía. Llegamos a mi habitación, abrió la puerta y me tumbó sobre la cama. Coloqué una almohada sobre mi rostro, apretándola.

—¿Dónde están? —me urgió. Le indiqué con un dedo las pastillas que siempre dejaba junto a la jarra con agua. Descubrió mi rostro, me incorporó y la tragué. Luego me acomodó con cuidado sobre las almohadas, fue hasta la ventana y cerró el *blackout*. Quedó todo a oscuras. Intenté respirar con normalidad; dolía demasiado. Escuché la puerta y pensé que se había marchado, pero entonces se tumbó a mi lado. Lo miré de reojo—. No me iré hasta que estés mejor —sentenció.

—No pasa nada —logré decir con el poco aire de mis pulmones, casi sin voz. Enseguida cerré los ojos, rogando que el medicamento actuara rápido. De repente, sentí su mano sobre mi frente, apartando un mechón de cabello.

—Aquí estaré, Dre. Duerme —ordenó con suavidad.

Enseguida sus dedos comenzaron a acariciar uno de los míos, que descansaban sobre mi abdomen. Mi piel se sensibilizó ante su tacto y supe que estaba perdido. Desde aquella noche no pude quitarlo de mi cabeza por más que luchara.

Y eso hice: dormir.

Desperté horas después, como solía pasarme. Abraham ya había ordenado que me revisaran, pero Martha, su esposa —quien me ignoraba olímpicamente—, no había concertado la cita. Solo decía que el médico del hospital advirtió que eso ocurriría y que no había espacio hasta dentro de unos meses.

Me daba igual; esa mujer, por alguna razón, me odia. Es como si tenerme aquí fuera un insulto personal. Pero el amigo de mi padre está decidido a que me quede. Soy menor de edad, no tengo nada que objetar; mi dinero está en sus manos, al igual que mi educación. Solo hasta los veintiuno podré hacerme cargo de mi vida, pero para eso aún faltan años.

Abraham trabaja todo el día; es de los mejores abogados del país y un tipo agradable al que conozco de siempre. Mi padre y él, a

pesar de vivir en extremos opuestos de los Estados Unidos, se las arreglaban para verse. Cada año nos llevaban de excursión; «viaje de solo chicos», decían. Así fue como Austin y yo nos hicimos cercanos. Los dos mayores siempre se entendieron entre ellos, mientras nosotros siempre fuimos «los pequeños» del grupo.

Al abrir los ojos, tardé en ubicarme. Una luz tenue estaba encendida en la mesilla de noche opuesta. Volteé y lo encontré leyendo uno de mis libros, con las piernas cruzadas y la espalda recargada en las almohadas.

Había cumplido su palabra.

Me pasé una mano por la cara; ya no dolía.

—¿Estás mejor? —escuché. Mi cuerpo se tensó y asentí sin mirarlo—. Me alegro —señaló ecuánime, poniéndose de pie—. ¿Abro las cortinas? —preguntó solícito.

—Gracias.

Eso hizo y la luz inundó la estancia. Eran las cinco, vi al ojear el reloj. Me sonrió de pie junto a la cama; lo observé intrigado, en silencio.

—Deberías cargar con esas pastillas en el bolsillo —sugirió. Asentí notando que yo no llevaba zapatos y que tenía una frazada encima. Arrugué la frente, desconcertado—. Te veo en la cena. Me llevaré esto, ¿te importa? —preguntó alzando el libro.

—No —respondí con voz pastosa. Sonrió y salió de ahí.

Ese verano tuve dos episodios más. No tengo idea de cómo se percataba, porque no estaba cerca cuando ocurrían, pero hizo exactamente lo mismo. Tampoco sé por qué no viajó en esas fechas como solían hacer sus amigos o sus hermanos. No sabía nada de Bastian en realidad.

Cuando se marchó a Harvard, apareció un vacío extraño. Algo no iba bien conmigo. Decidí que se trataba más que nada por la muerte de mis padres y es que sabía que nunca dejaría de doler; los echaba de menos, sobre todo los momentos con papá.

Él me inculcó la música y me alentaba a no ser como él. Mientras mamá parecía querer lo contrario hasta el punto de la obsesión: que encajara en sus eventos y círculos sociales.

Me rebelé tanto como pude. Eso la cabreaba; decía que era indómito. Papá exigía que me dejara en paz, pero sé que a ella la decepcionaba mi forma de ser; no entendía por qué ansiaba que fuera tan parecido a los hijos de Abraham. Sin embargo, tuvimos buenos momentos y los añoraba.

5. DISONANCIAS Y ACORDES

ALEXANDRE

Este año vino para Acción de Gracias. Para las fiestas decembrinas se marcharon a Suiza, como suelen; yo fui con mi abuela paterna, Candance, a un pueblo cercano a Londres, así que no lo vi.

Hace unos días llegó de nuevo. Le queda un año para graduarse y luego vivirá en Boston para hacerse cargo de Froth & True, la cadena de su madre. Los Andrews tienen sus vidas planificadas; yo no. Mis padres me apoyaban con la música, así que entrar a Berklee es mi única meta.

He escuchado que Bastian está en la liga de americano. No me asombra; es metódico y disciplinado hasta la médula. Sé que ya empieza a empaparse de los negocios. Siempre sale a correr al amanecer y Carola dice que toma un jugo verde sin fallo al regresar. Lee muchísimo, habla poco y no sonríe. Su ropa es impecable, igual que sus modales. Es toda una leyenda: mujeres, campeonatos, presidente estudiantil. Austin tiene una vara muy alta que alcanzar, y lo está logrando. Él y Leonel heredarán el legado de su padre: el renombrado bufete y los contactos de élite.

Yo, en cambio, conocí a tres chicos divertidos y a Noe, una chica simpática que no gusta del sexo opuesto y es mi mejor amiga. Hablamos de música, andamos en bicicleta o en *skate*, y hacemos tonterías como meternos al mar con ropa o comer porquerías cuando se da la ocasión. Nos fugamos de noche solo para estar frente al mar.

Ellos tienen una buena posición económica, pero no al nivel de los Andrews, así que me libero de las etiquetas estando a su lado. Austin sostiene un noviazgo formal con Any y tiene amigos del estilo de Martha, pero nos llevamos bien y me ha cuidado las espaldas.

Hace cuatro días comenzaron las vacaciones. No tenía idea de si Bastian vendría, pero la tarde siguiente de salir de clase me topé con su voz en el recibidor cuando yo bajaba descalzo. Clark, el mayordomo, le daba la bienvenida. De repente volteó y nuestros ojos conectaron.

A lo largo de este año asumí que las chicas no son lo mío. Al principio me alteró, pero hablando con Noe lo he ido acomodando. Sin embargo, no ha pasado de algún beso; me aturde la forma voraz con la que los chicos suelen responder. Y en definitiva no estoy listo para la cama aún y jamás hago algo que no quiera.

La realidad es que no me gustaba nadie en particular... bueno, quizá sí había alguien.

Bastian se acercó mientras Clark pedía que subieran su equipaje. Quedé en el último escalón; él, desde abajo, colocó su mano en el barandal, muy cerca de la mía.

No estaba listo para lo que surge en mí cuando se aproxima; eso que intenté olvidar todo el año convencido de que no era real.

—¿Cómo estás, Alexandre? —preguntó mirándome con fijeza. Pasé saliva, nervioso. Tiene una voz muy gruesa que me recorre la columna.

—Bien —solo dije.

—Me alegra. Nos vemos por ahí —completó pasando a mi lado, rozando mis dedos con los suyos de forma casi imperceptible.

Tardé en moverme. Cuando recobré el control, tomé mi bicicleta y me fui a casa de Noe. Jugando videojuegos olvidé que Bastian había regresado.

Esa noche la cena fue a las seis. Leonel también estuvo en casa. Al terminar, salí a pasear con los perros. Les aventaba un palo cuando lo noté a mi lado. Recorrimos un trecho largo en silencio.

—¿Qué escuchas? —preguntó. Me quité el auricular y se lo tendí. Lo tomó y se lo colocó. Al regresar, me lo devolvió, extendió su palma y al ponerlo ahí, la cerró con la suya, dejando sus dedos sobre los míos más tiempo del necesario—. ¿Qué tal el instituto? —preguntó aún en la playa. Solté mi mano de aquel tacto ardiente.

—Bien.

—¿Ya tienes amigos?

—Sí.

—¿Con ellos ibas cuando llegué? —curioseó.

—Sí.

Alzó su mano, me tomó del antebrazo y con su pulgar me acarició. Mi piel se erizó. Sonrió satisfecho antes de dirigirse a la casa.

No entiendo qué me pasa con él, pero no puedo sacarlo de mi cabeza. Cada vez que estoy en la playa, aparece. Se sienta y me quita un auricular, como ahora.

Me gusta perder el tiempo aquí con el sol sobre mi cuerpo, permitiendo que mi mente genere notas para una canción. Su codo toca el mío; es agradable tenerlo tan cerca. Después del accidente, él fue quien me sacó del letargo aquella noche que llegó ebrio.

—Me dijo Austin que tienes un canal —habla al fin. Volteo y asiento; él tiene la vista en el mar. Su perfil es esculpido: barba incipiente, cejas oscuras y unos labios delineados que sensibilizan los míos.

—Sí.

—Compones… —susurra. Se gira sonriendo suavemente—. He visto algunos videos. Eres bueno.

—Gracias, me gusta eso.

—A mucha gente también. Medio millón de suscriptores en un año es complicado.

—No lo sé, solo subo lo que hago.

Acerca su mano y aparta un mechón de mi frente, luego recarga su mejilla sobre su codo sin soltarme la mirada.

—¿Cómo llevas lo de tus padres, vivir aquí?

Es el primero que me lo pregunta de frente. Igualo su postura.

—No sé. A veces creo que despertaré y ellos estarán bien.

—Me asombra lo tranquilo que luces tras algo tan abrupto y tu convalecencia —señala mi cabeza. Estuve en coma inducido dos semanas por una contusión cerebral—. ¿Continúan los dolores de cabeza?

—A veces.

—¿Son siempre fuertes?

—No siempre. ¿Qué tal Harvard? —cambio de tema.

—Ahora que no vivo con la hermandad, es mejor.

—Debes divertirte. En el instituto cuentan leyendas sobre ti —le suelto.

—Ah, ¿sí? ¿Como qué? —arquea las cejas.

—Fiestas clandestinas… —se ríe. Nunca lo hace y el sonido me toma por sorpresa.

—Algo así —concede.

—Carreras, capitán, presidente… y que la mitad de las mujeres del instituto pasaron por ti —completo.

Se gira y me clava sus ojos oscuros; ya no ríe.

—Solo una cosa es mentira —declara serio.

—Ah, ¿sí?

—Tendrás que averiguarlo, Dre —señala con picardía. Ruedo los ojos.

—Puedo vivir con la duda.

—No son las mujeres lo que me interesa, Alexandre —confiesa, dejándome perplejo. Me yergo, respirando con fuerza—. En realidad, solo hay alguien que tiene toda mi atención desde hace tiempo. Y sabes de quién hablo —murmura muy cerca de mi rostro.

Mierda. Joder.

—Eh, quizá debamos ir a casa —propongo buscando huir. Me detiene por el codo.

—No. Aquella noche, hace un año, recuerdo cada palabra y lo que hice. Estaba ebrio, pero era consciente de mis actos, Dre.

—No lo hagas, Bastian —ruego. Su gesto se suaviza y acaricia mi mejilla. Su tacto es como una explosión de estrellas.

—Sé que sientes lo mismo. ¿O miento, Alexandre?

Dios, soy consciente de que jamás he sentido esto por nadie, que me despierta con solo pasar frente a mí, que sueño con completar aquella noche de hace un año, pero... no está bien.

—No quiero problemas, por favor.

—¿Has estado con una mujer? —pregunta. Niego despacio—. ¿Con un hombre?

—No —respondo, perdido en sus facciones.

Sonríe y me acerca a él lentamente. Mi pulso retumba por todo mi cuerpo, mis labios se secan, entonces su boca se posa sobre la mía. Cierro los ojos y sin pensarlo, me abandono a la sensación.

Es un roce cuidadoso; toma uno de mis labios, luego el otro, y los repasa con su lengua de forma sutil, logrando que mi estómago se enrede. Me suelta y sonríe satisfecho.

—Me gustas, Alexandre —dice, como si no acabara de demoler mi mundo.

—No se siente normal —le hago ver, alterado.

—¿Normal incorrecto o correcto? —indaga.

—No lo sé. Se siente fuerte —me sincero temeroso.

—Muy fuerte —secunda, besando mi cabello.

Me pierdo en su aroma. Sus labios están cerca de nuevo. Esta vez soy yo quien busca la distancia final a pesar del miedo y nos besamos de verdad. Su lengua busca la mía y al encontrarla se enreda en ella. Su palma sujeta mi rostro, con exigencia y suavidad a la vez. No corre, se deleita, y eso hace que me deje llevar, tanto que un gemido vergonzoso escapa de mi garganta. Enseguida me separa, respirando agitado. Lo miro alterado, nervioso, ¿qué se supone que haga después de esto?

—Ahora dime, ¿cómo haré para no desear besarte cada segundo? —pregunta y eso me relaja. En respuesta sonrío y escondo la cabeza entre mis brazos.

—Mierda —susurro. Rodea mi espalda, atrayéndome hacia él.

—Mierda —repite y besa mi coronilla—. Esta canción es tuya, ¿no? —señala el auricular.

—Sí —admito avergonzado.

—Nunca te he visto tocar el violín. Me gustaría.

—Quizá luego.

Acaricia mi nuca y mi piel se eriza. Temo que alguien nos vea; Martha no se quedaría de brazos cruzados y Abraham me mandaría a Inglaterra o Texas.

—Iré con cuidado, no te preocupes, Dre —asegura de repente, haciéndome dudar de que quizá pueda leer mis pensamientos. Sin embargo, sus palabras me ponen peor; implica

que esto va en serio, lo cierto es que no me atrevo a decir nada más.

Permanecemos allí hasta casi la hora de la cena. Soy incapaz de moverme; tengo una urgencia absurda de estar a su lado. A las seis, nos levantamos.

—Dame tu número —pide. Lo escribo en su celular y un segundo después, suena una alerta. Camino hacia casa riendo—. ¿No verás lo que te mandé?

—No —digo mientras me alejo trotando con los perros. Lo escucho reír.

En el pasillo ya estamos cambiados con la ropa formal que exige Martha. Me pongo vaqueros oscuros y polo; me niego a los pantalones de vestir de sus hijos. Austin nos alcanza.

—Quisiera tener tus pelotas —dice tras de mí por mi atuendo. Le alzo el dedo medio. Bastian finge no darse cuenta de nada.

Martha me recrimina con la mirada en cuanto me ve. Estos dos años se ha encargado de hacerme distinciones marcadas para joderme. Me riñe por el cabello, por la arracada, por el ruido de mi música. Me corta la mesada y restringe mis salidas. Si no fuera por Abraham, mis cumpleaños habrían pasado desapercibidos. Ella se niega a que tenga auto usando mi contusión como excusa, aunque conduzco desde los doce. Abraham intenta suavizarlo, pero Martha no entiende que no soy su hijo.

En la mesa, mi celular suena.

—El aparato, Alexandre —me regaña ella. Todos dejamos los teléfonos en la entrada. Me siento y Austin se cubre con la servilleta para no reír—. Por favor, trae zapatos adecuados la próxima vez.

—No he podido comprar otros —le suelto. Lleva tres meses sin depositarme nada y he crecido.

—No se habla de dinero en la mesa, es vulgar —replica. Abraham me pide con una mano que deje las cosas hasta ahí.

—Lo resolvemos al terminar, pasa a la biblioteca, Alexandre —ordena él.

Sirven el segundo tiempo: salmón. Soy alérgico y Martha lo sabe.

—Alexandre no puede comer eso, mamá —dice Austin.

—Quizá fue solo mala suerte antes.

—¿Qué? —pregunta Bastian, y su tono me alerta. Es inexpresivo, salvo conmigo.

—Tuvo una infección, nada serio. ¿No es así, Alexandre? —me desafía ella. Asiento, tomo el plato, me levanto, le hago una caravana exagerada y me voy a la cocina. Carola me observa agobiada.

—Lo lamento, Lex —susurra y me da un emparedado que ella misma preparó—. Provecho.

En mi habitación, me pongo los auriculares y me pierdo en la música. La potencia de lo que compongo es la misma que sentí cuando me besó.

Un mensaje llega a mi celular. Es él.

Bastian: *¿Qué fue eso?*

Dre: *Cosas que pasan.*

Bastian: *Te veo en la playa en veinte minutos. Mi papá te está esperando.*

Entonces leo el primer mensaje que me envió. *Me gusta tu boca,* escribió. Sentí enseguida como mis mejillas se calentaban. Joder.

Voy al despacho de Abraham. Él está junto a la ventana.

—No volverá a ocurrir lo del salmón, Lex —me asegura—. Te transferí lo de estos meses y un poco más. Sé que es duro. Intenta no provocarla, ¿sí? El lunes ella y yo salimos de viaje al Mediterráneo. Tendrás tiempo fuera.

—Buen viaje —sonrío.

—Diviértete de forma responsable. Leonel y Bastian estarán al tanto.

Encuentro a Bastian a un kilómetro de casa. Voy con pantalones de algodón y gorra; él sigue igual, pero descalzo.

—Eh —me saluda—. ¿Hablaste con mi padre? —pregunta. Asiento. Él engancha mi dedo índice; le correspondo nervioso—. Entiendo que estés molesto. Mi madre no es fácil...

—No vayas a decirme que le dé por su lado.

—Fue refrescante lo que hiciste —admite—. Me cabrea que se comporte así contigo. Me gustas así, Dre. Bastante.

Suelto su dedo. Nos detenemos frente al mar agitado y me toma por los codos para que lo vea a los ojos.

—Entonces no fui suficientemente claro —musita bajando su mano a mi cadera. No alcanzo a decir nada, porque me pega a sus labios. El beso es exigente, firme. Mis brazos terminan aferrando su rostro mientras me arqueo bajo su intensidad. Y cuando vuelve a escapar un gemido, me alejo aturdido.

—¿Tienes dudas ahora? —pregunta, agitado.

—No está bien. Si alguien se da cuenta...

—Eso no pasará y no daré marcha atrás, olvídalo.

Mis palmas sudan.

—Soy menor, no quiero que te pase nada... —susurro sin mucha convicción.

—Sh... solo dime si entiendes lo que ocurre. Tú, Alexandre, estás conmigo.

Asiento, inseguro pero ansioso y soy yo quien busca su boca esta vez.

Por la noche, el vértigo me impide dormir. Bajo a la habitación insonorizada. Tomo el violín y la puerta se abre. Es él.

—¿Qué haces aquí? —pregunta asegurando la puerta. Aunque me pone nervioso, me gusta saberlo ahí.

—Dijiste que querías escucharme —replico alzando el instrumento.

—Sí, eso dije. Soy todo oídos, Dre.

Se sienta en el sofa, con los codos sobre sus rodillas, atento a mí. Cierro los ojos porque si lo veo no podré ni moverme, y me dejo llevar por una adaptación de *Wildest dreams*.

Cuando termino y los abro, él me está observando de una forma que eriza la piel. Entonces se levanta, toma mi nuca y me besa voraz.

—Mierda, Dre, me excitas —declara, provocando que ponga distancia, abrumado. Al voltear, arremete contra mi boca otra vez. Termino con la espalda en el muro; él rodea mi cuerpo con deseo.

Sus labios bajan a mi cuello, succionan mi lóbulo y jadeo de forma ronca. Aferro su cadera por debajo de la ropa, apretándolo—. Debemos salir de aquí —dice respirando rápido—. Debo ir despacio contigo, lo necesito. Pero me lo pones muy difícil.

—Tú me seguiste… —señalo atolondrado.

—Acostúmbrate a eso —advierte. Me da un último beso—. A dormir.

Se marcha, dejándome allí, con el sonido de mi propio corazón retumbando en la habitación vacía.

6. EL PESO DEL LEGADO

BASTIAN

PRESENTE

Se remueve; durmió casi dos horas. La presión en mi pecho no cesa, y he sido incapaz de abandonar esta habitación; no después de lo que ocurrió. Se gira respirando hondo y casi sonrío al notar que eso no ha cambiado, como tampoco lo ha hecho lo que siento por él a pesar del tiempo.

Abre los ojos y su iris casi amarillento recorre el lugar. Voltea y nuestras miradas se enganchan. Aguardo su reacción; sé que no me lo pondrá fácil. Yo, en su lugar, ya habría barrido con todo Massachusetts.

Baja los pies de la cama, apartando la frazada. Se lleva la mano a la cabeza. No me atrevo a hablar, solo a contemplarlo. Sí, su espalda es un poco más ancha; los músculos de su cuello y de sus brazos se marcan con mayor nitidez, pero continúa siendo delgado y, joder, cómo me gusta.

—¿Qué hago aquí? —pregunta dándome la espalda.

—.Te desmayaste frente a mi habitación —le informo poniéndome de pie. Asiente con la cabeza gacha, volviendo a tocarse la sien—. Te diste un golpe —murmuro, recargándome en el muro junto a la puerta. Se levanta con la intención de marcharse—. ¿Cómo es posible que esto siga ocurriendo, Dre?

—Me llamo Alexandre —corrige sin encararme.

Luce extraño: vulnerable, agobiado, nervioso. Intenta abrir la puerta; coloco mi mano sobre el pomo para impedírselo. La retira enseguida y ahora sí clava sus ojos en los míos. La preocupación me carcome.

—Responde —exijo con seriedad. Ladea el rostro. No puedo dejar de perderme en esa boca que es una tentación por sí misma.

—Hace mucho tiempo que perdiste cualquier derecho a recibir respuestas de mi parte. No finjas que te importa —sentencia. Abre la puerta y sale sin dudar.

Cierro los ojos y golpeo el muro.

Bajo buscando una distracción y entro en la cocina. En un par de horas se servirá la cena, seguida de la lectura de ese maldito testamento. Quizá sea la última vez que lo tenga frente a frente; el pensamiento hace que los ácidos reverberen en mi estómago. Carola está sola.

—¿En qué puedo servirle, joven Bastian? —pregunta solícita.

Recuerdo las veces en que lo cuidó y alimentó. La forma en que él bromeaba con ella; la familiaridad con la que trataba a todos los empleados. Así era Alexandre, y esa fue una de las tantas cosas que convirtió mi furiosa atracción en un sentimiento más hondo, uno que jamás imaginé que crecería hasta determinar mi existencia.

—Un café, por favor.

—Enseguida.

¿Cómo lograba conectar así con ellos? Yo no puedo. Froto mi frente, negando con frustración.

—Carola —la nombro. La necesidad de saber empieza a desbordarme. Ella sonríe, esperando—. Te preguntaré algo y necesito que me digas la verdad.

Deja la cafetera, tensa. Me acerco hasta quedar a su lado.

—Dígame, joven.

—Mi madre… ¿Dejó en paz a Lex durante los años que vivió aquí? —interrogo sin rodeos. Mira sus manos, luego mis ojos. Está nerviosa.

—¿A qué se refiere?

—Sabes exactamente a qué me refiero —replico.

Baja la cabeza, respira hondo y niega.

Aprieto los dientes. No sé cómo acomodar esta información. Siento furia, pero también unas ganas irracionales de correr hacia mi madre y sacudirla hasta que los dientes le castañeen.

—Joven, su madre se molestará si sabe que le dije esto —susurra contrariada.

—No se enterará —prometo—. Pero necesito saber si ella buscaba problemas con él.

Enciende la cafetera tras introducir el café molido.

—Su madre nunca quiso al joven. Se lo hizo saber casi cada día, con mucha dureza —murmura culpable—. Si no hubiese sido por su padre… —Se persigna.

Asiento inexpresivo, aunque aprieto el puño con fuerza.

—¿Sabes algo sobre la salud de Lex?

—No, joven. Él no regresó hasta el día de hoy desde que entró a la universidad —responde entristecida. Le sonrío apenas. No soy un tipo que muestre lo que siente; aprendí desde pequeño que hacerlo solo te vuelve vulnerable. Salvo con él.

Esperamos a que la taza se llene en medio del ronroneo de la máquina y el aroma del café.

—Mientras vivió aquí, ¿estaba bien? ¿De su cabeza? Ella pestañea y vuelve a mirarme.

Aguardo.

—Pues… bajó mucho de peso los últimos meses. Comía poco o nada. Su madre se ocupaba entonces de la comida y yo solo la asistía, pero al joven no le caía bien lo que ella preparaba. Además de sus dolores de cabeza.

La información me seca la garganta. Las alertas se disparan. ¿De qué diablos habla?

—¿Cómo que no le caía bien? ¿Mi madre cocinando? —cuestiono desconcertado. Carola asiente, mirando por encima de mi hombro.

—Sí. Continuamente estaba enfermo del estómago. Y los dolores de cabeza se volvieron más fuertes.

—¿Eran frecuentes? —quiero saber. No puedo olvidar el golpe de hace unas horas. Lo otro me intriga y me aterra a partes iguales.

—No sé, pero presenciamos algunos; se ponía muy mal.

—¿Sabes si mi padre estaba presente cuando sucedían?

Asiente.

—Una vez, poco antes de que el joven se fuera, tuvo uno muy fuerte. El señor lo llevó personalmente al médico. Ahí empezó a

mejorar y yo retomé la cocina; me hice cargo de su alimentación por instrucciones del señor —recuerda persignándose de nuevo.

—Gracias, Carola. Estaré en mi habitación.

No logro concentrarme. Cierro la computadora, cabreado. Observo la cama donde él estuvo hace un rato y mis palmas sudan. Ella no cumplió su parte, asumo. Froto mi frente, aturdido.

Es lo más probable. Por mucho que intenté protegerlo, no pude supervisar si las condiciones que impuse se cumplían. No podía preguntar, no podía establecer contacto. Por imbécil, creí en cada una de sus pruebas. Eran mentira.

Carajo.

Me obligó a ser quien no deseaba, a dejar de lado a la única persona que me ha importado más que yo mismo, a dañarlo… todo a cambio de no fastidiarlo. Creí que lo que Dre despertaba en mí era solo un recuerdo que debía dejar atrás por su bienestar, pero no fue así. Me quedé suspendido en ese verano, en sus ojos, en lo que éramos juntos.

Enciendo el reproductor y elijo una de sus piezas en Spotify: una mezcla sublime de violín y sonidos electrónicos. Cierro los ojos, intentando aplacar la angustia. No me siento fuerte, ni capaz de soltarlo otra vez.

Si en la ducha no me hubiese permitido acercarme, si no hubiese reaccionado a mí de esa manera, esta marea no me estaría azotando. Pero no puedo ignorar cómo me recibió, cómo tembló en mis brazos.

Bajo agotado. Mi madre aparece junto a Leonel justo cuando piso el último peldaño. Los saludo con formalidad y entramos al comedor. Austin y Dre hablan junto a una ventana; parecen compartir algo agradable porque mi hermano sonríe, algo inusual en él últimamente; parece un cervatillo asustado.

Al percatarse de nuestra presencia, su expresión cambia. Alexandre evita mis ojos. No se cambió de ropa y ya no sé si reír. Es absolutamente incorregible y mi miembro se endurece; siempre me puso su temperamento y esa fidelidad ciega a sí mismo.

La cena transcurre en un silencio sepulcral, solo roto por el tintineo de los cubiertos. Es una tumba en la que él siempre desentonó. Lo observo con discreción mientras remueve la comida. Solía hacer eso. Una vez me dijo que la comida aquí era demasiado elaborada para su gusto.

Sacudo la cabeza pensando en lo que dijo Carola. ¿Qué tanto habrá pasado aquí durante esos tres años?

Alexandre siempre despertó en mí posesividad, deseo fiero, libertad… pero sobre todo, la necesidad de saberlo bien. No porque lo viera débil, sino por su personalidad pura, esa que mi madre buscó apagar en esta prisión llena de secretos y superficialidad.

Martha nunca logró doblegarlo, y aquí está, frente a mí, siendo un hombre que rompió sus propias barreras a los veintidós años. Reparo en mi madre: postura recta, modales insuperables. Una fachada elegante que esconde lo que realmente es. Nos moldeó a su antojo.

Clark entra en el comedor.

—Señora Andrews, el señor Wright ha llegado.

—Hazlo pasar al estudio de mi marido —indica ella, imperturbable.

Mi madre nos observa tras limpiarse los labios. Es la frialdad personificada.

—Bien. Vamos.

Todos nos levantamos. Alexandre luce tranquilo. Nuestros ojos se encuentran un segundo antes de romper el contacto. Saludamos al abogado con formalidad; Wright luce afectado, era un gran amigo de mi padre. Leonel se sienta junto a mi madre. Alexandre se recarga en un librero, con los brazos cruzados. Yo me apoyo en un pilar opuesto, con Austin entre nosotros, rígido.

—Bien —comienza Wright—. Estamos reunidos los interesados para la lectura del testamento y última voluntad de Abraham Andrews. Mi gran amigo preparó esto con antelación; no dejó nada al azar. Lo que leeré es el fruto de su trabajo durante los últimos meses.

—Perdón, Wright —lo interrumpe mi madre—. ¿A qué te refieres con «los últimos meses»? Abraham falleció de forma

intempestiva.

—Ahora llegaré a eso, Martha. ¿Puedo empezar?

El hombre se aclara la voz. Ojeo a Dre, que mira por la ventana. Su presencia me sosiega y me altera al mismo tiempo. Wright comienza a leer:

PROTOCOLIZACIÓN DE ÚLTIMA VOLUNTAD Y TESTAMENTO.

«Querida familia: Si están hoy reunidos es porque ya no me encuentro entre ustedes. Hace unos meses me fue detectado un fallo cardíaco irreversible. Sé que tengo el tiempo contado y no temo al fin; estaré donde debo estar. Ya no me necesitan; son hombres de bien, los cuatro…»

Miramos a Alexandre. Se remueve incómodo, pero no nos mira.

«Sin embargo, hay asuntos que no podré resolver en vida. Se lo debo a una persona que ya no está, alguien que fue fundamental para mí. Martha, querida, sé que hiciste lo mejor que pudiste bajo las circunstancias que te impuse. Lamento no haber sido el marido que merecías; Wright te entregará una carta privada al finalizar este acto.

Declaro y dispongo que la totalidad de mis activos, incluyendo bienes inmuebles, participaciones en la Firma, vehículos y embarcaciones, sean transmitidos a Leonel Andrews, Bastian Andrews y Austin Andrews, en porciones iguales de un tercio cada uno. Para mi esposa, Martha Andrews, se constituye un usufructo vitalicio sobre su residencia actual y una pensión anual garantizada por el fideicomiso familiar.

Asimismo, lego a Alexandre Danworth, a quien consideré un hijo, la propiedad total y libre de gravámenes ubicada en Wilson Creek Beach, California.»

—¿De qué propiedad hablas, Wright? Mi marido no tenía una casa en California —espeta mi madre.

—Martha, por favor, permite que termine —solicita el abogado. Ella asiente, tensa.

«No obstante, la ejecución de las disposiciones anteriores queda sujeta a una condición suspensiva de carácter obligatorio: Alexandre Danworth y Bastian Andrews deberán cohabitar en la

propiedad de Wilson Creek Beach por un periodo ininterrumpido de seis semanas.»

Nos miramos, atónitos. Él se endereza; yo me acerco al abogado. Mi madre está lívida.

«Dicha estancia se llevará a cabo sin compañía externa y comenzará dentro de los cinco días naturales posteriores a esta lectura. De no cumplirse esta condición por negativa de cualquiera de las partes, la totalidad de mi patrimonio será liquidada y los fondos resultantes serán donados íntegramente a las instituciones de beneficencia designadas en el anexo B.

Martha, en tal caso, perderás el derecho a la residencia y a la pensión, debiendo abandonar esta propiedad. Leonel y Austin, confío en que sus capacidades les permitirán subsistir por sus propios medios. Bastian, en caso de incumplimiento, Forth & True deberá ser disuelta y vendida por partes, sin opción de adquisición preferente para ti.»

—¡No! Esto es absurdo. ¡Es impugnable! —gruñe mi madre, perdiendo los papeles.

—No es posible, mamá —interviene Leonel en shock—. Mi padre no dejaba cabos sueltos.

«Alexandre, sé que pongo una carga pesada sobre tus hombros. Has pasado por mucho. Entiendo tu furia, pero haré lo correcto por una vez.

Tienen veinticuatro horas para comunicar su decisión a Wright. Los amo, hijos. Lamento si no fui el padre que necesitaban. Martha, Wright debe hablar contigo a solas.»

Salimos del estudio envueltos en un silencio atronador. Mi madre está encorvada en su silla. Una vez en la sala, Alexandre se desploma en un sofá y se frota el rostro.

—¿Por qué hizo esto mi padre? —pregunta Austin.

—No puedo aceptar —determina Alexandre poniéndose de pie.

—¿Por qué ustedes dos? —lo confronta Leonel.

—Leonel, no es asunto tuyo —intervengo—. Alexandre, es tu decisión. Conoces las consecuencias, pero no tengo miedo a ellas. Decide lo que creas conveniente.

Alexandre tensa la quijada.

—Debe haber una manera de revocarlo —le dice a Leonel, nervioso. Mi hermano niega—. No quiero joderlos, se los juro, pero no lo haré —insiste Dre.

—Déjennos solos —pido.

—No tengo nada que hablar contigo —responde él.

—¿Qué mierdas pasa entre ustedes? —inquiere Austin.

—Vamos afuera, Alexandre —insisto.

—Mierda —gruñe y avanza.

Al llegar a las escaleras que dan a la playa, se detiene y me empuja con fuerza. Me tambaleo, pero no cedo.

—¡Qué cojones es esto! ¡No te quiero cerca!

—¿Por qué? ¿Temes terminar como hace un rato? —replico con insolencia.

—Sigues siendo un imbécil. Eso no significó nada. Fue solo sexo, como tantas otras veces —dice con cinismo.

Me cabrea, pero me aguanto.

—El futuro de mi familia depende de esto.

—¿Crees que no lo sé? ¡Pero no tengo por qué aceptarlo!

—Han pasado cinco años, Alexandre. Deberías haberlo superado —suelto, pasando la raya.

Me mira como si no me conociera y ríe amargamente, desviando su atención hacia el mar. Sé que lo estoy lastimando, pero no sé cómo actuar; aún no puedo decirle la verdad.

—Tienes razón. Iré. Porque ya no significas nada para mí, Bastian. Pero te advierto: si te acercas, me largo y me importa una mierda que se queden sin nada.

Pasa por un costado, golpeándome el hombro. Entro en la casa; mi madre está con mis hermanos.

—Irá —confirmo.

—Debo hablar con Wright —digo.

—Se marchó, pero tengo su número.

—Madre —anuncio serio—. Tenemos que hablar.

La sigo al despacho y cierro la puerta.

—¿Qué está pasando? —la interrogo.

—Tú dime.

—¿Por qué mi padre nos quiere en el mismo puto lugar?

—No uses ese lenguaje conmigo y más te vale no cometer una estupidez —me amenaza. Río con insolencia.

—No me importaría dejarte en la calle si insistes.

—¡No te atrevas!

—Seguirás chantajeándome con eso, ¿verdad? —asumo. Ella se tensa.

—Con él no, Bastian —advierte.

—Estaremos seis semanas solos. Todo puede pasar —la desafío.

Ella ríe con malicia.

—Alexandre te odia lo suficiente. Destruiste su confianza. Solo aléjate.

—No lo llevaste al médico, lo hizo mi padre. Te empeñaste en cocinar para él y lo enfermaste. No cumpliste tu parte, madre.

—Estudió en Berklee, ¿no? Déjalo así.

—Esta vez no me manipularás.

—¡Ese video aún podría hundirlo!

—Ya no tenemos esa edad. No me dejaré manejar.

—Si ocurre algo entre ustedes, te arrepentirás.

Me acerco hasta clavar mis ojos en los suyos.

—Si le tocas un solo cabello, esta vez no me detendré.

—¿Piensas retomar esa aberración?

La sujeto del brazo, rabioso.

—No es tu puto asunto.

—No te aceptará —insiste con cinismo.

—Eso ya lo veremos.

Salgo de allí, subo por mis cosas y, minutos después, me largo de esta maldita casa. Por primera vez en años, tengo un motivo que me llena de energía. Ese hombre será mío de nuevo.

Llego a mi apartamento y le comunico nuestra decisión a Wright. Le pido a Austin el número nuevo de Alexandre. Le envío un mensaje con el contacto del abogado; lo lee, pero no responde. Es difícil, el cabrón.

Sonrío. No comprendo la motivación de mi padre. No creo que supiera lo que pasó hace cinco años; no lo habría aprobado. Abro la última conversación con mi padre en el celular. Mi pecho se hunde porque no le respondí. El rencor hacia todos los que me rodeaban, incluido él, me consumió.

Mis mejores recuerdos con él son los veranos con Dominick, el padre de Alexandre. Dom era divertido; tocaba la guitarra con Dre. Eran físicamente idénticos. Esos viajes secretos eran nuestro refugio. Se terminaron con su muerte.

Fue justo dos años antes cuando surgió esto que Dre despierta en mí. Yo tenía diecisiete; él, trece. En el aeropuerto, algo de él me cautivó. Dominick tenía que sujetarlo por la gorra de la sudadera que llevaba puesta cada cinco minutos. Era inquieto, osado. Aceptaba cualquier reto solo por diversión. Por las noches, tocaba la guitarra con Dom y era el único momento en que lo veía en paz. Comencé a fijarme en su boca, en sus ojos claros.

Una tarde nos dio un susto de muerte al atraer a un ciervo. Todos corrimos, pero él reía, lleno de vida. Dom lo detuvo y, canturreando una melodía que sosegaba al enorme animal, nos pidió acercarnos. Lo hicimos dudosos. Dre quedó a mi lado. Sentí el pulso del animal bajo mi palma y luego me topé con sus ojos excitados sobre los míos, su sonrisa genuina. No pude volver a verlo de otra manera.

No entendía la atracción en el sentido que ahora, solo sabía que tenía que estar pendiente de él. Lo observaba dormir, reír, jugar. Ahí empezó todo.

Yo ya había follado con chicas, nunca tuve problemas para que estuviesen dispuestas, pero no lo disfrutaba y era tan frustrante. Después de ese verano, comprendí que no quería volver a hacerlo. Supuso un alivio y un terror inmenso.

No volví a verlo hasta que llegó a la casa con quince años. Cuando murió Dom, fue un golpe devastador. Al enterarme de que viviría con nosotros, mi corazón se detuvo. Ese verano regresé por petición de mi padre. Lo evité por miedo, porque lo que sentía regresó con una fuerza asfixiante. Lo espiaba, entraba a su

habitación mientras dormía solo para verlo. La posesividad me abrumaba.

Esa Navidad le dejé un cuaderno de partituras con cubierta de piel oscura y libros de misterio frente a su puerta. No estaba tocando entonces, pero sentí el impulso de darle algo. En Pascua, lo vi bailar solo frente a la computadora, pasear con los perros.

Ese verano ya no pude esconder la necesidad que tenía por él. Tenía veinte años y él dieciséis cuando la excitación se volvió constante. Sin embargo, era consciente de que había permanecido un año en casa, había perdido a sus padres, su vida había cambiado, aun así, su sonrisa regresó y al verla experimenté un alivio que no era normal, pero que calentó mi sangre.

Notaba su mirada sobre mí cada tanto, era como si algo de mí le intrigara y luego la retiraba reflexivo. Eso me mantuvo alerta de una forma ridícula, casi obsesa porque el hecho de que a mí me atrajera como lo hacía, no tenía nada que ver con sus preferencias. Además, pese a su edad, era ya bastante masculino, así que salvo esas miradas, no tenía idea de él.

La noche que llegué ebrio y drogado, gracias a que buscaba acallar lo que me despertaba con esa fuerza animal, Dre me demostró que yo no le era indiferente. Después de ese día, mi mundo se redujo a sus ojos y su boca. Estaba enamorado de Alexandre, y la potencia de ese sentimiento no cabía en mi pecho.

7. EL DESPERTAR DE LOS SENTIDOS

ALEXANDRE

CINCO AÑOS ATRÁS

Abro los ojos tarde; enseguida mi mente se llena de lo ocurrido en la sala de música. Me cubro el rostro, sonriendo. Esto es extraño, pero me gusta, ¿a quién engaño? ¡Se siente jodidamente bien! Me llevo una mano a los labios evocando su textura, la forma en la que nos besamos, la manera en la que me mira, que me toca.

Salgo y sé que el desayuno ya se sirvió horas atrás. Bajo descalzo, con una sudadera oscura y bermudas; entro a la cocina hambriento.

—Lex, no comiste —susurra Carola, sonriendo. Le muestro los dientes, con las manos dentro de los bolsillos. Se asoma al exterior una de las mujeres que le ayudan y asiente: no hay nadie rondando—. Ahora te hago algo, siéntate —se ofrece. En respuesta le doy un beso en la cabeza, estrujándola.

—Eres la mejor —expreso; ella ríe.

—Eres un adulador, muchacho. Anda —ordena señalando un lugar donde una de las empleadas ya sirvió un jugo.

Suelen sonrojarse si me acerco, así que evito incomodarlas, pero tengo por costumbre agradecer cada gesto y eso hago. De camino a mi puesto, tomo una manzana, la aviento hacia arriba y otra mano la intercepta. El silencio en la cocina me hace saber que es uno de los Andrews, y sé cuál exactamente.

Volteo; está tras de mí, me observa con esos ojos oscuros y la muerde con ganas. Mi respiración se ralentiza. Luego me la tiende. La agarro desconcertado.

—Apenas vas a desayunar… —comenta. El personal sigue en lo suyo. Él observa a Carola, luego a mí y sonríe—. ¿Puedes servirme también? —pregunta educado a la cocinera. Esta asiente enseguida.

—Le pondrán su puesto en el comedor, ahora le sirvo.

—No, me sentaré ahí —declara señalando el asiento libre a un lado de mi lugar—. Gracias.

Con un ademán me insta a ir hacia allá; ya le están poniendo su mantel y platos.

—¿No desayunaste? —pregunto sentándome. Niega haciendo lo mismo.

—No, dormí tarde; tuve que resolver un asunto —dice sin verme, luego bebe de su jugo y sé que mis mejillas se calientan.

Desvío la mirada y le doy una mordida a mi fruta. No hablamos prácticamente; el personal luce contrariado con él ahí y sé que si Martha lo ve, hará un gran drama. Por suerte terminamos sin contratiempos.

—Gracias, Carola —digo levantándome con mi plato. La joven que la ayuda intenta quitármelo, pero la esquivo riendo y dando un giro—. No me quedaré manco por eso —bromeo; ella se sonroja.

Sonrío y, al voltear, advierto los ojos de Bastian sobre mí. Me tenso y salgo de prisa; debo lavarme los dientes, pues quedé con los chicos en casa de Noe. Cuando cruzo la puerta de mi habitación, mi amiga me marca. Ruedo los ojos.

—Eh, Noe —saludo.

—¿Dónde mierdas te metiste? Ayer perdí por tu culpa, pedazo de cabrón —reprocha. Rio y entro al baño.

—No jodas, de todas formas nunca ganas. Ya voy para allá.

Le pongo pasta a mi cepillo.

—Más te vale que no tardes, iremos a *Wingaersheek.*

—Genial.

Cuelgo y dejo el celular en la repisa; al mirar de nuevo el espejo me topo con unos ojos oscuros, de mirada profunda. Mi respiración se ralentiza, con el cepillo a medio camino. Sonrío frunciendo la boca. Me devuelve el gesto haciéndome girar y estampa sus labios en los míos.

No logro acostumbrarme a esto, entender que es real y me está pasando a mí. Lo recibo anhelante, rodeando con mi mano libre su cuello. Succiona mi labio inferior, luego lo mordisquea y lo repasa

con la lengua. Jadeo presa de lo que me genera. Sonríe; sus manos están sobre mi cuello, sujetándome con suavidad.

—¿Quién es Noe? —pregunta sobre mi boca. Detecto la molestia.

Sonrío, lo hago retroceder con una mano sobre su pecho fibroso.

—Una amiga —respondo divertido.

Entorna los ojos y me acerca por la cadera.

—Estás conmigo, Dre, no lo olvides —reclama rozando mis labios de nuevo.

—Ya… —digo empujándolo, riendo ante su posesividad.

Me giro y comienzo a lavar mis dientes. Enreda sus manos en mi abdomen mientras lo hago, esconde su rostro en mi cuello, repasando con su nariz mi piel que se eriza. Enjuago mi boca con prisa, entonces me volteo y vuelvo a besarlo con ganas.

Es sencillo dejarme llevar por Bastian.

—¿Saldrás? —quiere saber cuándo busco respirar.

—Sí —respondo sin saber dónde poner las manos.

Todo esto es raro, pero en el buen sentido; me hace sentir paz, como un descanso, porque con Bastian mi cuerpo tiene estas ganas de acercarse, de sentir como con nadie me había ocurrido, sin forzarlo.

Él mantiene las suyas enredadas en torno a mí. Se da cuenta, toma mis dedos y los coloca sobre su cuello, luego sujeta mi muñeca y hace lo mismo. Sonrío nervioso. Pasa su nariz por la mía, luego roza mis labios con suavidad.

—No cenarás aquí… —comprende. Niego buscando sus ojos. Asiente acariciando mi cabello—. Te veo en la playa, a las siete —propone.

—*OK* —acepto.

Vuelve a besarme y siento que me derrito, que podría vivir sobre su boca sin necesitar nada más. Acaricia con sus labios mi cuello y se aleja.

—Te llevo, vamos.

Arrugo la frente, negando.

—No, puedo ir solo.

—Anda, tengo que hacer unas cosas en la ciudad —me busca convencer.

—¿Seguro? —pregunto desconcertado.

—Muy seguro, te veo afuera —conviene y se va.

Detiene el auto en casa de mi amiga. Observa el lugar con interés. Ya están los cuatro afuera, aventándose. Sonrío rodando los ojos.

—Gracias —murmuro y, cuando planeo abrir la puerta, me detiene por la mano.

—¿Ellos qué? —cuestiona.

—Eres un fisgón, Bastian —bromeo. Sonríe ante mis modos pero espera la respuesta—. Son hetero, relájate —pido soltándome. Se ríe permitiéndome salir.

—Diviértete, Dre —dice con la ventanilla abajo agachándose un poco.

Asiento y me voy corriendo hasta ellos. En cuanto me ven acercarme, se echan encima de mí. Escucho cuando el auto se aleja.

—¿Quién te trajo? —pregunta Oliver, viendo en dirección a donde me dejó segundos atrás.

—Bastian —respondo como si fuese cualquier cosa.

Mi amiga arruga la frente; le he hablado de él, sobre lo ocurrido hace un año, y enseguida lo conecta.

—Es un V8 —silba Justin. Me encojo de hombros. Los autos me importan una mierda.

—¿Vamos? —pregunto fingiendo demencia.

Todos olvidan el asunto; nos subimos a la van de Noe, encendemos la música a tope y comenzamos a brincar en los asientos y cantar como locos mientras ella conduce, siguiéndonos el rollo.

Corremos en las piscinas que hace la marea entre la maleza. Acabamos empapados. Noe me observa arqueando una ceja cuando ellos comienzan a jugar luchitas.

—¿Qué? —pregunto aventándole agua; se limpia el rostro con una mano y me muestra el dedo medio. Río.

—¿Por qué te trajo Bastian? —desea saber, cruzándose de brazos. Desvío la mirada, nervioso, y me encojo de hombros.

—No sé, iba de paso, supongo —respondo como si fuese cualquier cosa.

—¿Supones? —repite. La encaro. Sonríe sacudiendo la cabeza —. En aquella mansión del terror no tienen ese tipo de atenciones contigo. Además… mírate —me señala. Cruzo mis brazos y niego.

—¿Qué? —repongo rodando los ojos.

—Oh, mierda —exclama cubriéndose la boca. Me tenso enseguida—. Pasó algo entre ustedes, ¿no es así? Por eso no llegaste ayer y desapareciste —deduce asombrada.

—¿De dónde sacas eso? —gruño aturdido. Sonríe con su típica suficiencia.

Es una chica guapísima, de cuerpo asombroso, observadora, incisiva y bastante entrometida; mi mejor amiga sin duda.

—De tu expresión, te sonrojaste. Además… siempre que hablas de él lo haces diferente que de los demás.

—No es verdad —me defiendo moviendo los pies en el agua.

—Oh, sí. ¿Qué ocurrió? —insiste. Pierdo mi atención en los demás, que parecen simios alocados—. Lex… —insiste empleando ese diminutivo que usaba papá y con el que me suelo presentar.

Sacudo la cabeza, luego froto mi nuca y la enfrento. Necesito hablar de esto con alguien y sé que ella sabrá escucharme, entenderme.

—Yo… él… —farfullo humedeciendo mis labios. No me presiona, solo me observa atenta—. Ayer me besó. Joder, dice que le gusto —expulso nervioso, incrédulo aún.

Noe abre sus ojos claros, asombrada, tragándose el grito. Le doy un empujón; no me preocupan los demás, ellos saben de sus preferencias y sospechan de las mías, y sé que les da exactamente lo mismo, sin embargo, no quiero que aún sepan de esto.

—Coño, Lex —expresa en un chillido. Sonrío asintiendo y abriendo de más los ojos—. ¿Y tú qué hiciste? Coño, mierda. Bastian Andrews… Joder.

—Ya, te repites.

—Pues dime —exige dándome un empujón sin delicadeza.

—Nada, no sé.

—¿Pero le respondiste?

—Sí.

—¿Te gustó? —pregunta interesada y es que ella conoce todo sobre mí, yo de ella.

—Mierda, sí —acepto. Sonríe entusiasmada.

—Esto debía pasar, por lo que me contaste que ocurrió el año pasado, la manera en la que te cuida.

—¿Y si no es así? ¿Si está jugando? —pregunto de repente, mostrando mis miedos.

Se encoge de hombros.

—Eso no lo puedes saber sin arriesgarte. Pero si él dio el paso, lo dudo, más si añades lo que ocurrió el verano de hace un año.

Me encojo de hombros, perdiendo la atención en el sol que está en lo alto.

—De todas formas no llegará a nada. Su madre antes lo acribilla; Abraham ni te digo. Sus hermanos… terminaría en Texas o Inglaterra antes de siquiera darme cuenta, y él sin nada.

—Pues sí, está complicado, más siendo quien es, y si juntamos que vives en su casa, la cosa se pone peor. Pero, Lex, grábate en la cabeza que no están haciendo nada mal, ¿*OK*?

—Se siente bien cuando se acerca, cuando… me toca, pero no cuando pienso en las consecuencias.

Rodea mi cintura, recarga la cabeza en mi brazo. Debe medir uno sesenta y tantos, pero mi uno ochenta y dos la hace ver pequeña.

—Lo sé, me ha pasado. Solo vive el momento, disfrútalo. La verdad es que aún no me creo que ese tío sea siquiera capaz de sonreír, menos de esto que me cuentas. Es gay, joder.

—O bi —completo sintiendo algo incómodo al pensarlo.

Asiente.

—Y muy serio, el más serio de ellos hasta donde sé.

Sonrío negando.

—No, sonríe bastante en realidad —contradigo. Me sacude.

—Quizá porque se trata de ti, nada más.

—Bastian despierta cosas fuertes, muy fuertes. Mierda, estoy acojonado —confieso.

—Bueno, eso sí es un problema, Lex, más siendo tu primera experiencia —señala—. Pero no pareces interesado en nadie más, por lo general.

Me froto el rostro.

—Es que no lo estoy; siempre que pienso en alguien, es en él —explico con simpleza, frustrado.

Me sacude de nuevo.

—Estás enamorado, amigo —declara.

—Cierra el pico —le gruño; ella se ríe.

A las siete salgo de prisa; mi amiga me acaba de dejar. Cruzo el jardín por fuera y llego a la playa, camino a la izquierda y lo distingo. Va con Dash y Pax; les avienta el palo de siempre. Son incansables.

Me acerco intentando regular el ritmo discorde de mis latidos. Los perros me ven antes que él y corren hasta mí. Voltea y su seriedad cambia por una sonrisa. Le devuelvo el gesto, masajeo los cuellos de los dos y, cuando se dan por servidos, Bastian ya está a mi lado.

—¿Cómo te fue? —quiere saber.

—Bien, fui a *Wingaersheek* en *Gloucester* —le cuento quitándole el palo a Dash; lo aviento y salen disparados. Sonrío.

—No he ido —dice mientras reanudamos la marcha. Le describo entusiasmado el sitio—. Suena bien.

—Podemos ir luego, digo, si quieres igual y…

Alza una mano y sus dedos acarician mi nuca.

—Me gustaría, Dre —acepta. Sonrío alegre.

—¿Y tú? —pregunto tomando aire.

Fue con sus amigos al club, a ese al que nunca voy ni de broma. Parece que varios regresaron este verano y, hasta donde he escuchado, son una bola de tíos un tanto arrogantes, cosa que no dudo. Cuando no hay más casas, nos sentamos sobre la arena.

—Te llevas muy bien con Carola —murmura buscando mi mirada. Le sonrío asintiendo.

—Me salva el culo a cada rato —admito; ríe de forma suave.

—No debías ir por unos zapatos —me recuerda arqueando una ceja. Niego riendo, rascándome la cabeza.

—No iré por unos zapatos, odio los zapatos —aclaro con ligereza.

Sacude la cabeza.

—Solo por evitarte problemas, podrías hacerlo —propone con simpleza.

—No, no voy sucio; ayer no estaban sucios.

Su gesto se torna serio; me estudia atento, acerca su mano a mi rostro y repasa mi mejilla, mi cuello.

—Lo sé, pero quizá debas elegir las batallas.

—Yo soy su batalla; no importa lo que haga. No compraré unos para que me haga ver que no es lo que espera.

Asiente apretando la quijada y pierde la mirada en el mar.

—Quizá no se lo pones fácil —señala conciliador.

Arrugo la frente, desconcertado.

—No estás aquí; no importa cómo se lo ponga, no la complazco.

—Mi madre es una mujer obsesionada con las formas, el control; solo es darle por su lado.

Sonrío negando.

—No. Nunca le he faltado el respeto ni a ella ni a la casa, pero no seré lo que ella quiere, no puedo —declaro decidido.

Bastian se frota los rizos; percibo su irritación.

—No se trata de eso, sino de evitar enfrentamientos; luego haces lo que quieres.

—Se trata de moldearme a su manera, de ser lo que quiere, y no sucederá, Bastian —determino observándolo un tanto alterado porque no entiendo a qué viene esto. Me mira y se pasa una mano por la barbilla y su boca.

—Se trata de actuar con madurez, Alexandre, de saber elegir por qué pelear.

—¿Madurez? ¿Es en serio?

—Sí —gruñe.

Sacudo la cabeza riendo con sarcasmo.

—¿Qué? —pregunta.

—¿Hablas de madurez? Llegaste drogado y ebrio el año pasado más de una vez. Ocultas quién eres. Aquí te comportas de

una forma, allá de otra. ¿Cuántas formas tienes? Haces todo lo que piden para evitar problemas y te escondes detrás de la altanería, arrogancia y frialdad. Eso no es madurez, eso es ocultar, mentir, evadir. Bastian, eso es preferir vivir como los demás desean para evitar problemas. Yo soy como soy, lamento si eso no funciona en su vida; ni siquiera mi madre consiguió cambiarme, no lo hará Martha —le hago ver.

Sé que quizá me pasé de la línea, pero es lo que creo. Me levanto asumiendo que lo cabreé con esto y que quizá mande al diablo lo que sea que está ocurriendo entre los dos.

No doy ni dos pasos cuando me hace girar y atrapa uno de mis labios entre los suyos. Enrosco una mano en su cabello, entonces abre mi boca y me invade con fiereza, sujetando mi rostro entre sus dedos.

—Me fascinas, Dre —declara dejándome aturdido. Se separa del todo; estamos en plena playa. Pestañeo sin comprender, me observa sonriendo, luego acuna mi barbilla y repasa mi labio inferior —. Solo quiero que las cosas sean sencillas para ti, no que cambies.

—Lo sé —acepto sujetando su muñeca. Sonríe.

—Háblame de tu niñez, ¿puedes? —pregunta sentándose de nuevo; me jala y me acomodo a su lado.

Suspiro; intento no pensar en mi vida anterior, en nada antes de esta casa porque duele. Niego bajando la cabeza, evadiendo sus ojos. Busca la mano que descansa sobre mis piernas cruzadas y enreda sus dedos en los míos.

—Lo lamento —murmura agobiado.

Lleno de aire mis pulmones y volteo; me observa.

—No… Es solo que… han pasado dos años y… a veces aún puedo sentir… en la piel… su sangre, cuando le dispararon — confieso agachando la cabeza, agobiado. No suelta mi mano y yo no quiero leer lástima en sus ojos; lo cierto es que esto es algo que no le he dicho ni siquiera a Noe.

Guarda silencio casi un minuto, el mismo en el que su dedo pulgar acaricia el dorso de mi mano.

—¿Cómo fue? —quiere saber. Lo miro nervioso. Sus ojos solo muestran ternura, una que no sabía que podía existir en él y eso

calienta mi pecho—. ¿Cómo fue, Alexandre? —insiste y mi respiración se acelera un poco. Acerca su rostro y descansa su frente sobre la mía—. ¿Alguien te lo ha preguntado alguna vez? —quiere saber. Niego; sus dedos repasan mi mejilla—. Cuéntame —me pide casi en un ruego.

—Ellos… ellos discutían, lo hacían con frecuencia. Papá le hablaba sobre un viaje que haría, no recuerdo a dónde, con quién… Yo estaba con los auriculares, siempre hago eso.

Sonríe sin dejar de acariciarme.

—¿Y?

—Y… —mi respiración se acelera más, masajea mi cuello con ambas manos—. Y entonces su sangre salpicó mi cara, las manos, mi teléfono… no logré reaccionar, mi mamá gritó y… y…

No puedo continuar. Besa mis labios despacio, sigue moviendo mis dedos.

—¿Qué pasó, Dre? —insiste llevándome por aquel recuerdo de una manera sutil y cuidadosa. Aun así, mi pecho se quema, mis ojos arden.

—Su… su cabeza… —Tiemblan mis labios, mis dientes castañean. Escuché en el hospital que debían llevarme al psicólogo, pero debido a la lesión decidieron esperar—. La sangre, otro disparo. Todo era rojo y… y… el coche cayó, rodamos por el peñasco y… y desperté en el hospital, dos semanas después —termino agitado.

Bastian respira con fuerza, luego me abraza y frota mi espalda.

—Lo lamento mucho, Dre, de verdad lamento mucho que pasaras por eso —dice con sinceridad.

Mis ojos se anegan, asiento. Correspondo a su gesto y permito que mis lágrimas salgan silenciosas, que el dolor de mis recuerdos se diluya en la fuerza que empleo para no soltarlo. Creo que es la primera vez que lo hago desde que desperté aquel día.

Pasan los minutos y no nos alejamos. Se siente bien haber expulsado ese momento que a veces logra despertarme por la noche, dejar salir el dolor que me provocó su pérdida, la manera, lo que ha implicado.

Cuando me encuentro mejor, me separo; limpio mi cara con el antebrazo de manera brusca, pero me sujeta y pasa los pulgares por mis mejillas.

—Eres muy fuerte, espero que lo sepas —susurra. Niego sonriendo, agachado. Alza mi rostro y asiente—. Sí, lo eres, Alexandre.

Suelto el aire, nervioso, y volteo hacia el mar; casi al mismo tiempo mi piel se eriza, un escalofrío recorre mis piernas, luego mi columna y comienzo a tener la visión borrosa. Sacudo la cabeza.

—Debo irme —le informo buscando ponerme de pie.

El dolor aparece de la nada antes de que consiga levantarme; gimo sujetando mi cabeza con fuerza por los lados, dejándome caer de nuevo.

—Carajo —lo escucho a lo lejos. Me toma del codo para incorporarme. Intento cooperar, pero me tambaleo—. Dre, respira —pide pasando mi brazo por su hombro.

Caminamos de regreso lo que se siente una eternidad. Sudo frío, mis piernas a veces se doblan; él no me suelta y yo no logro enfocar con claridad.

—No, no puedo —consigo decir porque es como si algo se encajara en mi cerebro, perforándolo dolorosamente.

—Tenemos que llegar, por favor —ruega sin detenerse—. Ya queda poco —asegura. Los perros caminan alrededor. Chillan. Logro escucharlos a pesar del zumbido que pretende enloquecerme—. Aguanta —suplica.

Entonces siento el césped en las plantas de mis pies.

—¿De nuevo? —escucho otra voz, creo que es Austin.

—Ayúdame —pide Bastian.

Entre los dos me suben, me tumban sobre la cama y el mayor pone la pastilla en mi boca, luego me da agua y con movimientos temblorosos la trago.

—Se supone que debían irse quitando, eso escuché —apunta Bastian.

—Pues no le pasan con frecuencia que yo sepa, pero cuando me ha tocado son así.

—¿Lo han llevado al médico? —pregunta Bastian.

—No sé, mamá es la que se encarga de eso, ya sabes, pero hasta donde sé, no. Igual paso mucho tiempo con Any y los chicos.

—Qué putada —murmura el otro.

—Sí, deben ser muy fuertes para tumbarlo así.

Escucho cuando salen; me aferro a la funda de la almohada y no tengo idea de en qué momento caigo vencido.

Despierto y noto que el dolor ya se fue. Respiro hondo poniéndome boca arriba. Entonces escucho otra respiración. Asustado, volteo a mi lado izquierdo: Bastian está aquí. Abro los ojos, atónito, poniéndome tieso. De nuevo me atrevo a girar mi cabeza; la oscuridad no es tan profunda puesto que el *blackout* no está corrido. Lo observo desconcertado, nervioso. Enseguida me siento en la orilla del colchón.

Si alguien entra… Intento levantarme, pero su mano en torno a mi muñeca hace que caiga sobre la cama de nuevo.

—¿Qué haces? —gruñe adormilado, cerca de mí.

—¿Por qué estás aquí? —quiero saber. Levanta el torso; está despeinado, se frota los ojos.

—No te iba a dejar solo —murmura clavando su mirada en mí.

—Ya estoy bien —le hago ver.

Sonrío y deja caer la cabeza sobre la almohada otra vez.

—Me alegra; ahora duerme —ordena.

—Debes irte, alguien puede darse cuenta —murmuro.

—Aseguré la puerta; además nadie se fija en dónde dormimos. Buenas noches, Dre —susurra cerrando los ojos. Me incorporo de nuevo—. Joder —se queja.

—Mierda. Debo ir al baño —gruño ahora yo. Se ríe alzando la mano con gesto de que vaya.

Lavo mis dientes, cambio el vaquero por el pantalón que uso para dormir, me dejo la camiseta y, cuando estoy listo, salgo. Él ya duerme de nuevo bajo las cobijas. Esto me pone nervioso; muerdo mi labio y me cubro con las mantas también. Lo veo de reojo; está boca abajo con el rostro girado hacia el otro lado. Me acomodo de costado, dándole la espalda, e intento dormir.

De repente su mano se engancha en mi abdomen. Dejo de respirar, pero no me da tiempo ni de voltear cuando ya tengo su pecho pegado a mi espalda. Ahogo un jadeo. Besa mi cabello y respira con fuerza. Paso saliva abriendo de par en par los ojos.

—Descansa, Dre —musita como si tal cosa y yo no tengo idea de cómo coño conseguiré eso con él aquí. Me remuevo, no me acomodo—. Mierda, Alexandre —reniega y me voltea de un movimiento. Respiro rápido al verlo sobre mi pecho. Sonríe negando —. Eres una patada en el culo en la cama —murmura y me besa tomándome por sorpresa.

Sí, otra vez.

Su aliento no me molesta, sus manos aferran una de mis piernas, su lengua prueba la mía, el calor que desprende su cuerpo… y olvido todo.

Mis manos recorren su espalda, llego al elástico de su pantaloncillo de dormir y me detengo al ser consciente de su erección casi sobre la mía. Me separo aturdido; acaricia mi labio inferior concentrado, enseguida lo lame de manera sugerente.

—Eso somos nosotros, Dre —me hace ver, pasando una mano por el lateral de mi tórax.

Mis pulmones se agitan; mordisquea mis labios y comienza a viajar por la línea de mi quijada hasta llegar a mi pulso, lo lame y luego succiona. Jadeo al momento en que su mano toma mi erección por encima de la ropa para comenzar a frotarla. De mi garganta sale un sonido más ronco.

—Ese eres tú reaccionando a mí —sisea en mi oreja.

Bajo mis manos y aferro su trasero con fuerza debido a lo que me hace sentir.

—Mierda —suelto sobre su boca.

Repasa mis dientes con su lengua; yo ya no pienso. Su palma me suelta un instante para enseguida hacer a un lado el elástico y tocarme sin nada de por medio. Me estremezco.

—Eso es, Dre, solo siente —susurra yendo y viniendo. Abro los ojos, laxo, y veo que me contempla.

Sabe lo que hace y a mí nunca nadie me ha tocado. Alzo la barbilla; aprovecha ese momento para pasar su lengua cálida por mi

piel, por mi cuello, mi oreja; aterriza en mi boca y yo ya soy una puta caldera. Jadeo de forma ronca, clavando las yemas en su espalda, en sus músculos tensos. No se detiene cuando sujeto su muñeca, negando, y no puedo creer la avalancha de sensaciones que estoy experimentando.

—Córrete, quiero verte —pide sobre mi rostro.

¡Mierda! Me retuerzo, mi piel se siente caliente, me encuentro sudoroso. Levanto la cadera para profundizar su roce, exigiendo más sin planearlo, pero es que el orgasmo se está formando justo en mi vientre, en ese sitio que no deja de masajear con destreza, entonces Bastian atrapa mi gruñido en su boca, besándome con lujuria, con increíble deseo y en ese momento eyaculo con una potencia que me sacude, a la que no estoy para nada habituado.

Respiro aturdido, conmocionado en realidad después de aquel inigualable orgasmo. Acaricia mi rostro haciendo que lo mire cuando me he vaciado por completo.

—Perfecto —expresa rozando su nariz con la mía. Mi simiente está sobre mi abdomen, su mano, mi ingle y el pantalón. Paso un brazo por la frente al ser consciente de ello. Ríe y besa mi mejilla—. Anda, vamos a limpiarte y espero que ya me dejes dormir.

—Puedo solo —replico avergonzado. Niega serio.

—Quiero hacerlo —declara desconcertándome por la intensidad con la que lo pide.

Entramos al baño y cumple lo que dice en medio de roces; besa mi abdomen, repasa mi trasero. Sonrío nervioso. Pasa mi camiseta por los brazos y la avienta, luego se deshace de la parte inferior de mi ropa. Me estudia y se toma su tiempo, se muerde el labio y me besa acercando su cuerpo al mío.

—Vamos —pide tomándome de la mano para salir.

Elijo otro pantalón, me lo pongo y esta vez no cubro mi torso. Me recuesto a su lado, tieso. Lo nota y enseguida rodea mi espalda como minutos atrás, acaricia mi brazo y a pesar de lo que acaba de ocurrir, logro caer dormido al fin.

Escucho un celular vibrar; abro los ojos, adormilado. La luz se cuela por las cortinas. Bastian está a un lado de mí; su brazo cruza

mi pecho y su rostro daba a mi cuello antes de que el sonido lo despertara. Lo observo atontado. Se gira, apaga el teléfono y regresa para mordisquear mi oreja. Río silencioso haciéndolo a un lado; enseguida sus dedos me hacen cosquillas, me retuerzo y le doy un empujón.

—Sh —dice con un dedo sobre sus labios, divertido, despeinado.

Le aviento una almohada, la cacha al vuelo; me cubro con la manta. La baja, roza su nariz con la mía, para enseguida salir de la cama y de mi habitación en apenas un suspiro. Me doy una ducha, aún envuelto en la ensoñación.

8. CENTRO DE ATENCIÓN

ALEXANDRE

Llego puntual al desayuno; él ya está ahí, habla con Abraham de algo sobre el viaje. Los dos me saludan, aunque Bastian detiene sus ojos un poco más sobre mí. Ansioso, pongo todo mi empeño para evitar mostrar algo, pero es muy difícil. Se está colando en mi interior con una facilidad que me aturde. Austin choca la mano conmigo, se sienta a mi lado.

—¿Cómo seguiste? —pregunta en susurros. Asiento agradeciéndole. Me da una palmada en la espalda—. Hay una fiesta donde Collin, ¿vienes?

Es uno de sus amigos, hijo del dueño de los almacenes más prestigiosos de la costa este.

—Te aviso luego —respondo.

—Deberías ir; preguntan mucho por ti las chicas. De hecho me tienen hasta el culo con eso —se queja sin bromear; lo miro negando, tenso.

—Quizá después de lo de ayer no sea lo más prudente —interviene Bastian.

Los dos volteamos. No consigo descifrar lo que pasa por su cabeza.

—¿Qué ocurrió ayer? —pregunta Abraham, tomando de su café.

—Nada, solo la cabeza —respondo quitándole importancia.

Martha llega, se sienta y enseguida nos sirven.

—No es solo un dolor de cabeza; Austin y yo tuvimos que subirlo a su recámara —aclara Bastian, serio, imperturbable en realidad porque no parece importarle, solo recitar un hecho.

Su madre posa los ojos sobre mí de inmediato. Respiro hondo. Odio ser el centro de atención, más el de ella, que parece no necesitar incentivos para que así sea.

Picoteo la fruta, molesto.

—¿Alexandre? —pregunta con ese tono ácido que emplea cuando se dirige a mí.

—¿Sí, Martha? —respondo con helada cortesía.

—¿De qué hablan? —insiste.

Austin se mete un pedazo de fresa a la boca; Bastian me observa imperturbable. Aprieto la servilleta de lino que descansa sobre la pierna.

—Nada, a veces me duele la cabeza, eso es todo —murmuro. Abraham sigue bebiendo de su café.

—¿Entonces Bastian exagera? —inquiere desafiante.

Tomo más aire.

—Fue solo que estaba cansado —miento porque no la quiero encima de mí.

Bastian baja la cabeza y se mete un pedazo de melón a la boca. No puedo ni siquiera darme una idea de lo que piensa; eso me altera sin remedio.

—Sé claro, porque el médico que te atendió después del accidente es muy solicitado y no puede estar recibiendo pacientes por cosas menores —me reprende y no tengo una puta idea de cómo lo consigue.

—Haz la cita —interviene Abraham.

Lo miro, pero ya está masticando, revisando algo en su *iPad*, aparato que solo él tiene derecho a poner en la mesa.

—No, si no es necesaria. Quizá si dejaras de andar por ahí sin cenar, sin desayunar… haciendo quién sabe qué cosas con esos niños revoltosos. El que sean vacaciones no tiene nada que ver con seguir los horarios de esta casa, Alexandre. Así que aliméntate bien, llega temprano y seguramente eso termina.

—Sí, Martha —digo cabreado.

—Entonces no irás —interrumpe Austin.

—¿A dónde? —quiere saber su madre.

—Las amigas de Any quieren que lo lleve a la fiesta de Collin en la noche —le informa con formalidad.

—Quizá eso te haga bien y sea lo que necesitas, nuevas amistades. Vayan, pero no lleguen tarde —autoriza. Aprieto el jodido

tenedor; de repente ya no tengo hambre—. Come, Alexandre, siempre dejas la mitad—. Luego por qué se monta ese espectáculo de subirte a tu habitación —me sermonea de nuevo.

Asiento tragándome la ira que toda la puta situación me provoca.

—Anda, Lex, Martha tiene razón —apoya Abraham.

Cuando el desayuno al fin termina, lo ocurrido por la noche y al despertar se pierde en la impotencia. Debo largarme, es lo único que sé, así que camino rumbo a la puerta. Bastian me obstaculiza la salida, pero los dos sabemos que todos están allí, cerca. Lo miro tan solo un segundo, paso a su lado y salgo. Agarro mi bicicleta y me largo.

Pedaleo con fuerza hasta que mis muslos arden. Llego a casa de Noe, la aviento en el jardín y toco su ventana. Abre. Su casa es grande y de un solo piso, así que su habitación queda a un costado. Entro y se envuelve en sus mantas, adormilada.

—¿Ahora qué te dijo? —pregunta. Sabe bien la situación con esa mujer. Niego y me dejo caer en el sillón, tomo el control del juego de video y enciendo la consola sin volumen—. Bien, masacremos a estos idiotas —accede tomando el otro mando y comenzamos a jugar.

Se ducha más tarde mientras yo continúo. Mi celular ha estado vibrando en el bolsillo trasero del pantalón, pero no quiero ahora mismo hablar con él. Sé que no tiene la culpa, solo que parece no querer entender lo que ahí pasa. Haga lo que haga, saldré raspado.

—¿Ya me dirás qué ocurrió?

—Necesito que en la noche me acompañes a una fiesta —le digo, serio. Se frota la cabellera rubia con la toalla, a mi lado.

—¿Una fiesta? ¿Dónde? ¿De quién?

—De Collin —respondo mientras le exploto la cabeza a uno de los enemigos en el juego.

—Puaj, ¿es en serio? —refunfuña.

—Austin lo dijo enfrente de su madre, a ella le pareció buena idea… Pero no puedo llegar solo, me quieren montar a sus amigas —explico sin quitar los ojos de la pantalla.

—Es una patada en el culo ese pendejo, pero vale, te acompaño. Con una condición.

—¿Cuál? —pregunto distraído.

—Dale me gusta a mi foto de ayer. Ya sabes que cuando lo haces me llueven seguidores y ligues.

Le saco el dedo medio. Mis redes sociales crecen cada día y ella está obsesionada con eso de las reacciones.

—Si no te separas de mí, te etiqueto en una historia en la noche —propongo negociando.

Brinca a mi lado y se cuelga de mi cuello.

—Sí, eres el mejor.

—Y tú se supone que mi mejor amiga, pero eres una aprovechada —gruño. Se ríe.

—No seas dramático, quién te manda a ser famoso.

—Vete a comer mierda, no soy famoso —replico. Siempre discutimos por eso.

—Ya, mejor dime qué pasó en tu casa. Venías bien cabreado, ya te conozco. Qué te hizo la arpía —Me encojo de hombros—. Ya, sigues cabreado.

—Necesito tocar —suelto de repente, dejando el control al fin.

Sonríe y asiente entusiasmada. Ella también toca el piano, me ayuda a grabar y me acompaña cuando hago las mezclas. Jala mi mano, abre su ventana y grita que regresará más tarde. Tomamos las bicicletas y vamos a casa. Al llegar noto que los autos de Abraham y Martha no están, pero sí el de Bastian. Entramos con la intención de ir directo al cuarto de música.

—Alexandre —me llama él; los dos nos detenemos y volteamos. Él la estudia y luego me mira.

—Te veo luego, ahora no puedo —le hago saber retomando mi camino.

Noe me sigue; cierro tras de mí y me recargo en la puerta.

—Joder, qué fue eso —pregunta aturdida—. ¿Pelearon tan pronto? —curiosea arrugando la frente. Niego y me dejo caer en la duela. Se sienta a mi lado—. Qué pasó —quiere saber. Le cuento lo

ocurrido sin mucho detalle. Golpea con su cabeza los paneles que cubren la puerta—. Habla con él, no quería fastidiarte.

—Lo sé —acepto.

—¿Entonces?

—Quiere que acceda para evitar problemas y ahora tendré que ir a esa jodida fiesta —le hago ver frustrado.

Repasa mi rostro con la mirada y sonríe.

—Tocaré el piano un rato, ve con él. Solo se preocupó, y lleva razón, ya te he dicho que esos dolores de cabeza no son normales.

—Me partí el cráneo; el médico dijo que podían ser semanas, meses o años. Pasará y definitivamente no la quiero encima, no lo soportaría.

—Sal a buscarlo —insiste. Bufo. Me empuja por el hombro—. Anda.

Le hago caso; ella sabe entretenerse, eso lo llevo claro. Lo busco por la planta baja, le pregunto a Clark y me dice que no ha salido. Subo de dos en dos las escaleras. Su puerta está cerrada. No tengo idea de si se encuentra Austin en casa; temo tocar, pero lo hago. Abre un segundo después, se hace a un lado para dejarme pasar; ojeo el pasillo.

—No está.

Lleva puestos unos vaqueros y camiseta de cuello tipo Polo. Mi cuerpo despierta en el acto con tan solo tenerlo aquí, frente a mí. Asiento y entro. Cierra. Me llevo las manos a la nuca y lo encaro.

—Escucha —comienzo decidido, pero niega al tiempo que se acerca, me toma por el cuello y envuelve mis labios con los suyos.

El roce me despierta. Enseguida lo tomo por la cadera buscando acercarlo más. Profundiza el beso y olvido a qué vine.

—Escucha tú —murmura sin soltar mi rostro—. No sé qué mierdas pasa con ella respecto a ti, pero ¿por qué aceptaste ir a esa jodida fiesta, Dre?

Me separo un poco, confuso

—Ayer dijiste que no le llevara la contra —le recuerdo.

Sujeta mis hombros, cabreado, y me sienta sobre su cama, acomodándose a mi lado. Respira hondo; parece frustrado.

—Olvida lo que te dije ayer; tenías razón, no es lo que haces o no, es que simplemente…

—No me soporta.

—Pero lo del médico es importante.

—Cuando me dio de alta dijeron que esto podía llevar un tiempo, el golpe fue fuerte. No la quiero encima de mí —expongo agobiado.

Sonríe molesto, coloca sus codos sobre las rodillas y se frota el rostro, luego me evalúa.

—No sé qué decirte —admite negando.

—Lamento haberme ido así —digo de repente, avergonzado por mi manera de enfrentar esto.

Se yergue, voltea, acerca su frente a la mía y acaricia mi nariz con la suya.

—Estoy preocupado, pero te entiendo. Lo lamento, Dre, no quería generar todo eso.

—No es tu culpa —contesto con suavidad.

Sonríe y roza mis labios de forma sutil. Cierro los ojos disfrutando de lo bien que se siente.

—Ya pensaré en algo. No tienes que ir en la noche, no quiero a las amigas de mi hermano encima de ti, ni de coña —determina arrugando la frente. Sonrío.

—Llevaré a Noe; no se acercarán.

Acuna mi rostro, negando.

—Dudo que con eso baste, Dre —replica agobiado—. Lamento que las cosas con ella sean así, es una mujer… difícil.

—Ya, no pasa nada.

Sonríe.

—Cabreado te ves sexy —susurra así como si nada, acercándose de nuevo a mis labios. Río y lo empujo.

Sujeta mis manos con una suya y luego me acerca por la nuca para enterrar su lengua en mi boca. Es así como lo ocurrido pasa a segundo plano y solo entiendo que me estoy enamorando de Bastian.

9. EL DESPERTAR DE LA PIEL

ALEXANDRE

—¿Esa chica? ¿Noe? —me pregunta mientras repasa mis labios con su pulgar, después de una sesión de besos asombrosa. Niego divertido.

—Eres celoso, Bastian Andrews —bromeo. Frunce el ceño pero no lo niega—. Le gustan las mujeres —aclaro sonriendo. Atrapa uno de mis labios entre los dientes, sonriendo también.

—Vaya, un problema menos —murmura.

—Debo ir con ella, por cierto.

—Sí —concede besándome otra vez, y es que parece que no tenemos suficiente el uno del otro. Ahora yo mordisqueo su labio; jadea satisfecho—. Vendrán algunos de los chicos de la hermandad. Solo… no les hagas mucho caso, pueden ser pesados.

—¿Para qué los invitas entonces? —pregunto con simpleza. Acaricia mi rostro negando.

—Solo evítalos, ¿sí? —pide. Asiento poniéndome de pie.

—Como quieras, te veo luego —le digo yendo rumbo a su puerta. Me detiene y mi espalda impacta contra la pared; su cuerpo se cierne sobre el mío con una urgencia que me marea.

—Debo irme —le recuerdo sobre su boca. Asiente, pero no deja de tocarme y, además, aferra mi trasero con una posesividad que me incendia la sangre.

—Necesito saber cómo quitarte las manos de encima —confiesa con voz ronca. Beso su mejilla, con el pulso desbocado, luego lo recorro con mi boca en línea recta hasta su oreja. Suelta el aire. Me atrevo a lamer su lóbulo y a succionar con cuidado su cuello —. No ayudas, Dre —ronronea con sus manos en mi nuca, atrapándome en su propia red de caricias.

Inhalo con fuerza su aroma masculino y regreso el camino andado; me recibe con vehemencia. Pronto nos enredamos entre

jadeos, lenguas y un deseo que empieza a volverse insoportable. Entonces escuchamos pasos en el corredor y nos separamos de golpe, acalorados. Se da la vuelta con las manos en la cintura; me agacho para recuperar el aire. Siento como si hubiera corrido un maratón de sensaciones.

Voltea, se acerca, sujeta mi cadera y me coloca tras él. Pide que no haga ruido. Espera. Cuando todo queda en silencio, abre la puerta y, después de unos segundos, me insta a salir.

Paso la tarde con Noe componiendo una canción encerrados en el estudio. Me graba con mi celular, lo sube a mis historias de *Instagram*; sacudo la cabeza y, en respuesta, rodeo su cuello, sacamos la lengua y nos tomamos una foto. La etiqueto. Revisa sus notificaciones, minutos después.

—Joder, cien seguidores nuevos en veinte minutos. ¡Eres un puto Dios! —exclama. Ruedo los ojos y le saco el dedo medio.

—Interesada —gruño.

—Tienes medio millón en *Instagram*, casi uno en *TikTok*; te buscan las marcas para que las promociones, aunque los mandes a la mierda. Eres un puto Dios, Lex —insiste. Yo le vuelvo a sacar el dedo y retomo la canción, porque tocar ese tema no tiene sentido; Martha ya me lo dejó claro: soy menor de edad y necesito su permiso.

Una hora más tarde, su estómago ruge.

—Necesito comer —anuncia. Al salir, escuchamos mucho ruido; enseguida recuerdo lo que pidió Bastian—. ¿Hay una fiesta? —pregunta interesada. Niego.

—Son amigos de Bastian, de la hermandad —le digo mientras vamos a la cocina. La cena se servirá a la misma hora, pero tenemos hambre y yo casi no desayuné. Carola nos ve y sonríe.

—¿Qué les preparo? —pregunta atareada. Parece que los invitados no les dan tregua. Ambos negamos.

—Nos haremos unos emparedados —contesto acercándome al refrigerador.

—No, yo se los hago. La señora avisó que no vendría a cenar, tampoco el joven Austin; el señor tenía una cita —comenta. Sabe

que eso me libera. Sonrío y veo a Noe.

—¿De Nutella? —le pregunto. Ella asiente feliz. Carola sacude la cabeza.

—Sí, pero antes les daré uno de pavo —advierte.

—Bien, pero nosotros los preparamos —insisto guiñándole un ojo.

—Dejarán un desastre —rezonga sonriente.

—Noe lava bien los platos —bromeo. Ella me empuja.

—Jódete, los lavarás tú.

—Ya, niños, solo pónganse ahí y les pasamos los ingredientes. No avienten cosas —advierte con un cuchillo en la mano. La verdad es que solemos ser un caos. Alzo las manos en rendición. Sonríe doblegándose.

Nos preparamos los sándwiches en medio de empujones y risas; pongo una canción que estoy mezclando a volumen medio y comienzo a mover el cuerpo. Noe acaba bailando, dejando la preparación de lado. Las empleadas se divierten mientras hacen lo suyo; entonces ella me jala y nos movemos divertidos. Bailar es mi lenguaje, algo que simplemente fluye de mis huesos.

De repente, los vellos de mi nuca se erizan. Noto la mirada de una de las mujeres clavada en la puerta; volteo y Bastian está ahí, observándonos. Me detengo, mi amiga también, y retomamos lo que hacíamos. Intenta no reír, pero no lo logra del todo.

—Carola, más bocadillos, por favor —solicita educado. Entonces posa su atención de nuevo en nosotros; le doy una mordida a mi sándwich—. Al fin te veo comer algo con ganas —señala y sale de ahí después de darle un golpe al marco de la puerta. Mi amiga ríe y vuelve a bailar; yo le sigo con el emparedado en la mano.

Cuando nos dirigimos a mi habitación, un tipo que parece un ropero nos intercepta.

—Hola —saluda acercándose. Los dos nos detenemos. Parece tener alcohol en la sangre, o algo peor.

—Hola —respondo alerta, jalando la mano de Noe. Se pone frente a mí. Es rubio y masivo.

—¿Por qué se van? Vayan a la piscina. Quizá te pones un bikini, preciosa, y… —comienza, acercando la mano a su talle. Ella lo aparta de un manotazo.

Cabreado, la coloco tras de mí. Odio a los imbéciles que creen tener derecho a tocar a alguien solo porque se les antoja.

—Yo creo que no. Tenemos cosas que hacer.

—Oh… cosas que hacer. Podría acompañarlos —propone con doble intención y acerca su mano a mi rostro. Me alejo.

—Vamos —apremio a Noe. El tipo me detiene. Me suelto de un tirón. Sonríe. Por qué mierdas estos tíos parecen cortados por el mismo patrón de arrogancia.

—¿Vives aquí? —quiere saber.

—Rolan, vamos afuera —escuchamos la voz gruesa de Bastian. Luce tranquilo, pero sus ojos están fijos en el tipo.

—Ya, ¿este par no viene? —pregunta interesado.

—No. Vamos.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta el tal Rolan.

—Es Alexandre. Vamos —lo apremia Bastian, ya a su lado. Son casi de la misma estatura, pero este tipo tiene músculos exagerados, a diferencia de los de Bastian, que son fibrosos y funcionales.

—Oh, ¿y la muñeca? —insiste arrimando la mano a la mejilla de Noe. Ella lo aparta otra vez. El idiota se enoja. Me importa una mierda, sé defenderme. Bastian lo toma por los hombros.

—Son menores. Vamos afuera —pide. Rolan asiente, no sin antes observarme de forma depredadora. Bastian me mira de reojo —. Anda —repite. Sujeto la mano de Noe y subimos deprisa.

—Los dos están para darles —escucho al pendejo cuando ya estamos fuera de su campo de visión.

Mi amiga y yo nos miramos asqueados. Nos encerramos y ella me brinca encima de la espalda.

—Qué asco… pero luego Bastian… —exclama riendo. Me la sacudo.

—Bájate, me ahogas —exijo moviéndola divertido. Obedece y se ubica frente a mí con las manos en la cadera.

—Si me gustaran los hombres, ya me habría mojado las bragas ese tío tuyo —asegura.

La hago a un lado, riendo.

Entonces tocan; la puerta se abre. Bastian entra y cierra tras él. Nos observa.

—¿Están bien?

—¿Lo dices por el ropero sin cerebro? Sí, gracias —responde Noe. Froto mi frente negando. Bastian asiente, evaluándome.

—No bajes hasta que se vayan a la fiesta, ¿sí?

—O sea que por tu reunión de machos alfa envueltos en testosterona estamos aquí atrapados —gruñe ella.

—Puedo llevarlos a otro sitio —se ofrece; lo noto tenso.

Niego.

—Yo voy al baño —avisa mi amiga, dándonos intimidad. Bastian aprovecha, jala un pliegue de mi camiseta y me acerca.

—¿Por qué te juntas con ellos? —pregunto casi sobre su boca, mientras sus manos sujetan mi cadera.

—Si te tocan, los descuartizo —pronuncia con una frialdad que me hiela la sangre. Lo miro a los ojos.

—¿Por qué harían eso? —necesito saber.

—Porque si les gustas, les da igual lo demás —explica. Busco poner distancia, desconcertado.

—¿Son bisexuales? —inquiero. Me acerca de nuevo, con una mano tras mi nuca.

—No funciona así, Dre.

—¿Entonces?

Roza mis labios despacio, apenas una caricia, y luego se los humedece.

—Simplemente toman lo que quieren.

—Es repugnante.

—Solo no bajes. Rolan ya te echó el ojo y no quiero problemas; tendría que sacarlo de aquí con varias partes del cuerpo rotas, ¿entiendes? —amenaza.

Me hago a un lado, turbado.

—¿Eres como ellos? —deseo entender. Repasa mi rostro y suspira.

—Solo no salgas. Si necesitas algo, mándame un mensaje. Yo los llevo más tarde —pide con seriedad y se va.

Me quedo inmóvil unos segundos, extrañado. Mi amiga sale y arquea las cejas. Le cuento lo ocurrido.

—Solo te está protegiendo.

—¿Y si él es como ellos? —pregunto intranquilo. Me sienta sobre la cama y se acuclilla frente a mí.

—Escucha, Lex, a veces las cosas son así. Bastian no puede ir en contra de todo un sistema, de tradiciones.

—Es ridículo.

—Es lo que son. Aún intento entender cómo es que eres tan diferente si vienes de este mundo.

Arrugo el ceño.

—Yo no vengo de esto. Iba a un instituto público; mi padre quería dar el ejemplo. Estaba con quien quería.

—Con escoltas pisándote los talones.

Me encojo de hombros.

—Te acostumbras.

—No importa. Tú no eres así, y creo que eso es justo lo que él ve en ti —determina seria. No sé qué decir.

Cuando anochece, nos escabullimos. La acompaño a su casa para que se cambie y vamos a la fiesta en su SUV. Mi plan funciona y, aunque a Austin no le hace gracia verla, me importa una mierda. Bailamos; algunos me toman fotos y videos que mañana estarán circulando. Es la parte amarga de lo que hago, pero trato de ignorarlo.

Mi celular vibra. Tengo un montón de mensajes de Bastian. Me alejo del ruido y leo el último.

Bastian: *Te estaré esperando.*

Lo guardo sin responder. Seguimos bailando y, cuando Austin avisa que es hora de irnos, me despido de Noe. Al llegar a casa, subo las escaleras de dos en dos. Entro a mi habitación, tiro los zapatos y enciendo la luz. Está sobre mi cama, con un brazo tras la cabeza; su bíceps se marca con fuerza. Sonríe. Aseguro la puerta.

—Eres un desastre —susurra divertido, mirándome con una intensidad que me hace vibrar.

—Yo… me daré una ducha —anuncio, alejándome porque reaparece ese nerviosismo que él nunca parece sentir.

Me meto bajo el chorro de agua y entonces la puerta se abre. Giro aturdido. Está desnudo. Me quedo petrificado, incapaz de dejar de recorrer cada centímetro de su anatomía perfecta. Reparo en su excitación y mi respiración se detiene.

Es… impresionante.

Nunca había visto a otro hombre así; en las duchas del instituto no ocurre o simplemente no me fijo. El hecho de que esté aquí, conmigo, desnudos, vuelve todo irreal.

—No pasará nada, tranquilo. Solo quiero un tiempo contigo —aclara, alzando mi rostro con su dedo índice. Asiento pasando saliva con dificultad—. También me gusta lo que veo —asegura y me besa.

Le correspondo pasando las manos por su espalda y su cuello. Él enreda sus dedos en mi cabello y el beso se profundiza. Suelta mi boca y comienza a besar mi mejilla y mi oreja; gimo. Se desliza hacia mi pecho y mi respiración se agita aún más. Alza el rostro. Sonreímos.

—Dime si deseas que pare —susurra.

—Quiero… quiero tocarte —suelto, apenas en un hilo de voz. Asiente, toma mi mano y la guía hacia él.

La sensación me abruma. Bastian se muerde el labio sin apartar sus ojos de los míos.

—No hay reglas, Dre —susurra con suavidad.

Comienzo a acariciarlo despacio; él apoya su frente contra la mía. Su erección se vuelve aún más firme bajo mi tacto. Me gusta sentirlo en mi palma, conocer su textura. Se acerca a mi boca e inhala con fuerza. Me enloquece saber que soy yo quien lo tiene en ese estado.

Cuando agarro un ritmo constante, me guía. Se estremece. Busco sus labios y, al mismo tiempo, sus dedos me envuelven a mí. Jadeo aturdido. Sonríe complacido. Mi espalda termina contra los mosaicos mientras nuestras manos y bocas hacen su parte.

Aferra mi trasero con fuerza, mordisquea mi boca. Vamos más rápido; su tacto me quema, estoy a punto de estallar. Bastian se agita, me besa con mayor exigencia y entonces deja salir un sonido gutural, sacudiéndose sobre mí. Casi enseguida lo alcanzo; apresa mi boca y gemimos juntos, absorbiendo los últimos espasmos del placer.

Mi corazón late con furia. Me abraza en plena laxitud.

—¿Estás bien? —pregunta en mi oreja. Asiento, lo beso y repaso sus labios.

—No estás jugando conmigo, ¿verdad? —pregunto de pronto. Su gesto se vuelve serio; enmarca mi rostro con ambas manos.

—Eres lo único cierto que tengo —responde. Sonrío—. ¿Me crees?

—Sí —acepto aferrando sus muñecas—. Solo que hoy...

—Lo sé, pero no soy ellos y tampoco puedo evitar que hagan lo que hacen. ¿Comprendes? —pregunta serio. Asiento—. ¿Te divertiste? —curiosea. Toma un poco de champú, me hace girar y empieza a frotar mi cabeza. Río.

—Sé bañarme solo —digo divertido. Mordisquea mi hombro.

—Lo sé, pero quiero hacerlo yo.

Hablamos un poco sobre la fiesta y, al terminar, nos tumbamos en mi cama. Me abraza por la espalda. El silencio es perfecto.

—Bailas increíble —susurra. Me río—. Me puse duro solo de verte —termina. Niego avergonzado. Se gira y queda sobre mí. La intensidad de su mirada me incendia.

—Me gusta estar contigo —admito.

—No te dejaré muchas opciones, Dre —determina y me besa despacio.

Los días pasan. Sus padres se fueron hace más de una semana. Austin casi no está durante el día. Bastian pasa la mayor parte del tiempo en mi habitación; se interesa por lo que hago y se muestra admirado por mis canciones. Me acompaña a tocar el violín, el piano o la guitarra mientras él lee o duerme en el sofá. Le enseño a leer partituras en aquel cuaderno de cuero que ahora sé que él dejó en

mi puerta, junto con los libros que tanto me gustaron. Es culto, sabe de todo, y me encanta escuchar sus respuestas extensas.

A veces solo nos tumbamos en la cama a jugar con nuestras manos o a hablar en silencio. Caminamos con los perros cada noche; más de una vez regresamos empapados. Bastian es serio en extremo, pero conmigo parece otro; se suelta, sigue mis locuras.

Hace unos días logré sujetar una gaviota; él no se atrevía a tocarla, pero cuando lo hizo, se asombró. El animal me picoteó y lo solté. Fue una de las pocas carcajadas que le he escuchado, y me la guardé en el pecho como un tesoro.

Estar a su lado es fácil. Noe lo sabe; a veces me lleva a su casa y me besa frente a ella. He salido poco con los chicos, pero ella me cubre siempre. El tiempo se agota; él regresará a su vida y no sé qué haré cuando no esté. Duerme conmigo y la intensidad aumenta. Me tomó con la boca hace dos noches; tuve que cubrirme el rostro para no gritar de éxtasis.

Ayer lo hice yo. Ansiaba tenerlo entre mis labios. Todo es nuevo, cada palabra, cada roce, y siento como si hubiera vivido en un mundo paralelo hasta ahora. Bastian dudó cuando le dije que necesitaba probarlo; quería ir despacio, pero yo lo deseaba con una urgencia que no comprendía. Cuando estaba por terminar, intentó apartarse, pero no lo solté y lo probé por completo mientras explotaba.

—Joder contigo, Dre —gruñó sudoroso. Limpió la comisura de mis labios y me besó con lascivia.

—Si algo no quiero, te lo diré —prometí—. Pero te necesito.

—Y yo a ti. No tienes idea de cuánto —declaró.

Caminamos entre las piscinas de marea mientras lanzamos piedras al agua. Me tumba y mi bermuda se empapa. Estamos en *Wingaersheek*, solos, alejados de todo. Se siente como otra realidad. Persigo gaviotas, giro riendo y se me ocurre una tonada. Comienzo a saltar. Me atrapa. La tarareo, sonríe, lo beso.

—Escucha —le digo.

—¿Qué? —pregunta. Canturreo moviendo los pies a un ritmo constante—. Eres imparable —señala. Bastian empieza a seguirme el

paso; nuestros cuerpos se dejan llevar. Olvida la vergüenza y baila conmigo—. ¿Ves? Lo llevas en la sangre, Alexandre —dice asombrado cuando nos detenemos.

—Es como si la música viviera dentro de mí —admito. Me jala y me besa. Su boca es algo de lo que jamás tengo suficiente.

Cuando el sol comienza a caer, contemplamos el rastro dorado sobre el agua. Él me abraza por la espalda, apoyando su rostro en mi hombro.

—Tu mente es libre —dice con suavidad.

—La tuya parece una biblioteca interminable.

—Me alegra que te sirva de algo —responde.

—He aprendido más contigo que en el colegio, te lo aseguro —bromeo. Recarga su frente en mi sien.

—No tengo idea de cómo lo estás consiguiendo, Dre, pero me estás cambiando —declara.

—¿Puedo preguntarte algo?

—¿Desde cuándo pides permiso?

Río dándole un codazo.

—Es una duda —aclaro un tanto avergonzado.

Desde hace unas noches no la saco de mi cabeza y necesito saberlo de sus labios.

—Dime —responde calmado, sin soltarme mirando al frente. Las gaviotas y pelicanos aprovechan que el sol se está yendo y cazan más peces.

—¿Cómo… Quiero decir —Humedezco mi boca. Sé que está interesado, pero yo no me atrevo—. Mierda, ¿duele? —expulso de repente.

—¿Qué? —quiere saber. Paso una mano por mi frente, avergonzado. Busca separarse; lo detengo.

—No, si lo haces no me atreveré.

—*OK*, ¿estamos hablando de lo que imagino? —pregunta intrigado, aunque también relajado y divertido. Asiento sin voltear. Respira hondo.

—¿Duele… que te penetren? —suelta dejándome peor porque no lo hace ver como algo sucio, o malo, si no como algo normal.

Tomo aire y asiento de nuevo. Besa mi sien y vuelve a recargarse en mi hombro—. ¿Quieres? —indaga.

—No lo sé, nunca he estado con alguien. Hasta hace dos años creí que simplemente las chicas no me llamaban la atención, mi madre decía que era por la edad, la música siempre ocupa todos mis pensamientos, luego… luego el accidente. Pero ahora… —humedezco mis labios y lo veo de reojo—. Sé que me gustas tú. Y ninguna mujer —enuncio.

Repasa con su nariz mi oreja, mi cuello y se detiene haciendo girar mi rostro con una mano.

—Podemos experimentar lo que quieras, Dre —accede clavando su atención en mis ojos—. Pero si yo te tomo, prometo que haré todo para que lo disfrutes.

Sonrío nervioso.

—¿Tú, a ti? Quiero decir… ¿Cómo sabes qué prefieres? —curioseo.

Se encoge de hombros.

—Sé que quiero tomarte, Dre, que quiero hacerte mío. Nunca había tenido esta necesidad por nadie —acepta con simpleza—. ¿Tú, qué deseas? —indaga.

Sonrío torciendo los labios.

—Te quiero… dentro de mí —declaro con sencillez, porque es la verdad, no lo pienso de otra forma aunque quizá deba probarlo. Me suelta y se ubica enfrente, estudia mi rostro con cuidado, luego coloca sus manos en la parte alta de mi cuello, a los lados de la clavícula.

—Y yo quiero lo mismo… —susurra. Sonrío nervioso—. Cuando estés listo para eso —completa.

Rodeo sus muñecas con mis dedos, mirándolo con intensidad.

—Quiero, lo quiero contigo —aseguro sin duda alguna. Asiente sonriendo de forma suave.

—No quiero que hagas nada de lo que luego te arrepientas.

—Los chicos del colegio tienen sexo, y a veces con cualquiera, ¿por qué me arrepentiría? —lo confronto.

Repasa mi labio inferior con el pulgar.

—Porque para mí tú eres especial, no cualquiera. Quiero que estés listo, que no lo olvides nunca pero que lo hagas por las razones correctas.

—Ya no podré olvidar estos días, Bastian —le hago ver convencido. Sonríe.

—No lo entiendo aun, pero me embrujas. Probaremos lo que tú quieras, ¿de acuerdo? Tú mandas —murmura acercándose. Asiento perdido en su boca. Sonríe lánguido y me besa.

Por la noche aparece ya que la casa está en silencio. Estoy chateando con mis amigos, quieren ir mañana a ver una película. Asegura la puerta como siempre. Dejo el celular en la mesa de noche; estoy agotado. Se mete bajo las cobijas y se acerca para rodear mi abdomen.

—Mañana iré a ver una película con los chicos —digo adormilado. Aspira el aroma de mi nuca, mi piel se eriza.

—Me parece bien —ronronea dejando besos allí, mismos que empiezan a encenderme.

—¿Tú qué harás? —quiero saber, girándome un poco para besarlo. Succiona uno de mis labios, con cuidado, luego el otro. Jadeo.

—Ya veré, tú diviértete —musita concentrado en lo que hace. Enreda su mano en mi cabello y profundiza el roce.

Me dejo llevar porque no puedo resistirlo. Repasa mi torso yo su espalda. Llega al elástico e introduce su mano. Aspiro con fuerza cuando me envuelve. Sonríe contra mi boca.

—Soy adicto a tus reacciones, Alexandre —susurra.

Entonces empieza a bajar mis pantalones junto con el bóxer, me deshago de ellos y busco los suyos para estar igual. Se los quita y los avienta fuera de la cama.

Cuando pienso que me tocará de nuevo, se sienta y me jala, entonces busca mis labios, lo beso y me acomoda a horcajadas sobre su regazo consiguiendo con ello que nuestras excitaciones se toquen. Rodea mi espalda con una mano, la otra acaricia mi cabello mientras jugamos con nuestras lenguas.

Lo provoco, sonríe y me acerca por la nuca para enterrar su lengua en mi interior.

En medio de estos roces, noto que su mano busca algo en la cama, me separo para ver lo que sujeta. Es un tubo de lubricante. Busco sus ojos, me mira mientras lo abre.

—¿Qué quieres, Dre? —cuestiona atento a mi expresión. Aspiro con fuerza, muerdo la parte interna de mi boca y dejo salir el aire, decidido.

—Quiero saber qué se siente tenerte adentro —respondo nervioso y expectante. Acaricia con su mano libre mi mejilla, repasa mi labio inferior atento.

—Entonces iré despacio —promete buscando duda en mí. Asiento pasando saliva, confiando en él. Sigo sus movimientos; se unta en los dedos el líquido transparente y lo calienta. Con su otro brazo me acerca más, suelto el aire dejándome hacer.

Sé que así estoy totalmente expuesto y me gusta, pero eso no evita mi expectación mezclada con nerviosismo. Sujeto sus hombros, sonríe complacido y no puedo evitar tensarme al sentir cómo repasa la línea de mi trasero. Mordisquea mi labio, cuando lo suelta, lo lame.

—Esto es para disfrutar, ¿sí? No te lastimaré jamás —promete y comprendo que no solo se refiere a este momento.

—Sí —consiento buscando su boca, confiando en él.

Su dedo aterriza justo en ese punto, el líquido está tibio y comienza a trazar un círculo constante, a esparcir el lubricante por mi apertura. Gimo. Es novedoso y que sea Bastian quien hurga en mí, me excita muchísimo.

Besa mi cuello con suavidad, aunque también con demanda, lo mordisquea mientras continúa haciendo aquello que conforme me acostumbro empieza a darme un placer diferente.

Me abandono a él. Pruebo ahora yo su cuello en medio de las respiraciones profundas, del chasquido de nuestros labios al tocarse. Cuando olvido que está ahí salvo por la agradable sensación, empieza a introducir un dedo. Sujeto su cabeza, tenso.

—Debes relajarte, prometo que todo irá bien —asegura buscando mis ojos, los abro y recarga su frente sobre la mía—. ¿Qué

sientes? —pregunta conforme se va adentrando.

Es una intrusión que no molesta, pero no por eso deja de ser extraña y un poco dolorosa.

—Bien —murmuro, sonríe asintiendo atento a mis reacciones.

—Solo eso debe sentirse, *¿OK?*

—*OK* —repito y noto como se adentra cada vez más.

Suelto el aire, pero no me da tiempo de pensar porque me besa con lujuria, lamiendo mis labios, tomando todo lo que puede de mí. Entonces lo saca resbaloso y entra con facilidad. Su mano en mi columna vertebral sube y baja, al ritmo de sus embestidas.

—¿Ahora? —quiere saber.

Y yo empiezo a respirar de forma entrecortada porque logra dar con un punto que me enrudece hasta el grado de desquicio. Me arqueo cuando lo engancha, por puro reflejo.

—Mierda —logro decir con esfuerzo, sin voz debido a la fuerza de lo que está generando.

Besa mi garganta.

—Eso es —dice satisfecho sin dejar de estimular ese punto que me está trastornando.

Expulso líquido preseminal. Jadeo buscando su boca. Estoy volviéndome loco, a punto de explotar y no ha tocado mi miembro. Entonces introduce otro dedo, inhalo con fuerza.

—Bastian —me quejo quedito porque no sé si podré ser capaz de soportar tanto. No se detiene.

—Está todo bien, sentir eso está bien —me insta con paciencia.

La potencia se multiplica, va y viene penetrándome de una forma en la que nunca imaginé. Respirar me cuesta trabajo, empiezo a temblar, mis dientes castañean, transpiro a pesar del aire acondicionado. Mi mente está a punto de colapsar.

—Cómo me gustas, mi alma —dice sin detenerse. Niego ansioso, busco sujetar su brazo para que se detenga porque no tengo idea de cómo manejar tantas sensaciones juntas.

—No, no puedo —consigo decir. Baja mi cabeza aferrando mi nuca.

—Estás muy apretado, Dre, tan caliente —comienza a decir sobre mis labios. Me retuerzo y algo crece en mi abdomen, algo inesperado—. Mis dedos están dentro de ti y pronto lo estaré yo, solo déjalo ir —pide lamiendo mi boca.

Joder. Sus palabras me encienden más, son como un cable a la tierra donde él me tiene sometido. Niego asombrado, no logro respirar con regularidad, ese algo asciende con velocidad por mi cuerpo y no se detiene.

—Para —suplico.

—No es lo que quieres, solo déjalo ir, Dre —ruega y va más rápido, entonces los mueve dentro de mí y de mi garganta sale un sonido ronco que no reconozco, pero que absorbe con su boca.

Lo aprieto notando que estoy explotando, aumenta el ritmo y me estremezco con violencia, entonces sin entender cómo lo consigue, me corro con una urgencia que nunca había experimentado, con salvajes sacudidas que no parecen asustarlo, al contrario, me aferra con mayor firmeza y grito sobre sus labios sin recordar siquiera donde estamos.

Mi corazón ruge debido a lo que ocurrió, aún con frenesí, mi pecho sube y baja, pero él solo me aprieta a su cuerpo, conteniéndome, saliendo de mí.

Escondo el rostro en la cuna de su cuello, conmocionado, con las manos sobre sus hombros, laxas.

—Joder, Alexandre —susurra en mi oreja, acariciando mi espalda para sosegarme. Sigo temblando—. Eres único, de verdad que sí —musita con voz arrulladora.

—Austin —consigo decir, asustado.

—No está, tranquilo.

Asiento apenas.

No tengo idea de cómo lo veré a los ojos, esto me tomó por sorpresa completamente. Lo nota, así que se aleja y sujeta mi barbilla. Repasa mi rostro con su palma.

—Eh, fue perfecto —dice con suavidad.

Estoy avergonzado, me besa con cuidado.

—No sabía que podía ser así —admito aun aturdido. Niega orgulloso.

—No lo es, pero tú eres algo especial —concede. Recargo la frente en su hombro. Besa mi cabello—. Anda, vamos a que te limpies —propone. Asiento y busco alejarme, evadiendo sus ojos, pero me hace voltear—. Jamás te avergüences de sentir así, es hermoso, Alexandre, tú eres hermoso —asegura con firmeza.

Sonrío y me besa.

Pienso ir solo, pero por supuesto no sucede, en cambio abre la ducha, observándome mientras retiro mi simiente. Me quita el papel, lo avienta al inodoro y me jala hasta que quedamos bajo el chorro. Dentro me besa de forma suave, pero exigente. Respondo sin poder aún hablar. Lo nota y me deja estar.

Cuando estamos limpios, nos recostamos desnudos, coloca mi rostro sobre su pectoral y acaricia mi cabello con sus dedos.

—Eres fascinante —susurra cuando mis ojos se cierran. Hago un ruido nasal y besa mi cabeza dejando ahí sus labios.

10. FUEGO Y DEFLAGRACIÓN

BASTIAN

CINCO AÑOS ATRÁS.

Sé que duerme profundamente; continúo acariciando su cabello castaño en la oscuridad. Ese orgasmo fue impresionante, y saberme el responsable me colma de una sensación de poder a la que no estoy habituado. Sonrío besando de nuevo su cabeza.

No sé qué tiene Alexandre que ocupa todos mis pensamientos desde hace tanto tiempo.

Me embrujan sus reacciones, me aturde su creatividad, me envuelve su energía, me enloquece su boca. Es como un ser que fluye y bulle al mismo tiempo. Una mezcla adictiva de suavidad y masculinidad, a pesar de tener diecisiete años. No quiero imaginar lo que será en unos años si ahora mismo ya posee este magnetismo abrumador. Atrae; atrae aunque no lo pretenda.

Desde que descubrí que el sexo opuesto no me gusta como el mío, he experimentado, probado cosas que me han gustado, otras que no, pero con él necesito que sea distinto; no quiero arriesgarlo, abrumarlo, tampoco exponerlo.

Dre va a su paso, uno muy suyo; eso me mantiene expectante, porque no corre por seguir la corriente, sino que marca su camino y lo anda sin importarle nada más.

En mi experiencia he tenido de todo, he aprendido —no lo negaré—, por eso me encuentro en una encrucijada con él. Nos llevamos cuatro años y en esto se sienten mucho más; por otro lado, sí es menor de edad y no quiero hacer algo que luego no pueda manejar.

Lo cierto es que me lo pone muy difícil; es fuego por sí mismo y yo, a su lado, me convierto en una puta deflagración.

Me atreví a hacer esto hoy porque Austin no llegará a dormir; Any tiene casa sola y él no desaprovecha las oportunidades, ni yo.

Estas semanas han sido indefinibles; río por cosas absurdas, me encuentro contagiado por su vitalidad y alegría. Hago locuras a su lado, estupideces que jamás me habría atrevido a hacer solo o con cualquier otro, pero que con él se sienten naturales, casi necesarias.

Lo he visto bailar y me pone sin remedio; cuando toca perdido en su música, me alucina, pero cuando corre libre por la playa, se clava más hondo.

No tengo idea de si hice bien en dar el paso hace dos semanas, cuando no pude contenerme y lo fui llevando a que aceptara lo que también siente a mi lado.

Sé que no podremos ser libres para vivir lo que sentimos, que mi madre preferiría mandarlo lejos antes de que esto se sepa. Por otro lado, no tengo idea de cómo enfrentar lo que él significa para mí en mi mundo, no sin que las cosas a mi alrededor se derrumben o que lo dañen.

Sé lo que siento por él, lo tengo muy claro desde hace tiempo, pero no sé si pueda ser lo que merece. Me iré en unas semanas, él se quedará aquí y me violenta el solo hecho de pensar que alguien más se acerque durante este tiempo, que Dre deje de lado esa fascinación que ahora experimenta y busque algo más con alguien que no tenga las complicaciones que yo.

Empieza a preocuparme el futuro.

Siempre he sabido que es Alexandre, desde hace tiempo cuando descubrí por él que los hombres son lo que me atrae. Intenté, aun así, cambiarlo, pero era como navegar contra corriente cuando lo llevas tan claro, tan definido como yo. Este chico de ojos claros me tiene en sus manos y ni siquiera lo sospecha.

Por la mañana despierto gracias a la vibración del celular; lo apago y, al voltear, me encuentro con sus ojos clavados en mí. Tiene las cejas castañas, oscuras, las pestañas también, y en combinación con ese iris y su piel cremosa, impacta; más con esa boca sonrosada tan carnosa. Es una tentación.

—Duermes sin moverte siquiera —comenta relajado, con su rostro recargado en su mano y el codo flexionado.

—No puedo decir lo mismo de ti —replico. Alza el dedo medio.

Es cínico y le importan una mierda las formas.

—Es mi cama —repone.

—No, Dre; donde duermas, es nuestra —declaro metiendo un brazo bajo las cobijas para engancharlo por su torso: entonces con fuerza lo atraigo para que quede sobre mí.

Sonríe como siempre, porque es algo que hace incluso sin un motivo. Coloca los brazos a los lados de mi cabeza, extendidos. Su cuerpo desnudo está sobre el mío; los dos ya estamos endurecidos.

—Entonces debe ser complicado descansar —señala abriendo de más los ojos, mientras ahueco su trasero.

—Soy de poco sueño —rebato. Tuerce los labios.

—Mentiroso.

—Aunque fueses un tornado, no pienso dejar esta cama, ni tu culo tampoco —recalco, sujetándolo con fuerza. Sonríe y lo acerco a mis labios.

Pronto termino saciado después de que su boca me tomara y me hiciera ver estrellas gracias a esa forma que tiene de rodearme. Más tarde se va con sus amigos; voy al club, me encuentro a Austin, a conocidos de siempre… todo tan plano como suele ser: las mismas charlas, los mismos temas.

Por la tarde regreso para leer un poco; me tumbo en el sillón cercano a la entrada y, sin más, me encuentro revisando sus historias.

Sonrío al toparme con una fotografía donde sale con sus amigos haciendo caras. Son así, alocados, y por lo que he escuchado de mi hermano, encontró a los que se parecen más al chico que es.

Repaso su perfil; tiene muchos videos de él tocando, las versiones completas están en *YouTube*. Tiene comentarios por centenares. Sube otra historia; la veo. Están dentro de la sala del cine. Parece que es Noe quien lo graba, porque pasa en la pantalla un poco de la película en el momento en el que sale una canción; entonces gira la cámara y los toma bailando en el asiento.

Sonrío sacudiendo la cabeza.

—¿Qué ves? —pregunta Austin tumbándose en el sillón de enfrente.

Cierro la aplicación. Su libertad me hace desearlo más.

—Una estupidez en la que me etiquetaron. ¿No irás con tu novia? —pregunto retomando el libro.

—Más tarde, se fue con sus amigas. Por cierto, supe que te invitaron los Russeo al Caribe. ¿Qué coños haces aquí? —pregunta interesado.

—No me apetecía —respondo con formalidad.

—Por suerte me falta un año para esa mierda.

—Por suerte.

—¿Y Lex? —curiosea—. ¿Está ahí metido? —quiere saber señalando su estudio.

—No, Clark dijo algo de que salió.

Saca su celular; entonces escucho lo mismo de hace un rato.

—Ese cabrón pestañea y le caen seguidores. ¿Ya viste su cuenta? —pregunta girando el celular. Niego sin interés, concentrado en las letras que no me dicen nada—. Tiene de culo a medio colegio y él solo vive para sus cosas de música —expresa dándole *scroll*.

Me guardo la sonrisa porque lo sé bien.

—Vaya —digo con apatía.

—Algunos dicen que es porque le gustan, ya sabes… —deja la frase al aire, pero la cacho; sé que eso lo reprueba. Continúa recostado en el sofá. Guardo lo que me provoca escucharlo—. Pero no creo, la verdad. Pasamos mucho tiempo juntos y no hay nada que lo haga ver así…

—Puede ser que solo no haya dado con quien le interese —intervengo con indiferencia, pasando a la siguiente página.

—Supongo; además anda siempre con esa patada en el culo de Noe, quizá ahí hay algo —sugiere riendo—. Joder, es que mira esto —y voltea su celular. Una foto suya al lado de una chica. Arqueo una ceja sin comprender—. Se la tomó ahorita y lo etiquetó; ella no pasa de doscientos seguidores y ya tiene dos mil reacciones en minutos. Ese tío será una máquina de hacer dinero.

Lo escucho y comprendo el arrastre de lo que Alexandre tiene entre las manos, pero nunca habla de eso; no porque lo oculte, en realidad parece que no le da importancia.

—¿No tiene patrocinadores? —investigo de repente interesado, aunque finjo que no.

—Ja, le ruegan, pero mamá dice que es vulgar y no le dan permiso.

Aprieto la quijada.

—Es pesada con él.

—¿Pesada? No, es una patada en las pelotas. No te imaginas. Pero Lex se le resbala.

—La desafía —suelto para ver qué me dice.

Arruga la frente volteando.

—Haga lo que haga parece que la embarra, siempre es así. Tú viste el otro día con lo del médico. Se las ingenia para joderlo.

—¿Nuestro padre?

Austin retoma su celular.

—Ya sabes, le importa una mierda; él quiere que esté aquí, solo eso.

—Es extraño todo esto, ¿no?

—Sí, Any dice lo mismo.

—¿Sabes dónde estudiará?

—Él quiere Berklee, y siendo quien es, lo aceptarán, pero mamá ya le dijo que no.

—¿Por qué?

—¿En serio preguntas? —inquiere. Me encojo de hombros con el codo recargado en el reposabrazos y mi mano sobre la sien, leyendo—. Le sacó el asunto de su apellido, la vulgaridad, lo que se espera de él siendo de esta familia, o la de los Danworth, las obligaciones para con el dinero de su padre y esas cosas que nosotros sabemos de memoria.

—Vaya —expreso con aburrimiento, pero mi hermano, que no suele ser de muchas palabras, está muy comunicativo y pienso sacar provecho de esto.

—Sí, aunque Dominick no tenía negocios, solo una enorme fortuna en inmuebles; esa la heredará, además del dinero. Así que…

—¿Por qué le castigó la mesada? —pregunto sin alzar los ojos.

Sé que aquello parece apenas el bosquejo de un cotilleo para matar el tiempo; lo cierto es que me está dejando cosas muy claras. Se ríe.

—Es una putada. Noe canta y le pidió que la ayudara a recabar fondos para los perros callejeros o no sé qué diablos. Él accedió y se pusieron en el parque ese donde luego la gente canta y vende sus obras. Hubieras visto; la cosa se salió de control. Alguien lo puso en directo, el asunto se viralizó y en media hora aquello era una mierda de locura. Con decirte que tuvo que intervenir la policía y lo trajeron a casa. Está en algún lado el video. Espera.

Lo escucho y no sé cómo coños integrar eso. Me llega una alerta. Es de Austin. Lo abro y reviso el *link*. Él tocaba la guitarra mientras su amiga cantaba; entonces la gente se empezó a aglutinar. La mujer que graba grita su nombre emocionada y en minutos eso era un mar de personas empujándose. Alexandre les sonreía desconcertado; pronto se acercaron a él, lo jalaban y la policía llegó. Lo sacaron de ahí enseguida.

—Ves, una putada. Ya te imaginarás a nuestra madre cuando llegó custodiado. Tardó días recriminándolo en la cena. Fue agotador.

—Se expuso —replico aturdido.

—¿Alexandre? Pues sí, pero no lo hizo por eso; es como que le da igual. Te aseguro que no imaginó que se dieran así las cosas, pero ya sabes, las amistades estuvieron encima de nuestra madre; en la escuela no se habló por semanas de otra cosa.

—Por eso le quitó tres meses de mesada.

—No, solo una; además de no asear su cuarto, tenía que lavar su ropa, cosas así que le dan igual, porque sabe hacerlas el cabrón o se las ingenia. Por mucho que mi mamá busca fastidiarlo, no lo consigue —señala.

Cada cosa me deja peor; no puedo creer que el chico que tuve la noche anterior vibrando de esa manera impresionante bajo mi tacto sea el mismo. Sin embargo, encajan y algo crece aún más dentro de mí.

—¿Y las otras dos…? —investigo.

—Una fue porque Pax se metió al mar; una pata se enganchó con algo y no podía salir. Lex lo sacó y llegó tarde a la cena, obviamente empapado, y pues… sin derecho a comer esa noche y sin mesada otro mes.

—¿Mi padre no intervino?

—No estaba.

—Joder.

—Y la última estuvo buena.

—Es notorio que se entretiene contando la vida de Dre. Alzo la vista de mi libro, aguardo—. Uno de tercero se quiso pasar con Noe afuera del instituto, el hijo de Lars, Jude.

—Lo recuerdo vagamente, un pendejo abusivo que goza jodiendo gente y enseguida eso me alerta; espero que no se haya metido con él porque las cosas no serán sencillas ahí—. Pues ella lo aventó y ya sabes, drama. No escuchó o le importó un carajo, dicen que le tocó el trasero y Lex lo golpeó en la cara. Cuando se quiso defender, lo tumbó en el piso de otro golpe, sin despeinarse siquiera. Nunca se cabrea, pero ese día sí que lo hizo.

—Pero Jude sabe pelear, ¿no?

—Lex también. ¿No recuerdas que Dominick lo tenía en Krav Maga desde los cinco años? —Niego porque la verdad es que no y me deja mucho peor todo esto—. Pues eso; la madre del pendejo de Lars se quejó en el instituto, mandaron llamar a mamá, suspendieron a Lex un par de días y a Lars otro par por propasarse con Noe siendo él mayor de edad y ella menor. Otro mes sin mesada, más regaños; se ha convertido en una pesadilla la cena por eso.

—¿Jude es vengativo?

—Sí, pero no se mete con él; creo que ya sabe que con Lex no podrá. Ahora es la puta sensación en la escuela.

—Suena a que no te agrada.

Se encojo de hombros, revisando una alerta que le llega.

—Me da igual, solo que harta que suelan preguntarme por él todo el tiempo. Aunque lo que más me jode es nuestra madre; realmente busca por donde fastidiar; si no es el peinado, es la

arracada de la oreja, es que no come bien, es cómo baja vestido, si sale, si no, si llega a tiempo, si no. En serio es una putada y me tiene mareado eso. Lex es un buen tío que se quedó solo, ¿qué necesidad de tomarla con él?

—Debe ser cansado, de por sí ella lo es.

Resopla estando de acuerdo.

—Me voy, vienen por mí. ¿Aquí te quedarás?

—Fui al club, me duele la cabeza —miento. Asiente.

—Llego tarde, yo sí me voy a divertir —dice fingiendo tocar unos pechos. Es desagradable; aun así, asiento metido en el libro de nuevo.

Cuando me quedo solo, lo cierro y busco su perfil en *Instagram*. Lo repaso notando que la primera foto la subió hace un año; ha crecido exponencialmente. Me toma desprevenido. No hay pose; es él, así como lo veo a diario, pero las cosas que le dicen me cabrean, además de la admiración que le profesan.

Dejo el celular de lado. Solo de imaginar a Jude furioso me cabreo, pero saberlo dueño de la situación me saca de balance, aunque me tranquiliza. En las tres situaciones acabó metido en problemas por ayudar; reflexiono aturdido.

Recargo la nuca en el respaldo. En cuanto a lo de mi madre, eso sí que me quita paz; le queda un año aquí; si no se detiene, puede que Dre acabe por ceder y, si no, se lo joderá peor. No sé qué puedo hacer para ayudar, para hacérselo más sencillo.

Una hora después la puerta se abre. Es él; deja las llaves en donde siempre y se encamina hacia las escaleras; enciendo la lámpara que está a mi lado. Voltea y sonríe de esa forma suave que tiene, que relaja su expresión, que de por sí es accesible, además de varonil y perfecta.

—Eh —dice cuando llega a donde estoy. Le indico el sitio a mi lado. Se sienta, toma el libro y lee el título—. Los feudos, ¿en serio? —pregunta.

—¿Un concierto en pleno parque? ¿Una pelea en el colegio? —replico intrigado. Clava sus ojos claros en mí, serio—. ¿Te das cuenta de que te pones en peligro?

Se deja caer en el respaldo, resoplando.

—Ya tuve suficiente con Martha. Tú no, por favor —pide jugando con un cojín que está a su lado.

—No soy nadie para reprenderte, pero me asombró enterarme de ambas cosas. —No hice nada malo. Bueno, lo de Jude quizá un poco, pero es un imbécil; ya la había estado hostigando, es mi mejor amiga. ¿Debía dejarlo? —me cuestiona abriendo de más los ojos.

Sonrío negando.

—No, pero mi madre tardará años en perdonarte esa.

—De todas maneras no me soporta. Da igual —musita continuando con el cojín.

—Eh, voltea —solicito. Obedece. Sus ojos parecen desconcertados.

—Bastian, sé que no soy fácil, que soy una carga para tu madre, pero ninguna de esas cosas fue con la intención de fastidiarla, solo ocurrieron. Admito que lo del parque no fue la mejor idea, pero nunca pensé que eso pasara.

—¿Si has visto tus redes?

—Sí.

—Dre, es mucha la gente que te sigue; eres público, debes asumirlo.

Ríe negando.

—No, solo son cosas de internet. Me divierto, pero yo no conozco a todas esas personas. ¿Qué más da?

OK, quiero besarlo; en realidad, desnudarlo y comérmelo entero. Me dejo caer sobre el respaldo, exhalando con pesadez.

—Solo cuídate, ¿sí? Nada más —ruego volteando. Sonríe asintiendo.

—¿Cenaste? —pregunto cambiando el tema. Niega.

—Vamos, anda, yo tampoco.

Cuando acabamos —después de que me contara de qué trató la película en el comedor y de que prepararan algo sencillo—, vamos a su habitación. Se deja caer sobre su cama con desgarbo.

—Vi tus historias de *Instagram* —murmuro a su lado.

—No quiero hablar de eso —se queja, notoriamente cansado, volteando hacia mí.

—Solo quiero que le des la proporción que tiene.

—Estoy agotado de que todos me digan lo mismo, Bastian —replica en susurros. Enredo mis dedos en los suyos girando para quedar frente a frente.

—Entonces escucha lo que te dicen —insisto conciliador. Suspira atento a nuestras manos.

—No era lo que buscaba, solo lo hacía por diversión.

—¿Y ahora? —quiero saber.

—También, pero a todos parece importarles el tema. No soy eso, soy esto —explica un tanto exasperado. Lo tomo por la cadera y lo acerco a mí. Me observa con la mirada turbia. Lo beso despacio, con cuidado; responde como siempre.

—Eres ambos, y eso que has logrado es admirable; te abrirá muchas puertas, lo sé. Solo tenlo presente al tomar una decisión, la que sea. No es lo mismo que nadie te conozca a que un millón de personas sí. ¿Me entiendes? —pregunta.

—Martha no permitirá que haga lo que quiero aún, de todas maneras —expresa y su aliento acaricia mi piel. Paso una mano por su cabello, perdiéndome en su textura.

—Ya veremos, queda aún tiempo.

—La conoces.

—Dre, estás por cursar el tercer año —le recuerdo. Asiente, me toma por la nuca y me besa.

—Hoy te eché de menos —admite entre roces cargados de electricidad, de deseo. Lo pongo sobre mí notando como este sentimiento que crece por él se profundiza.

—Yo también.

Algo tengo que hacer respecto al tema de la universidad; le quedan en realidad pocos meses para definirlo; lo sabe, yo también. Quizá es hora de hablar con mi madre cuando regrese; determino cuando ya duerme desnudo casi sobre mí. Nos estuvimos toqueteando, me tomó con su mano, pero no quise ir más allá, aunque sé que lo desea tanto como yo y eso me pone mal.

11. NO SOY LIBRE

ALEXANDRE

PRESENTE

Veo su mensaje y arrojo el teléfono. Todavía no puedo creer lo que está pasando; primero, lo ocurrido en el maldito baño. ¡Joder! ¿Cómo pude dejarme llevar de esa manera? ¿Por qué no lo detuve? Debí romperle las putas pelotas, pero… cuando se trata de él, mi mundo tiembla. Descubrir que continúa siendo así me pone peor, porque debería tener instinto de supervivencia y no ser un maldito débil que sucumbe ante el único hombre que ha logrado romperme.

Pongo la música y el sonido del violín inunda cada rincón del lugar.

A lo largo de estos años, las cosas han ido bien; bueno, bien después de salir de esa casa donde Martha, durante los últimos meses, se ensañó conmigo de una manera ridícula. Sin embargo, a mí ya me daba igual. Lo que hizo Bastian logró terminar con el chico que era. Me obsesioné con Berklee y lo logré. No había más.

A escondidas apliqué para esa universidad, aunque ella me obligó a realizar exámenes para Yale y Stanford, ambas lejanas de aquí, por supuesto.

Y pasé.

Conseguí una beca gracias a lo que hago. Fue un alivio. Cuando estuve preparado, lo hablé con Abraham; le mostré mis redes, lo que he conseguido, todo, y le expliqué lo que quería. Finalmente, accedió a defenderme frente a Martha; además, me pidió rechazar la beca, pues el dinero no es problema en mi caso.

Por supuesto que eso la puso peor, al grado en que un día, después de la charla con el que era mi protector, llegó hecha una furia a mi habitación y me dio una bofetada que tuve que tragarme.

—Eres un malagradecido, lo que quiero es ver por tu futuro, pero lo único que haces es ir en dirección contraria.

—¿Por qué no me mandas con mi familia? Y dejamos esto de una vez —respondí cabreado. Después de aquel verano, ya no era tan dócil.

Se acercó furiosa.

—Ojalá pudiera borrar todas sus malditas huellas. Lastimosamente, Alexandre, no te irás de aquí aún; Abraham tiene tu custodia, yo me hago cargo de tu educación. Ahora dame el celular, me llevaré esos aparatos y no podrás entrar al cuarto de música hasta que lo diga.

—No —zanjé decidido. Sonrío con malicia.

—Si supieras la manera en la que estás en mis manos. Dámelo —exigió extendiendo la mano.

—No, si me obligas, publicaré en redes lo que aquí pasa, tu apellido estará por todos lados y sé que eso no lo soportarías.

Me estudió con odio, bajando la mano. Luego asintió.

—Bien, jugarás fuerte.

—No juego, pero no puedes hacer eso. Solo quiero ir a Berklee. Carajo, gané una maldita beca a pesar de tener el dinero para pagarla. Me largaré de aquí, ambos queremos eso, ¿entonces?

—Entonces, Alexandre, estás a mi cargo, incluso si te vas. Y como veo que es imposible hablar contigo, haré algo mejor. Mucho mejor —amenazó.

Enseguida me tensé.

Ya me había quitado el auto que su esposo me dio, ya me había dejado sin cenar, sin dinero, ya me había prohibido salir, ya me había puesto a hacer ayuda social en el instituto, puesto que si no lo hacía bajarían mis notas y eso no podía arriesgarlo. Ya había fabricado un chisme contra Noe que logró que la suspendieran. Aunque regresó, la fastidió por mí. Mis amigos le temían, la sabíamos capaz de lo que fuera.

Una noche de invierno, aprovechando que Abraham no estaba, metió a Dash y Pax al estudio de música. Mi guitarra y violín terminaron despedazados; algunas de las partituras de aquel

cuaderno que, a pesar de todo, aún era tan importante para mí, también fueron devoradas.

Como era esperado, terminó echándome la culpa por permitirles entrar.

Publiqué en *TikTok* lo que las mascotas hicieron y, sin preverlo, me regalaron las marcas más prestigiosas un violín y una guitarra.

Días más tarde, Dash y Pax amanecieron muertos y sé que fue ella. Martha sabía bien cuánto los quería. Me hundí un poco más. Esa mujer intentó arrebatarme todo cuanto pudo.

Cuando cumplí los dieciocho, comencé a aceptar colaboraciones, patrocinadores, y el dinero dejó de ser un obstáculo. Antes de que terminara el año escolar, conseguí un estudio pequeño que podía costear donde llevé mis computadores e instrumentos.

Ya no me sentía seguro en esa casa.

Una mañana nos preparó el desayuno a Austin y a mí —yo ignoraba que ella cocinara—, y lo mezcló con salmón de manera que no se percibiera.

Enfermé espantoso.

Luego comprendí que le ponía cosas a mi comida, porque a veces quedaba atontado; otras, me dolía el estómago de muerte. Dejé de comer en el comedor y Carola me hacía algo cuando lograba burlar a esa mujer, o si me las apañaba, medio me alimentaba en el instituto. Bajé de peso sin remedio.

Semanas antes de que terminara al fin el curso, iba bajando las escaleras y el dolor de cabeza, que era cada vez más frecuente en aquel entonces, llegó. Casi caigo por las escaleras. Abraham iba llegando. Asustado, me ayudó a pasar el momento y, en cuanto estuve mejor, me subió a su auto y fuimos a que me revisaran.

Hace cuatro años que lucho con esto. He conseguido evitar la operación, los medicamentos han hecho su parte, pero no siempre estoy bien y ese maldito desmayo no debía ocurrir, menos frente a él.

Me toco la cabeza. Aún duele el golpe. Mañana me revisarán para ver que no se haya complicado algo.

Después de aquella tarde, Abraham comenzó a ser más cercano, puso un alto a Martha que no pude presenciar, pero que fue claro. Mi peso preocupó al médico, así que habló con Carola para que esas semanas se ocupara solo ella de mi comida y lo hizo saber en el comedor. Funcionó.

Ese verano, en cuanto acabaron las clases, me mudé a este estudio. Está cerca de Berklee y entonces comencé a sentirme dueño de mi vida.

Me enfrasqué en la música, en olvidar a ese hombre que partió mi mundo, mi seguridad y la confianza en los demás. Porque he estado con otros, pero no consigo avanzar en ese sentido; temo una decepción, temo entregarme como en aquella ocasión y que todo explote como ese día, porque… nadie ha logrado que sienta algo siquiera cercano a lo que él me hacía sentir y lo odio mucho más por eso. Así que son encuentros casuales, donde busco satisfacción, un desahogo.

Además, debido a lo que me dedico, soy cuidadoso en exceso de con quién lo hago; ahora mismo sé que mi vida estaría en boca de muchísimas más personas que antes.

Soy consciente de que he conseguido cosas que a mi edad no son comunes y eso lleva su carga, su responsabilidad. Si un tío decide joderme, solo basta un video, una foto.

No, en ese sentido no soy libre como quisiera, pero me ha funcionado como un pretexto para escudar mi falta de ganas para sostener una relación.

BranLand, la agencia que me ayuda a manejar lo referente a mi música y el contenido —porque, aunque lo genero yo, ellos lo acomodan y pulen—, dicen que no sería problema, pero sí debemos ser cuidadosos de que ocurra con alguien estable, porque podría hundirme con la rapidez de un rayo si las cosas no se tratan con el tacto adecuado.

El propio dueño, Lucien Brow, ha hablado conmigo. Él es homosexual, es pareja de Cameron Walker, un hombre que es parte de la élite poderosa de Boston, con el que Abraham ha trabajado en algunos asuntos y se sabe que no fue sencillo; aquí eso suele estar bajo los tapetes, en el clóset, ser secreto a voces, pero ellos tuvieron

las pelotas para mostrarse. Insistió en que el hecho de manejar las cosas con la seriedad que se merecen, puede ser la diferencia. Agradecí que me lo dijera.

Lo cierto es que tengo amigos, amigas, salgo, pero no pienso arriesgar esto por nadie, ahora mismo es mi prioridad y algo estable está muy lejos de ocurrir, aunque Noe insista con ello.

Cubro mis ojos con el antebrazo.

Seis semanas. Seis semanas en ese lugar que no tengo idea de dónde queda, con él. Suena a la peor puta pesadilla de mi vida.

Sin embargo, hay situaciones que me detienen. Una de ellas es Austin; mi amigo está pasando por un momento complicado: Any quiere casarse, él no. Él desea hacer algo diferente de su vida, quiere viajar, trabajar en algo absurdo.

La última vez que lo vi fue porque me marcó; estaba en medio de un ataque de ansiedad. Lo traje aquí y pudimos hablar. La expectativa lo está consumiendo, el «deber ser», y no sabe cómo enfrentar esto, ahora seguro que menos con la muerte de su padre y Leonel aguardando a que se integre después de haberse graduado, como yo este año.

Joder. Sé que debo ir, pero ahora mismo me encuentro cabreado con Abraham y desconcertado porque no entiendo la razón para que hiciera esto.

Sé que no estaba enterado sobre lo ocurrido entre Bastian y yo años atrás, tampoco Martha; ambos me habrían corrido de casa, lo llevo claro. Él era un gran tipo, pero tengo claro que no aceptaba esas relaciones. Algunas veces que fuimos a comer, si veía a alguna pareja del mismo sexo, se mostraba molesto, al grado de cambiarse de mesa por ello, o salir del lugar. Martha… mejor ni hablemos. Si lo hubiese sabido, no estaría vivo, estoy seguro de eso.

Mi teléfono vibra. Es Adler, el tío de la disquera que quiere firmar conmigo. El mismo que presenció el arranque del imbécil de Bastian.

—Ey, lamento lo de ayer —me disculpo apenas contesto.

Es un hombre agradable, unos años mayor que yo. Sé que le atraigo, pero no ha mezclado las cosas, cuestión que agradezco,

porque, aunque no me es indiferente, entiende mi mundo y lo pasamos bien; bueno, no es lo que deseo ahora mismo.

—No te preocupes, ese tío lucía cabreado, seguro lo de su padre no ayudó.

—Seguro —miento.

—¿Cuándo podemos vernos? ¿O es muy pronto? Tú dime. La disquera está abierta a lo que desees, las colaboraciones están listas. Solo falta que aceptes, o propongas.

—Escucha, Adler, pasó algo en la familia y debo ausentarme.

—Ya, ¿cuántos días?

—Seis semanas —le informo. Silva.

—Mierda, es mucho tiempo, Lex.

—Ahora mismo no tengo cabeza para esto, no sé si haya problema.

—No, no lo hay, en lo absoluto. Estamos muy interesados en trabajar contigo, mes y medio no es tanto en este tema, menos después de la muerte de tu tutor, de tu graduación. Lo entendemos.

—Gracias, de todas maneras estaré disponible para cualquier cosa.

—Lex… ¿podríamos vernos antes? —pregunta tomándome desprevenido. Me yergo respirando con fuerza.

—¿Pasa algo?

—No, no, para nada, solo… bueno, hablar un rato, un café, ya sé que no bebes.

Cierro los ojos e invierto mis labios, dejando vagar mi atención por el estudio.

—¿Cuándo?

—Hoy, mañana. Tú dime.

—Mañana, ahora mismo estoy cansado.

—Genial. ¿Paso por ti?

—Sí, a las seis, ¿está bien?

—Cenar, perfecto. Llego a esa hora, descansa.

—Eso haré, gracias.

Cuelgo y dejo salir el aire.

Quizá es hora de dar el paso, de alguna manera debo conseguir que lo sucedido con Bastian ayer, y hace tantos años, no

me arruine para siempre, total, es solo una cena.

12. INCENDIO INCONMENSURABLE

ALEXANDRE

CINCO AÑOS ATRÁS

—Déjame en paz —le digo mientras aparto su mano de un empujón. Intento editar un video, pero me hace cosquillas, me pincha los costados.

No hay nadie, como últimamente; es domingo. Austin está en una comida con la familia de Any; nosotros fingimos que haríamos algo por nuestro lado. Solo hay una de las empleadas de guardia, pero está en su habitación. Sus padres llegan el jueves.

—Nunca —determina con rotundidad. Suelto el celular resoplando, porque es inútil, y lo empujo para que deje de molestar.

—Basta, Bastian —exijo riendo.

Se incorpora sobre un codo, negando. Me sujeta la muñeca; intento quitarlo, pero se acerca y lame mi mejilla.

—Mierda, qué asqueroso eres —exclamo divertido, limpiándome. Vuelve a hacerlo, pero ahora sobre mis labios.

—No dices lo mismo cuando te beso —expresa con suficiencia. Lo aparto, limpiándome de nuevo.

—No es lo mismo, esto es asqueroso —me quejo. Ríe y me aprisiona con las manos a los lados de mi rostro. Me retuerzo—. Deja de babearme, basta —demando, cuando sujeta mis muñecas por encima de mi cabeza y con la otra mano me hace cosquillas por debajo de la axila—. Joder, no —rujo luchando para que pare.

—Sí —dice divertido; luego, pasa su lengua por mi oreja.

—¡Basta! Joder —imploro carcajeándome. Está a horcajadas sobre mí.

—Nunca, te recorreré con mi lengua entero —amenaza. Me río.

—Estás loco —suelto agitado. Se acerca a mi rostro y sonríe con mayor profundidad. Últimamente es más así que de otra manera: goza molestándome, me besa, me provoca y, a la vez, se deja llevar por mis tonterías.

—Eso es verdad, aunque tú tienes la culpa —declara casi sobre mi boca. Enseguida, su mirada cambia; se siente todo diferente y pasa su lengua por mi labio inferior. Tomo aire con fuerza, sin remedio—. ¿Eso fue asqueroso? —pregunta con ingenuidad. Niego, buscando apresar yo sus labios; retrocede negando con un gutural sonido de garganta.

—No puedes tenerme así toda la vida —replico rendido a él.

—No es mala idea. Podría besarte donde yo quisiera, probarte, tomarte y no podrías objetar —murmura con ardor. Sus pupilas se dilatan y mi erección crece, la suya igual—. Pero prefiero que me toques también —concede soltándome.

Lo tomo por los hombros y lo hago girar. Ahora yo apreso sus muñecas; él me observa.

—Quiero que llegues hasta el final —sentencio de pronto.

Ardo por él, estoy seguro de esto. Estudia mi rostro, lo suelto y entonces se sienta conmigo a cuestas.

—¿Estás seguro? —pregunta atento a mí.

Y sé que es así. Llevamos unos días en los que ha hecho eso con sus manos; me estimula, me lleva a orgasmos que me dejan devastado, que logran hacerme estallar con brutalidad, pero hay algo dentro que exige más, que exige tenerlo en mí. Es casi una dolorosa necesidad.

Sé que se contiene, que le gusta darme placer, que yo se lo doy a él, pero siento esta ardiente urgencia de ir más allá, con él.

Asiento, perdido en sus ojos.

Sonríe, acuna mi cuello y me acerca a sus labios.

—Quiero que sea contigo, Bastian —murmuro sobre su boca, mientras nos besamos despacio. Aprieta una de mis piernas; luego, sube hasta mi cadera.

—Sabes que no puedo negarte nada, Dre, pero no quiero que te arrepientas después.

—No, sé que no pasará.

—Dolerá un poco al inicio.

—Está bien —respondo. Sacude la cabeza sonriendo, acariciando mi cabello.

—Haré lo mejor que pueda, ¿sí?

—Confío en ti —aseguro sin dudarlo ni un poco. Me besa de nuevo, se levanta conmigo a cuestas y me deja sobre la cama.

—Espera aquí —pide. No me muevo; solo quiero tenerlo. Regresa, deja un preservativo y el lubricante que ha usado sobre mi mesa de noche. Me sonríe, lo jalo por la camiseta, se gacha y vuelve a besarme al tiempo que me hinco para estar a la misma altura—. Promete que si no lo soportas me lo dirás.

Asiento sobre su boca. Él me evita y sujeta mi barbilla, apartándome un poco.

—Dilo.

—Sí, lo prometo. No soy de cristal —replico.

Lame mis labios, inspeccionando mis ojos.

—Sé lo resistente que eres, Dre, pero lastimarte no es negociable —determina. Rodeo su cuello, acerco mis labios y lo beso.

—Confío en ti —repito—. Confía en mí —le pido a cambio.

En respuesta, acaricia mi sien, mi pómulo y me besa con suavidad.

—Lo hago, Dre, más que a nadie —afirma. Busco su boca, me la ofrece y nos fundimos en un beso cálido, cargado de anhelo.

Sus labios descienden despacio por mi quijada; su lengua recorre mi piel. Suelto el aire. Llega a mi cuello y succiona con suavidad. Entonces, baja sus manos por mi costado, sujeta los pliegues de mi camiseta y la sube; alzo los brazos para sacarla por mi cabeza enseguida. Sonríe con satisfacción al pasar su palma por mi tórax.

—Me tienes loco, Alexandre —ronronea con esa voz de barítono que posee y mordisquea el pulso de mi cuello.

Jadeo de forma honda, busco quitarle también lo que cubre su pecho; él coopera y enseguida está sobre mí, piel con piel. Sujeto sus bíceps marcados, sus hombros tensos, delineando cada uno de los músculos que ya conozco a la perfección.

Sus manos viajan por mi espalda, me aprieta. Su boca está en mi garganta y yo solo puedo sentir, porque con Bastian siento más que con cualquier otra cosa en mi vida. La música deja de ser el eje de mis pensamientos y se enreda él a cambio, para adueñarse de ellos, intercambiando papeles con facilidad; simplemente mi mente no puede ir en otra dirección como acostumbra. Se concentra en sus ojos, en su tacto, en cada una de sus palabras que me hacen flotar y sentirme fuerte a la vez.

Sus dedos abren el botón de mi vaquero, sin dejar de torturarme. Lame mi clavícula, la besa y regresa a mis labios cuando baja el cierre.

Le ayudo a deslizarlo por mis piernas, poniéndome de pie. Hace lo mismo con los suyos. Muerde su labio y me aprisiona por el trasero. Sus ojos oscuros son deseo, lujuria, anhelo, y lo identifico porque siento exactamente lo mismo.

Paso los dedos por el elástico de su *bóxer* oscuro que marca sus muslos, su excitación, que se adhiere a su increíble cuerpo. Introduzco una mano, osado, y apreso su erección. Jadea de forma ronca, sujeta mi barbilla y me besa con ansiedad mientras lo acaricio como he ido aprendiendo.

—Me gusta estar loco por ti —susurra entre jadeos que le cortan la respiración.

Lo beso con mayor profundidad; quita mi mano con cuidado, se baja la prenda, luego hace lo mismo con la mía. Pronto estamos del todo expuestos. Me pega a su cuerpo caliente; nuestras excitaciones se unen. Mordisquea mis labios, cierro los ojos porque las sensaciones me están abrasando.

Su boca traza un camino placentero desde allí hasta mi oreja; luego, desciende por mi cuello, llega a mi garganta y enredo mis dedos en sus rizos oscuros. Él clava los dedos en mi cadera y continúa descendiendo.

Besa uno de mis pectorales, jadeo de nuevo con la cabeza apuntando al techo, los ojos cerrados, rindiéndome a él, a su tacto.

No se detiene. Sus manos amasan mis nalgas con posesividad y llega a la línea de mi abdomen, humedece el vello que tengo en esa zona. La antelación me somete; mis pulmones

comienzan a trabajar con esfuerzo porque, de alguna manera, el aire escasea.

Una de sus manos rodea mi glande, ejerciendo una presión perfecta. Un gruñido gutural se escapa de mi garganta mientras sus dedos se cierran y se abren con un ritmo hipnótico. Luego, siento su boca sobre mí, tomando mi punta con un lametazo lento y húmedo.

Bajo la cabeza; él me mira cuando abre la boca y lo toma por completo. Aprieto mi agarre en su cabello y arrugo la frente, quejándome por lo bien que se siente.

Sabe lo que hace. Va y viene, enredando su lengua en el lugar justo. Me estremezco, pero no cesa. Paso una mano por mis ojos.

—Mierda —logro decir con las sensaciones a tope. Se detiene lentamente, lo besa, lo lame más y se yergue. Sus ojos se conectan conmigo, sonríe y me besa de nuevo. Sujeto su cabeza acercándolo con urgencia; nos guía a la cama, hace que nos tumbemos.

Estoy absolutamente excitado, expectante; mi piel arde, la suya también. En este momento solo sus ojos y su tacto son lo que me domina.

Nos recorre hasta que nuestros cuerpos están del todo sobre el colchón mientras nuestras bocas no se sueltan, vehementes.

Rodamos en medio de toqueteos desprovistos de suavidad, memorizando una vez más cada parte de nuestros cuerpos. La música que emite la computadora acalla los sonidos de nuestros labios, los gemidos roncos que se nos escapan, el roce de las colchas cuando vamos de un lado a otro.

Entonces se detiene justo cuando está sobre mí, encajado entre mis piernas.

Busca mis ojos. Ya respiro agitado; él sonríe y me besa con cuidado. Se da la vuelta y acerca lo que trajo, abre con los dientes aquel tubo, se pone suficiente y lo deja a un lado. Mi pecho sube y baja, su palma se abre sobre mi abdomen, sujeto su muñeca.

—Cuando quieras que me detenga, lo haré —promete.

Asiento humedeciendo mis labios.

Sube una de mis piernas a su hombro. Dejo caer la cabeza y enseguida soy consciente de su dedo lubricando esa zona, haciendo

círculos, estimulándome.

Arqueo el cuello. Su mano libre acaricia mi erección, pero no la toma; solo pasa los dedos, la repasa, la seduce.

Gimo de forma gutural, besa la cara interna de mi rodilla y no se detiene. Cubro mi rostro con las manos. Mis pulmones comienzan a incendiarse; empiezo a reconocer la sensación arrolladora. Entonces, uno de sus dedos se va introduciendo.

—Tranquilo —pide con voz casi dulce, adentrándose más. Relajo esa zona que siempre se tensa ante él y lo hunde más. Cubro con uno de mis antebrazos los ojos; mi otra mano la sujeta sobre mi abdomen y enreda nuestros dedos.

Va y viene, lo engancha en aquel punto; me sacudo doblándome un poco. Aprieto su mano.

—Eso es, Dre —dice sin darme un descanso.

La intensidad me desborda; no creo que esta descarga de placer sea normal. Me entrego sin reservas a sus manos, a su voluntad; ya no hay vuelta atrás. Su cadencia es implacable, tocando una y otra vez esa cuerda interna que logra arrancarme un sudor fino.

Añade un segundo dedo.

El aire se me escapa en un jadeo ahogado, pero el roce es más excitante que molesto. Me ensancha con movimientos profundos e invasivos, entrando y saliendo, mientras su boca quema la piel de mi muslo y se detiene en mi rodilla.

—Bastian —logro expulsar ante la fuerza.

—Alexandre —susurra.

Clavo mi atención en él. Sonríe con ojos dormilones, suelta mi mano, toma el preservativo y lo abre con los dientes.

Dejo caer la cabeza. Lo saca sin detenerse en mi interior; el líquido preseminal está humedeciendo mi abdomen.

—Joder —mascullo. Se retira con lentitud, y la ausencia es un punzante vacío que me atraviesa. El clímax se atasca en mi pelvis. Afianza mis piernas, levantando la otra, dejándome completamente a su merced. Escondo el rostro tras mis antebrazos, superado por la intensidad.

—Dre —su voz es un aviso, una súplica. Alzo la mirada—. Voy a entrar. Tienes que decirme si algo te duele, lo que sea —pide en un ruego sincero.

Asiento y enseguida siento su erección, empapada y firme, rozar mi entrada. Resbala con lentitud, tanteando el borde. Mis manos están perdidas, sin saber si aferrarse o empujar. Un movimiento suave y firme lo posiciona. Y comienza a empujar, lento, despacio, con una dedicación exquisita. Aprieto la colcha con tal fuerza que mis nudillos duelen, cerrando los ojos.

—Respira, déjamelo a mí. No te haré daño —susurra. Intento soltar la tensión, pero la intrusión es mucho mayor que la de sus dedos y mi cuerpo reacciona apretando.

Una de sus manos acaricia mi vientre, besa mis muslos. Estoy enloqueciendo, lo sé. Intento soltar el aire porque no avanza, aguardando a que mi cuerpo se tranquilice; lo logro y entonces vuelve a empujar. Alzo la barbilla. Se siente un leve escozor, pero no es dolor, aunque aturde.

—¿Bien? —pregunta contenido. Asiento humedeciendo mi boca, que está seca debido a mi respiración acelerada. Soy tremendamente consciente de cómo va entrando.

Masajea mi tórax de forma tranquilizadora.

Es grande, está caliente. Ladeo el rostro buscando por todos los medios no obstaculizarlo y sigue. Cuando pasa la primera barrera, se detiene.

Respira con dificultad y yo lo necesito en mis labios, cerca. Parece leer lo que me ocurre y se entierra cada vez más. Dejo salir un sonido gutural que no reconozco como mío, doblándome.

—Bastian —le ruego abrumado como jamás lo he estado, colmado de él. Se siente jodidamente bien, pero también asusta la potencia, la invasión de su cuerpo enorme dentro del mío, la unión de nosotros de esa forma.

Baja una de mis piernas, luego la otra.

—Enrédalas en mi espalda —demanda con susurros cargados de intención. Obedezco tembloroso y entonces se acerca a mí. Pronto su rostro aparece frente al mío. Soporta su peso sobre sus codos, aunque nuestros torsos se tocan. Acaricia mi cabello con

suavidad, sonriéndome de manera tierna, posesiva y cargada de satisfacción.

Mi cuerpo es una caldera y está muy consciente de que su miembro anida dentro de mí. Repasa mis labios con su lengua, los abro y me besa con exigencia. Le sigo el paso enredando mis manos en su cabello, acercándolo cuando noto que avanza más.

La presión retorna, es constante y sé que todavía no está enterrado por completo.

No deja de mordisquear mi boca, de succionar mis labios. Transpiro; él respira con fuerza, pero sigue. Me quejo con un sonido que expulsa mi estómago.

—¿Paro? —quiere saber. Niego enseguida apretándolo con mis piernas—. Me encantas, Dre, desde hace tanto tiempo… —confiesa sobre mi boca. Entonces, de un último empujón, se clava del todo. Me doblo en respuesta; sostiene mi nuca—. Ya estoy dentro de ti —dice sin voz, solo con aire. Lo miro, agitado—. ¿Estás bien? —pregunta acariciando mi sien, mi mejilla con el pulgar, atento a mis facciones.

—Sí…

—¿Molesta? —quiere saber, agobiado.

Niego.

—Solo… solo es extraño, te siento —murmuro. Besa mis labios.

—¿Extraño bueno, o malo?

—Bueno —respondo acariciando su cuello.

Su rostro se relaja en una sonrisa genuina antes de buscar mi boca. Nos fundimos en un beso profundo, explorando y mordisqueando con una risa silenciosa vibrando entre los dos. Nos apretamos con fuerza ciega hasta que el recuerdo de su cuerpo clavado en el mío se desvanece por completo. Permanece inmóvil dentro de mí, quieto en la profundidad, usando solo su boca para secuestrar mi mente. Lo consigue sin esfuerzo, porque a su lado, la entrega es siempre absoluta.

Una vez relajado, el movimiento comienza: lento, inevitable. Mi cuerpo se tensa de inmediato. En respuesta, muerde la piel

sensible de mi cuello mientras inmoviliza mis muñecas junto a mi cabeza, clavándolas en la tela.

Dejo escapar un jadeo largo. Retrocede casi hasta el límite, solo para embestir de nuevo con más fuerza, golpeándome en lo profundo.

Gimo aturdido, sobrecargado.

Escucho su respiración cortada, conteniéndose. Su piel es cera caliente sobre mi pecho. Lo hace despacio y resbala sin dificultad.

La sensación es nueva, inexplorada, y me siento completamente desorientado ante ella, pero que sea él quien lo provoque lo convierte en algo asombroso y sagrado.

Mis muslos se cierran de golpe para atraparlo justo cuando su erección roza el nervio preciso. Un rugido grave se escapa de mi garganta, una respuesta involuntaria por el impacto.

—Estás tan apretado, Dre, joder, tanto… —gruñe sin detenerse. Me remuevo y me quejo gracias a la intensidad. Segundos después empiezo a temblar y es que la temperatura de mi cuerpo aumenta a una que no debe ser saludable. Lo escucho gemir sobre mi boca, deleitado.

Suelta una de mis manos, la introduce entre ambos y comienza a acariciarme. Abro los ojos de una.

Joder, esto ya es demasiado.

—No, no puedo —exhalo apretando sus dedos de la mano que aún está enredada en la mía, con la otra aferro su cadera—. No puedo —ruego sin poder siquiera emplear la voz, pero no se detiene porque sabe que es debido al impacto.

—Déjalo ir, Dre, está bien —me guía sin dejar de besarme, sin dejar de moverse, de tocarme.

Voy a estallar. La certeza de eso es un latigazo en mi mente. Bastian me llena por completo. Su erección es una presión sólida y abrumadora, una imposibilidad de la que no sé cómo logré abrirme.

Su mano trabaja con una precisión diabólica en mi punta, mientras sus besos se vuelven voraces, robando la poca cordura que me queda.

Esta intensidad es ilegal; estoy seguro de que el cuerpo no está hecho para esta magnitud de placer. Me encuentro aterrado. Estoy bailando en el borde de la razón, a un suspiro de perder toda noción de lo real.

Sé que mis pulmones colapsarán en cualquier momento; estoy abrumado por la intensidad, la fuerza y la posesión que experimento, esta primitiva y salvaje necesidad.

Me sacudo lleno de él, repleto de su ser.

Va más rápido. Lo escucho respirar ya sin contenerse; su mano también aumenta el ritmo en mi miembro. Estoy empapado de líquido que expulsé y lo usa para estimularme. Nuestros pectorales resbalan por la humedad.

—Bastian —consigo decir con el último bosquejo de cordura que encuentro dentro de mí.

—Sí, mi alma, solo yo —murmura y empuja con mayor exigencia.

Quiere todo lo que pueda darle, noto en este momento.

Jadeo impactado porque algo crece y crece dentro de mí sin control, algo que amenaza arrasar con todo dentro de mí. Trepa tanto que no lo contengo y entonces dejo salir un grito ronco que absorbe con su boca.

Me convulsiono con una violencia que no reconozco, lo aprieto con mayor fuerza y rujo impresionado por la potencia de la respuesta de mi cuerpo.

—Joder —se queja sin detenerse—. Dre, mierda —sisea sin parar y entonces mi cuerpo estalla de forma brutal, tanto que mis ojos se anegan. Me doblo; sujeta mi nuca y me besa de nuevo con vehemencia sin darme tregua. Mi simiente es expulsado con una violencia inédita, dolorosa, bestial.

Captura mis jadeos y mis gritos, sellándolos en su boca. Me contiene mientras los espasmos quiebran mi ser. Apenas registro que su cadencia se vuelve frenética, una embestida salvaje que me arrastra.

En consecuencia, mis uñas se hunden en su espalda como si quisiera fundirme en él. No cede, me somete con su ritmo incesante. Siento el surgimiento de su clímax; se hincha y se tensa dentro de

mí, y un rugido crudo y gutural le rasga la garganta, sacudiéndole el cuerpo de pies a cabeza.

Gira la cabeza y atrapa mi boca. Nuestros dientes castañetean con la urgencia. No dejo de apretarlo con mis muslos.

Un último golpe profundo y sé que ha explotado dentro de mí.

Niega sudoroso, con los ojos cerrados, sin soltarme; estamos tensos ambos. Mi cuerpo tirita sin lograr calmarlo. Mi nuca la sostiene una de sus manos, la otra aprieta una de mis piernas.

Afloja lentamente su agarre pasando lo que calculo es un minuto. Mi cabeza descansa sobre el colchón, no logro regular la respiración, mientras Bastian se deja caer vencido sobre mí.

No puedo moverme; me encuentro extraviado. Su respiración calienta mi cuello; tampoco lo está consiguiendo, comprendo perdido en la neblina que me comió entero.

Pasamos un rato así. Su mano comienza a acariciar mi cabello en algún momento; funciona porque empieza a relajarme, él también.

Sale de mí con suavidad. Experimento de inmediato un vacío que logra hacerme temblar de nuevo, además de un leve escozor. Me quejo. Besa mi mejilla recargando su frente en mi sien.

—¿Cómo podré recuperarme de esto? —cuestiona bajito.

Intento decir algo, pero no consigo pensar con claridad, tampoco usar mi voz. Alza el rostro, me besa despacio, lánguido.

—Todo está bien —asegura con calma, pasando su nariz sobre la mía, como suele. Luego, junta nuestras frentes y suspira—. Eres mío, hoy más que nunca lo eres —determina, y la manera en la que lo dice me hace sentir bien, porque no puedo objetar eso. Lo siento en cada parte de mi cuerpo, en mi mente, en mi piel.

Besa mi mejilla y me regala más tiempo para recobrarme.

Cuando logramos recuperarnos, se levanta, se quita el preservativo, va al baño y abre la ducha. Regresa y me tiende la mano; se la doy. Al ponerme de pie, mis piernas tiemblan. Lo nota, sonríe y me sujeta por la cadera. Recargo mi frente en su hombro.

—¿Siempre será así? —quiero saber con genuina duda, porque es demasiado y aunque mi cuerpo se recobra, mi mente no.

Respira hondo, acariciando mi nuca.

—Jamás había sentido tanto —admite. Asiento aturdido—. Pero si no quieres hacerlo de nuevo, está bien —susurra con suavidad.

Alzo el rostro, negando. Sujeto su cuello y lo beso.

—Claro que quiero, solo se siente… muy fuerte —declaro desconcertado. Besa mis labios ahora él.

—Estaremos bien, ¿me crees? —pregunta con intensidad.

—Sí —concedo.

En la ducha se hace cargo de mí, como parece gustarle, y yo estoy tan agotado y abrumado que no me opongo. Nos mudamos de ropa, levantamos aquel desastre y antes de salir de la habitación me detiene. Lo miro.

—¿Te lastimé? —desea saber—. La verdad —advierte.

—Hay como una molestia, pero estoy bien —admito. Sonríe aliviado, besa mi frente y dejamos la habitación. Necesito despejar mi cabeza.

Caminamos por la playa con Dash y Pax siguiéndonos. Me mira de reojo cada tanto, le sonrío y continuamos. La brisa marítima del verano llega a nosotros, salina, húmeda, y me encuentro deseando poder gritar lo que siento, lo que significa para mí. El miedo por la sobrecarga sensorial es reemplazado por la euforia, que de inmediato se tambalea cuando soy consciente de nuestra realidad.

—¿Qué piensas? —quiere saber, mientras arrastra sus pies en la arena. Niego bajando la mirada, con las manos en los bolsillos de la bermuda—. Dre…

Lo miro y me encojo de hombros, confuso. Aguarda.

—Solo… solo quisiera no tener que esconder esto —declaro desviando mi atención al mar.

No sé lo que piensa al respecto y puede que me esté precipitando, quizá para él no signifique lo mismo. Un miedo diferente aparece cuando lo escucho respirar hondo.

—Lo entiendo —acepta con voz apagada, así que decido no voltear—. Pero mis padres no lo aceptarán. No hay cabida para algo como lo nuestro en este lugar, Dre.

—¿Qué es lo nuestro? —quiero saber, encarándolo, un tanto agobiado.

Sonríe con tristeza y un poco de desconcierto.

—Es lo que sentimos, es que estás conmigo, yo contigo —explica, pero no es lo que deseo escuchar. Para mí eso no es suficiente—. Dre —me nombra, lo encaro—. Es una relación —concede serio. Mi quijada se tensa—. Una que no puede conocer la luz —concluye terminante.

—¿Siempre será así? —inquiero.

—No podemos abrirlo, las consecuencias para ambos serían demasiado.

—Odio tener que estar cuidando si te toco, si te veo, si quiero hablar contigo. Odio no poder dejarme llevar, tener que ocultar algo que no se siente incorrecto.

—No es incorrecto, pero tampoco es algo que nuestro entorno aceptará. Menos el mundo, que por mucho que haya avanzado, es lo que es. Lo has visto en el instituto, yo en la universidad.

—Lo sé —admito perdiendo la vista en un punto lejano. Soy consciente de que, aunque se presume apertura, la sexualidad sí termina siendo un tema de incumbencia pública y las cosas que han tenido que pasar los chicos que la aceptan no son agradables. Por lo mismo, Noe no lo abre en ciertos sitios, solo donde se siente segura —. Simplemente odio vivir con este temor de que nos descubran, de qué puede pasar si lo hacen.

—Hemos sido cuidadosos, así tendremos que continuar. No puedo arriesgarte.

—También saldrías afectado, te lo aseguro.

Se encoge de hombros.

—Prefiero eso a que se vayan sobre ti.

—Es que no tendrían que irse sobre ninguno.

—Pero lo harán —determina mirándome con fijeza.

Siento un nudo en la garganta porque sé que tiene razón, porque me jode que así sea. Esto es algo grande en mí, que crece y crece con cada minuto que paso a su lado, que me hace sentir bien.

No entiendo en qué afecta al mundo que así sea, si no dañamos a nadie.

—¿Qué pasará con nosotros? —quiero saber.

Busca mi mano, aprieta mis dedos y los suelta. Aún no pasamos de la línea de donde están las casas que, aunque se encuentran a lo lejos, podrían percatarse de lo que entre nosotros sucede con tan solo ese maldito gesto.

—Tenemos que aprender a vivir el momento, no podemos hacer promesas, Dre —declara contraído—. Quisiera poder ofrecértelas, ofrecerte todo, pero no sería real. Estos instantes son los que tenemos.

Asiento con una incomodidad doliente recorriendo mi cuerpo, pero lo entiendo.

—¿Y luego? —pregunto desconcertado.

—No lo sé —admite peinándose el cabello, que se alborota gracias a eso, a la humedad. Después se pasa las manos por el rostro—. ¿Te arrepientes de lo que pasó? —quiere saber, agobiado.

Niego con seguridad. ¿Cómo puede siquiera pensarlo?

—No, solo no puedo entender que descubrí esto y deba callarlo. Me ahoga, Bastian —intento explicar.

Baja la cabeza asintiendo.

—También me ahoga, Alexandre —concede frustrado—. Quizá más adelante. Ahora mismo eres incluso menor de edad; no es factible para ti, pero mucho menos para mí.

—Ya… Entonces, esto es lo que hay —confirmo con simpleza. Me mira y asiente impotente.

Cuando estamos solos del todo, después de comprobar que no haya nadie, enreda los dedos en mi nuca y me besa con desespero, uno que tiene que ver con lo que hablamos. Correspondo con el mismo sentimiento.

—No quiero lastimarte —declara juntando nuestras frentes.

—No soy un niño, entiendo lo que ocurre, lo sabré sobrellevar —aseguro rodeando su cuello.

Niega frustrado.

—Lo lamento, Dre —susurra. Sacudo mi cabeza y busco su boca de nuevo. Lo beso con suavidad.

—Hoy estás aquí, conmigo, solo eso importa —replico bajito. Sonríe y me abraza con fuerza.

—Sí, debe bastar, aunque no tengo idea de cómo.

Cenamos viendo una película en la sala de estar, con la pizza en medio de nosotros. Es un *thriller*, pero nos reímos cada tanto porque detectamos los errores, adivinamos lo que ocurrirá y, aun así, nos hace brincar a ratos.

—Creí que este tipo de comida no era lo tuyo —digo al notar que come con ganas.

Arruga la frente.

—Claro que sí, pero debo entrenar. Si la comiera a diario no lograría el desempeño en la cancha.

—Ya… Es que siempre noto que cuidas lo que comes —murmuro limpiándome los dedos.

—Así nos educaron, Dre —repone. Le dedico una mirada fugaz.

—Sí, lo sé —concedo arrugando la nariz. Sonríe.

—Pero tú pareces estar en tu elemento. ¿Qué comías antes de llegar aquí? ¿Hamburguesas, pizza y cereal? —bromea.

Le muestro el dedo medio. Ríe.

—Idiota, claro que no. Pero la comida era más… sencilla. Mamá siempre pedía algo como pasta normal, sin tanta cosa y en cantidades justas. No estas que apenas miden un centímetro de diámetro, un guisado con sabor poco rebuscado, ensalada… No platillos extravagantes como los que Carola prepara —explico arrugando de nuevo la nariz. Ríe de nuevo.

—Recuerdo a Dominick cocinando en la fogata, ¡qué buenas eran esas salchichas! —expresa evocando aquellos momentos que busco no traer al presente. Asiento alzando las piernas para recargar mis codos sobre mis rodillas, sin responder—. Eh, ¿no quieres hablar de eso? —pregunta interesado.

Mi atención está en la película; suspiro.

—Solo es que… parece que solo debo vivir el momento. El pasado y el futuro no son una opción que me haga sentir mejor —aclaro. Me observa, pero no dice nada.

Austin llega, nos encuentra aquí, toma una rebanada y se tumba a mi lado.

Nuestro momento terminó, comprendo.

—¿Qué coños ven? —pregunta moviendo el control para leer el título, porque ninguno de los dos respondemos—. Mierda, dicen que es buena —comenta y decide quedarse.

Cuando anochece ellos se enfrascan en sus típicas partidas de ajedrez; es casi como una obsesión que tienen. Pueden pasar horas en silencio hasta que uno gana.

La verdad es que es aburridísimo, así que opto por encerrarme en el cuarto de música. Compongo algo en el piano, acabo de editar un video, grabo otro creando esa pieza.

Sé que es tarde, pero no puedo detenerme. Ojeo el reloj: las dos de la mañana y estoy sumergido en esto que logra hacerme olvidar cualquier otra cosa.

Mi celular vibra; es él.

Bastian: *Por favor, sube.*

Dre: No puedo.

Bastian: *¿O no quieres?*

Respiro hondo.

Dre: *No lo sé.*

Admito.

Bastian: *Entiendo…*

Dejo el aparato sobre la superficie y continúo. No sé qué sucede. Tener sexo con él fue increíble, quizá lo más impactante que he vivido jamás; aún siento su aroma en mis labios, en mis pulmones. Nada, ni siquiera la sensación de vértigo que me genera la música, se ha sentido igual.

Por otro lado, entiendo que no hay modo de que lo que tenemos avance y llegue a algún punto. Pero entonces me pregunto: ¿qué sentido tiene esto?

Duele mi estómago de solo intentar asumir que seremos un secreto inconfesable. Algo que no se puede mostrar porque para el resto no está bien. Quizá el mismo Bastian no lo desee con la intensidad que yo, y eso me aterra más.

Sí, estoy enamorado, y fue inevitable. Ahora mismo no sé qué hacer con ello, porque me siento suyo como de nadie, pero… ¿de qué sirve?

Termino dormido sobre el piano cerrado. Despierto adolorido a las ocho, lo noto cuando agarro el celular. Los músculos se quejan por la postura cuando me pongo en pie.

Acabé la canción, eso sí. Sonrío orgulloso, aunque no feliz. Salgo de la habitación y me detengo; entonces, decido no subir. En cambio, tomo mi bicicleta y me voy. Necesito espacio, comprendo.

Llego a casa de Noe. Adormilada, abre la ventana.

—No jodas, apenas amaneció —se queja, pero entro.

—Son más de las ocho.

—Mierda, es de madrugada en verano, Lex. No jodas —rezonga y se hace un rollo en su cama. Entonces me observa—. ¿Quieres hablar? —pregunta. Niego. Sonríe y abre la cobija—. Anda, te ves fatal, duerme un rato más.

Dejo el teléfono en su mesilla, me recuesto y acepto su invitación. Acaricia mi espalda.

—Más tarde quiero saber qué pasó.

Asiento, perdiendo mi atención en la nada. El nudo en mi garganta no se ha ido y, aunque ansío estar con él, sé que debo protegerme debido a la fuerza de lo que estoy sintiendo.

13. NO SUBIÓ JAMÁS

BASTIAN

CINCO AÑOS ATRÁS

Ya ha amanecido hace un rato. Me froto el rostro con cansancio; no dormí, no pude. Siento un agobio generalizado, algo que me alerta y me oprime el pecho. Lo que ocurrió ayer aquí ha sido lo más increíble e impactante que me ha pasado jamás.

Dre me ha arrebatado el alma; se terminó de clavar en mi pecho al grado de inundarlo por completo. Ahora no sé qué hacer sin él, cómo me marcharé y seguiré con esa vida que he fabricado, una que se ha planeado sin sus sonrisas, sin sus ojos, sin su frescura, sin su cuerpo y sus ocurrencias.

Dejo caer la cabeza en la cabecera oscura. Sé que necesita espacio; comienzo a conocerlo con mayor profundidad y, para él, la distancia es indispensable cuando se abruma, cuando teme, cuando desea evitar una impulsividad.

Estar juntos de esa forma despertó algo en los dos. Odié las respuestas que le di en la playa, pero no sé qué otra alternativa tenemos, y eso me enfurece al grado de querer gritar, de ansiar quemar el puto planeta, de desear llevármelo lejos y empezar en un sitio diferente. ¿Pero cuál? ¿Dónde aceptarían esto sin problemas? Eso sin contar su edad y la mía, que sé que no es aún la mejor para enfrentar algo como lo que ocurriría si cometemos una estupidez.

No puedo arrepentirme de lo que siento, de cómo lo quiero; porque sí, lo quiero con mi mente, con mi cuerpo y con todos mis sentidos. Me encuentro encerrado en un callejón sin salida.

Voy a mi habitación, me refresco un poco y bajo para buscarlo. La puerta del estudio de música está entreabierta; entro, pero no está. Estudio el lugar y salgo desanimado. Aquí están los

perros; aun así, decido ir hasta la playa. No parece haberse dirigido para allá, aunque, siendo él, no lo sé.

Cerrando los ojos, me peino el cabello.

«Necesita espacio», me repito.

Voy al frente de la casa; su bicicleta no está. Detengo mi atención en el auto de mi hermano y cierro los puños. Detesto estas jodidas diferencias. Dre no tiene necesidad, pero no ha dicho nada al respecto y eso me jode más.

Desayuno con Austin en el comedor.

—¿Y Lex? —pregunta cuando nos sirven.

En respuesta, me encojo de hombros; solo quisiera que esta sensación de ahogo terminara.

—Salió temprano, joven. No está su bicicleta —interviene Clark con su típica formalidad.

—Ya, gracias. Se me hacía raro que estuviera aquí tanto tiempo.

—¿Por qué usa una bicicleta? —intervengo tras darle un trago a mi café.

Austin mira de reojo al mayordomo; espera a que nos deje solos y sacude la cabeza.

—Mi madre cree que no está listo para tener un auto.

—¿Por? ¿No sabe conducir? —pregunto mientras parto el *omelet* de espinaca y champiñones. Enseguida viene a mi mente la conversación de ayer y casi sonrío.

—Sí, desde los doce —dice.

Levanto la vista, alzando un poco las cejas. Claro que debía saber, si es la mar de inquieto, de curioso. Seguro tomó clases de natación antes del año solo para evitarle un accidente.

—Vaya… ¿entonces? —pregunto como si me diera lo mismo. Austin cae con facilidad.

—Nada. Dice que es por lo de su cabeza; prefiere esperar.

—Se contradice —apunto cabreado, aunque claro, lo oculto.

—Obvio, solo busca joderlo. Pero a Lex parece darle lo mismo. Mira, no lo detiene eso —señala para enseguida meterse un bocado.

—Ya veo —murmuro con frialdad, aunque por dentro quisiera destrozar este puto comedor.

—Mi padre le dará uno al entrar al colegio. A mi madre no le pareció buena idea, pero él dijo que es parte de lo que le corresponde.

—Bien por él.

—Pues sí —declara, y dejamos el tema—. Estaré en el yate de Cale, pasaremos ahí la noche. Sus padres ya le avisaron a los nuestros; llego mañana a mediodía o en la tarde. ¿Quieres acompañarnos? —pregunta con formalidad.

—No, prefiero leer algunas cosas y entrenar un poco.

—Eso pensé.

—Diviértete.

—Eso espero. Ya sabes que con sus padres no es tan fácil, pero no pude negarme; mi madre me lo advirtió —explica, escondiendo su frustración, como tantas cosas que escondemos aquí.

—Entiendo.

Lo observo mientras él lee algo en su celular, serio, y la frustración sube de nivel. De alguna manera comienzo a percibir con claridad los hilos que nos detienen, que nos manipulan como si fuésemos marionetas repitiendo lo que se nos pide, lo que alguien más desea.

Así nos educaron. No lo cuestionamos, no lo juzgamos abiertamente; solo que ahora esta sensación de ahogo me hace ser más consciente de todo lo que nos rodea, de lo que es nuestra vida.

Dre no debería ser un secreto en mi vida, menos uno que pareciera ser sucio, porque es lo más limpio que me ha ocurrido jamás. Es puro y sincero, lo más real en mí. Este agobio crece, así como el miedo a perderlo, porque en algún punto sucederá al no poder mostrarnos. Entonces la vida nos caerá encima y lo que somos, aunque siempre estará, no importará.

Pasa la mañana. Nado un poco y me tumbo a leer. Austin se marcha y a las doce ya no puedo más. Me visto y le marco; no responde. Me cabrea, pero solo hay un lugar donde creo que puede

estar, o alguien que puede ayudarme a dar con él. Conduzco hasta la casa de su amiga.

Toco impaciente. Una empleada abre.

—¿Se encuentra Noe? —pregunto serio.

Asiente y me deja pasar.

—Adelante. ¿Quién la busca?

—Bastian Andrews —respondo. Entonces, una mujer agradable, vestida con informalidad, aparece.

—Buenas tardes —saludo con cortesía. Me sonríe. Es guapa y asumo que es la madre de la chica que vengo a buscar.

—Buenas tardes —responde acercándose.

Le tiendo la mano; me da la suya.

—Bastian Andrews —me presento. Sonríe, comprendiendo quién soy.

—Eve, un gusto —dice sin dar su apellido, eso me agrada—. ¿Buscas a mi hija? Lex vive con ustedes, ¿no? —indaga con ligereza.

—Así es, ambas cosas —completo.

—Adelante, seguro ya viene.

Entonces aparece la chica en cuestión, recién duchada. No suelta mis ojos mientras entorna los suyos, intrigada. Su madre se despide dándonos espacio. Noe sabe lo que ocurre entre Alexandre y yo; es la única, en realidad.

—¿Vienes a buscarlo? —deduce con ligereza.

—¿Está aquí? —quiero saber.

Asiente y el alivio me embarga. Noe alza el cuello, verificando que su madre no la escuche.

—Pero duerme. Llegó temprano y no ha despertado —explica hablando en voz baja.

Asiento deseando estar haciendo eso justamente con él, pero en casa. Vino a refugiarse aquí, comprendo.

—¿Está bien? —Solo busco corroborar.

Sonríe y ladea la cabeza.

—Discutieron, ¿eh? —curiosea cruzándose de brazos.

Niego serio. Tuerce los labios.

—A veces… a veces solo necesita tiempo. Él es así, Bastian.

—Por favor, dile que me llame. Debemos hablar, ¿puedes? —solicito ecuánime.

—Sí, cuando se digne a dejar libre mi cama, le digo —concede.

—Gracias.

Me dirijo a la puerta; al abrir, me detiene mirándome a los ojos.

—Bastian, Lex nunca ha estado con alguien más. Eres el primero que noto que consigue acercarse a él de esta manera. Es un chico especial, solo ve con calma —me pide, claramente preocupada por él.

—Eso intento —respondo. Aunque odio que se inmiscuyan en mis cosas, con ella parece necesario darle respuestas ya que se trata de Dre; así de simple.

Sonríe asintiendo.

—Bien, le digo que te busque —accede, y salgo.

Llego a casa y salgo a correr; necesito sacar esto que bulle en mi cuerpo, lo necesito a él, en realidad.

Troto por casi una hora; al regresar, escucho a lo lejos su música. Mi corazón late con fiereza, subo de dos en dos, sudando, agitado.

Su puerta está entreabierta; la música suena e inunda la casa, logrando con ello que el ambiente aplastante se torne agradable.

Abro y lo encuentro recién duchado, con bermudas claras y una camiseta como las que suele usar, de puntillas frente a aquel pequeño armario que tiene a un lado de la ventana, donde guarda cosas, porque su ropa está en el vestidor. Está intentando sacar una caja.

—Eh, te ayudo —me ofrezco acercándome. Gira enseguida y sonríe asintiendo. Llego a su lado y lo observo; luce más tranquilo que en la tarde anterior—. ¿Esta? —pregunto.

Es una caja de cartón que tiene una etiqueta de envío.

—Sí, gracias —acepta.

Logro sacarla; soy algunos centímetros más alto, no pesa mucho y es mediana. Se la tiendo. La sujeta y la deja sobre su

cómoda.

—¿Qué es? —quiero saber.

Se encoge de hombros.

—No sé, cosas de mis padres que no me he atrevido a ver. Mi abuela me lo mandó cuando me mudé aquí —expone. Luego, recarga la cadera en el mueble y me mira, aferrando las orillas de la cómoda—. Lamento lo de ayer, Bastian —murmura estudiándome.

Sonrío acercándome, aliviado.

—Necesitabas espacio… —lo excuso con simpleza.

Asiente sin soltar mis ojos.

—Entiendo lo que sientes, Dre, te lo aseguro —le hago ver. Desvía su atención, pero con mi mano hago que regrese; acaricio la línea de su quijada—. Si pudiera hacer promesas, Alexandre Danworth, a ti te las daría todas. Te lo aseguro.

Pasa saliva.

—Solo… solo me abrumé. Ayer que… estuvimos aquí, sentí mucho, demasiado. Sé que no tengo idea, que quizá es mi falta de experiencia, pero me pone mal saber que te irás, que tu vida es otra, no esta, que alguien…

Y no puedo escucharlo más. Lo beso sujetando su rostro, sin importarme nada. Responde envolviendo mis muñecas; luego, va hacia mis brazos. Sabe dulce, sabe a él.

—Austin no estará. Hagamos que valgan los minutos, Dre —propongo.

—Sí —concede y me besa otra vez, clavando su iris claro en mí.

—No existe ni existirá alguien… solo existes tú —prometo con intensidad.

Su expresión se relaja y me besa, enredando los brazos en mi cuello.

—Solo existo yo —confirma satisfecho.

14. ES SOLO UN GRITO

BASTIAN

Me doy una ducha rápida y salimos de aquí después de comentarle a Clark que llevaré a Alexandre con sus amigos y regresaré por la noche. El hombre está a cargo de la casa; por lo tanto, tratándose de Dre, debe saber lo que ocurre con él.

Ya afuera, elijo la camioneta y nos vamos. Paramos en un lugar de comida rápida; pedimos hamburguesas, él, además, una soda enorme. Niego divertido; es incorregible.

—¿Qué? —preguntó con esa mirada pícara.

—Te gusta la chatarra.

Rueda los ojos.

—¿A quién no? Aunque también la comida regular.

—Sí, claro… A este paso tendrás el colesterol por el cielo en un par de años.

Me muestra el dedo medio; ya no queda nada de la tensión del día anterior, así que sea lo que sea que Noe hizo, o la distancia que él nos impuso, funcionó, aunque en mí continúan reverberando todas esas cosas en mi mente. Ya no es posible hacerlas a un lado, noto.

—De algo moriré —replica con sencillez.

—No lo permitiré —decreto.

—No hay nada que puedas hacer —argumenta con suficiencia.

—Ya veremos, Dre —susurro apretando su pierna, provocando con ello que ría.

—No empieces —se queja, haciéndome a un lado de un empujón.

Tornarme juguetón a su lado es casi una necesidad; sus risas relajan mi tenso cuerpo, sus reacciones son mi más grande adicción.

No me reconozco con Dre; sin embargo, sé que soy más yo con él que con cualquier otra persona en este planeta.

—¿A dónde vamos? —quiere saber sin afán cuando tomamos un poco de carretera minutos después, mientras abre la bolsa de estraza y se mete a la boca un montón de papas fritas.

—A un lugar en el que solo estamos nosotros dos —respondo.

Sonríe confiado y le da otro trago a su *Coca-Cola*. Llegamos a un sendero que hallé años atrás. Este paraje es donde encuentro un poco de tranquilidad en medio de la exigencia; leo, o simplemente permanezco observando el paisaje, sobre todo en ese verano en que Lex llegó a casa. Me abrumaba tenerlo tan cerca y no contar con el suficiente coraje para acercarme a preguntarle cómo se encontraba, si podía ayudarlo en algo.

Fui cobarde, lo sé. Y es que bastaba verlo para sentir esto que ruge cuando se trata de él. Me asustaba, aún me asusta; pero esa noche que llegué absolutamente ebrio y un poco colocado, no pude esconderlo más y permití que lo acumulado fuese encontrando un cauce.

Bajamos del Lincoln; él observa el sitio entusiasmado. Sabía que esto le gustaría. Hay muchos árboles, pinos. Aspira con fuerza y busca mi mirada. Le guiño un ojo y le hago un gesto de cabeza para que me siga. Va a mi lado, girándose sobre sí mismo para captar cada detalle.

—¿Qué es aquí? —pregunta intrigado.

Le quito la bolsa y enredo mis dedos en los suyos. Sonríe abiertamente de esa manera que logra clavarse un poco más en mí.

—Un sitio que encontré hace tiempo, ningún lugar en especial.

—Vaya… —murmura con la cabeza en alto, perdiendo su atención en los árboles mientras nuestros pies hacen crujir las ramas que vamos pisando.

Está húmedo, el aire es limpio, huele a maleza. Seguimos un rato más hasta que doblo a la derecha; el agua se escucha. Abre los ojos, excitado. Sonrío fascinado, lo suelto y camino de espaldas.

—Corre —lo insto y empiezo a hacer justo eso. Por supuesto que acepta el desafío. Nos empujamos en el camino, reímos, busco hacerle cosquillas; él avienta mi mano y le imprime velocidad a su trote. Cuando estamos por llegar, lo detengo rodeando su cadera.

—Ahora te cubriré los ojos, ¿*OK*? —aviso. Asiente con su mano sobre la mía, que lo tapa.

—¿Es una cascada?

No respondo y lo hago avanzar. Pasamos un par de árboles que reconozco, hago a un lado unas ramas para evitar que le den de lleno en la cara, con la bolsa de estraza aún entre mis dedos. Entonces me detengo. Estamos sobre una rocosidad lisa que se encuentra escondida y da a un ojo de agua que, a su vez, se nutre de una cascada pequeña.

—¿Listo? —pregunto.

Asiente enseguida. Retiro mi mano y le permito ver. Deja salir una exhalación de asombro. Enseguida comienza a caminar abstraído mientras yo lo observo. Es un sitio solitario, íntimo, y era mío hasta este momento en el que creo que ya es suyo por cómo lo admira. Voltea sonriendo de forma franca.

—Está genial, Bastian —declara entusiasmado.

—Lo sé —concedo dejando la comida cerrada a un lado. Porque eso sí, los roedores nos la robarían en segundos. Se acerca a la orilla sin dudar—. Eh, cuidado —advierto.

Por supuesto que le importa una mierda; me mira tan solo un segundo, alza sus cejas tupidas, coloca sus pies justo en el límite y mi corazón late fuerte. Si cae es agua, pero podría darse un buen golpe. Abre los brazos, alza el rostro y grita con fuerza. Tuerzo los labios alzando una ceja y frotando mi nuca. Dre es algo realmente peculiar, alguien magnético. Voltea y me insta a acompañarlo; dudoso, me acerco. Vuelve a gritar.

—Tu turno —dice.

Niego sonriendo. Rueda los ojos, alza uno de mis brazos, luego se pone tras de mí, los sujeta e introduce el rostro en la cuna de mi hombro.

—Hazlo —insiste. Dudo. Me cuesta esto, noto. Besa mi mejilla y aprieta mis brazos—. Es solo un grito, Bastian —murmura.

Asiento sintiéndome un loco. Respiro hondo, me suelta y lo hago. El primero sale con temor, casi débil.

—Otro —me desafía.

Sonrío y grito un poco más fuerte. Se ubica a mi lado y grita con potencia. Entonces lo imito y lo hacemos juntos. Enseguida algo de carga se va; me hace sentir un tanto ligero. Se humedece los labios, exultante. Vuelvo a gritar y la libertad me invade; otro más y sé que estoy vivo. Gritamos juntos un poco más hasta que nos duele la garganta. Lo miro agitado.

—¿Qué tan profunda es? —pregunta señalando el agua.

—Unos tres metros —digo, porque cuando lo descubrí llegué primero a la parte baja. Asiente y se quita un tenis. Niego—. Eh, no, ¿qué haces?

—Me voy a aventar —anuncia como si fuese lo lógico.

—Pero no sabemos qué haya ahí, Dre, no.

Sonríe. Queda descalzo después de dar brinquitos para quitarse los calcetines.

—No tienes que venir —dice. Enseguida, se quita la camiseta y la pone sobre la comida, luego desabrocha las bermudas.

—Mierda, no, es en serio —gruño.

Obviamente le da igual. Corre y, antes de que lo nombre, se avienta gritando. Mi pulso galopa de forma absurda, me asomo aturdido; de inmediato su cabeza emerge chorreando. Está a unos cuatro metros. Mi pecho palpita.

—Está helada —indica sacudiendo el cabello y empieza a nadar boca arriba con los ojos cerrados.

Cabrón. Me armo de valor y me deshago de la ropa. Alexandre está rompiendo toda mi estructura de forma brutal, pero no me detengo a pensar en ello; en su lugar, corro sin pensarlo mucho y me aviento. Caigo y es verdad: el agua está helada. Lo busco con la mirada; lo encuentro a un metro, mirándome con intensidad.

—No jodas, se me congelarán las pelotas —bromeo.

Él ríe.

Me acerco nadando; no piso, él tampoco, lo sé. Quedamos uno frente al otro con nuestros ojos enganchados, entonces

terminamos con la distancia y nos besamos con vehemencia ahí, en medio de ese agradable lugar, sin testigos, solo nosotros dos. Nadamos un rato, nos ponemos bajo la cascada, abrimos la boca bebiendo, nos echamos agua, nos perseguimos, nos tocamos y besamos de nuevo, todo en un desorden de sucesos que me hacen sentir libre, cuestión que no he experimentado salvo a su lado.

—Tengo hambre —anuncia cuando flotamos, una hora después, o dos, cuando el sol ya empieza su viaje de descenso.

Salimos y comenzamos a titiritar.

—El último se queda con las papas —lo desafío, totalmente entregado a su forma relajada.

Asiente y corremos como un par de locos. Llegamos casi al mismo tiempo, solo que él más agitado.

—Alguien perdió —declaro riendo.

Muestra el dedo medio, pero aquello nos sirvió para entrar en calor. Nos vestimos con rapidez y nos sentamos. Sacamos la comida; le tiendo su hamburguesa, que debe estar fría, echo las papas a la bolsa y las mordemos hambreados.

—Estás loco —le digo observando el lugar ahora tranquilo.

—¿Cómo diste con este sitio? —pregunta a cambio para enseguida continuar con su comida.

—Hace unos años. Necesitaba estar solo —acepto.

Me mira interesado.

—¿Solo? —repite.

Asiento masticando; cuando me paso el bocado, prosigo.

—Ya sabes, soy aburrido y me agrada leer sin interrupciones, a veces darme un respiro —admito. Sonríe.

—Es increíble —concede perdiendo la vista en el paraje.

—No lo he compartido con nadie… hasta ahora —le hago saber. Recarga sus brazos en las piernas flexionadas.

—Por un minuto pensé que aquí traías a tus citas —se burla.

Sacudo la cabeza y soy consciente de que él espera mi respuesta.

—No, me arruinaste, Alexandre. Jamás he traído a nadie aquí, ni pienso hacerlo, eso te lo puedo prometer —concedo con calma.

Asiente sonriendo complacido. Cuando acabamos, guardamos los deshechos en la bolsa y nos recostamos, cada uno con el brazo doblado para que funja de almohada mientras jugamos con nuestros dedos.

—¿Por qué esta vez no viajaste para ver a tu familia? —deseo saber.

En Navidad sí se fue, en las vacaciones de Pascua también, aunque yo tampoco estuve.

—Martha habló con mi abuela Candance. Le dijo que estaba castigado por lo del parque —responde. Busco sus ojos, él continúa centrado en nuestros dedos—. ¿Estuvo de acuerdo?

—No, pero no puede hacer nada.

—¿No quiere que vivas con ella en Inglaterra? —investigo con un poco de temor.

—Viaja mucho. No le sería fácil estar al pendiente de mí, de mis estudios.

—¿Te lo dijo? —indago.

—Sí, me dijo que aquí estaría rodeado de chicos de mi edad y esas cosas.

—¿Quieres irte? —pregunto.

Ahora sí me mira, entonces niega despacio y comprendo la razón. Sonrío exhalando con fuerza porque soy egoísta, lo sé. Dre estaría mejor en otro sitio, estoy seguro, pero por esto que nos envuelve, que propicié, elige continuar aquí y eso me alivia. —¿Y Texas?

—No, las hermanas de mamá tienen solo hijos pequeños, ni de coña. Este verano me invitaron para ir a Vancouver, pero las últimas veces solo la hice de canguro. El castigo de tu madre me ayudó esta vez —admite con tono jocoso.

Rio por lo bajo, recordando las palabras de mi hermano y es que es verdad: logra ver el lado menos complicado de las cosas, cuestión que empiezo a admirar en él—. ¿Y tú? El verano anterior y este no saliste.

—No, el anterior había muchas cosas que hacer y tú… no te irías —confieso sin verlo, pero sé que Dre sí lo hace—. Este, por ti —termino apretando sus dedos.

—Vaya… —murmura un tanto perplejo.

—¿Qué? —pregunto. Se gira y me encara. Hago lo mismo y quedamos uno frente al otro.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué te fijaste en mí? Nos conocemos desde siempre. En los veranos me ignorabas tanto como a Austin; incluso creí que te cansábamos por nuestras estupideces. Luego llegué aquí y ese verano apenas si te vi, nunca me hablabas. No entiendo qué cambió. ¿Qué hice para que me notaras?

Acaricio su mejilla, repaso su labio carnoso con mi pulgar, atento.

—Nunca te ignoré, solo me abrumabas.

—¿Te abrumaba? —repite riendo, aunque intrigado.

—Sí, siempre has sido… imparable, con tanta energía. No tenía idea de cómo acercarme, pero es imposible no verte.

—¿Cómo… cómo supiste que… los hombres, ya sabes? ¿Cómo?

Disfruto cuando formula este tipo de preguntas, cuando expulsa sus dudas así, como llegan a su mente. Respiro hondo, me acerco y le doy un beso porque me tiene al límite; corresponde con necesidad. Pronto termino casi sobre él, probándolo, deseándolo con esta locura que me define cuando de Dre se trata.

A horcajadas sobre su cuerpo, hago que se siente sin soltar sus labios; luego, le paso la camiseta por la cabeza. El crepúsculo comienza; su piel se tiñe de aquel color naranja que regalan los últimos rayos. Luego me deshago de la mía, sujeto su rostro entre mis manos y vuelvo a besarlo, viajo a su quijada, su cuello. Esos ruidos que expulsa cuando lo toco me alucinan; son como suspiros roncos cargados de satisfacción. Sus dedos recorren mi espalda con suavidad, repasando la textura de mi piel, marcándola con su tacto.

—Responde —exige mientras lamo su cuello, completamente encorvado.

Vencido, dejo salir un suspiro, me enderezo y lo observo con fiereza.

—Por ti —declaro con simpleza.

Pestañea atónito. Tomo entre mis dientes su labio inferior y sonrío mientras lo repaso con mi lengua.

—¿Por mí? —repite incrédulo.

Dios, es malditamente adorable. Sujeto su cabeza por la sien y asiento, perdido en su iris.

—El día del ciervo. Luego ya no pude dejar de verte.

Sus ojos chispean, aunque hay duda.

—Tú siempre me has intrigado… —admite casi sobre mi boca. Sonrío de forma torcida.

—Las mujeres jamás han despertado algo cercano a lo que despiertas tú, ni siquiera otro hombre —confieso esperando su reacción.

—Ni a mí. Pensé que estaba algo mal conmigo —formula con sencillez. Sonrío negando.

Me levanto y lo jalo. Su pecho queda sobre el mío, me concentro en sus labios, lo lamo, lo beso.

—Te tomaré con mi boca, Dre —le aviso, porque es así: necesito de él.

Traga con fuerza cuando comienzo a desabrochar su bermuda. Se pasa las manos por el cabello y las deja ahí. Sonrío porque sé lo que le provocan mis labios y lengua sobre su cuerpo y también sé que aún lo impacta. Se la quito, me ayuda sacando las piernas, y la pongo bajo mis rodillas. Ambos estamos endurecidos. Le bajo el *bóxer* y lo tomo, atrayéndolo por su trasero. Jadea de forma brusca, ronca, y aferra mi cabeza.

—Mierda, Bastian —farfulla con voz cortada.

Complazco a mis sentidos con su textura, su longitud, su grosor y respuestas temblorosas. No me detengo a pesar de que gime doblándose, respirando con rapidez. No hasta que, después de poco, logro que el orgasmo lo recorra y su simiente explote en mi boca, arrancándole un grito masculino y profundo lleno de placer, del placer que yo propicié; y nada es mejor que eso, nada. Me yergo y lo beso con lujuria, con su sabor en mi boca.

—Eres mío —declaro, sintiendo eso en cada maldito poro de mi cuerpo.

—Tuyo —confirma lánguido, saciado.

Llegamos hace más de una hora. Nos dimos una ducha juntos. El personal ya se marchó a sus habitaciones. Me muestra la canción que compuso la noche anterior; es hermosa, y se lo hago saber en medio de besos en aquel cuarto. Sonríe entusiasmado.

Estoy sentado a su lado y aprovecha para enseñarme un poco más de las partituras que están en aquel cuaderno de cuero que le regalé, de cómo suenan en las teclas. Nos reímos porque se me van varios acordes y finalmente consigo una tonada muy básica que lo enorgullece.

En su habitación decidimos ver una película. Estoy agotado, no dormí, pero no quiero desaprovechar los momentos a su lado, así que cuando deja salir un suspiro, sujeto su barbilla y comienzo a besar sus labios. Su espalda está adherida a mi pecho. Siento cómo su piel se eriza y se deja llevar. Se gira y toma mi boca con voracidad. La temperatura vuelve a subir; no planeamos detenerla. Lo ansío, él lo sabe.

Nos quitamos los pantalones deprisa, rodando por la cama, repasando nuestros cuerpos con posesivo anhelo. Abro el cajón de la mesilla de noche y saco el lubricante. No pierde detalle de cómo lo abro con los dientes debido a la desesperación que genera la lujuria desbordada entre nosotros. Ruedo su cuerpo para que su espalda vuelva a quedar frente a mí, los dos recostados de costado, y comienzo a estimularlo despacio. Busca mis labios, los beso con ímpetu, nuestros dientes chocan.

Dre quiere esto tanto como yo. Pronto hundo un dedo. Gime, pero no deja de besarme, ni yo a él. Enreda su lengua con la mía y exhala con fuerza cuando doy con su punto.

—Mierda, ¿cómo haces eso? —pregunta con la voz cortada, para enseguida jadear de forma ronca, extraviado en las sensaciones que provoco.

Mordisqueo su labio en respuesta, sonriendo. Voy y vengo disfrutando de sus reacciones, de la manera en la que se abandona por completo.

Se remueve, aprieta los dientes y lo beso en el cuello, perdido en su aroma, ese maldito aroma que es tan suyo. Introduzco otro dedo y se encorva un poco más, aferra las sábanas

con los ojos cerrados. Cuelo un brazo por debajo de su cabeza; su mano se enreda en la mía y continúo.

Estoy tan duro que no sé cómo aguantaré sin derramarme en su interior en menos de un segundo. Cuando sé que es el momento y está listo para recibirme, lo suelto. Me protejo y me mira agitado, buscando controlar su respiración. Entonces me acomodo, acaricio con mi hombría la línea de su trasero. Suelta el aire, buscando relajarse. Beso su mejilla y me quedo ahí, apretándolo a mi cuerpo cuando empiezo a entrar.

Se queja con un jadeo hondo, pero está lo suficientemente bien lubricado, así que entro muy despacio, pero sin dificultad. Su respiración se torna impetuosa. Se encorva un poco más, arrugando la frente, totalmente entregado a mí. Se estremece a ratos; su piel está tan caliente. Su estrechez me succiona con fuerza cuando paso el esfínter y me entierro del todo. De su garganta sale un sonido ronco, fiero. Capturo su boca y empiezo a moverme en medio de ese beso húmedo, delicioso. Pronto mi mano se desliza por su abdomen duro y envuelvo su excitación con el mismo ritmo de mis embestidas.

Esconde el rostro en la almohada, transpira, tiembla a ratos, acalla los sonidos mordiendo la tela. Beso su nuca, conteniéndome porque me aprieta tanto que temo que me partirá en dos, pero no me detengo. Pronto llegaré y aumento el ritmo. Dre busca mi cara, cierra los ojos y me besa aferrando mi cabeza. Jadeo de forma ronca, él se traga mi sonido; entonces la intensidad sube a niveles absurdos, enloquecedores. Somos una masa de ruidos, sonidos y deseo salvaje, primitivo.

Me hundo en él hasta el fondo, golpeando sus paredes internas. Él me absorbe y aprieta su cuerpo contra mí; su erección late al borde: está a un instante de correrse, y por eso me incrusto con un último empuje potente.

Nuestro beso se vuelve desesperado, brutal. Nuestros dientes castañean, el aire es un rugido compartido entre nuestras bocas. Y en ese instante, mi cuerpo eyacula con una potencia primitiva que me desgarra y provoca un rugido entre los labios. Dre me alcanza de

inmediato en una descarga eléctrica. Su cuerpo se quiebra en un espasmo casi convulsivo, ahogando el estallido en la almohada.

Agotado, descanso mi cabeza en la suya, intentando regular mi entrada y salida de aire.

—Te quiero —dice de repente, aún con los ojos cerrados, sin dejar de estremecerse, de apretar mi miembro que aún está enterrado en su interior.

Su declaración me toma por sorpresa e inunda mi pecho a la par de aterrarme. Esto va tan rápido y está siendo tan intenso que no consigo tomar ritmo; solo permito que suceda porque se siente necesario, casi urgente. Lo cierto es que Dre ya tomó el control de lo que existe entre los dos, de mis pensamientos, de mis sentimientos, y no tengo una maldita idea de qué haremos al respecto porque no podría ya estar sin él. Lo comprendo aturdido, asustado, porque tampoco podemos estar juntos ante los demás.

No respondo. En cambio, le doy tiempo a que se relaje, a que yo recobre mi centro, porque el orgasmo fue arrollador, como todos los que compartimos. Y es que pareciera que Alexandre está hecho para mí. Así se siente, así lo anhelo.

15. CAYENDO EN LA REALIDAD

BASTIAN

PRESENTE

La mañana transcurre en medio de una vorágine de compromisos mientras intento cuadrarlo todo antes de mi ausencia. Por la tarde, tengo una cita en una cafetería cercana con uno de mis compañeros de la hermandad; busca que le dé mi opinión sobre una inversión y, puesto que tengo una especialización en esa área, acepto. Espero revisando unos correos en el *iPad*.

Alzo la mirada distraído cuando mis ojos se topan con un rostro conocido. Ella me ve también. Está prácticamente frente a mí, con un café en la mano. Está más guapa, más madura; se ve mucho más mujer.

No es la primera vez que me la encuentro. En un par de ocasiones la había visto a lo lejos, pero hoy se siente diferente. Sin pensarlo demasiado, me levanto, bloqueándole el paso. Entorna los ojos, molesta, mirándome como si fuese una alimaña. Soporto su desprecio porque necesito información sobre él y sé, por sus redes sociales, que siguen siendo amigos.

—Hola, Noe —la saludo, sereno.

Intenta esquivarme; la detengo. Se zafa.

—No me toques —ordena furiosa.

—Debo preguntarte algo —digo sin prestar importancia a su reacción; es la esperada.

Se ríe, negando.

—No pienso hablar contigo, Andrews.

—No hablaremos, solo necesito saber algo —insisto sin perder la calma.

Noe arruga la frente y se acerca hasta quedar a un palmo de mí. No me muevo.

—¿Saber algo? ¿De qué? Porque te puedo recitar lo poco hombre que eres, lo idiota, lo hijo de puta… ¿Cuál prefieres? Porque tengo varias para elegir —enlista con ironía.

No ha cambiado, noto, y yo finjo que no me jode escucharla; no por lo que dice, sino porque refleja lo que él vivió y eso me cabrea.

—¿Cómo entró a Berklee? —cuestiono sin rodeos.

Sonríe con arrogancia y le da un trago a su café, despacio.

—Cuatro años después y vienes con estas estupideces. ¿Tienes más problemas mentales de los que pensé?

—Responde. ¿Mi madre lo apoyó? —insisto sin perder la paciencia.

Casi se ahoga con el café; retrocedo para no mancharme. Los comensales nos miran.

—Eres gracioso, después de todo. Aunque de un modo estúpido.

—Solo responde.

Sonríe y tuerce los labios repasando mi rostro; parece disfrutar fastidiándome.

—Digamos que… la arpía de tu madre lo único que no hizo, fue eso. Caer en tu familia es la cosa más desafortunada que le pudo pasar —escupe con odio.

No tengo tiempo de absorber sus palabras ya que planea irse. La detengo otra vez; se sacude furiosa, hastiada.

—¿Lo apoyó para Berklee o no? ¡Joder! —exijo saber.

—¿Tú qué crees, Bastian? En serio. Pero sabes qué: no debería asombrarme que tengas las putas pelotas para preguntarme esto después de tantos años. Tú y ella son iguales, aunque creo que tú eres peor. La buena noticia es que, para él, tú eres parte de su pasado; ahora tiene un presente maravilloso. Guapísimo, por cierto —añade mordiéndose el labio y se aleja.

La observo irse con los celos circulando por mis venas.

Saco el celular y le marco a Austin. Nunca lo he hecho para preguntarle sobre él; mi madre le prohibió darme información, lo sé, pero ahora mismo me importa una mierda y, con suerte, a él también. Responde a los dos timbrados.

—Eh, ¿qué pasa?

—¿Cómo entró a Berklee? —pregunto sin más.

Deja salir el aire.

—¿Lex? —quiere saber. Se escucha ruido de un restaurante.

—¿Quién más? —gruño. Parece pensárselo unos segundos porque no responde enseguida.

—Aplicó por su cuenta y consiguió una beca.

—¿Nuestra madre qué hizo?

—¿Qué pasa, Bastian? Primero, ella ordena que no te informemos nada de lo que ocurría en casa —con él, con papá, con quien sea—, aunque nunca preguntaste tampoco. Luego lo de mi padre, esas condiciones sin sentido, y ahora esto. Nunca te ha importado nada de eso, y Lex menos. No entiendo por qué los mandó juntos si ni se hablaban; se odian, en realidad.

—Responde, coño —exijo, cabreado de solo pensarlo con otro cabrón.

—¿Qué hizo? Pues lo intentó fastidiar, como cada puto día desde que llegó a la casa. ¿Qué esperabas?

—¿Entonces?

—Mierda, ¿qué ocurre? De verdad esto es absurdo. Dime qué está pasando.

—¿Responderás o no?

—Sí, sí. Pero escúchate. No me hablas en meses, te alejaste de todos y ahora pretendes ponerte al corriente; eso sin contar las estupideces de mi madre contigo y lo que mi padre pidió. Quiero saber qué pasa.

—Austin —lo nombro con impaciencia.

—Ella se enteró y se armó un escándalo porque lo obligó a aplicar en Yale y Stanford; pero cuando lo supo, papá ya estaba al tanto y lo respaldó. Por eso fue a Berklee.

—¿Entonces no lo dejó en paz? —corroboro sentándome, perdiendo la atención en lo que ocurre tras la ventana.

Se ríe de forma suave. Cierro los ojos.

—De verdad, hermano, ¿qué ocurre contigo? Te desapareces y ahora pareces tener la urgencia de saber sobre Lex. ¿Es porque se

irán a ese puto lugar? Dime qué mierdas te pasa. Somos familia; merezco saber qué ocurrió hace años y qué coño pasa ahora.

—Mierda, ¿qué no puedes responder y ya? —lo apremio con autoridad.

Resopla.

—Pues no. ¿Por qué dejaría de hacerlo? De hecho, se intensificó con el paso del tiempo hasta un grado casi obsesivo. Cosas muy bajas, Bastian —susurró lo último.

—¿Cómo cuáles?

Respira fuerte.

—Ey, espera. A que no sabes quién acaba de entrar. Lex, precisamente. Quizá le deberías preguntar a él ahora que estén en aquel lugar —propone distrayéndose, aunque detecto el ánimo venenoso.

—¿Va solo? —pregunto, importándome una mierda lo que piense.

—No, viene con un tío, el mismo del funeral; no sé si lo viste. Deben trabajar juntos. Espera. Ya me vio. ¿Quieres que te lo pase y le preguntas tú? —propone en tono burlón.

—Vete a la mierda —respondo y cuelgo furioso, asombrosamente cabreado.

16. NO SIGNIFICA NADA

ALEXANDRE

PRESENTE

Entramos al restaurante; la comida es buena y yo debo cuidar el equilibrio de mi ingesta. Adler me hace reír mientras me cuenta una anécdota sobre la vocalista de una banda que manejan, cuando veo a Austin. Está con una chica. Alza la mano; me acerco. Lleva el teléfono en la mano, como si hablase con alguien, y de pronto cuelga rodando los ojos. Nos saludamos; me inspecciona y sé que es por el maldito testamento.

—Qué coincidencia —comenta dándome una palmada en el hombro.

Aún se le ve afectado por la muerte de su padre, pero lo percibo tranquilo.

—Ya ves —respondo. Sonríe a medias; luego se presenta con Adler y yo reparo en la mujer que tiene enfrente. Es peculiar para los gustos de él; tiene rastas, ropa muy informal, sin una gota de maquillaje; está bronceada—. Buenas tardes —la saludo. Ella me sonríe de forma agradable; es bonita, sencilla, nada sofisticada.

—Lo siento, es Ghia. Él es Lex, te he hablado de él —le recuerda.

La chica abre los ojos y asiente.

—Sí, un gusto, Lex.

—Venimos a cenar, algo rápido. ¿Cómo estás? Ayer te fuiste sin decir ya nada —dice Austin.

Respiro profundo, mirando de reojo a Adler, que nos da espacio fingiendo ver algo en el *iPhone*.

—Sí, bueno, me tomó desprevenido todo esto… —susurro. Austin me evalúa de forma peculiar.

—Acabo de colgar con él —comenta, y mi cuerpo se tensa; no aparta mis ojos —. Preguntó cosas sobre ti. ¿Qué coños está pasando? O en realidad, ¿qué coños pasó entre ustedes? Pareces odiarlo, Lex, y mi hermano definitivamente está actuando muy distinto a lo que suele. No entiendo una maldita mierda.

—No te hagas ideas. Ni yo comprendo por qué pidió eso Abraham. Es absurdo.

—No sé. Aquel verano, ¿te acuerdas? —cuestiona. Intento no mostrar lo que ese recuerdo genera en mi pecho—. Parecían más cercanos; digo, ya sabes, amigables. Los llegué a encontrar en medio de una pizza y una película; eso no es para nada el estilo de Bastian. Además, supe que te acompañaba a pasear a Dash y Pax. Creí que incluso eran amigos. Yo qué sé.

—Solo… él estaba ahí, yo también. Ahora mismo no tengo idea de su vida y la verdad me da lo mismo. Pero puedo asegurarte que no me agrada para nada encerrarme tanto tiempo en un lugar alejado. Tengo cosas que hacer.

—Ya. Está bien. Lamento que papá haya pedido aquello; de verdad, me parece una locura sin sentido —dice, colocando un brazo sobre mi hombro. Asiento.

—Organizaré todo. Haré lo que me pide y estarán bien.

—Gracias, Lex —agradece sin soltar mis ojos. Le guiño un ojo —. Nos vemos pronto, entonces.

Sigo a Adler entre las mesas. Nos sentamos en una que da a la calle; parece que reservó. Sonríe clavando la atención en mí.

—¿Estás bien, Lex? —pregunta amigable. Asiento pasando una mano por el cuello. Estoy agotado.

Tuve una revisión en la mañana y esas cosas me agotan. El golpe fue fuerte debido a mi altura; la buena noticia fue que, al parecer, no impactó en nada de lo que me ocurre.

La lesión cerebral ha tardado en recobrarse por completo; no es común, pero sucede. Se supone que se había controlado, pero desde que Abraham me llevó a revisión unos años atrás, nos comunicaron que habíamos tardado en hacer algo al respecto; eso ralentizó mi recuperación.

Por ahora no es peligroso; solo un cosquilleo en las manos algunas veces, náuseas, dolor de cabeza, falta de concentración y sueño. No he manifestado depresión o ansiedad, inmovilidad o falta de memoria, entre otras cosas a las que debo estar atento.

Sin embargo, no me había desmayado.

Ese dato no fue buena noticia para la doctora. Están evitando llegar a la intervención, forzando mi cuerpo a regenerar de una vez aquello de la manera correcta, a base de medicamentos, cuidando mi alimentación y el ejercicio.

—Alexandre, ¿pasa algo que te esté poniendo nervioso? ¿Qué te genere estrés? Acordamos que debes estar tranquilo; ya de por sí tu trabajo no es el mejor para lo que ocurre —preguntó en la consulta la doctora que lleva mi caso.

—Abraham murió. Y dejó condiciones en su testamento que me está costando mucho trabajo aceptar.

—Oh, Dios. Lamento escuchar eso, no sabía.

—Gracias. Fue inesperado.

—Sobre lo otro, ¿puedes hacer algo al respecto? Porque estos seis meses son importantes, ¿lo recuerdas?

Froté mi cabeza; luego negué.

—No, no puedo eludir lo que pidió, pero intentaré manejarlo.

La doctora se pasó los dedos por la frente.

—Bien, me gustaría hacerte una resonancia de nuevo. Llevas un mes en tratamiento, quizá ya veamos cambios, y verificaré que el golpe no haya generado algo nuevo.

—¿Cuándo?

—Hablaré ahora para que te den cita lo más pronto posible.

—Necesita ser jueves o viernes; saldré por un tiempo.

—¿Cómo que saldrás por un tiempo? ¿A dónde? Debemos estar atentos, Alexandre.

—Me ausentaré seis semanas, no puedo faltar. Estaré en la costa de California.

—¿Playa? ¿Seguro que no vas por trabajo o algo así?

—No, solo debo estar ahí. Trabajaré vía remota; cualquier cosa te lo hago saber.

—California. Eso es lejos de aquí.

—Lo sé.

La doctora Newman asintió, reflexiva.

—Quizá la tranquilidad pueda ayudarnos, el clima cálido, pero quiero que me prometas que ante cualquier cambio estarás de regreso.

—Sí, lo que sea te informaré.

—¿Irás solo? Porque ahora que ocurrió este desvanecimiento, preferiría que estuvieras acompañado.

Apreté los puños y negué. Sonrió asintiendo. Luego respiró profundo y me evaluó. Es una mujer mayor a la que le he tomado cariño después de tantos años, una eminencia en el área pero que, por alguna razón, me ha tomado estima y yo a ella.

—No pretendo asustarte. Sabes que no es grave lo que ocurre, no ahora. No deseo que pauses tu vida, menos en este momento en el que ya te graduaste, en el que has logrado tanto siendo tan joven, Alexandre; pero sí es importante tomar precauciones para que todo vaya como deseamos. Eres un chico fuerte, bastante en realidad, porque esto en cualquier otra persona ya hubiese hecho mayores estragos. Solo tómalo con calma. Lleva tu medicación y haz lo que acordamos. ¿Sí?

—Sí, haré lo que deba.

—Hay muy buenas posibilidades para ti, Alexandre. Solo intenta estar tranquilo.

Asentí sin saber cómo mierdas lograría eso con Bastian a mi lado en aquel maldito lugar durante seis semanas. Pero debía conseguirlo de alguna manera. Mi salud iba de por medio; no podía cederle también eso y, aunque lo más inteligente era no aceptar, no podía hacerle eso a Austin, Leonel e incluso a él.

Estaba atado de manos.

Adler aprieta mi mano para captar mi atención; le sonrío avergonzado.

—Te fuiste por unos minutos.

—Lo lamento. ¿Qué me decías?

Sonríe relajado.

—Que a dónde irás.

—California.

—¿Solo? —curiosea. Niego. Asiente despacio—. ¿Estás con alguien? Quiero decir, alguna mujer, pareja…

—No salgo con mujeres —aclaro serio. Su sonrisa se ensancha y parece relajarse.

—Yo tampoco. Lamento preguntarte tan directamente, pero es que me cuesta descifrarte en ese sentido; creí que no se me iba uno, pero tú... Hay personas que no lo tienen definido en tu caso creí que quizá era solo mi deseo de que así fuera.

—Pues no. Y no estoy con nadie.

—En tus redes no das indicios de nada; es casi imposible imaginarlo.

—Aun así, quisiste salir —apunto. Sonríe con sus ojos sobre los míos.

—No debería. Trabajaremos juntos, digo, si aceptas. Pero, qué carajos, me gustas bastante; no quiero solo un polvo —declara recargando los antebrazos sobre la mesa.

Esto es raro, puesto que eso suele ser lo que se busca en este entorno. Tuerzo la boca y comienzo a juguetear con el tenedor.

—Veamos qué ocurre; no tengo cabeza ahora mismo para nada.

—Bien, sí, veamos, entonces, Lex —concede.

Mi teléfono vibra justo en ese momento; es Noe. Lo alzo y me concede otro espacio.

—¿Qué haces? —pregunta. La vi hace unos días, cuando nos graduamos; le cuidé la borrachera de muerte que se puso y terminó en mi estudio vomitando. Una locura muy a su estilo.

—Cenando —respondo jugando con la servilleta.

—¿Solo?

—No.

—*Ouh*, será solo un segundo. ¿Cómo fue todo con el entierro? —pregunta. Ella no soporta a los Andrews, aunque asistió al primer día de velación, pero al entierro no—. ¿Estás bien?

—Sí, sigo sin creerlo, pero bien.

—Lo viste, ¿no? —murmura interesada.

Lo aborrece, pero sabía que esto ocurriría. Me lo dijo en aquella casa que detesto.

—Sí —zanjo.

Suelta el aire. Miro de reojo a Adler, que responde algo en el celular.

—Me lo topé hoy. Bueno, ya lo había visto a lo lejos en otras ocasiones, pero hoy me detuvo —explica cabreada. Arrugo la frente —. Preguntó por ti, por Berklee. ¿Qué está pasando? ¿Ocurrió algo allá? —quiere saber.

Mi sangre hierve y mi pulso se desboca.

—No es el momento.

—Mierda, Lex, ¿a qué hora regresas? —pregunta.

—Más tarde.

—Te estaré esperando. Dile a tu cita que no habrá un polvo hoy —ordena. Ruedo los ojos.

—Te veo al rato. No desordenes, te lo advierto.

—Ya, ya, no te enfades; ni he llegado aún y tú tienes mucho que explicarme, así que no me amenaces.

Adler me observa. Le sonrío.

—¿Quieres dejarlo para otra ocasión? —pregunta atento.

—No, está bien, tengo hambre. ¿Pedimos? —propongo. Asiente.

Logro desconectar un rato hablando de música, mi tema favorito. Él sabe bastante y coincidimos en gustos. Al terminar regresamos a mi estudio, que está en Charlesgate, a unas cuadras de Boylston, donde se encuentra la universidad. Es bastante agradable, la verdad. Bajo y él hace lo mismo; me acompaña a la puerta.

—Gracias —digo abriendo.

—¿Podríamos repetirlo? —pregunta. Asiento. Pasa un dedo por mi mano; observo el gesto—. Bien, cuídate y no te pierdas estos días. Igual te mandaré el posible contrato para que lo revisen, ¿sí?

—Está bien —respondo.

De pronto se acerca y me alejo enseguida, leyendo sus intenciones.

—Lo siento, no… no me gustaría que alguien colgara algo.

—Sí, lo lamento, no pensé —susurra sacudiendo la cabeza, mirando a su alrededor—. Ya; mejor me voy.

Subo desconcertado. Al entrar, encuentro a mi mejor amiga tumbada en uno de los sofás, revisando su celular. Me mira y entorna los ojos.

—¿Una cita? —pregunta. Resoplo dejándome caer en el otro sofá.

—No, estaba con Adler —respondo agotado.

—Una cita —insiste. Ruedo los ojos—. Ya, está bien —dice sentándose para verme mejor—. ¿Qué pasó en la casa? ¿Por qué de repente el mandril ese me pregunta sobre ti, sobre la bruja de su madre?

Me incorporo y recargo los codos sobre las rodillas, agachando la cabeza. Esto es una putada. De verdad que sí.

—Se abrió el testamento. Abraham puso de condición para dejarle la herencia a sus hijos que Bastian y yo pasemos seis semanas en una jodida casa en la playa, en California; de lo contrario, lo donará todo y los dejará sin nada.

Abre la boca en una enorme «O». Luego se deja caer en el respaldo.

—No bromeas, ¿verdad? —pregunta incrédula, en *shock* en realidad. Niego serio—. Mierda —murmura despacio—. ¿Y qué harás?

Rio negando.

—¿Qué coño crees que haré? No puedo dejar a Leonel o a Austin sin nada; estoy acorralado, carajo —gruño frustrado.

—¿Por qué hizo eso? Es absurdo. Podrías negarte, no son tu responsabilidad, Lex.

—No les haré eso.

—¿Entonces pasarás seis putas semanas en un sitio con él? Estás de coña, ¿cierto? —reniega molesta—. ¿Qué ocurrió en esa casa? ¿Se acercó a ti?

—Basta, Noe. Simplemente me centraré en lo mío durante ese tiempo. Conociendo a Abraham, aquel lugar será lo suficientemente grande como para no toparnos salvo lo necesario. No puedo comportarme como un crío. Ya pasó mucho tiempo.

Me evalúa; esta chica me conoce muy bien.

—Sí, cinco años, y te rompió al grado de no conseguir una jodida relación porque no confías en nadie.

—No joderé lo que he logrado por un tío, ya te lo dije.

—Ajá, ya me la sé. Esa de que no quieres que alguien les tome una foto, que el foco de atención sea tu vida amorosa y bla, bla, bla; el punto es que no hay vida amorosa, Lex. No desde ese puto verano.

—Para con eso.

—¿Qué pasó en esa casa? Se acercó a ti, ¿no es cierto?

—Escucha lo que dices, ¿para qué lo haría? —miento, tumbándome.

—Porque la manera en la que me preguntó hoy no era desinteresada. Te buscó, lo sé. ¿Qué te dijo?

—Nada —concluyo, pasándome un brazo por la frente.

—Lex…

—Mmm.

—¿Qué hizo? —pregunta agobiada. La miro desde mi posición, serio—. Dime —ruega, y sé que perdí, porque puedo con ella cabreada e impulsiva, pero no así.

Suelto el aire.

—Tuvimos sexo —suelto de una maldita vez.

Abre sus ojos claros, conmocionada.

—¿Qué? Mierda, ¿de qué hablas?

—De nada, solo eso y ya.

Se levanta y se hinca a mi lado; sujeta mi barbilla.

—¿Por qué? No entiendo.

—Se metió en el puto baño cuando me estaba duchando, Noe. Nada más. No significa nada —aseguro, intentando creerlo. Recarga su frente en mi brazo, negando.

—No nos engañemos, ¿sí? —pide preocupada.

—Serán unas semanas, luego acabará.

—Lex, debes ponerte a salvo.

—No tengo que ponerme a salvo de nada. No soy el mismo de hace cinco años —miento, porque soy lo suficientemente imbécil para, en cuanto lo vi, dejarme envolver por él.

—Eso me queda claro, lo he visto durante este tiempo —confirma confusa.

Vivir la vida con aquella intensidad comenzó a costarme trabajo; improvisar, reír por cualquier cosa. Bastian barrió con una parte de mí, llevándosela, destrozándola y, aunque conseguí ser yo de nuevo, algo no retornó nunca.

—Noe, no quiero hablar de eso. Iré y listo.

—Lo sé, ya lo decidiste, no te haré cambiar de opinión. Pero no eres ingenuo: estarán en la misma puta casa, él fue quien te buscó… No tengo idea de qué mierdas tiene en la cabeza, pero por favor, cuídate. Pasa el menor tiempo posible a su lado, evítalo como a la peste —suplica.

—No soy ese adolescente, ya te lo dije.

—No, ya lo sé, pero Bastian tampoco es el mismo. Algo pasa, porque te dijo que no era homosexual aquel día y, aunque no tengo idea de su puta vida, le atraes porque no se habría metido a la puta ducha a follarte. Y tú… tú no le habrías respondido si fuese cualquier otro, lo sabemos.

Pierdo la atención en el techo.

—Debo dormir, estoy cansado.

—No, no quieres hablar, que es diferente.

La realidad es que no consigo dejar de recriminarme lo ocurrido en ese jodido baño. No puedo ni siquiera entender cómo es que pude permitir algo así, humillarme de esa manera, consentir llegar a tanto sin oponer resistencia.

¿Conclusión? Soy un pendejo. O algo peor.

Cierro los ojos, negando. Ella acaricia mi cabello.

—No te merece, él no te merece, Alexandre. No lo olvides. Haga lo que haga, no puedes confiar en Bastian, no después de lo que te hizo.

17. ADMIRAR SU FUEGO

BASTIAN

CINCO AÑOS ATRÁS

Los siguientes días no consigo despegar mis manos de él; estoy totalmente a su merced. No vuelve a mencionar que me quiere, pero su manera de entregarse es devastadora, abrumadora; y lo quiero, en realidad es mucho más que eso, solo que no me atrevo a decirlo ni en mi cabeza. Sé que si lo hago no podré hacer lo que debo y cometeré una estupidez para permanecer a su lado.

Mis padres regresan. Hacen una cena de bienvenida; esta vez Alexandre se viste más formal, buscando evitar problemas con mi madre. Pero ella, con invitados en la mesa, lo jode con la camisa. Dre se la traga y continúa en lo suyo.

Durante el día debemos ser más cuidadosos y eso me revienta las pelotas, porque con él soy puro instinto.

Por la tarde, después de la cena, llega de nuevo otro dolor de cabeza. Llegan de forma abrupta, sin avisar, y lo atraviesan de la manera más literal.

Estoy preocupado. Así que, a la mañana siguiente, decido hablarlo con mi madre. La encuentro en su estudio, toco antes de pasar, como exige. Está anotando algo, sentada frente a su escritorio.

—Dime, Bastian —solicita con formalidad, sin soltar su bolígrafo.

—Quiero hablar sobre Alexandre —me atrevo a decir y, de haber imaginado lo que lograría con ello, jamás lo habría hecho.

Alza su rostro; sus cejas rubias se juntan con sutileza.

—Toma asiento, ¿qué quieres hablar de él? —pregunta cortés.

En este momento no tengo idea de si lo que hago es lo correcto, pero me embarga esta necesidad de saberlo bien, de protegerlo.

—Debería ir al médico.

—Eso ya lo discutimos —me recuerda serena.

—Sí, pero se pone realmente mal.

—¿Debo asumir que durante nuestra ausencia se hicieron amigos? —pregunta con frialdad.

—No, solo es algo evidente.

—Se le pasará —lo descarta.

—Madre, solo que vaya.

—No, no es solo eso. Yo tengo la agenda muy ocupada; tengo tres hijos, por si no te acuerdas, obligaciones, la asociación, los eventos de caridad. Si se sintiera mal ya me lo habría dicho.

—¿Por qué lo tratas así? —me atrevo a preguntar.

Posa su atención sobre mí y se quita las gafas, evaluándome.

—¿Así? —repite intrigada.

—Sí, sabes a lo que me refiero.

—No, la verdad no. Es un chico difícil al que hay que corregir, nada más —replica con fingida calma.

Asiento.

—¿Por qué no lo mandan a Londres?

—Porque es una decisión de tu padre y ni tú ni yo podemos objetar. Ahora, si me disculpas, tengo cosas que hacer.

—Perdió a sus padres hace dos años; quizá solo necesita paciencia —digo mirándola a los ojos. Ella me sostiene la mirada, luego asiente despacio.

Salgo de ahí y lo encuentro en su habitación con los audífonos inalámbricos que se pone para mezclar, bailando con los ojos cerrados en su habitación. Lo contemplo sabiéndome capaz de cualquier cosa por él, por verlo sonreír como lo hace, por verlo vivir con esa intensidad, por poder admirar su fuego, su manera de fluir, su forma de tomar las cosas y usarlas a su favor.

Sí, no solo lo quiero, y lo llevo tan claro como que el día llega después de la noche.

Por las noches tomamos muchas precauciones, caminamos por la playa ideando mil y una maneras de escabullirnos. Finge que va con Noe, quien nos cubre, yo al club o donde sea, y nos fugamos a aquel sitio que le mostré, o a *Wingaersheek*.

Corremos libres, bailamos al ritmo de su música, reímos por cualquier estupidez y, con más frecuencia de la que imagino, nos enrollamos uno sobre el otro, jugamos, nadamos y hablamos poco o nada del futuro, porque no nos sentimos capaces de hacerlo.

Estoy absoluta e irrevocablemente enamorado de Alexandre, hasta un punto en el que sé que no me detendré, incluso si eso implica perder todo por lo que me han enseñado que debo conseguir, si debo dejar mi seguridad, este mundo. Lo cierto es que no soy estúpido, debemos esperar a que sea mayor de edad; antes sería echarnos la soga al cuello. Yo en realidad.

—Dre —lo nombro mientras estamos tumbados sobre la hierba, después de darnos un chapuzón en aquel lugar al que tanto le gusta ir, jugando con nuestros dedos. Estamos molidos, pues hace un rato persiguió a un par de ardillas; ya tuvo una correteada con un mapache hace unos días y cosas de ese tipo que hacen que me doble de risa.

—Bastian —me nombra sonriente.

—Pronto me iré —comienzo. Deja de mover sus dedos y me mira agobiado—. Debemos hablar —declaro.

—¿De qué? —quiere saber.

Me siento flexionando mis rodillas; él se incorpora cruzando sus piernas. Ladeo el rostro, contemplándolo, con algo pesado alojado en mi estómago.

—No estaré aquí, pero quiero estar contigo —le hago ver. Asiente, atento—. Debemos ser cuidadosos, si nos descubren antes de que seas mayor de edad podría tener problemas.

—Lo sé.

—Pero no tiene por qué terminar esto —determino.

—¿Y cómo funcionará? —pregunta inquieto. Me peino el cabello con los dedos, ansioso.

—El celular, *FaceTime*, debemos intentarlo —sugiero. Sonríe asintiendo.

—Sí, quiero intentarlo.

—Además estoy cerca, vendría algunos fines de semana, pasar el día aquí, ¿qué dices? Puede funcionar —lo animo.

Busca mis manos y enreda sus dedos en los míos, mirándome con esos ojos casi del color de hierba en otoño.

—Creo que sí —acepta.

—Cuando acabes tus estudios, entonces ya veremos. Irás a Berklee, yo estaré en Harvard; puede ser más sencillo.

—Tus padres jamás lo aceptarán.

—No se tienen que enterar —declaro convencido. Sonríe, se acerca apoyándose en sus dos manos sobre el césped y me besa. Rodeo su barbilla con una mano, luego mordisqueo su labio inferior.

—No, no tienen —secunda convencido.

A la mañana siguiente todo parece tener un rumbo, no el que me gustaría, pero estoy seguro de que puede funcionar porque no existe otra forma. Lo quiero para mí, lo quiero en mi vida y no estoy dispuesto a perderlo, no porque no seamos libres para vivir lo que sentimos. Sé que somos jóvenes, que quizá es ridículo, pero me importa muy poco todo eso; solo él ocupa mi mente y se siente jodidamente bien.

Me froto el cabello con la toalla ya que salgo del baño tan solo con pantalones. Entonces veo que mi madre está sentada en la silla de mi escritorio, me espera. Bajo la toalla.

—Ponte algo encima —ordena con sus típicos tonos. Enseguida paso por los brazos la camiseta.

—¿Qué ocurre? —pregunto serio.

Respira hondo, se acerca a la puerta y le pone seguro. Arrugo la frente.

—Siéntate —ordena indicándome la cama. Hago lo que pide un tanto nervioso, pero sé esconderlo bien.

—¿Pasa algo?

—Sí, algo que no estoy dispuesta a soportar, Bastian. No de uno de mis hijos —asegura, y sé enseguida que está enterada. No hablo, espero porque sé que ella me lo dirá y, si no fuese eso, no me pondré la soga—. Te eduqué para ser el mejor, para triunfar, para

manejar mi legado. Te eduqué en la moral, en las buenas costumbres. Siempre has sido mi orgullo, eres determinado, disciplinado, eres fuerte, impasible. Eres lo que quería que fueras y no lo arruinarás, te lo advierto, no lo permitiré.

—No entiendo —miento imperturbable. Sonríe a medias.

—Yo creo que sí, pero te he educado tan bien que no demostrarás que sabes la razón por la que estoy aquí. Leerte es imposible y eso es algo que admiro de ti, Bastian.

Entonces desbloquea su celular, mueve los dedos sobre la pantalla y me lo tiende. Lo sujeto y la primera toma intenta ahogarme.

—Reprodúcelo —exige.

Niego regresándoselo; se acerca y le pone *play*. Mi cuerpo se estremece al ver lo que grabaron. Somos Alexandre y yo, en su habitación, entre las sábanas. Estoy sobre él, mi espalda y su pecho expuesto. Nos besamos con voracidad, mientras una de mis manos viaja sobre la tela y lo sujeta con fuerza; luego se acerca a su entrepierna y lo acaricio por encima.

Mi respiración se ralentiza, mis pulmones se contraen y entonces él gime en medio de la música de su aparato.

Quiero gritar, aventar el maldito celular, me siento expuesto, horrorizado y asqueado, vulnerado. Me quita el aparato y apaga la pantalla. Ladea el rostro, estudiándome.

Le sostengo la mirada, furioso por esa abominable intrusión.

—En mi casa, en mi propia casa —dice despacio; no me muevo—. Es repugnante, inadmisible, Bastian. ¿Tienes algo que decir? —pregunta estoica, recta como una estaca.

Niego porque no le daré ni un arma, lo llevo claro. Asiente y se levanta, hace a un lado mi cortina y pierde su atención en el exterior.

—A tu edad es quizá parte de experimentar, pero nada más. Alexandre es tan indómito, tan inquieto, tan intenso que quizá eso llamó tu atención. Sin embargo, tú te casarás con una mujer de nuestra clase, formarás una familia como Dios manda, te harás cargo de los negocios y olvidarás esto, ¿de acuerdo?

—No —declaro con firmeza. Arruga la frente.

—¿Cómo? —pregunta acercándose de nuevo.

—Dije no.

Suspira con fuerza, asiente y se vuelve a sentar con recato, estudiándome.

—Bien. Eres inteligente, el más de los tres, así que haremos algo para enderezar esto.

—No lo dejaré —digo con fiereza, porque en este momento no me importan las consecuencias por defender lo que siento por Dre.

—Lo harás, cariño. Porque si no lo haces a mi modo, esto mañana circulará por todos lados y, ¡ups!, Alexandre es tan conocido con eso que hace, ¿qué crees que sucederá después? Tú no te ves con claridad, pero él, él es inconfundible. Lo arruinaré, Bastian, cada paso que dé, lo arruinaré. Acabaré con sus sueños, con su estúpida sonrisa, le cobraré que te haya hecho hacer esta asquerosidad, entonces su oportunidad de entrar a esa universidad que quiere, perderá fuerza, perderá seguidores, todos hablarán de él, ¿te imaginas? Un mocoso como él, en cuanto tiempo medio mundo se enterará de esto, de su repulsión. Sería un escándalo.

—No te atrevas, es menor de edad, sería pornografía infantil —le advierto apretando los puños, pero los suelto cuando se da cuenta. Sonríe satisfecha.

—Nadie sabría quién lo filtró, menos siendo él quien es en ese mundo vulgar. Pero hay otra forma…

—No lo hagas. Él no tiene la culpa, el responsable soy yo.

—Eso me queda muy poco, pero tú eres mayor de edad, no te expondré. Eres mi hijo, él no, y pagará por esto a menos que…

—¿Qué? —presiono aterrado por lo que estoy escuchando, por su frialdad, por el odio que está proyectando sobre mí, sobre él, y que no comprendo.

—Es fácil. Hoy en la noche, saldrás con la hija de los Evans. Subirás una foto de ustedes en tus redes, diciendo algo convincente, un beso sería ideal; ella está encantada con la idea de salir contigo, no tendrás problemas. Mañana le dirás a Alexandre que jugaste con él, que nunca te podrías haber involucrado en serio en una relación homosexual, que fue una apuesta con los chicos de la hermandad,

que es repugnante. Quiero que lo humilles. Quiero que lo hundas. O lo hundiré yo, Bastian.

Me tomo unos segundos para absorber esa monstruosidad, esa estupidez.

—No puedo hacer eso —susurro conmocionado, tragándome el miedo por la aberración que pide a cambio.

—Sí puedes, lo harás.

—No.

—Entonces cumpliré mi promesa. ¿Cuánto crees que soporte la presión ese niño? Es huérfano, está a mi cargo, tu padre se pondrá furioso, tus hermanos lo despreciarán, en el colegio… Imagina eso, Dios, su familia.

—Basta, no hacemos nada malo —intento hacerle ver.

—No lo repitas, te lo advierto. Harás lo que te digo, ¿entiendes? No es negociable, no hay otra forma. Lo destruyes o lo destruyo yo. Elige.

—Me odiará. No puedo.

—Te odiará de todas formas cuando sepa que no lo detuviste y podrías haberlo hecho.

—¿Por qué lo quieres dañar? —me atrevo a preguntar. Cruza su pierna pasándola con elegancia pobre la otra.

—No es tu asunto, pero justo con él menos que con nadie permitiré que te mezcles. Porque además de ser un miserable maricón, es quien es. Así que decide, ahora.

Aferro el colchón, aterrorizado por lo que mi elección provocará en él de una u otra forma, pero llevo claro que ella cumplirá lo que dice; jamás le ha temblado la mano cuando decide hacer algo. No lo soporta y eso es darle armas para joderlo hasta el último momento. No puedo hundirlo, no puedo arruinarlo, ya mucho ha pasado, no lo merece, pero tampoco puedo dejarlo, lastimarlo así.

—Decide, Bastian —presiona.

La miro con frialdad, con odio porque eso empiezo a sentir por ella, un odio que me come.

—Si lo hago, quiero algo a cambio.

—No estás en posición de pedir nada.

—Lo dejarás en paz, no te opondrás a Berklee y harás que lo revise un médico de una buena vez —solicito con seguridad, intentando sacar provecho de esto, algo a cambio que lo ayude en medio de lo que le haré.

Entorna los ojos, evaluándome.

—Tú no regresarás a esta casa mientras viva él aquí, no lo buscarás, no entablarás ningún contacto nunca con él, ni preguntarás por nada referente a su vida; me encargaré de ello. Ni siquiera cuando se haya marchado. Harás de cuenta que no existe. Si cumples con eso, además de lo que te pedí, haré lo que quieres, de lo contrario… un solo fallo, un solo momento de debilidad, él cargará con las consecuencias, lo seguiré de muy cerca; esto no tiene caducidad —promete seria.

Siento que me rompo por dentro, que mi pecho arde, entonces cierro los ojos y asiento.

—Lo haré.

Suelta el aire y se levanta.

—Bien, entonces hoy saldrás, no puedes estar cerca de él. Mañana quiero que le digas lo que te dije, lo grabarás con el micrófono de tu celular porque no quiero sorpresas, ni mentiras, ¿*OK*?

—No es necesario hacerle daño, puedo simplemente irme —propongo.

Niega sonriendo.

—No, harás lo que te digo.

—Es humillante. Mañana me voy, no regresaré.

—Dije no, o haces las cosas así o no hay trato. De esta forma me aseguro de que él no te buscará, que te odie.

Aprieto las cobijas, sintiendo que me aviento al precipicio por mi propio pie.

—No puedo.

—Escúchame bien, Bastian. Si en algo lo estimas, haz las cosas como te ordeno y yo cumpliré mi parte, lo prometo. Eso debe bastarte.

Cierro los ojos y asiento.

—Bien, entonces pasado mañana te irás a terminar el verano a Grecia, con mi hermana —me avisa y sale de ahí.

No logro moverme, tiemblo. Me levanto finalmente aterrado y barro con todo lo que hay en mi escritorio, furioso; me dejo caer aferrando mi cabeza.

Yo lo arrastré a esto, yo fui quien lo empujó a mostrarse. No debí, no debí, me repito temblando, limpiando con rabia mis ojos.

No salgo de mi habitación, me manda un par de mensajes, pero respondo de forma escueta sintiendo como me voy rompiendo despacio.

Dre: *¿Pasa algo?*

Pregunta. Aprieto el aparato, con la angustia comiéndome vivo.

Bastian: *No. Tengo unas cosas que hacer.*

Dre: *OK, iré con Noe, ¿nos vemos más tarde?*

Respiro hondo.

Bastian: *No, estaré fuera todo el día.*

Dre: *¿Seguro todo bien?*

Bastian: *Sí, nos vemos mañana en la playa, por la carretera. A las 10.*

Le indico.

Dre: *OK, qué todo te vaya bien hoy :P*

Lo leo mil veces, entonces veo su foto de perfil. Es él tocando el violín, se la tomó Noe hace tiempo, me dijo. La agrando y me pierdo en su expresión pacífica, en sus ojos concentrados en el instrumento, en la forma en que su bíceps se marca al mover el arco.

No, no puedo hacerlo.

Permanezco a un lado de mi puerta, sentado con la cabeza entre mis piernas. Las náuseas aparecen, corro al inodoro y expulso con fuerza lo que hay en mi interior. Me echo agua en el rostro. No sé cómo lograré hacer esto. Sé que, al lastimarlo a él, me terminaré de romper, pero Alexandre está por encima de lo que siento; eso lo tengo muy claro, no permitiré que su vida se arruine, no por mí.

18. NI PIES NI CABEZA

BASTIAN

PRESENTE

Llego al hangar a la hora acordada, Wright lo tiene todo listo. Tomaremos un vuelo privado a California; después, una camioneta nos llevará al destino en un trayecto de tres horas. Días antes se abasteció la casa con lo que pudiéramos necesitar, me informa después de haberme pedido una lista de mis requerimientos. El viaje parece ser muy elaborado, pero lo dejo pasar.

Estos días fueron una reverenda vorágine; dejar listo el trabajo para ausentarme durante tanto tiempo me llevó más de lo que imaginé. Finalmente logramos organizarlo todo para estar al día vía remota.

Por otro lado, ¿a quién mierdas engaño? No he podido desterrar esta rabia ciega que me provoca saber que estuvo con ese tipo, cenando. Es muy probable que sean pareja, y la sospecha me llena de unos celos ardientes que no sé cómo gestionar.

Mientras lo supe en la misma ciudad durante estos años, pude fingir que no me afectaba —no sin esfuerzo—, pero me obligué a ello: a no intentar seguirle el paso, a no buscarlo, espiarlo o averiguar nada de su vida. Fue difícil, pero el trabajo ayudó, así como el *máster*; sin embargo, ahora mismo esa línea que me lo impedía ya no existe y solo siento que mi necesidad por él ha aumentado de forma ridícula.

Sé que no serán sencillas estas semanas; sé que me odia y no puedo juzgarlo, es lo lógico, pero también sé que sigue sintiendo algo después de esa tarde en la ducha. Es justo eso lo que me tiene tan mal. Porque mi cuerpo lo reclama como suyo, lo ansío y me encuentro más posesivo y territorial que nunca; no soporto la idea

de que alguien más le haya puesto un puto dedo encima después de haberme perdido en su cuerpo ese día.

Wright me recibe mientras un sobrecargo baja las maletas del auto.

—¿No ha llegado? —pregunto un tanto nervioso, aunque lo oculto tras mi fachada fría.

—Estamos en tiempo —dice, amigable.

—Esto no tiene pies ni cabeza, Wright —comento estoico.

Me estudia buscando algún indicio de mis pensamientos; no dará con nada, lo sé.

—Es como él dijo. Allá está todo preparado para su llegada. El lugar cuenta con un auto por si necesitan ir al pueblo más cercano, está a unos minutos.

—Lo busqué; parece ser muy aislado.

—Algo, pero no tanto, cualquier cosa se puede solucionar. Pero sí, es algo recóndito.

—¿Lo conoces? —quiero saber.

—No, pero lo sé. Mira, ya llegó —anuncia. Volteo y lo veo descender de un auto con chofer, tal como el mío, pues Wright los mandó.

Mis manos cosquillean y me cruzo de brazos. Viene leyendo algo en el celular; lleva un vaquero roído de una rodilla, oscuro, una camiseta clara, gafas y una mochila negra al hombro. Mi cuerpo reacciona sin remedio ante su porte, ante esa sensualidad ingenua que emana.

—Bienvenido, Alexandre —lo saluda el abogado.

Dre alza la vista, ignorándome, por supuesto. Se acerca, guarda el teléfono en el bolsillo trasero del vaquero y le tiende la mano, quedando a mi lado.

—Gracias.

—Bueno, estamos listos. Que disfruten del vuelo; cualquier cosa me la pueden hacer saber.

—Buenos días, Bastian —saluda tomándome por sorpresa, porque su cortesía me pone alerta; su amabilidad no es algo con lo que tenga manera de lidiar.

—Hola, Alexandre. ¿Vamos?

Nos presentan al piloto y al par de sobrecargos; entramos en silencio. Dre elige un asiento del lado izquierdo, deja su mochila en el de enfrente y se acomoda. Se quita las gafas, se coloca los auriculares inalámbricos y saca su teléfono.

—Ey, sí, ya —responde con serenidad, sonriendo abiertamente, revisando algo en el celular al mismo tiempo.

Intento serenarme poniéndome en lo mío mientras el avión se prepara para partir.

—No, vete al carajo, claro que no —continúa hablando de aquella manera que recuerdo.

Busco distraerme con lo que sea, pero me resulta muy difícil teniéndolo tan cerca, exudando masculinidad, ligereza, frescura.

—¿Desea algo de tomar? —pregunta la sobrecargo. Niego educado; luego se acerca a él, y no pierdo detalle. Se quita el auricular y le sonríe con su característica amabilidad, mirándola a los ojos.

—¿Puedo traerle algo de tomar? —repite.

—¿Agua? —pide accesible.

—Claro, ¿con hielo?

—No, a temperatura, muchas gracias —dice. La mujer asiente y noto sus mejillas sonrojadas; enseguida él regresa a lo suyo.

—Ya, perdón. Sí, solo dos veces por semana, más te vale que no mueran —amenaza. Finjo ojear una revista—. No, nada más —pausa—. Sí, también te echaré de menos. Te aviso al llegar, cuídate y compórtate —advierte, y siento la rabia recorrerme.

Termina la llamada, pero no voltea. Se quita los auriculares y recarga la cabeza en el respaldo, cerrando los ojos. Mi cuerpo reacciona; esto está siendo más complicado de lo que pensé al inicio.

No tengo idea de cómo me acercaré a él, porque no tengo idea de cómo manejar esta barbaridad que me provoca este maldito hombre que me aturde desde siempre.

Durante el vuelo duerme, según noto; no pone música, no lee ni hace nada, solo toma de su agua. Después de despegar y reclinar el asiento, no vuelve a conectar con su alrededor. Me logro perder en algunos pendientes y en la revisión de presupuestos las

siguientes horas. Lo observo intrigado cada tanto; son más de seis horas, pero no se mueve siquiera. Una sobrecargo le coloca una frazada encima; Dre ni lo nota. Seguramente se desveló.

El capitán avisa que estamos por aterrizar. Son las cuatro y treinta de la tarde, en California son tres horas menos, para mi cuerpo son más de las siete. Al fin eso lo despierta. Respira profundo y por eso sé que abrirá los ojos enseguida. Me perturba conocerlo de esa forma. Ve la frazada sobre sí; luego voltea.

—Fue la tripulación —le aclaro enseguida, volviendo a lo mío.

Se la quita de encima, la dobla y se levanta. Sale del sanitario, prende su celular, se coloca los audífonos y vuelve a evadirse.

Aterrizamos poco después; la tripulación se despide y él les sonríe. Una *Navigator* negra nos espera. Subimos después de saludar al chofer mientras pone nuestro equipaje en el maletero.

—Serán tres horas. Lo que necesiten, estoy a sus órdenes —nos dice cuando se sube.

—Gracias —responde él; yo solo asiento.

Saca su *iPad* y veo que abre un programa de mezclas.

—No comiste —digo antes de que se pierda en eso. Me mira, desconcertado.

—Lo sé —replica sereno, casi como si no me odiara, como si no le representara nada.

—Son tres horas más —le recuerdo.

Asiente y regresa a lo suyo como si no le hubiese dicho nada. Me jode, pero entiendo.

Tomamos carretera casi enseguida. Kilómetros y kilómetros, y empiezo a pensar que esto queda en el puto fin del mundo. Dre pierde la vista en el exterior; yo hago lo mismo. Estamos en el mismo asiento, solo que uno a cada lado. Lo cierto es que podría tocarlo con tan solo extender mi mano.

La maleza aparece. Vamos por una carretera bordeando la costa; baja la ventana y saca la mano para sentir el aire en su palma, cerrando los ojos. Controlo las ganas de besarlo en ese jodido momento, porque no puedo creer hasta qué punto sigue siendo ese chico de hace cinco años.

—Estamos a cinco minutos —nos informa el chofer con amabilidad.

Observo y no veo cómo pueda haber una casa ahí. Es absolutamente aislado. Entra por un camino de tierra; los árboles nos rodean y ya empieza a oscurecer. No puedo imaginar a mi padre tan alejado de las comodidades de una gran ciudad; era un hombre práctico y, salvo las excursiones con Dom, jamás hacía algo fuera de lo común o esperado.

La camioneta disminuye la velocidad y ambos nos agachamos para ver por el vidrio frontal. Hay focos encendidos en la parte exterior, palmeras, un jardín y… una casa de un piso que se adivina pequeña, jodidamente pequeña en realidad.

—Mierda —lo escucho mascullar.

Volteo, nos miramos un segundo y recarga la nuca en el respaldo. Yo regreso mi atención a la minúscula construcción. El auto se detiene frente a la puerta de madera y la vivienda de dos aguas.

El hombre se baja, abre la puerta de Lex y yo abro la mía, aturdido.

—¿Es aquí? —pregunto, porque no puedo entender esto.

El chofer sonríe abriendo la cajuela.

—Sí —confirma sacando las maletas.

Dre aparece a mi lado con las manos en los bolsillos del vaquero, estudiándola.

—Debe ser una broma —murmura para sí.

—Parece que no —replico.

Voltea y sus ojos claros atrapan los míos; niega y va con el hombre que baja el equipaje para ayudar. Hago lo mismo.

Lo seguimos, pasando por un caminito de grava; subimos tres escalones de aquella casa de muñecas y saca una llave. La hace girar en la cerradura después de haber abierto la puerta de malla que protege de los insectos y se hace a un lado para que pasemos después de encender las luces.

Él entra primero arrastrando su maleta; me ubico detrás y ninguno de los dos se mueve.

Enfrente de nosotros hay una estancia con un sofá modular color crudo. El piso es de duela de maple, ventanas a cuadros; al lado derecho, un pequeño comedor para dos frente a una chimenea. A un lado, la que adivino es la cocina tras una barra que tiene puerta al exterior y, al fondo, en medio de la estancia, un arco que da a lo que parece ser la única habitación, pues consta de una cama *king size*.

Dre se pasa las manos por el cabello corto, visiblemente conmocionado. Este sitio no ofrece ni una sola posibilidad para esquivarnos, lo comprendo desconcertado.

—Les dejo las llaves. La cocina está lista para usarse, cuenta con calefacción, aire acondicionado. Cada puerta tiene la llave pegada por instrucciones del señor Wright; todo funciona sin problemas, cualquier cosa pueden hacérmela saber. El auto está a un costado, en el cobertizo, tiene gasolina. Espero su estancia sea agradable.

—Gracias —respondo tomando las llaves, porque Alexandre no reacciona.

El hombre asiente y sale de aquí, dejándonos solos. Respiro profundo a sus espaldas, dejo las llaves encima de la chimenea y cierro. Voltea serio.

—No pasaré aquí la noche —anuncia cabreado.

Guardo silencio mientras él se dirige a la habitación y enciende la luz. Al lado izquierdo hay un baño con tina, noto; al derecho, la salida a un porche que da al jardín y luego al mar, pues el crepúsculo tiñe el sitio de un color anaranjado maravilloso. Avanza hasta ahí, abre y sale; camina por el *deck* hasta el final. Aguardo sentándome en la mullida cama.

El lugar es íntimo, casi romántico, minúsculo e impecable; no elegante, sino cálido.

No entiendo una mierda.

Doy una ojeada a mi alrededor para ver si detecto algo que me explique por qué aquí, por qué juntos. Me levanto y recorro los libreros; no hay televisión, solo libros, muchos en realidad. Los repaso con un dedo. Hay adornos, pero no parecen ser comprados para decorar, sino cosas sin sentido.

Entra. Lo miro culpable.

—Dormiré en el sofá —concedo.

Asiente y pasa a mi lado. No lo sigo. Abro los cajones de la mesilla de noche; están vacíos. Tuerzo la boca. Las cajoneras, el armario, vacíos; solo hay dos chamarras de marca, en diferentes tallas. Arrugo la frente. Cierro y salgo.

Está en la cocina; no me acerco a él, en cambio abro un ropero que está en perpendicular a la chimenea. Hay un par de almohadas, mantas, impermeables y ya.

—Esto servirá —me digo y saco lo que necesitaré. Lo dejo sobre uno de los sofás.

Dre abre cajones, puertas, el refrigerador. Me acerco intrigado. Parece que comerá finalmente; tiene en sus manos algunas verduras que lava.

—Debo cenar, parece que hay de todo —comenta sin voltear.

—Me haré algo después —concedo.

Respira con fuerza, me mira por encima del hombro y asiente. Necesita espacio, lo puedo reconocer—. Saldré a dar una vuelta. Provecho.

Camino por el lateral izquierdo de la casa; es un jardín muy agradable, cuidado y podado, que lo rodea. Da justo al porche; este une a la cocina con la habitación, noto, porque lo veo moverse con eficiencia al pasar.

Mi garganta escuece, pero lo dejo estar y avanzo. Hay una construcción de madera rectangular que sostiene una hamaca, espacio para una fogata, dos sillas de exterior; del lado derecho, un camino de madera que baja hasta la playa que está a unos metros.

En otra situación lo admiraría; diría que es un sitio realmente fuera de lo común, pero no en este momento, no con él adentro profundamente cabreado y acorralado.

Los sonidos de la noche me envuelven: las olas, el clima agradable. Me siento en una de las sillas y me pierdo en ello. Alexandre está aquí, conmigo, lejos de todo y no tengo una puta idea de cómo manejar esto, de cómo acercarme sin que me mande a la mierda siquiera o cumpla su amenaza de irse.

Pierdo mi atención en la noche tan estrellada.

¿Qué buscaba mi padre con esto? ¿Por qué tenía este lugar? ¿Por qué estamos aquí?

19. NO ME GENERAS NADA

ALEXANDRE

PRESENTE

Necesito tranquilizarme, no debo alterarme —me repito mientras condimento los vegetales y dispongo la carne sobre la parrilla.

Wright pidió una lista sobre lo que necesitaba que hubiese para las comidas. Se la envié con minuciosidad. Aseguró que todo estaría aquí disponible y que, cuando se terminara, podría simplemente pedir un reabastecimiento. Aquello me sonó muy excéntrico, pero acepté. Ahora que estoy aquí, en este sitio alejado del mundo, entiendo por qué.

En el refrigerador y en la despensa hay otras cosas; supongo que son las que él pidió, pero en su mayoría es comida simple. Apuesto a que no sabe ni preparar café y me pregunto cómo solucionará la falta de personal.

Sacudo la cabeza. ¿A mí qué más me da? Me sirvo agua y la bebo con avidez. Cuando dejo aquello preparándose, salgo y repaso otra vez el reducido espacio. Mi corazón palpita; cierro los ojos buscando por todos los medios no estresarme. Tomo mi equipaje y entro a la habitación. El sitio es hermoso, no hay manera de decir lo contrario, pero no entiendo nada. Es diminuto y, salvo que Abraham lo haya usado para aislarse, no veo otro motivo.

Abro el armario y veo dos chaquetas; las saco, son costosas, de tallas diferentes. Las cuelgo de nuevo. El baño cuenta con una tina amplia en medio; arriba, en vez de techo, hay un tragaluz. Arqueo una ceja. A un lado se encuentra la ducha, un lavamanos sobre una larga encimera, el inodoro y un mueble de blancos equipado. La ventana lateral da al jardín.

Es un tanto curioso. Me aseo un poco; el viaje fue agotador. Reviso cómo va lo que cocino. Ya está, entonces lo sirvo y me siento

en el pequeño comedor. Saco mi laptop y entonces me pregunto por el *Wi-Fi*. Arrastro la silla para ir a inspeccionar; por supuesto, no hay.

—¡Aaaaah! —gruño frustrado. La cierro de golpe. Usaré los datos del celular, pero me fastidia que sea así. No tengo la maldita necesidad de pasar por esto, menos ahora.

La puerta se abre y aparece Bastian.

—¿Qué pasa? —quiere saber. Me llevo las manos al cabello, ya un tanto fuera de mí, o bastante.

—Es una maldita putada; no hay Wi-Fi —bramo levantándome, y es que, aunque pareciera una estupidez, esto es algo así como la gota que derrama el vaso. Tan solo me observa—. Estoy en medio de la nada, en un lugar del tamaño de una jodida caja de zapatos, seis malditas semanas atascado contigo. ¡Eso pasa! ¡Y no tengo la puñetera necesidad de pasar por esto, carajo! —exclamo casi frente a él.

Cierra despacio, asiente y ojea la mesa.

—Mañana veré qué puedo hacer con lo de la conexión —dice calmado.

Niego exasperado.

—No te hagas el puto héroe. Me importa un carajo el maldito internet, ¡es todo! No te soporto cerca y debo verte cada maldito día por mes y medio. ¡Ni siquiera hay una jodida puerta! —señalo el arco de la habitación.

Bastian no reacciona a mi enojo; solo me mira, sereno, y eso me irrita aún más.

—Alexandre, tendrías que cenar; quizá descansar. Fue un día largo —propone conciliador.

—¿Qué mierdas te importa si como? ¡Déjate de idioteces! Tu padre fue un gran tipo, pero esto se encuentra fuera de todo contexto, de lo que soporto —le hago ver apartándolo con fuerza. Abro la puerta y salgo.

Camino por el costado de la casa; no me fijo en nada. Es de noche; solo necesito tranquilizarme. Bajo por aquel camino de madera que se distingue bajo la luz de la luna, llego al mar y aspiro con fuerza.

Debo relajarme, me repito.

Lentamente el sonido del agua yendo y viniendo me va apaciguando. Me dejo caer en la arena y recargo los codos en las rodillas. No hay nada alrededor, solo el sonido del aire, de las olas rugiendo; de insectos, quizá.

Tardo un rato hasta que comprendo que me excedí. No pienso disculparme; aun así, debo buscar la manera de no reaccionar como hace un rato. Por mí, principalmente, pero por él también. No necesito que se dé cuenta de cuánto me afecta.

Una hora después entro; está todo en silencio, aunque debidamente iluminado con lámparas que regalan una luz cálida. Ese lugar parece casi salido de un cuento.

Mi plato está cubierto con un recipiente. Debo calentarlo. El equipaje de Bastian no está; sé que no se marchó, pero no tengo ánimos de averiguar qué hizo ni dónde está. Caliento de nuevo lo que preparé y noto que hay platos limpios, un sartén. Se hizo de cenar, comprendo.

Como mientras reviso la tableta; al terminar, me tomo el medicamento, que ya se pasó de la hora, y limpio. Por lo menos no tendré que lidiar con eso; parece ser autosuficiente.

Entro a la habitación y mi equipaje está sobre la cama. Lo abro, saco lo que necesito y escucho la puerta tras de mí. No volteo.

—Utilicé el armario de afuera. Iré a dormir —avisa. Asiento sin mirarlo.

Acomodo en el ropero de la habitación mi ropa. Al baño llevo mis artículos de aseo; él ya se duchó; su aroma inconfundible viaja por el lugar. Pongo mis efectos personales del lado opuesto a los suyos, guardando lo que me genera, encerrándolo en un sitio lejano porque no debe ser.

Me doy una ducha, salgo y estoy exhausto. Quito los cojines y los acomodo en una banca que está en la piecera. La estancia está oscura y saberlo ahí me tensa sin remedio. Al fin me recuesto, apago las luces y tardo en dormir a pesar de que la cama es mullida y las almohadas suaves.

Despierto porque el sol me da en la cara. Me remuevo frotándome el rostro. No tengo idea de la hora; dejé el celular en el comedor. Observo cómo la luz entra; no bajé las cortinas, así que

anoto mentalmente hacerlo por la noche. Me incorporo adormilado. El paisaje de esa hora es asombroso, por lo que me pierdo en el horizonte que se distingue desde la puerta de vidrio que da al exterior, en la forma en que los rayos del sol acarician el mar.

Salgo de la cama y me dirijo al baño. La puerta está entreabierta, así que asumo que no está ahí; quizá sigue dormido, determino. Me refresco un poco, me lavo los dientes, me echo agua en el rostro y salgo. Tomo una camiseta porque solo llevo los pantalones de algodón oscuros.

La estancia está en orden. Arqueo una ceja. Voy a la cocina por un café; no puedo exceder la taza, pero necesito por lo menos uno. La cafetera está puesta y noto que ya se sirvió él. Vierto en mi taza y salgo de ahí por la puerta lateral. No debe importarme en dónde se haya metido, intento recordar. Me siento en una de las sillas del porche, disfrutando del clima cálido, de la vista.

Un rato después oigo el motor de un auto. Tengo los pies sobre el barandal, con la taza entre mis manos; una melodía comenzaba a germinar.

—Vendrán mañana a poner internet. No va a ser rápido, pero de algo servirá.

Volteo y está ahí, de pie, con una bermuda y una camiseta ligera. Asiento volviendo a lo mío. No sé por qué me siento como una mierda comportándome así, pero no encuentro de qué otra manera actuar. Está respetando la distancia, e incluso fue quien sabe a dónde mierdas a buscar lo del internet. Sonrío muy a mi pesar.

—¿Quieres algo de desayunar? —pregunta. Giro de nuevo.

—Yo puedo prepararme algo después.

Suspira y se acerca. Se recarga en el barandal, a un lado de mis pies, cruzando sus brazos, logrando con ello que sus bíceps, que siguen siendo llamativos, se noten más. Intento no hacer caso a eso y arrugo la frente.

—Escucha, Alexandre. Te agradezco en nombre de mi familia lo que estás haciendo. Estaremos aquí un tiempo; sé que no me soportas, que no es sencillo para ti esto, pero podemos hacerlo llevadero.

—¿Cómo? —pregunto bajando los pies, escrutándolo.

—No busco fastidiarte, aunque ya sé que mi mera presencia lo hace, pero… puedo hacer de desayunar para los dos sin que eso cause un problema, por ejemplo.

—Tu presencia no me fastidia, Bastian; la situación sí. Tú no me generas nada en realidad —miento con simpleza. Su quijada se tensa durante un segundo, pero lo suelta enseguida, asintiendo—. Quizá, si sabes cocinar, podemos alternar las comidas —propongo.

—Eso suena bien. Aunque no soy el mejor, puedo apañármelas.

—Bien, solo que… hay cosas que necesito comer —le hago saber calmado, porque aquello que dice suena mejor que estar huyendo de él, o preparar cada uno lo que come.

—¿Pizza, hamburguesa? —se burla. Ruedo los ojos y me arranca una leve sonrisa, casi imperceptible. Alza las palmas en son de paz—. Lo siento, solo dime qué debes comer.

—Lo normal. Necesito fruta, vegetales, proteínas.

—Bien, entonces voy a eso —avisa incorporándose y se aleja.

—Gracias por el internet —digo cuando sé que está a punto de entrar a la cocina.

—No es nada —responde.

Me doy una ducha, elijo unos pantalones holgados grises, una camiseta azul lisa, arreglo la cama y llego al comedor. Huele bien.

—Ya está —anuncia. Entro a la cocina para sacar cubiertos y demás. El espacio es minúsculo. Voltea justo cuando paso y nuestros cuerpos chocan. Me alejo, desconcertado. Sonríe sacudiendo la cabeza—. ¿Te los paso por la barra? —se ofrece. Asiento sin decir nada.

Un par de minutos después nos sentamos frente a fruta picada, huevos con espinaca y champiñones; recuerdo que así solía desayunar.

—¿Qué? —pregunta notando mi reacción.

—Nada, gracias —murmuro metiéndome un trozo de fruta a la boca.

—¿Por qué dijiste que «necesitas» vegetales y fruta? —pregunta tomándome de improviso.

Encojo los hombros.

—Es sano —respondo con simpleza. Asiente despacio.

—Por la mañana encontré esto afuera —comenta levantándose. Va a la chimenea y se acerca con un sobre. Tiene nuestros nombres.

—Esto es raro —señalo tomándolo.

—Ya sé, nunca pensé en mi padre como alguien misterioso. Ábrelo —propone bebiendo de su café. Lo hago y saco una fotografía enmarcada. Arrugo la frente, desconcertado. Es Abraham y mi padre, uno al lado del otro en… la entrada de la casa. Lucen jóvenes.

—¿Qué es? —pregunta Bastian, intrigado. Se la entrego. La toma y se recarga en la silla de inmediato, turbado—. Son nuestros padres —expresa buscando mis ojos. Asiento—. ¿Crees que este sitio era… era de ellos?

—No lo sé, quizá solo lo acompañó cuando la compró —comento sin entender por qué nos hacen llegar de esta manera esa fotografía. La analiza torciendo los labios, un gesto que reconozco, así que enseguida bajo la mirada y la poso en mi plato.

—Hay dos chaquetas en el ropero de la habitación.

—Sí, las vi.

Deja la foto a un lado; yo coloco encima el sobre. Acabamos de comer sin hablar, cada uno perdido en sus pensamientos.

—Limpia quien cocina, ¿te parece? —propone.

—Bien —accedo poniéndome de pie y, de paso, tomo la imagen.

—Gracias —susurro yendo hacia la habitación. Sentado en la orilla de la cama, la ojeo un segundo o dos, suspiro y decido dejarla sobre la mesa de noche.

Después de lavarme la boca, decido ponerme a trabajar un poco; abro la laptop, me coloco los auriculares y, después de tomarme los medicamentos, comienzo a hacer lo que más me gusta, olvidándome así de todo lo demás.

Horas más tarde, decido que es hora de mover mi cuerpo. No tengo idea de si permanece en casa. Me levanto horas después; suelo trabajar de pie, en una mesa alta. Coloco la computadora

sobre el librero para que quede a mi altura. La canción que por la mañana estaba ideando empieza a cobrar sentido; me muevo al ritmo de los sonidos, la repito acercando los auriculares a mis oídos y sonrío porque va quedando bien mientras me muevo con los ojos cerrados, sacudo los hombros y las piernas, olvidando, como siempre, cualquier cosa.

Pero entonces mi piel se eriza, abro los ojos y lo encuentro recargado en el arco que da paso a la habitación. Me detengo, apago la música y me quito un audífono.

—Sigues haciendo eso —señala con suavidad.

—¿Qué ocurre? —quiero saber, tenso.

—Saldré a dar una vuelta. ¿Quieres venir? —pregunta. Lo observo un segundo y niego. Asiente, sonríe y le da un golpe con la mano extendida al concreto. Siento un calambre recorrer mi cuerpo, respiro hondo y regreso a lo mío, esta vez sin bailar.

A mediodía decido que es suficiente. Contesto algunos correos, mando un par de fotografías al encargado de mis cuentas en BranLand; les dan el visto bueno. Saben que estaré fuera y quedé en mandar material sin decir dónde estoy.

Salgo al porche; el aire salino entra a mis pulmones a manera de medicina. Lo aspiro con fuerza y camino por el jardín descalzo. Entonces noto que está en la hamaca; me observa con un brazo tras su cabeza.

—¿Acabaste? —pregunta.

—Sí, iré a caminar.

No hace amago de levantarse.

—Del lado izquierdo hay muchas piedras; el lado derecho está despejado —me informa.

—Vale —le digo alejándome.

Termino húmedo, pues no pude resistir darle caza a una gaviota que revoloteaba cerca de mí. Hace años que no hacía eso, pero en este lugar regresan esas ganas. Entro al agua hasta las rodillas, me divierto solo, riendo, y luego la suelto observándola alejarse.

Presa del impulso me quito los pantalones, la camiseta y nado envuelto de nuevo en esa libertad que solía acompañarme, que

pensé que había perdido. Atento a mi entorno, a lo silvestre, va regresando la tranquilidad. Estudio mi alrededor; de verdad no hay nada aquí, salvo este mar bravío. Eso me estimula más. Termino agotado tiempo después y me dejo caer en la arena sacudiendo la cabeza.

Cuando recupero el aliento, regreso corriendo y me topo con él; está sentado en la arena, leyendo. Siempre lee. Alza la cabeza. Arquea una ceja repasando mi cuerpo mojado y lleno de arena.

—Voy a preparar la cena —comento pasando tras él, ansiando no sentir ese agujero en el estómago con tan solo esos gestos.

Cuando entra, ya estoy terminando. Ya me di un baño y me puse algo cómodo: bermudas y una camiseta de algodón. Sus ojos se estacionan en mí; está tras la barra. Paso saliva.

—¿Quieres vino? —pregunta estirando la mano para tomar una botella. Niego—. ¿Cuándo aprendiste a cocinar? —curiosea entrando para buscar un sacacorchos y en un segundo ya está a mi lado removiendo un cajón.

—Hace tiempo.

—Huele bien —señala ojeando el sartén.

—Espero que así sepa.

—Seguro que sí —concede pasando tras de mí para tomar una copa y, al hacerlo, sujeta mi hombro. Me tensa; enseguida se quita.

—Lo siento —susurra cerca de mi oreja y mi piel se eriza. No respondo.

Cuando le sirvo, deja su plato sobre la mesa y me espera sentado, con esos modales formidables; se mueve despacio, como en un vals. No es delicado, es seguro, ridículamente seguro en realidad.

—¿Podrías poner algo de música? —pregunta tomando los cubiertos cuando estoy enfrente.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo qué? —pregunto dándole un trago a mi agua.

—Violín, por ejemplo —propone como si fuese cualquier cosa.

—¿Violín? —repito. Asiente partiendo un poco de carne—. No hay un altavoz aquí.

—Con el celular es suficiente. Yo puedo poner algo si quieres —expone. Vencido y sin querer hablar más, lo saco del bolsillo lateral de la bermuda, lo desbloqueo, busco la música y se lo tiendo. Lo agarra dudoso.

—Elige tú —indico. Repasa lo que tengo y se decanta por una pieza. Coloca el aparato sobre la mesa y comienza a sonar *In Wildest dreams*. Mis ojos lo buscan, mi pecho galopa, pero él tan solo parte otro trozo.

—Cocinas muy bien —expresa como si nada.

Bajo la mirada y me concentro en la comida. Esa canción se la mostré ese verano. Los recuerdos comienzan a rondar en mi cabeza como si fuesen fantasmas: *Wingaersheek*, el ojo de agua, las correteadas, las risas, él y yo tomados de la mano caminando por la playa, las ocasiones en que lo asustaba con animales que capturaba, cuando lo hice gritar en la orilla del risco.

Aprieto la quijada. Todo fue mentira, todo. Mi pecho se hunde más; mastico sin reparar en el sabor. No logro alejar eso de mi cabeza, entonces tomo el aparato y lo paro. Alza los ojos, intrigado. Elijo otra canción que no tenga nada que ver con algo que me lleve a él y dejo el teléfono sobre la mesa de nuevo. No dice nada; solo me estudia y vuelve a lo suyo. Acabo minutos después, tenso; recorro la silla con brusquedad, dejo mi plato en la cocina, regreso por el suyo.

—¿Hice algo? —quiere saber, levantándose.

—Debo lavar —digo serio.

—Mierda, Dre, doy un paso adelante y dos atrás sin saber cómo.

Me detengo, cabreado. Volteo; sus ojos oscuros lucen tan perdidos que casi me convence. Pero sé que con él, menos que con nadie, debo dejarme llevar.

—Alexandre —le recuerdo—. Y no avanzas ni retrocedes en nada. Deja de fingir que te importa. Sé que no quieres que me vaya para que tengan su jodida herencia. No me iré, Bastian, pero no

tienes que portarte agradable. Hace años lo dejaste muy claro, así que solo céntrate en lo tuyo. ¿*OK*? —exijo tajante.

La vena de su frente salta y sujeta mi brazo, serio.

—No estoy fingiendo nada, carajo —gruñe.

Me zafo, sacudo la cabeza y entro a la cocina. Inhalo; dejo las cosas en la repisa para acomodarlas cuando aparece a mi lado. No alcanzo a exhalar porque me toma por el cuello y me besa con ferocidad. Busco apartarme empujando sus hombros; lo impide aferrándose a mi nuca. Los segundos de confusión, la falta de aire y mi cuerpo se rinde. Su lengua entra en mi boca; gimo de manera vergonzosa. Entonces mis manos cobran vida y sujeto su quijada con fuerza, porque no hay nada delicado entre nosotros. Emite un sonido ronco. Sabe a vino, a fresco. Repasa con la lengua mis labios tal como recuerdo y enseguida aquellas sensaciones retornan.

Una campana de alerta se hace presente y me expulsa de nuevo a la realidad. Con brusquedad me aparto mientras tiemblo; el pulso tras mi oreja es insoportable. Limpio mis labios con furia.

—Te dije que no me tocaras —rujo. Me siento expuesto.

—Nunca fingí, nunca te mentí salvo esa mañana —dice con el pecho subiendo y bajando.

—Si no sales de aquí me largo. No quiero escucharte, Bastian —le advierto. Aprieta los dientes.

—Necesitamos hablar —pide ansioso. A estas alturas no sé qué pretende, pero ya me destruyó una vez; no lo hará de nuevo, no puedo permitirlo.

—No —determino acercándome decidido—. No tenemos nada de qué hablar.

—Debes escucharme, es importante. Esto ya es incontenible —dice exasperado.

—¿Escucharte? Tuve de ti suficiente para una puta vida, te lo aseguro. Así que para ya. No entiendo una mierda de lo que estás haciendo, pero es una maldita putada —gruño harto. Su postura segura se agrieta cada segundo que pasa—. ¿Es porque estamos en medio de la nada? ¿Porque quieres probar algo? ¿Porque tu jodido ego necesita hacerme daño de nuevo? ¿Las mujeres no te son suficientemente entretenidas y necesitas venir a joder al mismo

imbécil de años atrás? ¿Es eso? —lo confronto con el rostro muy cerca del suyo; él no suelta mis ojos—. No soy el mismo, te lo advierto, y si quieres que las cosas funcionen aquí, mantén la distancia.

—Nada de lo que dices es así. Solo hablemos, necesitas saber lo que ocurrió —insiste. Sonrío negando, lo hago a un lado con fuerza, tomo el trapo y se lo pego al pecho.

—¿Sabes qué? Lava tú. A la mierda esta estupidez —determino saliendo de ahí.

—Alexandre —me llama siguiéndome. Volteo furioso, temblando de miedo.

—¿En serio no fue suficiente? ¿En serio pretendes que te crea algo de lo que quieras decirme? No confío en ti; nada de lo que digas para mí es real, nada —le hago ver desesperado y salgo de la casa, agitado. Aferro mi cabeza una vez solo y doy vueltas, más perdido que nunca.

No, no conseguiré estar aquí tanto tiempo, no sin comprometer mi salud. Con las lágrimas asomando por mis ojos, me dejo caer en la silla que está junto al barandal; cierro los ojos frotándome la cara buscando alejar este cúmulo de sensaciones. ¿Por qué hace esto?

20. MIS MANOS TIEMBLAN

ALEXANDRE

CINCO AÑOS ATRÁS

Salgo con Noe; vemos una película, compramos un helado y terminamos con los chicos en la playa jugando *frisbee*. Nos encaramamos unos sobre otros con tal de ganarlo. Río hasta que los músculos de mi estómago duelen. Reviso el celular cada tanto. Hay algo que me inquieta; quizá sus mensajes tan fríos, o quizá estoy demasiado acostumbrado a estar con él y esto es parte de ello.

Me dejo caer junto a mi amiga, que come golosinas. Le quito los *Skittles* y meto varios en mi boca.

—Eh, son míos —se queja dándome un empujón.

—Ahí hay más, no seas llorona —digo.

—¿Llorona yo? —brama dejando sus dulces sobre la arena y se abalanza sobre mí.

Me la quito de encima con la táctica más sencilla y efectiva: cosquillas.

—Ya, ya, para —ruega. Obedezco y vuelvo a meterme un puñado más de dulces en la boca—. ¿Y eso que te dejó libre? —pregunta abriendo un *KitKat*.

Me encojo de hombros, viendo a los chicos jugar con un balón.

—Tenía cosas que hacer…

—Bueno, por lo menos él sí hace algo además de estar pegado a ti.

Le saco el dedo medio, atento a su improvisado partido. Ríe y me da un pequeño empujón.

—Lo sentí raro…

—¿Raro?

—Sí. En la mañana estaba todo bien, pero luego se fue a duchar y no bajó ni a desayunar.

—Se sentirá mal —señala. Niego—. Lex, está loco por ti, te lo aseguro.

La miro y de mi pecho sale un ridículo suspiro.

—Intentaremos continuar esto, lo que sea que sea, a la distancia. Vendrá cuando pueda los fines de semana.

—Eso suena genial, ¿no? Ya ves, aunque no te ha dicho con palabras que te quiere, estoy segura de que es así. Basta ver cómo te mira, cómo te besa. Está a tus pies, confía en mí. Bastian Andrews está enamorado de ti.

Sonrío metiéndome más dulces en la boca.

La aprensión de aquella noche regresa. No he vuelto a decirle lo que siento; quizá me precipité y él aún no siente lo mismo, o no quiere decirlo, reconocerlo.

¿A quién engaño?

La verdad es que se siente como si no estuviera listo para aceptarlo y me genera cierta inseguridad, más ahora que se marchará. Bastian es un hombre que tendría a su lado a quien quisiera; quizá a alguien con mayor experiencia, menos desastroso que yo, que no viva en su casa, de su edad.

—Y si conoce a alguien en Harvard…

—Basta, no hagas esto, Lex —suplica Noe—. Debes confiar en él, en lo que tienen; de lo contrario, no funcionará. Tener otra preferencia no es sencillo, siempre hay mucho en medio, pero ustedes se quieren. Solo fluye como sabes hacerlo.

—Sí, lo intento.

—¡Vengan, haraganes! —exige Justin.

Me levanto y voy tras el balón, buscando dejar a un lado esta jodida inquietud que me come.

Más tarde la acompaño a una tocada. Yamina, una chica varios años mayor que ella que le gusta, toca el *yembé* en una especie de café. Yo no sé muy bien usar ese instrumento, pero lo hemos hecho juntos algunas veces. La música es mi debilidad.

Le escribo a las siete; no responde a pesar de haberlo leído. Intento no hacer drama. Bailamos, toco un poco con ellos, río y a las

doce nos marchamos.

Vamos rumbo a mi casa cuando entro a *Instagram*. No reviso constantemente las notificaciones ni las tengo activas, pero a veces les doy una ojeada. Había subido una historia. Arrugo la frente, porque no suele subir nada.

La abro y mi mundo deja de girar. Está al lado de una chica de cabello oscuro, largo, de sonrisa radiante y ojos almendrados, en un restaurante.

Nervioso, deslizo; están tomados de la mano.

Un nudo en la garganta crece.

Paso a la siguiente y mi pecho se aprieta: se están besando.

Suelto el aparato como si quemara y niego, asustado.

—Eh, ¿por qué lo lanzas? —pregunta mi amiga moviéndose al ritmo de una canción—. ¿Lex?

Me nombra, pero no consigo responderle; los jugos gástricos suben por mi esófago.

—Me asustas. ¿Qué pasa?

Entonces detiene la camioneta en la acera y me mira, aferrando el volante.

—Está con alguien —digo en voz alta lo que acabo de ver, sintiendo cómo algo filoso y puntiagudo se clava en mi pecho.

Mi amiga arruga la frente.

—¡¿Qué?! ¡Claro que no! Dame ese teléfono —exige. Niego. Apaga el motor y se agacha. Lo toma y me lo da—. Desbloquéalo —ordena.

Mis manos tiemblan, pero obedezco. En cuanto se abre la pantalla, lo ve.

—Mierda —susurra atónita. Desliza el dedo y aparece un video corto. Es desde el celular de ella; lo etiquetó y Bastian lo compartió. Ríen por algo, luego brindan.

Lo apaga.

—Lex… Eh, Lex.

Me llama, pero yo solo puedo mantener mi atención en el oscuro exterior. Algo dentro se comienza a romper e incluso puedo escucharlo.

—Lex, mírame —ruega.

No puedo.

—No quiero ir a casa —murmuro con la voz rota.

—Vale, vamos a la mía. Tranquilo, ¿sí? Debe haber una explicación —asegura.

Asiento sabiendo que no es verdad. Llegamos y entro por la ventana. Ella se cambia de ropa y posa sus ojos en mí, evaluándome.

—Anda, ahí está tu pijama limpia —dice. Pero estoy tan lejos de este lugar, de todo lo conocido, de mi vida en realidad. Me siento en el sofá con los codos recargados en mis rodillas y la cabeza gacha —. ¿Quieres hablar? —pregunta poniéndose a mi lado.

—Duerme, ahora voy —miento.

Sacude mi rodilla.

—Mándale un mensaje, pregúntale.

—No.

Bufa.

—Bastian te quiere.

—Por favor, no. Ahora mismo no —suplico.

Resopla vencida, recarga su cabeza en mi espalda y acaricia mi brazo. Queda dormida en algún momento. Tomo el teléfono y, con los ojos empañados, vuelvo a verlo. Un suspiro cortado sale de mi pecho; es el retazo de un sollozo que no me atrevo a expulsar.

Recargo la frente sobre mis manos, negando. Entro a mi galería, busco las fotos en las que salimos, aquellas que nos tomamos haciendo estupideces, jugando.

No entiendo.

Obviamente no duermo. Ruge en mí la necesidad urgente de entender qué ocurre, por qué no me dijo que saldría con una mujer, por qué la trataba con tanta familiaridad, por qué… la besaba.

Salgo al amanecer después de dejarle una nota a Noe. Camino hasta la playa; necesito despejarme.

Llego media hora después; es muy temprano aún. Me dejo caer en la arena y pierdo la atención en el mar, en el ruido del oleaje. No llega la música que suele venir; mi pecho se siente comprimido, tanto que llevo la mano hasta ahí, frotándolo.

¿Cómo es posible que duela? Me pregunto ansioso.

Estoy envuelto en mi propio silencio y eso no lo tolero. Las preguntas se agolpan una tras otra, las dudas, la búsqueda de explicación incesante. Pasan las horas lentas; sigo pensando en decenas de respuestas factibles; ninguna me convence.

—Eh.

Escucho y volteo; es él. No me levanto, tan solo lo observo desde mi posición.

¿Y si lo que busca es una relación abierta? Lo desecho enseguida. No, Bastian es posesivo. Yo lo soy tratándose de él; lo sabe.

—Eh —respondo también, sin ganas.

No se sienta, solo permanece ahí, de pie, imperturbable.

—Debemos hablar —anuncia.

Entonces me incorporo sin dejar de buscar algo de certeza en sus ojos oscuros. Paso saliva y cierro los puños. Caigo en cuenta de algo que siempre he sabido pero que ahora pesa: a su lado soy un desastre. Tengo la ropa del día anterior, estoy despeinado, no he dormido y él… él luce fresco, recién duchado, listo para el día. Mi pecho se aprieta todavía más. Aun así, reúno el valor y lo enfrento.

—Podrías empezar aclarando por qué no me dijiste que saldrías con alguien, o mejor, por qué la estabas besando y lo publicaste.

No reacciona; no veo culpa, arrepentimiento, nada. Mi piel se eriza.

—Ah, eso... —dice casi sonriendo, como si fuese cualquier cosa.

Arrugo la frente.

—¿Eso? ¿Así? —gruño acercándome. Él retrocede. Pestañeo.

—Prefiero que te quedes ahí —solicita con frialdad, una que me recorre.

—¿Qué está pasando? Nunca hablaste de exclusividad, pero lo di por sentado. No te voy a compartir —advierto, notando cómo un calambre viaja por mi pecho, mi estómago, mis muslos. No habla, entonces sigo—. Dijiste que querías que continuáramos aunque te marcharas, y así no veo cómo podré confiar en esta relación. Yo no quiero estar con nadie más —expongo con las palmas sudando.

—¿Relación? ¿Exclusividad? Alexandre, ¿en serio lo creíste? —pregunta sacudiendo la cabeza.

El aire desaparece. Mi respiración se contiene. No lo reconozco. O sí: parece ser el tipo que siempre vi, pero no el que era conmigo.

—¿Creer qué? —lo interrogo acercándome de nuevo. Retrocede enseguida. Esto se siente mal, muy mal—. ¿Qué está pasando? —intento entender con el estómago apretado, con una opresión dolorosa en el pecho y aguantando las lágrimas.

—Solo... quédate ahí —ordena con desdén.

—Bastian…

—Alexandre, no puedo creer que pensaras que entre nosotros habría algo. Por Dios, no soy un… un maricón, no jodas.

Mi mundo se desquebraja con tan solo esas palabras. Niego con violencia, acercándome; mi pecho revienta.

—¿Maricón? —repito incrédulo, atónito.

—¡Que no te acerques, coño! —gruñe amenazante. Me congelo en mi lugar—. Escucha: el verano lucía aburrido y aposté a que caerías. Necesitaba diversión, solo eso. Pero no puedo creer que pensaste que podría ser algo más. Date cuenta; no creí que fueras tan ingenuo.

Niego de forma frenética, aterrado.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto con la vista nublada, mi labio temblando—. ¿Qué apuesta?

Bufa con las manos en los bolsillos, mirando el mar.

—Aposté una fuerte cantidad a que eras gay con la hermandad. Ahora ya tengo el dinero. Gané. Y esa chica sale conmigo desde hace tiempo; regresó de viaje ayer. El rollito se acabó.

—¿Rollito? —repito, notando cómo me estoy rompiendo pieza por pieza.

—Mira, me da pereza esto y la verdad es que no quiero que te acerques a mí de nuevo. Estoy asqueado de tan solo pensar en todo lo que tuve que hacer para ganar. Pero no sé perder y acepto cualquier reto. Tú no lo fuiste, la verdad. Así que solo deja de mandarme mensajes; aquí no hay nada, jamás… lo hubo.

Me pongo en cuclillas sujetando la cabeza. Mi pecho explota, me está quemando por dentro, mi piel está erizada y mis dientes castañean.

—Quizá no debí llegar tan lejos, pero ya fue. Lo pasaste bien, tampoco es para hacer un drama —dice como si tal cosa. Su frialdad es la peor parte de esto que está pasando.

El odio y la decepción me recorren cuando me pongo de pie.

—¿Por qué? —logro preguntar limpiando mi rostro con fuerza. Su quijada luce tensa; desvía la mirada para no verme. Ahora sé que quizá es por el asco que le produzco—. ¡¿Por qué?! —grito, pero no voltea. Se esfuerza por mantener su arrogante expresión sin darse cuenta de lo que me está haciendo, de la herida honda que me está generando.

—Era un juego, ¿ya? Y quizá… quizá se salió un poco de las manos, pero no soy gay, no me gustas y definitivamente no puedo volver a tocarte.

Asiento intentando entender, buscando lógica a esto, pero no la encuentro porque, maldita sea, no la tiene.

—¿Todo fue mentira? —intento corroborar humillándome. Asiente sin voltear, removiendo con sus pies la arena. Limpio mi rostro con el antebrazo—. Vale —consigo decir con el poco orgullo que me queda, y me alejo roto, tan roto como nunca pensé que se podría estar. Esto duele más que lo ocurrido en aquel accidente que me quitó algo importante de mi vida, y admitirlo solo me hunde más.

Cuando no puedo contenerme más, corro. Llego a esta maldita casa; no me detengo hasta estar en mi habitación. Consigo entrar al baño y vomito con violentos espasmos. Al no poder expulsar más, me hago un ovillo en el piso, retorciéndome. Esto me está comiendo vivo, así que solo puedo llorar sin detenerme.

El dolor de cabeza aparece como si no tuviera suficiente. Al poco tiempo, tropezando, voy a mi habitación con la vista distorsionada, con el corazón roto, con mi identidad quebrada. Tomo una pastilla con manos temblorosas, la meto a mi boca y la paso con agua, sudando frío sentado a los pies de mi cama. Oculto la cabeza, ansiando dejar de sentir, dejar de pensar, dejar de recordar.

Termino dormido en esa posición. Despierto horas más tarde. La realidad me aplasta, pero el dolor de cabeza desapareció. Observo la habitación. Los minutos avanzan y no me muevo; saco mi celular, no tiene batería. Lo boto sobre el piso y continúo así.

No sé cuánto tiempo después, me incorporo, lo conecto al cargador, desnudo mi cuerpo —que ahora mismo no puedo ni ver— y entro a la ducha helada. Entonces vuelvo a dejar que las lágrimas se confundan con el agua que cae por mi rostro. Me siento humillado, traicionado, usado y sucio. «Soy un imbécil», admito al fin.

Elijo ropa limpia y me siento sobre las almohadas de la cama, perdiendo mi atención en el exterior. Un entumecimiento empieza a absorberme, uno que no intento evitar, que me aísla.

A las seis tocan la puerta. Me alerto enseguida, aunque no es él, eso es seguro.

—¿Sí?

Clark entra.

—Pide la señora que baje a cenar con la familia.

Asiento. Él me observa intrigado sin preguntar nada. No quiero ir, pero tampoco necesito problemas con ella; eso es un hecho. Lo cierto es que no sé cómo toleraré estar sentado frente a él.

Llego al comedor y ya están ahí. Contengo la respiración.

—Buenas tardes —saludo. Todos responden menos él. Me acomodo en mi lugar forzándome a mirar solo mi puesto.

—Sírvale a Alexandre —pide Martha.

Los ácidos de mi estómago suben y bajan. Miro mi plato lleno y solo pienso en que voy a vomitar encima de él. Tomo un cubierto y empiezo a esparcir la comida.

—¿Ya tienes todo listo, Bastian? —pregunta su madre. Alzo el rostro sin remedio. Él, por supuesto, no reacciona a mí y, con su típica seriedad, asiente.

—¿A dónde vas? —pregunta Austin.

Bajo la mirada.

—A Grecia —responde con sequedad.

—¿Por qué no dijiste nada?

—Austin, a lo tuyo. Bastian viajará mañana; regresa justo cuando empiezan las clases. Eso ya estaba planeado. Lo pasará bien.

—Seguro —confirma él.

Su voz recorre mi piel; mi cuerpo reacciona al suyo, a su cercanía.

No, no puedo. Me levanto de pronto. Todos me miran, incluyéndolo.

—No me encuentro bien. Lo lamento, debo ir a recostarme —solicito mirando a su madre, temiendo que me retenga.

—Claro, descansa —dice Martha, serena.

Subo a mi habitación, borro sus mensajes, las fotos, su número. Lo bloqueo en mis redes, saco lo poco que dejó aquí y lo dejo en su recámara, con prisa. Coloco en mis oídos los audífonos y me pierdo en las tonadas, con la cabeza recargada en la superficie de mi escritorio. No tengo idea de cómo lograré pasar esto, cómo volveré a ser el de antes, si es que es posible.

Los siguientes días no salgo, no respondo llamadas, desaparezco y nadie se acerca a mi habitación. Tres días después, Noe aparece. Tal como es ella, entra importándole una mierda todo y clava sus ojos en mí, furiosa.

—Saca el puto culo de la cama ahora. Vamos a salir —ordena con las manos en la cintura. Niego girándome. Entonces siento agua caer en mi espalda. Volteo cabreado—. ¿Qué coño te pasa?

—Ahora, Alexandre. Tienes cinco minutos o no pararé de mojarte.

Clark está en la puerta observando la escena, pero no interviene. Sé que están preocupados y lamento no poder hacer nada al respecto.

—No.

—Sí —replica, y va al baño, llena el vaso de nuevo, regresa y me lo vacía en el rostro. Me levanto furioso, le quito el vaso y la confronto, pero no se amedrenta.

—Dije que no.

—Dije que sí. Tú no has dejado que me hunda; tampoco lo permitiré. Vístete, tienes cinco minutos.

—No quiero, no saldré de aquí.

—Saldrás, comerás y me dirás qué carajos está pasando —advierte. Va hasta mi vestidor, saca ropa y la avienta sobre mis piernas—. Ahora —ordena con firmeza.

Clark entra despacio.

—Por favor, joven Lex —pide con cautela.

Lo observo y no tengo más remedio que asentir. Entro a la ducha con la ropa que me dio, me visto y, cuando me tiene enfrente, me saca de casa. En su *SUV* no hablo. Solo hay vacío dentro de mí y eso nadie, ni siquiera Noe, lo puede solucionar. Llegamos a un sitio de comida rápida; ordena lo que sabe que me gusta, luego conduce hasta la playa.

—No, no quiero ir ahí —le ruego, tenso. Suelta el aire y acepta. Entonces tomamos camino a Boston. Cuarenta minutos después estamos en *Piers Park* y nos sentamos frente al lago, bajo un árbol, en silencio.

—¿Qué pasó? No sé nada de ti desde esa noche.

Agacho la cabeza negando. Frota mi espalda. No puedo más. Con la voz rota, digo:

—Era un juego…

Entonces le cuento lo que ocurrió. No se mueve; ni siquiera sé si respira durante un par de minutos. Pero Noe no es así, y explota.

—Hijo de puta. ¡Hijo de puta! —grita dándole con el puño al césped para luego abrazarme con fuerza.

Las siguientes semanas son muy complicadas. Regresamos a clases. Hablo muy poco, ignoro las redes, no toco y solo voy de la escuela a mi habitación. Martha no me da tregua y comienzo a notar que sus ataques son más crudos, más fieros.

Las pesadillas se repiten cada noche. Duermo muy poco, los dolores de cabeza aumentan y como muy mal, puesto que a algo raro me sabe la comida. Si no fuese por Carola que me obliga cuando puede, o Clark, que entra a mi habitación a levantarme cada mañana, o Noe, no sé qué sería de mí.

Con el paso de las semanas comprendo que debo sacar la cara, que estoy preocupando a los demás sin proponérmelo, que debo retomar mi vida. Comienzo lentamente a subir de nuevo videos. Compongo mucho, paso horas en el cuarto de música. Las redes reviven casi de manera instantánea; pronto los seguidores suben de forma exponencial. Eso me motiva.

En la escuela solicitan mi apoyo en el área de música. Ya hay personas que me detienen en la calle, me reconocen y piden mi firma, algunos en lugares de lo más inusuales. Una disquera hace contacto conmigo meses después. No acepto nada de lo que proponen; mi edad no me lo permite y Martha tampoco. Sin embargo, eso me incentiva y me entrego a la música de forma absoluta, porque sé que es esto lo que me está salvando, lo que ha hecho desde que mi vida se torció.

Conozco a un tío llamado Roy; es amigo de Yamina, la novia de Noe. Salimos, lo paso muy bien. Creo que me gusta, no sé de qué forma, pero me hace reír, hablar. Dentro del auto de Noe, me besa. Enseguida me aparto; algo arde en mi pecho y enseguida me angustio. Roy sonríe inspeccionándome.

—¿No te gusto, Lex? Si confundí las señales, lo lamento de verdad. Solo que me pareces irresistible.

Niego agobiado. No quiero que se aleje.

—Yo… no, está bien. Quiero decir, me gustas —farfullo con torpeza. Pasa una mano por mi barbilla, sereno.

—¿Pero?

—No sé.

—Si te digo que seré paciente, ¿está bien? Quiero seguir viéndote.

Asiento avergonzado, aunque sé que no se trata de eso, menos de él. La jodida verdad es que no he olvidado a Bastian y no consigo ser el mismo. Ya no persigo ardillas o cualquier otro animal, no hago cosas alocadas, río menos y, aun así, me aferro a lo que puedo: a mi música, a mis amigos, a los estudios y a la idea fija de entrar a *Berklee*. Esa es mi mayor meta.

Roy no se aleja a pesar de los casi nulos avances conmigo y no me presiona. Pero es que cuando me toca no siento nada

parecido a lo que me hacía sentir Bastian. Eso me cabrea muchísimo. Aun así, hace unas semanas consentí sus besos, sus roces suaves. No puedo darle más que eso y él lo acepta. Sí, de alguna manera comienzo a sentir que la tormenta va pasando.

21. MENTIRAS ATROCES

BASTIAN

PRESENTE

Lanzo el trapo frustrado. Me agacho y me sujeto la cabeza, embargado por la impotencia. Necesita saber lo que pasó; sé que no por ello dejaré de exponerlo, pero como acaba de decir: no somos los mismos; algo podremos hacer al respecto.

Sin embargo, me encuentro en un callejón sin salida. Le diga lo que le diga, no me creerá; pensará que lo hago para aprovechar la oportunidad, para usarlo de nuevo, y es que llevo tatuada cada palabra de esa mañana, su mirada rota, sus labios temblando y la sensación de que, al romperlo, me rompí yo también sin remedio.

Ver cómo lo dañaba segundo a segundo abrió grietas en mi pecho que nunca logré cerrar. Esa mañana lucía desmejorado, pero yo no me encontraba mejor. No llegó a dormir; revisé los espectadores de mis historias y supe que la vio, como era la idea, y de tan solo imaginar lo que sintió, mi pecho se apretó hasta el punto de casi matarme. Esa noche permanecí sentado con la espalda pegada a la puerta.

La angustia me comía vivo. Dre no era de impulsos, no de ese tipo, pero tenía claro que verme besando a alguien más, como mínimo, lo habría enfurecido; yo lo hubiese matado.

Esa mañana llegué a la playa y, en cuanto lo vi a lo lejos, unas náuseas brutales aparecieron. Tuve que detenerme para no flaquear. Se trataba de su futuro, de no exponerlo, de protegerlo; no podía fallar. Activé el grabador del teléfono, lo guardé en mi bolsillo con el micrófono orientado hacia afuera y avancé. «Se trata de él», me repetí de manera convulsa. Sin embargo, nada me preparó para su mirada, para ser consciente de su dolor con cada palabra que fui

soltando. Cuando se acercaba, me obligué a ser brusco porque, si me tocaba, olvidaría todo y lo besaría.

Dre nunca ha sabido el impacto que tiene en mí, la inconmensurable atracción que ejerce, lo hondo que se clavó en mi alma.

Cuando se alejó, después de haber logrado convencerlo a base de mentiras atroces, me dejé caer sintiendo un dolor agudo en el pecho. Empecé a respirar de prisa; mi estómago estaba apretado y mis manos sudaron como nunca, cosquilleaban. No entraba suficiente aire; sabía que me estaba ahogando. Estaba en medio de un ataque de pánico, el primero que tuve durante esa temporada.

El miedo me consumió a un grado que no imaginé. No sabía qué hacer; lo único que quería era ir tras él, abrazarlo con fuerza y rogarle que me perdonara cada mentira. Después de un rato en el que sentí morir porque la sensación fue en incremento, logré respirar.

Regresé a casa, pasé por su habitación y no había música no se oía nada. Mi madre me esperaba al final del corredor.

—Quiero escucharlo —exigió. Rabioso hasta lo indecible, se lo envié. Ella, con eso, creó a un ser inescrupuloso y frío, uno con el que he convivido durante todo este tiempo, uno que él derrite con tan solo estar cerca—. Revisa tu equipaje. Sales mañana temprano y más te vale que no te acerques, ¿entendido? —advirtió.

Recostado en la cama, me perdí en las fotos que tenía de él en el celular. Mis ojos dejaban salir lágrimas que limpiaba una y otra vez. No me creía capaz de infringir tanto daño, no a alguien como Alexandre, y lo había hecho. Yo lo hice.

Repasé sus risas, sus locuras, algunos videos donde bromeábamos. No, nadie me preparó para el odio que creció ese día dentro de mí.

La impotencia, aprendí, es como un ser viviente que devora el alma de un solo bocado, que sumerge en el limbo de la rabia y transforma la manera de ver las cosas.

Esa noche en el comedor no tengo idea de cómo conseguí mantenerme imperturbable, porque él estaba visiblemente frágil, aunque evité su rostro con todas mis fuerzas. Esa fue la última vez

que lo vi; cuando rodeó la mesa y salió de ahí con líneas rojas bajo sus ojos, pálido, vulnerable como nunca había estado. Y yo era el responsable. Miré a mi madre; entonces supe que jamás volvería a ser el mismo.

Y fue así. Trabajé como loco, aferrándome a ello como una bestia voraz; estudié tanto como pude, me ejercité y basé mi vida en rutinas, control, estructura y frialdad. Nada debía salir de eso. Por supuesto que me alejé de la familia por completo. De alguna manera esa rabia se proyectó sobre todo lo que proviniera de ellos; a mi padre por hacerse siempre el desentendido, a mis hermanos por ser lo que ellos querían. Sentía odio por mí, principalmente por no ser lo suficientemente fuerte como para mandar todo a la mierda.

Pero el tiempo pasó. Encontré desfogue en relaciones cargadas de ira y violencia, nada de suavidad, porque si era lo que buscaban, yo jamás tomaría parte en ello. Necesitaba sacar mi rabia de alguna manera y el sexo duro era un buen desfogue, una manera de aliviar mi frustración, de intentar no traerlo una y otra vez a mi vida. Por otro lado, el trabajo se convirtió en mi mayor pilar: implacable, ambicioso y sin lugar a errores para nadie. Una dieta rigurosa, entrenamientos que me dejaban sin una pizca de energía; cuestión que buscaba.

Un año después, agotado de vivir con su sombra al acecho, descargué aquellas fotos y las coloqué en una carpeta donde no tuviera acceso a ellas cada tanto. Sé que me bloqueó de todas sus redes; no podía ver nada de lo que publicaba. Con el tiempo lo agradecí, aunque dolía el motivo.

Pero ¿a quién engaño? La curiosidad ganó y me creé otras cuentas para poder saber de él, y es que a veces me despertaba en las noches sudando, angustiado, con esa espantosa sensación de ahogo. Y era tan solo por Alexandre. Porque siempre fue Dre.

Lavo en silencio, dejo todo limpio, me doy una ducha; cuando salgo, él entra. No me mira, no nada; solo toma sus cosas y pasa al baño. Me recuesto en el sofá sabiendo que la noche será una puta mierda.

Esta mañana desperté temprano; no se duerme muy bien en este sofá, esa es la verdad. Entré silencioso a la habitación y, sin

poder evitarlo, me detuve a los pies de la cama. Dormía profundamente, con sus labios carnosos y sonrosados entreabiertos, con esas pestañas espesas custodiando su iris dorado. Una de sus manos descansaba junto a su rostro. Tenía el tórax desnudo. Sí, él ha sido lo único puro y real en mi vida. Alexandre es lo mejor que me ha pasado y… me odia.

Lo escucho recostarse minutos después, cuando sale del baño. Apaga las luces y me paso una mano por la frente. Esto no funcionará, estoy seguro.

Pasamos tres días así, ignorándonos por completo. Evito estar en el mismo espacio que él; Dre hace lo mismo. Las comidas son silenciosos momentos en los que cada uno está enfrascado en lo suyo. La tregua que se había logrado aquel día se rompió y solo quedamos nosotros, contenidos, ausentes.

Ponen el internet; es provisional y la señal es mala, aunque sirve de algo. Salgo a correr temprano; necesito sacar esta jodida energía que me consume. El primer día notamos que haríamos lo mismo, así que se fue por el lado contrario. Regreso después que él; ya está duchado y con la laptop abierta. Preparo el desayuno; Dre, las cenas.

Por la tarde del tercer día me pierdo un rato en el mar. Al regresar, me doy cuenta de que la casa necesita pintura en el exterior. Abro el garaje; recuerdo haber visto unas cubetas. En efecto, hay tres, brochas, herramienta en general, incluso un par de bicicletas viejas. Le pregunto a Wright sobre la pintura; responde que él se ocupará después, pero las horas muertas son muchas y mi cabeza ansía una distracción, así que decido ponerme en ello por la mañana después de terminar con mis asuntos.

Alexandre me observa cuando sale del porche, hablando por teléfono. Ríe por algo que le dicen. Me cabrea su ligereza para con los demás, su manera fresca y agradable. Solo en momentos así noto que es el mismo, o cuando baja las defensas que ha erguido para que no logre tener acceso a él. Al terminar y después de despedirse de Noe, se acerca.

—¿Por qué estás raspando? —quiere saber, y es la primera palabra que me dirige en cuatro días. —Le hace falta. Tengo que

ocuparme en algo —explico y me detengo transpirando. Llevo puesta una gorra para que ayude con el sol—. Puedes ayudar, si quieres. Después de todo será tuya.

Lo sopesa un momento y luego asiente.

—Nunca lo he hecho —admite, y por segunda vez hay algo que puedo enseñarle. Es ridículo, pero me alegra. Yo lo aprendí cuando en el colegio nos obligó a dar un servicio social para mantener la buena imagen de la institución. No presté mucha atención en aquel momento, pero sé qué hacer. Le sonrío amigable.

—No es difícil, solo te aconsejo ponerte algo para cubrirte del sol.

Entra a la casa, yo voy por otra lija, un par de guantes y, cuando regresó, él ya está ahí. Le tiendo las cosas y le explico qué hacer. Se aleja hasta el otro extremo, pone música, imagino, porque con los auriculares puestos noto que se mueve; para él eso es inevitable, lo lleva en la sangre, y comienza. Pasamos el resto del día en eso; terminamos uno de los costados.

—Iré a ver qué cenamos —dice dejando los guantes, la lija, el celular y los audífonos en el porche. Luego mira hacia el mar, aprieta la quijada. Lo observo; se debate, pero finalmente no consigue refrenarse porque así es él—. Solo… solo serán unos minutos —me informa. Asiento y veo cómo se aleja.

Dejo mis cosas ahí y lo sigo. Se deja la bermuda pero tira la gorra, la camiseta y anda hasta el mar embravecido. Me quito lo mismo y entro. Sale del agua después de hundirse, pasándose las manos por el rostro. Entonces se da cuenta de mi presencia; espero su reacción, pero no parece querer salir corriendo como pensé que haría al tenerme tan cerca.

—Se siente caliente a comparación de la de allá —dice flotando, sin centrarse mucho en mí.

—Sí, me recuerda a la de Costa Rica —repongo evocando esos veranos.

—Bueno, esa era otra cosa, o la de Yucatán —menciona sonriendo, con las defensas bajas.

Nadamos un rato. Salimos al mismo tiempo. Tomamos nuestras cosas y regresamos. Nos enjuagamos los pies con la llave

de la entrada; pasa él primero. Al entrar va directo a la cocina; yo decido darme una ducha.

Al salir ya está atareado. Reviso pendientes, respondo algunos correos y entonces tocan. Ambos nos miramos. Yo abro. Un chico de unos quince años me entrega otro sobre como el de la ocasión anterior. Arrugo la frente.

—¿Quién te manda? —quiero saber.

—Solo me dijeron que se los diera hoy.

—Sí, pero quién…

No termino cuando ya pedalea su bicicleta alejándose. Volteo y Dre está a un par de metros, intrigado.

—¿Qué es? —quiere saber. Me encojo de hombros. Dice nuestros nombres, de nuevo.

—Tu padre debió ser fanático de las novelas policiacas —murmura logrando con ello que ría—. Iré a revisar la cena. Ábrelo —pide alejándose.

Me deleito por un par de segundos con su espalda desnuda, la manera en la que se mueven sus músculos al caminar, con ese trasero que detiene la bermuda y deja al descubierto un poco del bóxer oscuro. Es realmente sexy el desgraciado. Mi miembro responde, así que me siento en el sofá.

Lo abro y veo un par de sobres. Los saco; son viejos. En uno reconozco la letra de mi padre; el otro no, pero es de Dominick.

—Son unas cartas, creo —le informo.

—¿De quién? —pregunta.

—De tu padre a mi padre, y viceversa.

Intercepto su mirada desde la barra. Me levanto para acercarme con ellas, sin entrar, por supuesto. Alexandre está tranquilo; sé que es por la distancia que impuso estos días, esa que busca que respete. El que esté así hoy es como el agradecimiento por ello.

—¿Las leo? —pregunto.

—Pues sí. De todas maneras no entiendo para qué nos las hace llegar Abraham —señala con sencillez, para enseguida probar lo que cocina.

Sonrío ante sus formas tan desgarbadas. Abro el primer sobre, el de mi padre. Aclaro la garganta imprimiéndole intriga; rueda los ojos.

—Agosto, 1990.

—Hace 34 años. Joder, ni existíamos —señala.

—Pues se conocían desde niños.

—Sí, ahí tendrían mi edad más o menos —expresa tomando un par de platos.

—«Nick, apenas te fuiste y está siendo muy difícil… Esta es la primera carta, tal como acordamos. Sabes que no soy muy bueno expresando mis sentimientos, ni soy de muchas palabras, pero fue lo que pediste y con eso basta» —me detengo desconcertado. Dre me está observando, recargado en la encimera.

—Sigue… —pide.

—«Han pasado apenas dos semanas y nada se siente igual, no consigo imaginar una vida así. Echo de menos tus ocurrencias, tu risa, las locuras que llevas contigo… Echo de menos tu boca, tu curiosidad, tu libertad…»

Entonces debo parar. Nos miramos aturdidos.

—¿Dice… dice eso? —pregunta perplejo, acercándose. Se coloca a mi lado y le señalo la línea. Se aleja negando—. No, no puede ser.

Se recarga en un muro, frente a mí. Nos miramos.

—¿Sigo? —pregunto aturdido. Asiente confuso—. «Sé que esperabas que te detuviera, pero no es por falta de ganas y lo sabes. ¿Cómo hacer que este mundo nos acepte? Lo único que te aseguro, Nick, es que no te dejaré. Podré hacer mi vida, tener una esposa, hijos, pero tú serás quien tenga mi verdad y mi corazón».

—Para —exige de pronto sacudiendo la cabeza, luego repasa la estancia durante unos segundos—. Ellos… Este lugar. Mierda —comprende aturdido. Bajo la carta. Me dejo caer en una silla y permanecemos en silencio un rato—. Tu padre sabe lo que ocurrió ese verano, lo que… lo que…

Intenta explicar qué fue y me duele más que la conmoción por enterarme de esto, el hecho de que piense que no fue nada, que ni siquiera tenga un nombre para Dre. Lo cierto es que no consigo

asimilar esto. Mi padre siempre recto, cuidadoso de las formas, acreditó a mi madre en todo sentido, evitó siempre cualquier cosa referente a un tema como la homosexualidad, incluso lo rechazaba. Esto es absurdo, pero no hay duda.

—Y mi madre también —le aclaro. Arruga la frente. —¿De qué hablas? —pregunta desconcertado. Es evidente que aún intenta entender lo que bajo nuestros pies se entreteje. Me pongo de pie, serio, cansado de esto, de mentir, de ocultar, de tenerlo lejos cuando lo único que deseo con vehemencia es tocarlo, que me mire sin recelo, que me permita acercarme—. Me importa una mierda que no me creas lo que te diré, Alexandre, pero no me lo quedaré más tiempo.

Se aleja negando, tenso, al notar mi determinación.

—No ahora, no después de esa carta.

—Es obvio que tenían una relación, es obvio que este lugar era suyo, es obvio que quería que nosotros lo supiéramos porque estaba enterado de la relación que tuvimos, y es jodidamente obvio que pensó que así arreglaríamos esto.

—Si lo supo, entonces jamás se enteró de que tú solo jugaste, Bastian. De que te gustan las mujeres y habías apostado para burlarte de mí. Abraham se equivocó —determina inquieto.

—No jugué, carajo.

—Basta —ordena.

—¿Cómo crees que se enteró de lo que tuvimos?

—No tuvimos nada —me recuerda cabreado.

—Tuvimos, te joda o no, tuvimos. Y se enteró por mi madre, no hay otra forma.

Ríe.

—Me harás pensar que Martha sabía eso que hiciste. Bueno, quizá sí te crea después de todo, porque tu madre adoraba joderme, esa era su afición y te ofreciste a ayudarla.

—¡Para!

—¡No! —ruge.

—Ella nos grabó en tu cama, a punto de tener sexo y me chantajeó con eso para dejarte. De lo contrario lo haría correr por internet. ¿Sabes qué habría pasado si hace eso? —lo cuestiono

exasperado, buscando alguna señal de que me cree, pero noto que no eso no ocurre, aunque alcanzo a desconcertarlo—. Te joden, Alexandre. Con tus redes sociales se hubiese vuelto viral ese maldito video en segundos y te joden. Eras menor de edad, rompería tus sueños, tus posibilidades de entrar a *Berklee* en medio de un escándalo así. No podía arriesgarte.

Se aleja negando, alzando las manos.

—No entiendo qué ganas con esto —susurra con la voz cortada—. De verdad, Bastian, no sé qué quieres de mí, pero no imaginarás que te creeré de nuevo.

—Alexandre, es la verdad. Aunque te joda, es la puta verdad.

Se acerca furioso.

—Busca una maldita mujer en el pueblo más cercano y fóllatela, a mí déjame en paz. No caeré, no te creo. Gracias a ti aprendí a desconfiar, no soy tu juguete. Lo que pasó en ese puto baño no volverá a ocurrir. ¡Basta! —exige entrando a la cocina.

—¡No me gustan las mujeres, coño! —exclamo agotado.

Sirve los platos y el mío lo deja en la mesa con movimientos bruscos.

—De verdad, Bastian, ¿qué sucede contigo? ¿Hasta dónde pretendes llevar esto? Acepto todo lo que ocurrió y que te podría resultar incluso repulsivo estar en el mismo jodido lugar que un maldito maricón, pero ¿esto? ¿Para qué? ¿Qué estás tramando? ¿Por qué insistes en buscar lastimarme? ¿Qué no ves que lo lograste? ¿Qué de verdad me rompiste aquel día? No sigas. Sea lo que sea que planees, por favor ya no sigas.

Entonces sale por la cocina con el suyo. Cierro los ojos harto y barro con lo que me sirvió, con todo lo que hay sobre el ridículo comedor.

Pasa una hora, la misma que se siente eterna. Me mantengo con la cabeza abajo, sujetándola, sentado en una de las sillas.

Entra, deja su plato para lavar. Observa lo que hice, respira profundo y se agacha para levantar.

—No —ordeno, pero no me hace caso. Me acerco y le quito rabioso los restos del plato que lleva en la mano. Al hacerlo, cae de

sentón y yo de rodillas sobre los trozos, consiguiendo así que se encajen allí, además de en mi mano.

—Mierda, Bastian —gruñe.

Aprieto la quijada soltando la cerámica, al tiempo que intento incorporarme. Alexandre se levanta cabreado, pero entonces se percata de mi estupidez. Se acuclilla enseguida, toma mi mano y ayuda a ponerme de pie.

—Siéntate —ordena tenso. Entra a la cocina, toma unas servilletas, las coloca sobre mi mano—. Ciérrala —pide con autoridad.

Obedezco. Una de las rodillas me punza. Se lleva las manos a la cabeza, luego abre las gavetas de la cocina, del armario.

—Un puto botiquín, carajo —refunfuña mientras se dirige al baño.

—Creo que vi uno en el garaje —digo con la intención de ir por él.

—No te muevas, coño —ordena nervioso.

Le hago caso porque es obvio que ya está en el límite gracias a mis estúpidas reacciones. Mientras regresa comienzo a quitarme los vidrios encajados. Llega, se hinca frente a mí. Lo observo culpable.

—Joder, a ver si no necesitas puntadas, Bastian.

—Puedo hacerlo yo —susurro.

Alza la cabeza con la quijada apretada, serio.

—Te tengo que tocar para sacártelo —me hace ver nervioso.

—No me importa que me toques, joder —insisto apretando los dientes.

Asiente y baja la mirada. Odio que piense eso, que hasta mida si puede acercarse por temor a que lo rechace. Me jode muchísimo.

Saca del botiquín lo que necesita, luego se acomoda frente a mí y con manos cuidadosas empieza a quitar una a una las esquirlas y los pedazos de cerámica. Cierro con fuerza los ojos porque duele a pesar de que es minucioso. Va dejando los pedazos en el suelo. No tengo puta idea de cómo me clavé tantos.

—Este dolerá —avisa. Entonces siento cómo, con un movimiento certero, saca uno más grande. Cruzo un brazo por mis ojos, sin emitir ni un ruido. Revisa atento mis rodillas—. Te limpiaré. ¿Cómo va tu mano? —pregunta abriendo una gasa. La empapa de un líquido café y comienza a pasarlo por mi piel lastimada.

—Pareces experto —digo adolorido. Arde.

—No sé estar quieto; eso tiene sus consecuencias —musita sin verme, como si fuese lo más simple del mundo. Pero nada en Alexandre es simple, lo sé bien. Me extiende la pierna que está más herida—. No necesitarás puntadas, pero debes intentar no moverla durante uno o dos días.

—Lo que me faltaba —gruño.

Sonríe a medias y lo hago también, pues parece que la presión entre ambos volvió a ceder. Con unas tijerillas crea unos vendajes para unir la piel, los coloca con cuidado. Al terminar toma mi mano, le quita la servilleta, la limpia despacio. Está tan cerca. Puedo detectar el calor de su cuerpo; no lleva camiseta aún, su cabellera está bajo mi rostro, su espalda arqueada a nada de distancia.

—Esta es larga, pero sobrevivirás —determina.

—Eso es un alivio —comento con suavidad.

—Supongo —repone sin alzar la cabeza, así que puedo contemplarlo sin restringirme.

Termina de limpiarlo, me pone una gasa con esos movimientos medidos, cierra mi mano con cuidado y al fin levanta la cara. Quedamos muy cerca. Luce nervioso y yo me pierdo en sus ojos. Enseguida se levanta.

—Te ayudo a llegar al sofá; quizá prefieras la cama —propone conciliador—. No debes moverte.

—No, el sofá está bien.

Asiente. Me yergo quejándome en silencio. Duele como la mierda. Toma mi brazo sin heridas, lo pasa por sus hombros y el tacto con su piel acelera mi pulso de inmediato, pero Dre parece ajeno a ello. Me guía despacio, doy brinquitos. Al llegar, acomoda unas almohadas, me recuesto. Eleva mi rodilla más lastimada con

cojines abajo. Mi mano herida la coloca sobre mi abdomen y yo solo puedo admirarlo.

—Gracias —susurro. Niega evitando mis ojos.

—Iré a limpiar —avisa alejándose.

Escucho cómo va y viene durante un rato: el grifo, la escoba. Ya no sé qué hacer, de verdad que no. Cierro los ojos abrumado, cansado y culpable porque no debería levantar mi mierda de nuevo, pero consigo sin remedio que lo haga. Cuando termina se acerca con un vaso de agua. Lo deja en la mesa.

—Por si quieres, te pondré la frazada. ¿De verdad no prefieres la cama? —pregunta tenso.

—No, no te preocupes —respondo sonriendo apenas.

Asiente. Coloca la cobija sobre mi cuerpo, se agacha para acomodar las almohadas y darme más espacio. Lo sujeto del brazo. Se tensa mirándome a los ojos.

—Nada fue mentira. Nada de ese verano lo fue salvo lo de esa mañana —insisto. Se suelta despacio, alejándose.

—Me daré una ducha —dice cambiando el tema. Lo dejo ir. Ahora mismo no tengo fuerzas para más.

Paso una noche bastante mala. Duelen las heridas cada vez que me muevo. Él se da cuenta y aparece en dos ocasiones. Revisa que no haya movido las curaciones, que no estén sangrando, y luego regresa a la cama.

Despierto cuando amanece. Lo escucho en la habitación, pero el respaldo no me permite verlo. Tengo un poco hinchada la mano, la rodilla. Gruño. Aparece vestido frente a mí.

—Iré al pueblo a ver si consigo analgésicos y antiinflamatorios. No tardo. ¿Necesitas algo? —pregunta. Me incorporo con el plan de ir al baño.

—Debo ir a —y con la mirada señalo mis intenciones. Asiente, me ayuda a llegar. Al salir hay una taza de café en la mesa—. Gracias, Alexandre —digo.

—Ahora regreso.

Desaparece y recargo la espalda en el respaldo. Esto es una mierda. Lo que le hago es una mierda. Entonces reparo en las cartas que están sobre la mesa; debió ponerlas ahí cuando levantó.

Quejándome, tomo la que estaba leyendo antes de que la cagara como suelo y decido terminarla.

La verdad experimento una mezcla de asombro y furia. Si era homosexual no me incumbía, pero nos educó de una manera en la que serlo era algo incorrecto, impensable.

En sus letras, mi padre le cuenta cómo mi abuelo le exige más que a los demás y que, a su vez, está aprendiendo bastante. Es notorio que le gusta lo que hace. Habla sobre un lugar llamado el «claro», que parece solo ellos conocen y al que ha ido en un par de ocasiones. Sus líneas son nostálgicas, cargadas de fingida esperanza pero llenas de añoranza.

Al terminarla no tengo dudas. Estaban juntos. Entonces los veranos acuden a mí. Pasábamos más de un mes con ellos, perdidos en parajes exóticos y los recuerdos se entrelazan. Mi padre y Dom siempre permanecían hasta tarde en la fogata; los escuchábamos reír, hablar, pero nosotros caíamos agotados temprano. La complicidad con la que se conducían; mi padre solo en esos viajes era accesible, casi alegre. Dominick lograba hacerlo reír sin proponérselo. Entonces empiezo a unir recuerdos y llega a mi mente el momento exacto en que nos comunicó su muerte. Mi padre estaba devastado; viajó enseguida a Seattle por Alexandre y no regresó hasta que él pudo viajar.

Mi piel se eriza. Papá no había perdido solo a un amigo, comprendo, sintiendo por un segundo el dolor que experimentó, porque es el mismo que siento de solo pensar a Dre sin vida.

Niego cabreado. Tomo la otra carta, la de Dominick. La abro despacio. Necesito entender qué planea con esto mi papá. ¿Por qué si sabía que entre Alexandre y yo hubo algo, no detuvo a mi madre? Aunque me obligo a recordar que no tengo idea de si sabe cómo fueron las cosas. Carajo, es que en realidad no sé nada, solo que estaba al tanto de lo que ocurrió entre nosotros y que solo pudo decírselo ella.

Comienzo a leerla. Es del mismo mes, un par de días después. Mi quijada se aprieta. El padre de Dre es más comunicativo; sus palabras están cargadas de frustración, de dolor. Intenta entender a mi padre, pero parece más decidido que él a

mandar todo al diablo si se lo pide. Cosa que me asombra, porque si ahora es complicado, en esos tiempos no quiero ni pensarlo.

Descubro con cada línea que él es más directo, más fiero y determinado: Dominick no tiene miedo. Inevitablemente su manera de expresarse tan libre me lleva a Alexandre. Narra sobre sí: comenzó a trabajar de auxiliar para el gobierno en asuntos internos, pero apenas si se lo ponen fácil. Lo cierto es que no ahonda en ello, sino en las excursiones que ha hecho algunos fines de semana, de cómo encontró un río donde se zambulle, de cómo ha escalado algunos sitios, sobre los animales que encontró y hace alusión a alguna anécdota entre ambos.

Leo complicidad, amor, lealtad y dolor. Todo junto. Dom es más intenso que mi padre sin duda, cuestión que me abruma. Permanezco en silencio hasta que llega. Al entrar me observa y se percata de las cartas, pero no comenta nada.

—¿Cómo sigues? —pregunta.

Asiento en respuesta. Toma mi vaso, regresa con él lleno y un par de pastillas. Las tomo silencioso, me las paso y se aleja.

—Prepararé el desayuno.

—Te compensaré en cuanto mejore —aseguro con la vista fija en el exterior.

—Está bien —escucho.

Me pasa el plato cuando está listo. Él come afuera. Al terminar me lo pide, se lo doy.

—¿Necesitas algo? —pregunta de forma casual. Sin embargo, lo noto extraño. Niego estudiándolo. Entra a la habitación, se sienta en la cama pero del lado que solo puedo ver su espalda.

Escucho que abre algún frasco con pastillas. Intento ver lo que hace bajando la pierna a pesar del dolor. Se traga algo y se sujeta la cabeza.

Cierro los ojos negando.

De pronto el hecho de que no beba alcohol llega a mi mente, la comida…

No se mueve durante un rato, luego se recuesta de lado. No pierdo detalle. La luz no debe ayudarle y eso me frustra porque este lugar es imposible que se apague con tantas ventanas. Se coloca

una almohada sobre la cabeza, se encoge a ratos. Me levanto cojeando y empiezo a cerrar las cortinas de la minúscula habitación; eso debe ayudarle en algo. Me escucha y se vuelve.

—Debes estar quieto —me recuerda.

—Y tú necesitas la menor luz posible.

—Déjalo, Bastian. No querrás que se abran las heridas —apunta frustrado.

—Y tú no soportas tanta luz.

—Solo detente, en serio —pide pero no le hago caso. En cambio me siento en la cama del lado opuesto cuando acabo, subiendo la rodilla. Se acerca agobiado. Sus ojos están enrojecidos. Lo tomo del hombro con la mano buena y lo tumbo.

—Estoy bien, duerme —ordeno.

Sacude la cabeza, bufa y me da la espalda.

—No es normal que continúen, lo sabes —murmuro.

Niega pero no responde.

Después de un rato su respiración es pausada; su cuerpo suelta la tensión. Me dejo caer sobre las almohadas, intrigado. No, no puedo continuar aferrado a esto, comprendo de repente, notando a dónde lo llevo una y otra vez aunque no sea mi intención, cómo lo daño, lo lastimo sin proponérmelo.

Expulso el aire, perdido en su espalda, en su cabello. Debo dejarlo ir. Debo soltarlo porque no hay nada que pueda ya hacer para recuperarlo y cada vez que lo intento no sale nada bien. Basta mirarme, basta mirarlo. Sé que jamás podré arrepentirme de lo que ocurrió entre nosotros, pero entiendo, aun con el dolor en el pecho que esto me genera, que es hora de avanzar, de dar pasos a un lado y crear una vida sin sus ojos, sin su voz, sin su presencia, sin mi alma.

22. BRUMA EN MI INTERIOR

ALEXANDRE

PRESENTE

Abro los ojos y de inmediato soy consciente de mi mejilla apoyada en su hombro. De alguna manera acabé sobre él, con la nariz cerca de su cuello. Su aroma entra de lleno a mis pulmones. Está dormido. Me alejo enseguida, aturdido. Abre los ojos en ese momento y me observa.

—¿Estás mejor? —pregunta con una voz más ronca de lo habitual.

Asiento repasando su rodilla y su mano, que descansa sobre su abdomen. Busco ponerme de pie, pero me sujeta por la muñeca. Volteo enseguida, listo para otra discusión que no logro comprender; y es que, aunque quisiera creerle, no puedo. Sus ojos oscuros me estudian con detenimiento; paso saliva.

Esto está siendo mucho más complicado de lo que pensé y no soy tan fuerte, esa es la verdad. El dolor de cabeza apareció en cuanto regresé; me encuentro abrumado, confundido y agotado. Lo que descubrimos sobre nuestros padres ronda en mi mente; sus palabras, la llamada con la doctora…

—Espera —suplica.

—Ya no quiero discutir, Bastian —pido zafándome de su agarre, ese que provoca pequeños electrochoques en mi cuerpo.

No, no lo he superado y, para este momento, asumo que no sucederá. Basta que mueva los labios, que respire, y mi piel se enciende; la sangre recorre mi cuerpo de forma alocada, con prisa.

Niega incorporándose, apoyando su mano sana sobre el colchón.

—Lamento lo de estos días, lamento lo que ocurrió en la casa de mis padres, lamento todo lo que he hecho, Alexandre —se

disculpa con una intensidad que me oprime el pecho. No me muevo; no puedo—. Entiendo que las cosas son así, que haga lo que haga te lastimo y realmente no quiero eso. No insistiré más. Puedes estar tranquilo; pasaremos estas semanas lo mejor que podamos. No me acercaré, no te incomodaré. Lo prometo. Se acabó —promete dejándome helado, con algo que se clava más en mi pecho porque, aunque es lo que debería querer escuchar, duele.

Se levanta con cuidado, se dirige al baño y cierra tras él. De una manera ridícula, siento que vuelve a romperme el corazón, aunque no debería ser así.

Miro al frente; el mar ruge, el sol está en su cenit y no puedo sentir más bruma en mi interior. Es como si un silencio prolongado me alcanzara, a pesar de saber que es lo correcto. Al fin las cosas quedan claras y debo entenderlo. Lo que fue, ya no es, y quizá solo debo dejarlo como un recuerdo que no alcance a ensuciar con aquellas palabras. Siempre ha sido él y nadie más, pero eso debe acabar por mi bien.

Abro las puertas del porche y salgo. Aspiro con fuerza, avanzo hasta llegar al límite y me aferro al barandal.

Hoy estoy aquí, estoy bien; debo luchar por lo que importa, por vivir esta vida que me pertenece, que he creado. Bastian fue alguien que cambió todo lo que soy, que me mostró un mundo que no imaginé y que abrió en mí una realidad que quizá me hubiese tardado en entender.

Durante la tarde continúo raspando la pintura; la distracción funciona. Cuando entro por agua, lo encuentro hablando por teléfono con su *laptop* en el regazo; me mira, pero de inmediato regresa a lo suyo.

Cuando es hora de preparar la cena, decido darme un chapuzón en el mar para quitarme el sudor. Me sacudo la arena cuando salgo, encuentro unas piedras y las lanzo. Sonrío al ver que no he olvidado cómo hacerlas deslizar por la superficie. Paso allí un rato. Mientras deambulo un poco, encuentro una rama larga y veo hacia la casa; pienso que quizá pueda servirle.

El sol está descendiendo. Regreso con la camiseta en el hombro y la gorra hacia atrás. Tomo mis cosas y entro. Bastian lee,

como suele, abstraído.

—En cuanto esté bien, te ayudo a terminar —comenta sin apartar la vista del libro.

—Bien —respondo y busco qué comer. Encuentro pescado, vegetales, arroz. Me pongo los auriculares inalámbricos, me pierdo en la música y el tiempo pasa.

Cenamos en medio de una atmósfera más ligera.

—Mierda, quién te enseñó a cocinar, ya en serio —expresa comiendo con avidez.

—Carola —respondo con simpleza. Sonríe comprendiendo.

—Creí que no te gustaba su comida.

—La que prepara allí, pero sí lo que me cocinaba a solas.

—Vaya, pues aprendiste bien —susurra sin afán.

Cuando acabamos, me encargo de los trastes y salgo. Busco una lija en el garaje, la encuentro y me dedico a quitarle las astillas a la rama. Ya es de noche cuando entro; sigue leyendo. Es insaciable con la lectura. Me acerco, baja el libro y enseguida nota lo que llevo entre las manos. Arruga la frente.

—Quizá te sirva para moverte con mayor facilidad estos días. Debo revisarte y cambiar la gasa —le informo. Lo toma desconcertado.

—¿Lo lijaste? —pregunta notando la textura.

—Pues sí. Si no, te encajas otra cosa en la otra mano… —le hago ver con simpleza.

—Gracias, Alexandre —dice repasándolo con los dedos, turbado.

—Iré por el botiquín.

—Enséñame cómo. Yo haré las siguientes —avisa.

Asiento alejándome. Reparo en las cartas que están en la mesa, abiertas, pero no las tomo. Me siento a su lado, un tanto tenso, e intento ocultarlo porque ya no tiene sentido estar a la defensiva, no después de lo que me dijo horas atrás.

Le enseño con calma cómo debe curarse; asiente atento. Le doy un algodón y lo pasa por su rodilla menos herida, porque con la otra ya terminé.

—Arde esta mierda —se queja. Sonrío. —Pues sí, pero no ha sangrado, eso es bueno —le digo sereno.

—Tú eres el experto aquí. Así debe ser —expresa con ligereza. Ruedo los ojos.

Le corto unas tiras y él intenta abrir la gasa.

—Esa mano no te permitirá hacerlo con facilidad —comento quitándosela.

—Me las apañaré, no pasa nada.

No insisto y termino con las rodillas; luego tomo su mano, verifico que la herida esté limpia y le explico cómo debe lucir para saber que va mejorando. La realidad es que en un par de días estará bien. No me mira a los ojos, pero asiente obediente, casi dócil, dejándome hacer. Cuando acabo, le dejo las cosas en la mesa.

—Sobrevivirás —determino poniéndome de pie. Deja caer la espalda en el sofá.

—Cuando le pones esa mierda, no se siente así, te lo aseguro.

—Eso es porque seguro nunca te accidentabas. Yo ya estoy acostumbrado —señalo yendo rumbo a la cocina.

—En el fútbol americano tuve algunos, pero no, la verdad no estoy acostumbrado.

—Lo sé —concedo lavándome las manos. Me sirvo agua y la bebo. Él mueve su mano—. Estaré afuera —le informo. Para ese momento ya tuve mi dosis de lo que puedo soportarlo cerca.

—¿No las leerás? —pregunta intrigado señalando las cartas.

—¿Eran pareja? —quiero saber antes de acercarme.

Respira con fuerza.

—Sí, eso parece, aunque no queda muy claro qué ocurrió entre ellos. Son de las mismas fechas.

Me acerco y las tomo.

—Es una locura esto, ¿eh? No entiendo por qué quiere que ahora sepamos algo que ocultaron por años —susurro observando los sobres. Se encoge de hombros.

—Sospecho que no será lo último que llegue —declara con simpleza.

Alzo la mirada y sus ojos oscuros están sobre los míos; esa maldita descarga me recorre.

—Sí, creo lo mismo —concedo y salgo de allí.

Dos días después de esa plática y de que todo quedara claro, decide retomar su vida. Se levanta temprano; nos topamos en la entrada del baño. Me preparo para correr; él sale listo para lo mismo.

Uno al lado del otro llegamos al camino de madera, nos miramos y corremos en la misma dirección. El sol aún no sale a esa hora, pero ya clarea; las olas rugen con fuerza y las gaviotas empiezan a buscar comida.

Media hora después le aviso que regresaré; él hace lo mismo, aunque sé que aguanta mucho más pero no quiere forzar la rodilla.

Llegamos transpirando. Cuando voy a la cocina, me detiene por el brazo. Su tacto quema; retira su mano enseguida.

—Ya puedo hacerlo yo —comenta. Asiento y me doy una ducha.

Llega otro sobre, esta vez con un par de fotografías y más cartas. Son ellos en la universidad; otra de adolescentes jugando con una manguera, mojados. Las coloco sobre la chimenea. Bastian las lee mientras escucho.

No se han visto en un año, por lo que parece, pero no han dejado de buscarse, de hablarse. Mi padre es más comunicativo, más expresivo, pero Abraham más protector, más racional; eso parece que no ayuda, aunque también los atrae. Las guarda en un cajón donde pusimos las primeras. No hablamos más sobre ello.

Comenzamos a pintar afuera. Ahora no me pongo los auriculares; dejo el celular con música en el porche y pasamos el día haciendo eso cuando terminamos nuestras ocupaciones. Me ve tomando unas fotos y sonríe sacudiendo la cabeza. Grabo algunos videos y lo tomo pintando.

—Esa es para que recuerdes el trabajo duro —bromeo. Saca el dedo medio pero ríe. Se lo mando segundos después.

Empieza a preguntarme sobre lo que hago, la carrera. Con el paso de los días me voy soltando. El hecho de que no lo sienta como una amenaza me relaja, aunque duela lo que implica. Bastian luce

tranquilo, serio como siempre, aunque ríe si hago alguna tontería que me sale de forma natural.

Más cartas llegan a lo largo de nuestra estancia aquí; hemos recibido ya muchas, de forma cronológica, además de fotografías de ellos en diferentes marcos. La última fue un cuadro: se abrazan por los hombros, riendo, mirándose, en esta playa, quizá hace unos treinta años. Entonces Bastian la toma y la coloca sobre un clavo que no había visto. Parece que ese era su lugar original. La observamos uno al lado del otro.

Se escribían con periodicidad, pero las direcciones no son de sus casas. Luego Abraham se casó con Martha. Mi padre va a su boda y no le escribe, no responde sus llamadas durante un año. El mismo que Abraham lo busca sin cesar. Mi padre no quería que se casara, y se lo hace saber antes de ir; eso sin contar que la noticia parece intempestiva para él. Supongo que Abraham se la guardó por lo mismo. No habla de la madre de Bastian, solo le dice que es de una buena familia y que es agradable; nada menos sexual que aquello. Bastian no parece asombrado o perturbado, pero sé que lo confunde puesto que Abraham jamás dio indicios de nada.

Solemos leerlas cuando acabamos de cenar; nos salimos al jardín y, con la lámpara del celular, nos turnamos: un día él, otro yo. Es un rompecabezas que termina por intrigarnos. No hablamos cada vez que acabamos una; solo nos quedamos en silencio en aquel lugar en el que sabemos que ellos estuvieron, donde suponemos que se encontraban de manera clandestina, además de los veranos. Dos semanas pasan desde que llegamos. No he tenido dolores de cabeza, como bien, me ejercito, trabajo por las mañanas después de desayunar. He compuesto un par de canciones sin ningún afán. Subo historias haciendo alguna tontería.

Conforme pasan los días, noto que no uso tanto los auriculares; unas mañanas atrás comentó que le agradaba mi música y pidió si podía dejarla sonar. No dije nada, simplemente la dejé libre por el lugar y no he dejado de hacerlo. Por la tarde ya casi acabamos de pintar, pero a las cinco, como un reloj, vamos a la playa. Nada cada uno por su lado. Esos son momentos agradables;

aprovechamos para comentar alguna cosa o simplemente disfrutamos del silencio.

Una de esas tardes, mientras flotaba, sentí algo entre mis piernas. Joder, no pude evitarlo. Soy bueno desde siempre atrapando animales en el agua, así que lo sujeté por la cola y lo alcé. Bastian vio el pez plateado. Con un dedo índice me hizo una clara advertencia; lo ignoré y se lo arrojé.

—¡Mierda! ¿Qué era eso? —exclamo alejándose.

—Ni idea —respondí riendo.

Me sacó el dedo medio divertido, pendiente del agua para ver si no estaba por allí. Sí, me reí con ganas. Por otro lado, no se acerca, no busca el contacto. Solo en ocasiones percibo su mirada sobre mí, pero es tan rápido que a veces dudo de que sea así o sea mi imaginación. Me graba un día en el que estoy con los audífonos bailando. Me lo manda minutos después.

—Un pez más y lo comparto —amenazó desde la sala. Reí en la habitación.

Por la tarde entra con una caja. Lo observo desde la cocina. Llegamos hace unos minutos y dijo que iba a ver si esas bicicletas tenían arreglo. La deja sobre la mesa. Me acerco.

—Temo abrirla. Tu padre resultó ser todo un rey del misterio —bromeo. Él ríe, y es que cada vez lo hace más.

—Quizá solo son tonterías —replica con su típica lógica yendo por un cuchillo para quitarle la cinta.

La abre y los dos observamos el interior. Más fotos, varias en realidad, una cámara vieja de video, otra fotográfica. Está todo bien empacado. Saca una cajita de terciopelo negro, la abre y dos alianzas plateadas están allí.

—Mierda —murmuro aturdido.

—No se pudieron haber casado —dice atónito.

Se la quito de las manos y saco una de ellas. Leo lo que viene atrás. Es el nombre de mi padre, una fecha y un «te amo». Lo dejo de nuevo allí, conmocionado.

—No pueden haberlo hecho, ¿o sí? —pregunto agitado. Niega desorientado.

Saca un sobre, lo abre con cuidado. Es una foto de ellos en grande, están en el jardín, se están poniendo los anillos uno al otro, vestidos con pantalones sueltos, claros y camisas ligeras. No se ve que haya nadie. La gira y los dos nos quedamos suspendidos.

«En este mundo no podemos ser uno, pero sé que llegará el momento para unirme a ti y conseguirlo; entonces seremos juntos, como siempre quisimos. Te amo, Nick, soy tuyo pase lo que pase, hasta el resto de mis días, aun después».

La baja despacio. Pestañeo asombrado. La deja dentro mirándome; nuestros ojos no se sueltan. Paso saliva. Algo cambia en la atmósfera; de repente se siente espesa, como si una neblina envolviera el lugar, nuestros cuerpos. Mis manos cosquillean, mis labios se sensibilizan. Bastian se acerca despacio. Sé lo que hará, pero no consigo moverme, no con todos esos fantasmas circulando alrededor, con la necesidad rugiendo dentro de mí, con sus ojos oscuros sobre los míos.

Humedezco mis labios por mero instinto; los observa con las pupilas dilatadas. Cuando siento que no se detendrá, cuando estoy bullendo sin remedio porque, cuando se trata de él, no consigo que sea de otra manera, niega alejándose.

El momento se rompe. Se frota el rostro, dándome la espalda.

—Lo siento —se disculpa y sale dejándome con todas las sensaciones circulando.

23. LO QUE RUGE DENTRO

ALEXANDRE

Me peino el cabello con frustración. No debo dejarme llevar; él no busca eso en mí y las cosas son claras ya. Tomo la caja y la dejo en el piso, junto a la chimenea. Durante la cena no cruzamos palabra, tampoco salimos a leer las cartas que nos faltan, mismas que se van acumulando. En cambio, toma su libro y entiendo que necesita espacio.

Doy vueltas en la cama sin remedio. A las cuatro de la mañana decido que no puedo quedarme aquí; me visto sin hacer ruido y salgo con cuidado. Camino en la oscuridad, mojando mis pies. Intento no pensar, pero cuesta tanto trabajo.

Uniendo piezas, momentos… y entonces recuerdo el día del accidente. Mi piel se eriza y me detengo. Discutían por él, comprendo. Mi madre sabía lo que ocurría. Paso las manos por mi rostro, conmocionado.

Un chillido interrumpe mis conjeturas. No he vuelto a pensar en ese día, duele demasiado en realidad, así que cualquier distractor en este punto es bienvenido.

Arrugo la frente. Camino intrigado hasta donde hay varios troncos y piedras que ha expulsado el mar. El chillido está cargado de dolor; es un animal, un perro quizá.

Avanzo con cautela y, de entre las ramas, distingo a un perro mojado, de talla mediana, quizá parecido a un *Golden* pero de pelaje blanco. Aúlla con más fuerza cuando se percata de mi presencia; busca zafarse y se hace daño con cada movimiento.

—Eh, tranquilo —le pido acercándome despacio. Voy descalzo; podría astillarme o terminar igual que él. Me muevo con habilidad. Chilla rogando ayuda. Luce agotado, hambriento, herido. Acerco mi mano dudoso; no tengo idea de si es agresivo o de

alguien—. Debes dejar de jalar —susurro cuando mi mano consigue tocar su cabeza. Está temblando.

Niego impotente. Intento analizar lo que ocurre. Debo quitar unas piedras, luego las ramas que le están comprimiendo la pata.

—Espera, por favor —suplico. Está desesperado.

Chilla más, pero parece que me entiende. Le sonrío y acaricio de nuevo. Me agacho y pongo todo mi empeño en mover la roca. Pesa bastante; al final la consigo arrastrar. Se queja emitiendo un sonido lastimero debido al movimiento.

—Eh, tranquilo, queda poco. Mejor dime, ¿cómo te llamas? —y comienzo a hablarle.

Le cuento sobre Cash y Pax, del perro que tuvo que quedarse en Seattle después del accidente, y mis palabras parece que lo calman un poco. Despacio lo voy liberando. Cuando al fin nada lo sujeta, intenta correr, pero no puede. Lo cargo con cuidado. Pesa, pero no tanto; de hecho se sienten sus huesos.

—Sh, ya todo pasó —murmuro. Es hembra. Le sonrío—. Te curaré y estarás como nueva dentro de poco, ¿a que sí? —pregunto llevándola a la casa en medio de un monólogo extraño pero agradable.

Ya salió el sol aunque aún es temprano. Camino con ella entre mis brazos. Tiembla tanto y su patita sangra. Llego al camino de madera transpirando como loco. Bastian está en el porche con un café en la mano. Al verme, se acerca de inmediato.

—Está herida. No podía dejarla allí, la saqué de entre las rocas —explico agotado.

—¿No muerde? —preguntó estudiándola.

—No, no creo. Mira su pata.

Lo hace y sonríe con ternura. Me la quita, cosa que agradezco, y la coloca en el piso, acuclillándose.

—Está en los huesos.

—Sí. Iré por algo para secarla, curarla. No dejes que se mueva.

Regreso un minuto después. Le muestro cómo sujetarla. Hace todo lo que le pido mientras la limpio; ella chilla debido al dolor. Busco algo para inmovilizar su patita. Doy con un par de

ramas lo suficientemente gruesas que corto para fijarla. No está rota, estoy casi seguro, pero la herida debe cerrar correctamente. La secamos entre los dos. Le coloco una frazada encima.

—Debe tener hambre, sed —comenta Bastian.

Asiento con ella en mi regazo, frotándola.

—Le traeré algo —avisa con apremio.

La perra bebe desesperada. Tomo una cobija que no se ha usado y la pongo en el piso del comedor después de que bebiera y comiera de lo que preparé ayer y sobró.

—Iré al pueblo a ver si encuentro algún medicamento para el dolor. Mejor aún, un veterinario.

Lo escucho irse mientras sigo acariciándola. No sé si tiene fiebre. Le quito la frazada y no me muevo; parece cómoda, con los ojos cerrados. Repaso su pelaje clavando la atención en la foto de nuestros padres, esa que Bastian colgó. Me adormilo sin remedio. Los ruidos del exterior me despejan un poco. Oigo voces: es Bastian. Entra y tras él viene una chica, quizá de su edad, rubia, con mallas deportivas, una coleta y pecas que salpican su rostro. Es bonita.

—Traje a una veterinaria, ella la revisará —me informa Bastian.

Asiento. La mujer se acerca sonriendo.

—Soy Gaby —se presenta. Busco moverme, pero me detiene con dulzura—. No, mejor quédate así mientras la reviso y me cuentas lo que ocurrió.

Bastian nos observa de pie, con los brazos cruzados. Sus increíbles bíceps se marcan más en esa postura; su cabello rizado parece más largo y mi piel comienza a calentarse. Joder. La perrita se mueve y caigo en cuenta de lo que hago. De manera atropellada consigo contarle lo que necesita. Asiente mientras la revisa con cuidado.

—¿Estará bien? —pregunto después de unos minutos en los que ya pude centrarme.

—¿Quién la curó? —quiere saber, sacando cosas de su maletín.

—Alexandre —dice Bastian.

La mujer sonríe asombrada.

—Lo hiciste muy bien. La verdad es que no hay mucho más que hacer; solo cambiaré los inmovilizadores y le suministraré un antibiótico. Les dejaré medicamentos para que no le duela tanto. Está desnutrida; vigilen que coma. No la había visto por el pueblo, pero parece llevar días vagando, pobrecita.

—¿Sabes cuántos años tendrá? —quiere saber él.

—Unos dos o tres —responde ruborizada después de revisar sus colmillos.

Me molesta que reaccione a Bastian de esa manera, aunque debe ser lo usual. El hombre es una bomba sensual por donde se le mire y si se une la voz que tiene… Mi perdición. Lamentable.

—Entonces no crees que se haya escapado de algún lugar —quiero saber dejando a un lado esas estupideces.

—No del pueblo, por lo menos, pero no lo sé. Le tomaré una foto y la pasaré con la gente de allá. Les aviso si algo sale.

—Gracias, Gaby —digo sonriendo. Me guiña un ojo amigable.

—Hacía mucho tiempo que nadie venía a este lugar —comenta mientras pone en una báscula con mi ayuda a la perra.

Busco la mirada de Bastian; este también me ve.

—¿Conocías a quienes venían? —curioseo.

—No, yo no. Mi padre, aunque los recuerdo. Dice que gracias a uno de ellos conoció más de animales que en la universidad —señala preparando el medicamento.

Sonrío y sé a quién se refiere. Él también, lo noto pues me mira de reojo. Ya estoy a su lado.

—¿Por qué? —indaga él.

Ella se encoge de hombros acomodándose un mechón coqueto tras la oreja. Me abstengo de rodar los ojos. *No hay nada malo en ese flirteo*, me obligo a recordar.

—Parece que rescataba constantemente animales heridos. Venían con frecuencia, hasta donde me acuerdo. Un día llegó con un pelícano; tenía un ala lastimada. Fue impactante. Son enormes, pero él la llevaba en brazos como si nada.

—Dom era así —expresa Bastian con cierta nostalgia.

—¿Saben de quiénes hablo? —quiere saber, volteando a vernos. Entonces repara en las fotografías, luego en mí. Sonríe

negando—. Era tu padre —murmura como si hubiese cometido una indiscreción.

—Sí —confirmo.

Sacude la cabeza, acomoda a la perra en la frazada.

—Vaya… —declara guardándolo todo—. ¿Y tú debes ser hijo del otro? Porque también se parecen bastante —dice irguiéndose, comparándonos con las fotos que están en la chimenea.

Aunque en él se detiene más y sonríe de forma lánguida. No suelo fijarme en esos detalles, pero en este momento no puedo evitarlo y menos lo que ruge dentro por ello.

—Sí, era mi padre —avala Bastian, sonriente.

—Pues un gusto. Casi no se les veía por allá, hasta donde sé, pero venían con frecuencia. Mi padre les tenía estima. Ojalá estén bien.

—Fallecieron —dice él.

Ella abre los ojos y sacude la cabeza.

—Lo siento —susurra.

—No pasa nada —replica Bastian, amigable—. Entonces, ¿cómo la encuentras? —la interroga señalando a la perra, cambiando el tema. Ella sonríe de nuevo.

Dios, lo quiere en su puta cama y lo peor es que seguro eso pasará. Me trago la furia porque no es mi problema, para nada lo es.

—Estará bien. Les dejo aquí lo que necesitarán. Las croquetas que trajiste solo es una taza al día o puede descompensarse…

Anota en una receta las recomendaciones y se marcha después de rechazar que Bastian le pagara. Resoplo dejándolos solos de una jodida vez y me acerco a ella para acariciarla y relajarme de paso.

—Si traes un pelícano, duermes en el garaje —amenaza tras de mí, de pronto. Me río y le saco el dedo medio. Ríe agachándose a mi lado—. Deberías ponerle un nombre —propone atento a ella, que está tranquila, observándonos, disfrutando de las caricias de ambos.

Su cercanía me perturba y no consigo remediarlo. No, no me gusta nada esto. Aun así, continúo enredando los dedos en ese pelaje sucio porque, en mi fuero interno, experimento un alivio

demoledor al comprobar que no ha salido tras ella y que permanece aquí

—No, no quiero encariñarme —susurro sin voltear.

—Recuerdo que querías mucho a Pax y Cash.

—Sí.

De pronto detiene su mano y me mira. Lo encaro nervioso.

—No los vi ahora que fui —señala extrañado.

Paso saliva y regreso mi atención a mi nueva amiga.

—Los envenenaron —respondo. Se deja caer, aturdido.

—¿De qué hablas? —quiere saber.

Me encojo de hombros sin reaccionar.

—Pues eso, los mataron. Un día amanecieron en el jardín, sin vida. Abraham se puso como loco, los examinaron y los envenenaron.

—¿Y tú?

—Yo… yo, pues igual —respondí con simpleza, pasando el nudo en la garganta que aún genera su muerte.

—Lo lamento, Alexandre.

—No pasa nada —miento.

—Entiendo que no te quieras encariñar, pero no podemos decirle simplemente «perra», ya sabes, no queda —comenta con ligereza. Sonrío rodando los ojos, dejándome caer a su lado, observándola.

—¿Qué propones? —concedo después de unos minutos.

—Tú la encontraste, eres su salvador. Te corresponde ponérselo a ti —decide con simpleza.

—No tengo idea —admito.

—Muero de hambre. Puedes decidirlo mientras desayunamos algo —propone poniéndose de pie. Me tiende la mano.

Dudo durante un segundo y finalmente la tomo. Terminamos uno frente al otro. Me suelta despacio, pero no a mis ojos.

—Sé que has perdido bastante en el camino, Alexandre, pero lo que hiciste por ella hoy ya le cambió la vida.

Asiento despacio. Coloca una mano sobre mi hombro y sonríe para alejarse enseguida. Suelto el aire despacio.

Prepara algo sencillo. Lo devoramos mientras estamos atentos a ella, quien duerme profundamente.

—Tuve una en Seattle —digo de pronto cuando levantamos.

—No sabía.

—Sí, mi padre me la dio. Dijo que la había encontrado en la calle, que comenzó a seguirlo y no pudo resistirlo. No tengo idea de si fue así, la verdad. Tenía como unos cinco años cuando pasó ese… bueno, el accidente.

—¿Y cómo se llamaba? —curiosea.

Entonces recuerdo aquello que vino a mi mente justo antes de encontrarla.

—Dala —respondo distraído.

—¿Pasa algo?

Asiento deteniéndome.

—Antes de encontrarla, recordé algo… —murmuro un tanto tenso, porque el día en que perdí a mis padres jamás podré olvidarlo —. Ellos discutían por ese verano —comienzo a hablar con la mirada perdida.

Se ubica frente a mí aguardando, mientras yo estoy extraviado en los recuerdos, en el día en que los mataron.

—Mi madre no quería que fuera, le dijo que ya estaba cansada de eso. Él se negó a cambiar los planes. Mamá le rogó que parara. Papá le dijo… le dijo que jamás lo haría. Entonces, bueno, le subí a la música para no escucharlos. No era la primera vez y ella… ella ya estaba agotada. Mi madre también lo sabía —declaro aturdido.

Bastian respira hondo. Sin que lo vea venir, me toma por los brazos y me acerca a él, rodeando mi cuerpo con firmeza. Despacio coloco mis manos en sus omóplatos, con la nariz sobre su hombro. No lo reflexiono y me aferro a él, a la seguridad que me hace sentir en medio de esos recuerdos tan dolorosos.

—No debieron mentir así —susurro confuso, experimentando una mezcla de sentimientos.

Se separa y niega muy cerca de mi rostro, tan cerca que puedo percibir su aliento. Mis labios se secan.

—No, no debieron, pero cada uno tomó sus decisiones, Alexandre. Ella decidió continuar, ellos no mostrarse —me hace ver con suavidad, acariciando mi nuca.

Dios, esa voz, sus ojos…

—Creo que Martha lo sabía —declaro abstraído en su iris oscuro.

Asiente apoyando la frente sobre la mía. Joder.

—Yo también —concede.

Permanecemos así más de un minuto y se siente aterradoramente bien; por lo mismo me separo cuando noto que puedo flaquear. Me suelta enseguida.

—¿En la noche leemos las demás? —propongo yendo a la habitación.

—Sí, lo hacemos —accede con las manos en los bolsillos de la bermuda.

La mañana pasa en medio de la revisión del contrato de la disquera que Leonel ya estudió. Hablo con él en el jardín; me explica algunos puntos que no entiendo.

—¿Cómo están las cosas? —investiga.

—Todo bien.

—Lamento que tuvieras que hacer esto, Lex —dice culpable.

—Me sirve para descansar, no es tan tremendo.

—Siempre encontrando lo bueno.

—Ya ves.

—¿Bastian? —pregunta cuando pienso que ya terminaremos la llamada.

Miro hacia el interior de la casa. Se escucha su voz. Es enérgico cuando habla de trabajo, duro incluso, pero parece que domina todo sin problemas.

—Trabajando, creo. —Siempre. Mi padre y él eran iguales —expresa logrando con ello que mi estómago se retuerza.

—Bueno, nos vemos en un mes, Lex. Lo que sea sigo atento.

—Gracias, Leo.

No, estoy seguro de que no son iguales, determino entrando de nuevo. Por la tarde la perra está inquieta, así que la sacamos de

casa mientras le damos la última mano de pintura a los muros externos.

—Oficialmente terminamos —dice orgulloso con la brocha en la mano.

—Se siente como un logro —admito alegre.

—Sí, carajo —concede entusiasmado—. Quien llegue al último levanta todo —me desafía arrojando la brocha.

Lo persigo. Nos empujamos en el camino. Se quita una sandalia, la gorra. Yo tardo menos porque tengo camiseta y él camisa. Suelta la carcajada al ver cómo lanzo mi calzado. Llegamos al mismo tiempo para zambullirnos en medio de risas. El agua se siente fresca contra mi piel caliente debido a las horas de sol.

—Estás bronceado —señala mi cara, a un metro de mí.

—Tú también —digo.

Sacude la cabeza, flotando.

—No entiendo cómo mi papá no pensó en que tu madre sabía lo que pasaba y me dejó en tu casa —suelto aquello que ronda mi cabeza desde la mañana.

Se detiene y se acerca serio.

—Dre, tu padre no sabía que moriría, menos que las cosas se darían de esta forma —intenta justificar.

Lo miro un tanto desilusionado.

—Pude haber vivido en otro sitio, pude haber atravesado aquello de otra forma, no teniendo que luchar contra el odio que sentía tu mamá por mí, siendo hijo de quien soy.

Bastian cierra los ojos y asiente despacio.

—Alexandre…

—No puedo odiarlo por esa maldita decisión, no puedo. Pero me destrozó. Nos destrozaron con cada maldita elección que hicieron. No tenían el derecho —declaro con la voz rota por la rabia.

—No, no lo tenían —confirma más cerca.

—Austin no quiere dedicarse a la abogacía —expulso de pronto. Arruga la frente.

—¿Te lo dijo?

Le cuento sobre su ataque de pánico, el hecho de que creo que no quiere estar con Any y que ella desea formalizar ya, que a él

le gustaría dedicarse a los yates, a algo diferente.

—Creo que está con alguien más —susurro al final.

Niega peinándose el cabello para luego pasar una mano por su rostro perfecto, donde las gotas de agua se deslizan cuidadosas. Mierda.

—No debería. Si es lo que quiere tiene que enfrentarlo.

—Tu padre no se lo habría permitido, ahora tu madre. ¿De qué hablas? —refuto.

Me mira con intensidad, de una forma que reconozco, y mi sangre hierve. Agradezco en silencio al agua que cubre mi cuerpo. Bastian tiene esta jodida capacidad de trastornarme.

—Cuando estás seguro de lo que quieres, Alexandre, nada te hace cambiar de opinión, te lo aseguro —determina con seguridad. Paso saliva.

—Supongo, pero no es sencilla su posición. Lleva años con Any, la destrozaría.

—Más la destrozará claudicando y haciendo su vida a su lado. Mira a mi madre, a la tuya. Sería un idiota si no lucha por lo que quiere.

—No todos lo llevan tan fácil como tú, que sabías que esa empresa era lo que más querías y te dedicaste a ello por completo.

Arruga la frente desconcertado, luego sonríe negando.

—Vamos a ver a la perra… —propone cambiando de tema—. Y por favor ponle un jodido nombre. «Perra» es horrible —gruñe saliendo del mar.

Veo cómo se aleja, confundido. Lo alcanzo minutos después. Cenamos y suelto la primera palabra que se me viene a la mente.

—Papel no es un nombre.

Suelta la carcajada.

—Mierda, es que no tengo idea —admito.

—Eres el creativo aquí, algo debes inventar.

Tuerzo la boca evaluándola.

—Fa —propongo.

—¿Fa? —repite.

—Sí, como la nota musical, Fa.

La mira y asiente.

—Es corto, es suficiente. Por mí, ese.

—Bien, Fa entonces.

La ayudamos a que coma, luego la sacamos a que intente hacer sus necesidades mientras nos sentamos en las sillas del exterior y leemos de nuevo.

Abraham compró este terreno a nombre de mi padre; lo citó en California después de que no le contestara sus cartas. Para su sorpresa, mi padre acudió. Llegaron aquí y le dijo que era suyo, que quería tener un espacio que fuese solo de ellos. Un año después la casa estaba lista. Cuando venían la fueron adecuando, amueblando, pero al inicio dormían tan solo sobre el colchón.

—Vaya, mi padre sí que hacía lo que Dom quería.

—En los veranos era igual —le recuerdo.

—¿No te preguntas por qué nos llevaban? Digo, no les dábamos espacio para estar solos.

—Supongo que cuando dormíamos lo conseguían.

—Sí, puede ser.

—Quizá era fingir que tenían eso que nunca podrían tener —declaro contemplando a Fa, que está a mis pies.

—Sí, quizá…

24. HERIDAS PROVOCADAS

BASTIAN

PRESENTE

Aún falta un mes y siento que no podré contenerme ni un día más. Cada carta de nuestros padres trae consigo recuerdos de nuestra niñez, abre heridas provocadas por sus decisiones y nos envuelve en una atmósfera en la que mantener mis ojos alejados de él resulta ya extenuante.

Dre cada día me tiene peor, pero sé que no debo ceder a mis impulsos. Como hoy, cuando me contó sobre la pelea entre sus padres; no pude evitarlo y lo abracé. Rodeé ese cuerpo que me enloquece, que me enardece, pero no por deseo, sino porque odio verlo afectado. Él ha pasado demasiado y, cuando habla de no encariñarse, comprendo lo lastimado que está. Sus padres, yo, los perros, su familia… No debe ser nada sencillo, pero ya no me asombra verlo tan bien.

Cuando llegó con Fa, mi corazón amenazó con salir de mi pecho. No había dormido en realidad y lo escuché marcharse en la madrugada; tardó tanto en regresar que dudé si le hubiese pasado algo o… si hubiese decidido irse de aquel lugar.

Entonces apareció con ella. Alexandre está terminando conmigo y no se da cuenta. Sus juegos, sus risas, sus bromas; esa jodida frescura tan peculiar. Todo él es mi delirio personal. La frustración aparece cada tanto, la impotencia es mi sombra, pero sé que debo aprender a lidiar con ella porque no se irá.

Por la mañana estoy preparando el desayuno, tres días después de que Fa llegara con él. Es tierno con ella; duerme a un lado de su cama desde la primera noche, puesto que iba cada tanto a revisarla y decidió que lo mejor era tenerla cerca. No objeté. ¿Qué puedo decirle? Esas actitudes me fascinan. Fa lo sigue cojeando

mientras él le explica tal o cual cosa, y ella parece entenderle. Lo espera afuera de la cocina o de donde esté. Es un animal inteligente. No hemos recibido noticias de si tiene algún dueño, cosa que lo tiene atento. Sé que quiere quedársela.

Tocan. Él se está duchando. Salimos cada mañana a trotar juntos y ya se siente natural, divertido, a pesar de que me contengo para no molestarlo como me provoca hacer. Y es que Dre no se limita; goza siendo una patada en el culo y yo lo gozo en secreto, es la verdad. Limpio mis manos, abro y me topo con el mismo chico que nos ha estado trayendo las cartas. Arqueo una ceja.

—¿Cuánto te pagan por esto? —insisto, como cada vez que lo veo. Sonríe negando, me da el sobre y se va—. ¡Te doy el doble si me lo dices! —grito, pero no se detiene.

Ya le pregunté a Wright y finge no saber nada. Sé que miente. Reabastecieron la comida ayer; el chofer que nos trajo llegó con un par de cajas llenas de suministros que pedimos, nos las entregó y se marchó. Pero a este chico, no tengo idea de quién le dejó esta tarea que cumple sin fallo.

Cierro y giro el sobre. Dice solo mi nombre; es la letra de papá. La abro extrañado; no es como los que ha traído, este es pequeño, claro.

Saco con cuidado el papel; es de hace dos meses. Mi pecho se contrae. Paso saliva extendiendo la hoja mientras voy a la cocina, me recargo en la encimera y leo.

«Bastian, hijo:

Si tienes esto en tus manos es porque sucedió lo que ya sabía. Mi corazón no está bien, como debiste enterarte en la lectura, y tengo el tiempo justo para hacer lo correcto, para ser ese hombre que debí ser. La distancia durante estos años la entiendo más de lo que crees. Estoy al tanto de lo que ocurrió entre tú y Lex; lo supe hace años, cuando recién te fuiste. Tu madre me lo hizo saber, así que el hecho de que te hayas alejado estaba justificado. Fui parte de tu dolor, del de él. Nunca me dijo cómo fue que los separó, pero sí sé que luchaste contra ello y eso la hizo responder con mayor furia; le parecía una broma de mal gusto que fuese justo con el hijo del hombre que amé y amaré. Eres valiente, Bastian, mucho más

valiente que yo, que muchos hombres que conozco. Tan solo tenías veintiún años y defendiste con fiereza lo que sentías, lo protegiste a él. Te admiro, hijo, no te imaginas cuánto. Yo no fui capaz, ahora lo sabes. Temí a las consecuencias, a lo que pudieran pensar, a decepcionar a tu abuelo; pero tú no. Tú siempre has sido determinado y en eso no fue distinto: enfrentaste a tu madre, enfrentarías lo que fuera necesario con tal de defender lo que sentías por él.

Pasaron años para que yo pudiera entender lo que tú generaste en mí en aquel momento, tanto que de inicio acepté tu distancia a cambio de que te mantuvieras en el deber ser. Luego, con el paso del tiempo, algo incómodo fue surgiendo cuando te veía tan frío, tan indiferente, siguiendo mis pasos casi como si fuese un manual. Entonces comprendí lo que había permitido. Alexandre no volvió a ser el que fue después de aquello. Tu madre, además, no se la puso fácil y llegó a extremos que me avergüenza siquiera escribirlos, porque yo alimenté ese odio con lo que oculté. Con ello sé que no solo le fallé a Lex, a ustedes, sino a su padre, y no sé qué cuentas le daré.

Entiendo que es tarde para disculparme, pero debo hacerlo. Lamentablemente nadie nos dice cómo hacer las cosas, pero ojalá hubiese tenido la mitad de tu valor para ser quien era en realidad y defender mi verdad. Por eso hice todo esto. No tengo idea de si podré enmendar algo de lo que generé con las mentiras, con los secretos, porque al callar algo tan importante como mi relación con Dominick, me silencié por completo. Por eso permití que Martha manejara sus vidas con tal de que no se entrometiera en la mía. Los sacrifiqué, esa es la verdad, y duele reconocerlo porque, aunque no lo creas, ustedes son lo que más amo. Nunca quise dañarlos.

Sé que mi corazón ya no da más, pero no es nuevo; lo perdí hace mucho, luego se fue con él cuando le arrancaron la vida. Sé que no entienden por qué traje a Alexandre a casa, sabiendo que Martha lo intentaría quebrar, pero Nick nunca estuvo a salvo en sus últimos años. Con el tiempo comenzó a hacerse adicto a vivir en el límite, a ansiar el peligro solo para sentir algo. Yo lo dañé a ese grado, y no podía dejar desamparado a Lex, no sabiendo que podía

ser una moneda de cambio, pero sí me arrepiento de no ser lo que necesitaba después de haber pasado por algo tan fuerte como lo que vivió.

Sin embargo, lo conoces. Ahora sabes más de Nick. Ellos son fuertes, tienen una entereza que los saca de cualquier situación y la vida corre por sus venas; esa que te atrajo a él, esa que amé de Nick. Sé que quizá ya es tarde, que lo de ustedes fue algo del pasado; aun así, debía hacerlo. Espero que el recorrido por una parte de nuestra historia los haya sensibilizado y hayan hablado. Martha sabe que debe dar un paso atrás en cuanto a esto que decidí, porque, aunque no sé qué resulte, no merecen las mentiras, los secretos. Tú, hijo, no mereces que nadie pase sobre ti, que él piense algo que no es. Lo que sentían no tenía por qué ser un secreto, algo sucio que esconder. Amar purifica.

Por otro lado, romperé la confianza de ese chico, pero intuyo que de esto debes estar al tanto. Lex está pasando por un momento complicado; la última vez que lo vi lo acompañé al médico. La lesión que sufrió en aquel accidente sigue haciendo estragos en él y, aunque es un joven con ímpetu y muy fuerte, esto no está en sus manos. No quiero que suceda algo y sea demasiado tarde para haber arreglado un poco de lo roto entre ustedes, que, independientemente de que se quieran aún o no, debe aclararse de una buena vez.

Bastian, después de este viaje espero que logres entenderme mejor. Quizá no consiga tu perdón, pero sí que comprendas que no todos somos tan valientes y que la cobardía cobra un precio muy alto. Sé que tus hermanos tienen sus propias batallas, pero eres el indicado, con el ejemplo, para mostrarles cómo pelearlas y enfrentarlas. Cuídate, sal de esa oficina y date cuenta de que la vida es eso que está pasando frente a ti mientras estás enterrando lo que en realidad eres debido a lo que te inculcamos.

Yo sé que ahora estoy bien, en donde quiero y deseo estar. Eso me da la paz que no conseguí jamás. Ahora es tu turno, no esperes a que la vida pase.

Te amo,

Tu padre».

No sé en qué momento acabo en el piso, con las rodillas flexionadas y una mano enterrada en mi cabello. Cada línea duele, cada línea me libera, cada línea me marca.

—¿Estás bien? —pregunta Dre, de pie en la entrada de la cocina, desconcertado.

Me limpio el rostro negando. Arruga la frente, no sabe qué hacer. Me levanto respirando con fuerza.

—Necesito un momento —respondo.

Asiente despacio; entonces le tiendo la hoja. La toma sin comprender y salgo por la puerta de la cocina que da al porche. Camino hasta el mar ansiando llenar mis pulmones porque están comprimidos. Llevo una mano al pecho cuando estoy en la arena, rodeado de nada salvo el mar. Intento acomodar lo que me decía ese papel, lo que sabía, lo que implicó.

Me acuclillo cubriendo mi boca con ambas manos. No tengo idea de si la leerá, de si pueda ayudar en algo, pero definitivamente cada palabra de mi padre me ha ayudado a aclarar mi cabeza: no claudicaré, ya no. Sin embargo, estoy dispuesto a respetar la distancia si es lo que quiere; estoy dispuesto a pelear, pero no a costa de su estabilidad, menos ahora, con lo que me dejó ver él en esas líneas.

—Ese… ese video era verdad —lo escucho tras de mí.

Cierro los ojos y asiento sin voltear. Se coloca a mi lado. Lo observo serio, él a mí, y parece más perdido que nunca; incluso respira rápido. Repaso con la mirada su rostro ya sin restringirme, porque no quiero, porque lo anhelo e intento que con esto se termine de dar cuenta.

—¿Qué… qué te pidió? ¿Qué pasó? —pregunta al fin.

Me muerdo el labio y agacho la cabeza un segundo, dejándome caer. Él hace lo mismo, expectante.

—Mi madre descubrió por un descuido mío que algo pasaba entre nosotros.

—¿Un descuido? —repite sin comprender.

—Me tenías preocupado. Lo de tu cabeza, la manera en la que te fastidiaba, lo de la universidad. Le exigí que te llevara al médico —Tensa la quijada y pierde su atención en el mar—.

Supongo que algo la alertó. No tengo idea de cómo nos grabó una noche en tu habitación, porque asegurábamos la puerta, pero estaba… estaba sobre ti, te besaba, te tocaba.

—No… —susurra llevándose las manos al cabello.

—Ordenó que te dejara; de lo contrario, lo difundiría por todos lados —explico bajito. Me mira con los ojos enrojecidos—. Lo haría, Alexandre. Sabes que lo haría.

—Sí, lo sé —confirma aturdido—. ¿Y esa chica? ¿Por qué?

Respiro hondo.

—Ella concertó esa cita. Me indicó lo que debía hacer y cumplí. Debía protegerte, lo haría de nuevo —determino decidido.

Sus ojos son un mar embravecido, su mirada es turbia.

—¿Lo que… lo que me dijiste? —pregunta inseguro.

Me llevo la mano al cabello y lo alboroto riendo con rabia.

—Eso era lo que ordenó que te dijera. Le propuse irme, dejarte sin más; no aceptó. Exigió que grabara cada maldita palabra, porque así se aseguraba de que me odiaras, de que no me buscaras más, de que yo no pudiera acercarme de nuevo a ti por romper la confianza entre nosotros. Y solo así cumpliría su parte.

—¿Qué parte? —quiere saber aturdido, con los labios temblorosos.

—Te llevaría al médico, te dejaría en paz, permitiría lo de *Berklee* —murmuro frustrado.

Niega perdiendo la atención en el mar.

—No lo hizo —replica limpiándose las mejillas.

—Lo sé, ahora lo sé —musito observándolo.

Con la mano en su boca, niega.

—Me odia. Me odia por lo que represento, Bastian.

—Sí, Alexandre, pero no tienes la culpa de eso —le aseguro entristecido.

Voltea y sus ojos recorren mi rostro, despacio.

—Pero sí la tengo de tratarte como lo hice estos días. Lo lamento —se disculpa acongojado. Sonrío negando.

—No tenías manera de saber. Lo que te dije ese día me ha perseguido siempre. Sé el daño que te causé, lo que rompí en ti y,

aunque me obligó, yo fui quien dijo esas palabras, yo fui quien te las dijo a ti —declaro arrepentido.

—Me protegías, te protegías. Debías hacerlo.

—Lo volvería a hacer —determino con seguridad.

Asiente bajando la mirada, sonriendo con tristeza; luego pierde su atención otra vez en el horizonte.

—No imaginé ni por un segundo que algo así podría haber ocurrido.

—Te entiendo. Es mi madre y yo no tuve tiempo ni siquiera de pensarlo, solo de actuar como me indicó.

—Todo este tiempo pensando que jugaste conmigo… que te causaba repulsión, que fui una apuesta. Es que, por mucho que me odie, ¿por qué así?

—Porque quería desquitar en ti el odio a tu padre, al mío. Las únicas mentiras que te he dicho fueron las de esa mañana. Te prometo que es así.

Se aferra ahora el cabello con ambas manos y asiente.

—Lo siento, Bastian.

—Yo también, Alexandre.

Me pongo de pie. Ya no hay más qué hacer, todo está dicho y debo dar tiempo para que lo asimile. No tengo idea de lo que sucederá de ahora en adelante, pero sé que esto es mucho que acomodar. Contemplo su espalda, aprieto los puños.

—Te amé, Alexandre. Aún te amo —declaro dándome la vuelta, sintiendo que al decirlo mi cuerpo se aligera. Tan solo sé que debía hacerlo, debía saberlo.

—Bastian —me nombra acercándose, agitado, con sus preciosos ojos bien abiertos.

25. NO PUEDO EVITARLO

ALEXANDRE

PRESENTE

—Repítelo —exijo con el corazón latiendo de forma frenética, con un cosquilleo imposible de controlar en las manos y con esta jodida ansiedad que solo él es capaz de crear en mí.

Recorre mi rostro, despacio.

—Te amé y te amo —asegura con convicción—. Esa mañana, si hubiera sido al revés, no habría dejado piedra sobre piedra en Massachusetts, Alexandre. Yo por ti me sabía capaz de cualquier cosa; aún lo soy —declara, logrando con ello que mi sangre ruja por él mientras el sol cae sobre nosotros y la brisa marítima despeina sus rizos oscuros—. Y debes saber algo —habla con gravedad—. Esta vez no renunciaré. Haré lo que sea para tenerte de nuevo a mi lado, lo que sea; y si en el camino debo abandonar lo que he construido, lo haré. Eso te lo juro —asegura determinado.

Por un momento no me muevo, pero cuando me da la espalda reacciono y, sin pensarlo, le cierro el paso. No alcanza ni a pestañear cuando lo tomo por la nuca y lo beso; y es en ese instante, cuando siento sus labios sobre los míos, que mi mundo —ese que creamos entre los dos— retorna.

Después del segundo que le dura la sorpresa, gruñe respondiendo con vehemencia. Abro la boca con necesidad, su lengua me invade, adueñándose de todo, y vuelvo a experimentar esa potencia que hace cinco años me consumió, que tanto ansié volver a sentir; esa que nos envuelve y logra que olvidemos la realidad.

Toma mi rostro con una de sus manos y me acerca con su otro brazo hasta que quedo adherido a su cuerpo. Nuestros labios se reconocen, se prueban y nos consumimos juntos. No importa que no

entre el aire suficiente; solo quiero sentirlo de nuevo, fundirme en su ser, ser presa de su calidez, volverme loco con sus roces. Recorre mi boca, nos mordisqueamos y, cuando necesita respirar, se separa agitado.

Mis pulmones amenazan con explotar.

Sonríe como solía hacerlo, de esa forma que tanto extrañé y que se clavó tan hondo. Mi corazón se llena de paz. Apoyo mi frente contra la suya. Rodea mi cuerpo ahora con ambos brazos.

—No dejé de pensar en ti ni un maldito segundo, Dre —confiesa sobre mi cabello.

—Ni yo —acepto rendido a él, aferrándolo con fuerza.

Besa la base de mi cuello.

—Aquella noche debí decírtelo, Alexandre —murmura ahora con sus manos sobre mis mejillas, mirándome con intensidad—. Te amo. Te amé en aquel momento, te amo como un idiota y no te lo dije esa noche, ni después, porque si lo hacía, no lograría dejarte; haría una estupidez.

Lo beso despacio.

—Necesité escucharlo.

Acaricia mi labio inferior, aspirando mi aroma con los ojos cerrados; lo dejo hacer.

—Lamento toda esta mierda. Sentir esto por ti nunca ha sido fácil, Dre, pero no puedo evitarlo —susurra y lo beso de nuevo.

—Creí que algo iba mal conmigo —respondo entre roces que me saben a anhelo.

Tenerlo así es algo que no imaginé que volviera a ocurrir y, de pronto, todo se siente diferente otra vez. Se separa despacio, yo también; respira sobre mí, apoya su frente sobre la mía y repaso con mis dedos su rostro, despacio.

—Te… te amo, Bastian —logro decir con temor.

Se aleja agitado, me observa conmocionado, sacude la cabeza y me toma de la mano. Caminamos hasta la casa; ni siquiera allí se detiene hasta llegar a la habitación y cerrar la puerta. Entonces me coloca frente a él, serio, contemplándome.

—Eres mi alma, Alexandre. Hace años que es así —sentencia y, entonces, recuerdo las ocasiones en que llegó a llamarme de esa

manera; era una declaración encubierta, una que valía más de lo que pensé.

Mi estómago se contrae. Enmarca mi rostro y arremete contra mis labios con hambre; respondo dejándome llevar. Nos guía hasta la cama, bebiendo de mí. Cuando soy consciente del colchón tras mis rodillas, se despoja de mi camiseta con urgencia y la arroja; hago lo mismo con la suya para enseguida volver a besarnos.

Recorre mi cuello, mi mandíbula, mi oreja; repasa mi tórax con avidez, llega a mi virilidad y la aprieta sobre la tela. Dejo salir el aire. Me besa de nuevo y comienza a desabrochar mi bermuda. La desliza junto con mi *bóxer*, repasa con los dientes mi barbilla, desciende por mi garganta dejando mordiscos y lametones. Enredo la mano en sus rizos mientras él recorre la línea de mi abdomen hasta llegar a mi sexo.

—Joder —logro decir cuando su boca me lame, cuando sus manos me tocan con posesividad. Amasa mis glúteos y se llena de mí, provocando que jadee de forma ronca, aturdido por el impacto.

Hacía tanto que no emitía esos sonidos que casi se sienten ajenos, pero los reconozco como míos, como lo que él siempre ha provocado en mí.

Lo observo tomarme con apetito, casi con urgencia. Mi cuerpo se calienta de forma vertiginosa. Alzo la cabeza cubriendo mis ojos con el antebrazo. Comienzo a arquearme; me suelta y me tumba sobre la cama. Entonces acomoda mis piernas sobre sus hombros y vuelve a tomarme.

—Bastian —consigo decir sofocado.

Su boca va y viene con mayor ímpetu, enredando su lengua en el punto exacto. Joder, sabe lo que hace. Vaya que sí, y presiento que alcanzaré el clímax demasiado pronto; pero no puedo contenerlo, ni quiero, en realidad.

Me retuerzo emitiendo ruidos descompuestos. La excitación crece en mi vientre de forma salvaje, va subiendo, recorre mi pecho; me aferro con fuerza a las sábanas y entonces mi cuerpo vibra casi de manera animal. Grito con ferocidad, temblando, sacudiéndome en espasmos que habitaban solo en mis recuerdos. No se detiene hasta

que me vacío por completo. Suelto el cuerpo, exhausto; baja mis piernas y pronto lo tengo sobre mi boca, lamiéndome con desquicio.

—Cómo te eché de menos, Dre —declara con voz enronquecida, tan masculina como él lo es, besando mi cuello.

Presa de la lujuria, lo atraigo de nuevo a mi boca, lo beso con frenesí y lo hago rodar ansiando tomarlo también. Recorro el mismo camino que él, pero lo hago voltearse para que quede boca abajo. Entonces repaso cada espacio de ese cuerpo que me enardece con esmero, con mis labios, con mi lengua, con los dientes. Le quito los pantalones de un tirón y, cuando queda expuesto su trasero, muerdo mis labios y me recreo con él, lamiendo, dejando la huella de mis dientes, besando, marcando.

Es mío, Bastian Andrews es jodidamente mío y jamás permitiré que sea de otra manera.

Alza el rostro aturdido, aferrando el acolchado. Repto por su cuerpo, busco sus ojos; sonríe tenso y lo devoro con mi boca. Lo hago girar de un movimiento y sin perder el tiempo tomo su sexo. Alza la cadera de forma involuntaria emitiendo un profundo ruido ronco. Paso una mano por su abdomen marcado, tenso; la suya me encuentra y enreda sus dedos con los míos mientras me deleito con su masculinidad.

Suelta gemidos ahogados colmados de abandono, de excitación. No me detengo, no puedo y lo rodeo con mayor exigencia. Se queja, aferro con firmeza su mano. Lo someto sin piedad; no planeo darle tregua, ni hoy, ni jamás.

—Dre, me corro… para —suplica buscando quitarme. Lo evito lamiendo con mayor ahínco. Unos segundos después escapa un sonido gutural y su simiente explota dentro de mí.

—Mierda, Alexandre —gime agitado.

Sin darme tiempo a nada, se incorpora lo suficiente para sujetarme y así nos besamos de nuevo hasta que la laxitud que da la satisfacción comienza a envolvernos.

Mi rostro descansa sobre su pecho; nuestras manos enredadas. Jugamos con nuestros dedos como antes, como años atrás, piel con piel.

Esto es increíble, repito en mi cabeza, saciado y hambriento a la vez. Besa mi frente mientras acaricia mi cabello, ajustando nuestra posición para que no haya nada entre nosotros, ni siquiera aire.

—Quiero saber qué ocurrió contigo ese último año —pide. Respiro hondo y dejo de mover mis manos que juegan con el vello de su ombligo.

—Después, Bastian.

Se incorpora obligándome a imitarlo, serio. Inevitablemente me deleito con su musculatura, con esa anatomía asombrosa. No lleva tatuajes; su piel es tersa e inmaculada, salvo por el rastro de vello sobre su ombligo que desciende en una línea oscura hasta su virilidad en reposo. Esos pectorales esculpidos, el abdomen magro y perfilado... es tan malditamente masculino que su impacto me arrolla con fuerza.

Sonríe y me besa.

—¿Te gusta lo que ves? —Le muestro el dedo corazón. Ríe—. Te garantizo que tú me pones peor a mí, Alexandre —dice succionando uno de mis labios, apretando mi muslo derecho. Sonrío entregado—. Anda, dímelo —insiste.

Me froto el rostro, poniendo un poco de distancia. No es el momento de callar nada, lo sé, ahora es que en realidad nos aventamos al vacío juntos tenga las consecuencias que tenga y necesitamos estar al día, pero recordar no es plato de mi gusto; aun así, recargo los codos en mis rodillas y accedo, le narro lo que ocurrió, sin verlo a los ojos. Se pone de pie y da vueltas desnudo, aferrando su cabeza, cabreado. Finalmente niega buscando mis ojos.

—Joder, es que fui ingenuo, un maldito idiota —gruñe impotente. Me acerco a él, sujeto su barbilla, me mira.

—No somos los mismos de ese entonces. Estoy bien, ahora estamos aquí —busco hacerle ver.

Sonríe a medias, tranquilizándose; repasa con su pulgar mi labio y con la otra mano sujeta con suavidad mi trasero.

—Necesito poseerte ahora, Alexandre. Necesito cerciorarme de que eres real —gime con la voz cargada de todos los años de ausencia. La urgencia es salvaje; es el deseo acumulado de tanto

tiempo separados. Nuestras virilidades palpitan, duras y ansiosas, una contra la otra—. Y, maldita sea, no tengo nada. Ni un preservativo, ni lubricante. Nada para ti —su voz se quiebra al confesar la falta con los labios sobre mi frente.

Hay una tonta punzada de alivio, no lo puedo negar. Si hubiese estado listo, me habría sentido demasiado idiota. Pero el alivio es fugaz porque sus palabras me aplastan; perder este jodido momento es una puta tortura. Lo deseo con la desesperación de quien creyó haber perdido lo más importante de su vida. Quiero que Bastian Andrews me llene, me marque, que se hunda en mí hasta borrar los años en que no estuvimos juntos.

—No importa, no ahora —exijo; la urgencia me hace sonar más duro. Y es que, venga, no podemos detenernos por algo tan tonto. Tengo que encontrar la forma, necesito encontrarla. Baja su rostro hasta el mío, me estudia y niega con firmeza. Gruño mi desacuerdo sobre su boca.

—No, mi alma. Lastimarte es un error que no volveré a cometer, jamás —sentencia con voz grave. En respuesta, muerdo su labio, tirando de él. —No lo harás. Te necesito —insisto.

Mi súplica se escucha como un ruego desesperado. Pero lo sé: no cederá, no cuando se trata de mi bienestar. Si es el mismo Bastian que hace años me robó la cordura y el corazón, no caerá en mi exigencia. Sin embargo, la lujuria es una brasa encendida en sus ojos oscuros que me hace dudar de si estoy en lo correcto y accederá; Bastian se está consumiendo tanto como yo.

De pronto, decidido, me empuja sobre la cama con la fuerza justa. Por un segundo absurdo creo que lo he conseguido doblegar, pero la esperanza se desploma cuando sujeta mis muñecas con firmeza, clavándolas a la cabecera.

—Y por el infierno que yo también —ronronea con voz tensa debido a la contención. Se acerca a mi oído, su aliento arde en mi piel—. Pero vamos a desayunar, porque tienes que comer algo. Luego iré al pueblo, y entonces, mi alma —succiona mi lóbulo, arrancándome un jadeo—, me hundiré tan, tan profundo en tu cuerpo que los años perdidos dejarán de importar.

En respuesta me arqueo, entonces me suelta. Excitado y ansioso, lo hago rodar y lamo ahora yo su mandíbula, la base de su cuello.

—Estoy bien, lo que dijo en la carta no…

Y para mi creciente frustración, evita que termine la frase colocando sus dedos en mi boca.

—Quiero verdades. Tienes y tendrás todas las mías; quiero las tuyas —demanda serio.

Respiro hondo y, vencido, me hago a un lado. Lo miro de reojo cuando ambos nos sentamos de nuevo.

—La lesión no sanó como debía; tardé en ir a revisión —comienzo, arrojando con eso un balde de agua fría en mi excitación. Alborota sus rizos y expulsa el aire con fuerza.

—¿Y?

—Y estoy en un tratamiento para obligar a mi cuerpo a que esta vez lo haga de la manera correcta.

—¿Cuánto tiempo?

—Seis meses. Faltan cinco.

Asiente, pragmático.

—¿Qué sucede si no respondes?

Bajo la cabeza y enrollo un poco del acolchado en mi dedo índice.

—Tendrán que intervenirme.

Exhala con fuerza; busca tomarlo con calma, por mí.

—¿Qué es lo que te pasa? Me refiero, además de las cefaleas, ese desmayo…

Me encojo de hombros.

—Cosquilleo en mis manos, náuseas, cansancio, falta de concentración… hasta ahora —lo miro, me observa atento—. Es bueno, ¿sabes? Porque pueden aparecer muchos más. El desmayo fue nuevo, por ejemplo —explico. Asiente—. Realizaron una resonancia antes de venir, quisieron revisar que el traumatismo no hubiese afectado nada y está todo bien, solo que… bueno, pues el mes de tratamiento que llevo no ha cambiado nada —le hago saber —. Aunque puede ser prematuro —completo con rapidez, perdido en sus ojos oscuros.

Estoy compartiendo con él lo que con nadie, porque de alguna manera con Bastian siempre fue así y necesito que lo sepa a pesar de lo nervioso que me pone el tema. Se deja caer sobre el colchón llevándose las manos al cabello, con los ojos bien abiertos.

—Por eso no bebes y cuidas lo que comes —comprende.

—Y debo hacer ejercicio también, no estresarme —completo.

Se recarga en un codo, enreda su brazo en mi cintura y termino sobre su cuerpo con su rostro muy cerca del mío.

—Este mes, desde que él se fue, ha sido una putada, Dre. No has tenido calma —dice frustrado.

—He tenido épocas peores y estoy bien.

Niega acariciando mi nuca, serio.

—Lo último que has tenido es paz —insiste.

—Bastian, escúchame: no quiero que me mires con lástima, o que me trates como a un enfermo —advierto, apartándome—. Soy fuerte. Lo que tenga que venir, lo enfrentaremos.

Él sonríe de lado, la dulzura derrite su expresión dura. Vuelve a jalarme a su pecho.

—Claro que eres fuerte, Dre, lo sé mejor que nadie. Pero te advierto algo: no atravesarás esta batalla solo. Quiero hablar con tu médico —pide con una calma inquebrantable. Bufo girando el rostro con terquedad. Me acuna la barbilla, obligándome con suavidad a que lo enfrente.

—Bastian, no tienes…

No me deja terminar. Sus labios se cierran sobre los míos, lentos, profundos. La molestia se evapora en un segundo. Es inútil. Él no va a rendirse.

—Escúchame bien. Te trataré como lo que eres, como mi hombre —mi piel se eriza—. Y te advierto que esta vez lo que hay entre nosotros tendrá un maldito nombre, y no, no es negociable. Ya te dije que voy a luchar por ti. Y no dejaré esto pasar; voy a estar a tu lado en cada paso. Porque, Alexandre Danworth, tú eres todo para mí.

Mi pecho se retuerce, el latido es un tambor atronador. Él debe escucharlo, porque sonríe y acaricia mi mejilla con el dorso de su mano, la mirada fija en la profundidad de mis ojos.

—Me gusta lo que dices, Bastian —susurro. La calma me inunda, al fin—. Me gusta muchísimo. Tú me gustas muchísimo.

Sonríe satisfecho.

—Eso me alegra, porque seré claro: no pienso compartirte.

—¿Compartirme? —replico atontado, perdido en su barba incipiente, en sus labios delineados, en sus cejas oscuras y en la manera descuidada en la que caen sus rizos azabache alrededor de su rostro. Bastian es prolijo, metódico y en extremo cuidadoso de su aspecto; verlo así, despojado de sus defensas, con los muros del control desdibujados, me hace sentir poderoso, único

—No quiero que nadie te toque, te bese o lo que sea. No quiero que salgas con ese cabrón, y sabes a quién me refiero.

—Adler —deduzco casi divertido, aunque lo oculto; él no bromea.

—Eh, no lo menciones en nuestra cama —advierte frunciendo el ceño. Joder, esto me divierte; en realidad, me encanta sentir de nuevo su posesividad. Es como regresar a casa. Con el dedo índice, masajeo su entrecejo; al instante, su expresión se relaja.

—Trabaja en la disquera; estoy por firmar un contrato con ellos —aclaro para que deje eso atrás; no quiero que nadie que no sea él me toque, me bese, me folle, porque Bastian Andrews es mi hombre.

Arquea las cejas ante la noticia, luego sonríe con amplitud.

—¡Oh, wow! Felicidades. Eso era cuestión de tiempo, mi alma —expresa haciéndome rodar, para enseguida besar todo mi rostro, juguetón y yo me dejo hacer, feliz.

—Gracias —consigo decir cuando para. Apoya los codos a los lados de mi cabeza, alegre.

—Llegarás muy lejos, llegarás hasta donde tú quieras.

—Me gusta lo que hago —replico calmado.

—Y solo para que quede claro: ese tío quiere contigo, lo sabes —insiste entornando los ojos. Sonrío sacudiendo la cabeza.

—Vaya, que eres celoso.

—Muy celoso —confirma sin un ápice de culpa.

—Pero yo no estoy interesado en él y lo sabe —recalco apretando su firme trasero.

Arquea de nuevo una ceja y en respuesta roza mi nariz con la suya, llevándome con ese gesto a tantos momentos increíbles de aquel verano.

—Lo siento, o bueno, no en realidad. Quiero sus manos malditamente lejos de ti —bufa dejándose caer a mi lado—. Carajo —gruñe llevándose las manos a su cabello—. Es solo que estos putos celos me han estado comiendo desde que te vi en el velorio con él. O desde antes en realidad, cuando no podía acercarme a tu vida y sabía que otros sí —admite frustrado mirando al techo.

Sé que le duele tanto como a mí, o quizá más. Busco su mano, enredo mis dedos y le doy un apretón.

—Yo tampoco quiero compartir ni un centímetro de ti, Bastian. Si eso es ser pareja, compañeros o lo que sea, eso somos, porque no soporto pensarte con nadie más, tampoco lejos de mí —declaro convencido.

Voltea su rostro sonriendo, dulcificando su expresión, atrapándome en sus ojos oscuros y se gira para quedar de costado.

—Aclarado esto, y sabiendo que nadie nos tocará, pasemos a algo importante también —pide contra mi mejilla, repartiendo besos suaves mientras yo me dejo hacer sin prestarle mucha atención—. Debes desayunar, yo ir al pueblo… —avisa. Lo miro arrugando la frente. Ríe debido a mi reacción y me besa con exigencia; recibo sus labios con deseo. Jadea hambriento, pero se separa. Rodeo su nuca para que no se aleje.

—El otro día en la ducha nada te detuvo —le recuerdo frustrado, divertido también, enamorado en todos los sentidos.

Repasa mi muslo, mi abdomen que se hunde ante su tacto, inhalando con fuerza.

—Aquel día no pensé, pero no quiero tomarte en la bañera esta vez, aunque lo haré. Solo necesito penetrarte despacio, poco a poco y presenciar cómo tu cuerpo me recibe de esa manera única —declara dejando besos suaves, cargados de lujuria, que solo logran excitarnos.

Joder, esto es incluso doloroso.

—¿No te importa lo que diga tu familia? —pregunto de pronto, cambiando el tema porque este cabrón me tiene en el límite

y soy capaz de correrme tan solo con sus roces.

Alza el rostro, serio.

—Me importas tú, y nadie más —asegura con bravura.

Sí, me correré, determino, y tomo algunos de sus rizos para frotarlos entre mis dedos.

—No lo aceptarán —replico con suavidad, concentrado en sus hebras, no en sus manos y cuerpo sobre el mío. Me aprieta el muslo con firmeza.

—Nunca me ha importado menos. Si te dejé en esa ocasión fue por no exponerte. Si mi madre se ensañó contigo más aún y pagaste por ello, fue porque incluso teniendo todo en contra pretendí luchar por ti. Ahora no soy ese chico, tú tampoco.

OK. Si sigue hablando de esta manera, no aguantaré mucho más.

—Ese video… —farfullo apenas con aire y al fin consigo que aleje su piel de la mía, aunque no me agrada, ayuda. Sería penoso eyacular sin mayor incentivo. Llena de aire sus pulmones y se sienta dándome la espalda.

—No lo sé, Dre, lo tiene ella. Quiero pensar que mi padre la obligó a no hacerlo público, pero no tengo idea… Mi madre no teme a nada, solo quiero pensar que eso ya quedó atrás —explica con sinceridad. Me incorporo y recargo la barbilla en su hombro.

—No tengo miedo de eso, quiero decir —y voltea atento—, no será agradable y no tengo idea de las consecuencias, pero no esconderé por miedo lo que siento por ti, no quiero, no puedo —aseguro. Sonríe aliviado, aunque inquieto. Me toma por el cuello y me besa despacio.

—Tampoco pienso esconderte nunca más, eres mi verdad.

—Fóllame —digo sobre su boca, por última vez. Apoya su frente sobre la mía.

—Lo haré —asegura poniéndose de pie y mis esperanzas caen de picada—. Después de hacer lo que quedamos.

—Lo que quedaste tú —rezongo saliendo de la cama.

Encuentra mi *short* y me lo avienta. Lo tomo al vuelo, ya se está poniendo el suyo.

—Te necesito fuerte, no pienso parar hasta que te hayas corrido por lo menos unas tres veces —presume. Suelto una carcajada.

—Por ahora solo pido una, y mira…

—Deja de provocarme, a comer.

—Podríamos cambiar el orden de los factores —propongo como si tal cosa.

—Basta, Alexandre —exige colocándose la camiseta.

Niego.

—Mira cómo estoy —digo señalando mi dureza que se ve a través de la tela—. Y mírate —ordeno.

Está malditamente igual que yo.

—Está bien —accede anulando la distancia entre nosotros. Desliza mis bermudas de un tirón, luego es su turno; escupe sobre su palma y toma nuestras virilidades con su mano.

Jadeo abrumado y abro la boca aturdido.

—Bastian… —gimo, rodeando su cuello con el brazo, mientras su mano se mueve con brío.

Emito sonidos guturales que nacen en mis entrañas mientras él nos castiga con esa fricción obscena; no aparta su mirada de la mía, mordiéndose el labio e imprimiendo fuerza y ritmo a la vez.

Dios. Joder.

—Vamos, mi alma, córrete para mí, hazlo —exige ahora con su boca sobre la mía, sin llegar a besarnos.

Esto es malditamente delicioso, nuestros líquidos preseminales se confunden y ayudan a la exigente fricción. Me contorsiono, apretándome más. Bastian entiende, nos frota con mayor ahínco. Ambos gemimos de manera atropellada, ahí, de pie en esa habitación.

—Joder, Bas… ¡Sí! —chillo.

Gruñe con fuerza y sé que el orgasmo está por llegar. Tiemblo, él no se detiene, aprieto su bíceps, él mi trasero y entonces los dos nos tensamos calentándonos de una forma que podría no ser saludable y sobre nuestros labios dejamos salir un par de gritos roncos que retumban en los muros de la casa, mientras que su mano recibe nuestra simiente.

—A desayunar —susurra apenas con voz cuando hemos acabado. Sonrío dándole un golpe en el brazo.

—No vuelvas a hacerme esperar —ordeno jadeante. Besa mis labios sonriendo, aún agitado.

—Hecho. Nunca más me pillarás desprevenido, lo prometo —accede con docilidad, aunque también divertido.

Después de limpiarnos, nos ponemos algo limpio encima. El desayuno está prácticamente hecho, solo ayudo a calentarlo y servirlo en medio de toqueteos, besos, roces, caricias y risas. Lo ingerimos sin hablar de nada serio, solo de Fa, de la disquera y los planes que tengo allí; le hablo sobre quién maneja mis redes, reconoce el nombre de la agencia, de los nuevos proyectos y tantas cosas.

Cuando acabamos decido acompañarlo al pueblo. Llevo a Fa para que la revise Gaby; parece que su salud mejora pero temo que algo pase inadvertido. Me estoy encariñando con ella, es inevitable.

Me platica del máster que tomó, de la expansión que está por concretarse y evidentemente queda claro que ninguno de los dos sostenemos una relación con alguien más.

Mientras yo voy con la veterinaria, él va a conseguir, por amor de Dios, lo que necesitamos. Me alcanza cuando la doctora está proponiendo darle un baño; podría pasar a recogerla por la tarde cuando esté lista. No estoy muy cómodo dejándola sola, pero entre Bastian y Gaby me convencen.

—¿Qué pasó con tu perro de Seattle? —pregunta interesado cuando vamos de regreso.

—Se lo quedaron unos amigos de mis padres.

—¿Supieron quién envenenó a Dash y Pax? —quiere saber, mientras conduce.

Me tenso y no respondo.

—¿Dre?

—Bastian, fue Martha —declaro logrando que me mire asombrado y, maldita sea, enseguida me recorre un leve letargo; lucho por ganar la batalla.

—¿Ella te lo dijo? —quiere saber, apretando mi pierna con suavidad.

—No era necesario.

—¿A qué te refieres?

—Días antes ellos destruyeron el cuarto de música.

—¿Qué?, ¿cómo? Siempre fuiste cuidadoso, nunca lo dejabas abierto.

—Exacto; ella estaba cabreado conmigo por mi ingreso a *Berklee*, así que me amenazó y a los días ocurrió. Lo destrozaron todo, hasta esa carpeta de cuero con partituras que me diste. Todo.

—Lo lamento, carajo. Lo lamento mucho —musita entristecido y furioso, lo sé por la forma en la que aprieta el volante.

—Ella los dejó entrar, Bastian, ¿quién si no? Solo recuerdo que yo estaba muy ofuscado, publiqué un video sobre cómo ellos habían descuartizado los instrumentos, sin inculparlos, solo como parte de las historias, de mi impotencia. Entonces, para mi sorpresa, me buscaron algunas marcas y me regalaron otros. Martha, obvio, enfureció, no sabes cuánto, y un par de días después ellos aparecieron sin vida. Por la forma en la que me miró, sé que lo hizo —termino ya con una leve punzada en la cabeza. Pestañeo para intentar mitigarla, o postergarla por lo menos.

—Joder, no debería asombrarme pero es que me asombra, me asusta en realidad. Mi madre no está bien —declara alterado.

—No, creo que no —concedo.

Su mano se pierde en mi nuca, acariciándome, mientras recargo mi cabeza en el respaldo ya para ese momento aturdido; entonces sé que perdí la batalla, debo dormir.

—Lo lamento, de verdad, Dre.

—Lo sé.

Llegamos a casa y se siente diferente sin Fa allí, además de este cansancio que reconozco que cobra fuerza. Me cuesta enfocar una vez en el umbral; me obligo a conseguirlo. Bastian rodea mi cintura y besa mi cuello. Me recargo en su pecho agotado.

—Necesito recostarme —logro decir. Se tensa, enseguida lo tengo frente a mí, escrutándome—. Pasará en un rato —aseguro sonriendo. Aunque no puedo fingir que me encuentro atontado y es que realmente estoy feliz por lo que está ocurriendo, pero no deja de ser otro impacto.

Asiente, se inclina un poco, sujeta mi trasero y me alza. Suelto el aire enredando mis piernas enseguida en su cadera. Quizá debería molestarme que me trate con delicadeza, no es algo que me agrade en lo general, lo cierto es que en este momento lo agradezco, lo necesito.

—Vamos a la cama —murmura. Asiento escondiendo el rostro en la base de su cuello, absorbiendo el aroma de su loción. Sí, este es mi lugar, a su lado, sobre él, encima de él, con él.

Una vez allí nos recostamos y me abraza como aquel verano, quedando tras de mí. Cierro los ojos. Respira en mi oreja y acaricia mi brazo, mi cabello.

—Duerme, mi alma —susurra de forma suave. Sonrío lánguido y pierdo la batalla confiado por primera vez en años.

26. TIENES TODAS MIS VERDADES

BASTIAN

PRESENTE

Lo miro dormir sin dejar de pasar mis dedos por su piel o de acercar mi nariz a su cabello. Cómo extrañaba ese maldito aroma que desprende y que, a pesar de los años, no ha cambiado. Aspiro con fuerza.

La impotencia me carcome. Me preocupa sobremanera su salud; joder, es que se pudo haber evitado. En este momento siento mucha rabia hacia ella, pero también hacia mi padre por lo que tardó en hacer algo, por lo que su secreto puede estar provocando en Dre. Su inexcusable silencio.

Tomo una frazada y lo cubro, porque es como si se hubiese apagado de pronto. Acomodo un poco el lugar; guardo la carta de mi padre, esa que me lo devolvió. Siento alivio, por supuesto. Una inmensa felicidad por haber aclarado todo, pero también una indignación profunda que resulta innegable.

Llevo la *laptop* a la cama. Él ya está boca arriba, completamente abandonado al sueño. Beso su frente, sintiendo cómo me embarga esa calidez habitual, esa sensación de plenitud.

Sé que no será sencillo abrir al mundo lo que tenemos, lo que somos, pero no estoy dispuesto nunca más a que me digan cómo vivir mi vida, menos cuando se trata de tener a Alexandre en ella.

Pasa una hora y no consigo concentrarme. Dejo el trabajo para otro momento, me recargo en un codo y decido contemplarlo, recordar, agradecer el hecho de que nos quede casi un mes aquí.

Es increíble lo que este lugar está implicando para nosotros, lo que implicó para ellos. Me pierdo en sus facciones varoniles,

perfectas; en ese «te amo» que dijo hace unas horas, en sus confesiones, su deseo y sus maneras de expresarlo, de exigirlo.

Lo que está por venir es incierto, pero saberlo junto a mí hace que me dé exactamente lo mismo. Alexandre es la única certeza que necesito ahora mismo, la que necesité por años.

Tomo el libro que leía minutos más tarde y me acomodo a su lado.

Una hora y media después, lo escucho respirar profundo. Dejo de leer. Se frota los párpados y observa su alrededor con esos ojos asombrosos; entonces repara en mí. Aguardo. Sonríe con suavidad, con esa ingenuidad que lo caracterizaba y que sigue intacta.

—Eh —digo acercando una mano a su rostro.

—Eh —responde como solía, pero con la voz ronca.

—¿Te sientes mejor? —quiero saber.

Asiente despacio.

—Es solo aturdimiento, pasará —explica tranquilo.

Repaso con un dedo su barbilla.

—¿Ocurre seguido? —investigo.

—No tanto —admite sereno.

Entonces enredo los dedos en su nuca y me acerco a su boca.

—Te voy a besar —le aviso.

Me detiene con la mano en mis labios, negando. Sonrío.

—Debo ir al baño —anuncia abriendo sus grandes y preciosos ojos.

Gruño. Se ríe y me hace a un lado, sale de la cama y entra. Lo sigo y lo arrincono por la espalda mientras abre el grifo.

—¿Seguro que estás bien? —pregunto besando su cuello, mirándolo a través del reflejo mientras se echa agua al rostro.

Respira rápido, observándome; luego baja la cabeza negando.

—Necesito un baño, desperezarme —acepta, logrando así que entienda su conducta.

—Es buena idea —murmuro besando su hombro.

Sonríe de aquella forma abierta, aunque todavía luce cansado. Lo dejo hacer sus cosas mientras yo dejo correr el agua de la tina.

—¿Juntos? —pregunta con la cadera recargada en la encimera.

Asiento mientras me acerco. Cuando me tiene a menos de un metro, sujeta mi cabeza con ambas manos y nos besamos con fuerza. Apreso su cadera en el acto. Despeina mi cabello. Lo alzo para sentarlo en la superficie. Nos movemos con tanta fuerza que tumbamos recipientes de la repisa, pero no prestamos atención salvo a nuestras respiraciones, al deseo voraz, a la necesidad. Enreda sus piernas en mi cadera; me pierdo en su cuello, en su garganta. Suelta el aire.

Entonces nos separa un poco. Se quita la camiseta, sonriendo; luego la mía. Nos besamos con hambre, con años contenidos, con el deseo crudo envolviéndonos. Con delirio repaso la textura de esos labios por lo que mataría; él responde entre mordisqueos y lametones. Lo levanto y lo llevo de vuelta hasta la habitación.

—El agua —logra decir.

Asiento recordando eso, entro al baño y la apago. Regreso, abro el cajón sacando lo que compré y rueda los ojos.

—Estoy limpio. Nunca he estado con alguien sin protección, pudimos… —murmura buscando retomar esa conversación que ahora mismo ya no tiene sentido, así que lo acallo mordisqueando uno de sus carnosos labios.

—Estoy limpio también. Antes de venir me cercioré, más después de lo ocurrido en la bañera.

Me jala por la cinturilla del pantalón.

—Entonces fóllame de una buena vez, Bastian.

—Creo que no sabes lo que pides —susurro mientras desabrocha el botón.

—Eres justo lo que necesito —asegura con suavidad cuando consigue su objetivo, mirándome de forma lasciva.

No puedo más. Alexandre es mucho para cualquiera, es demasiado para mí. Lo tumbo sobre la cama con una mano. Sonríe

expectante. Lo haré gritar, lo romperé y lo reconstruiré, claro que sí.

Beso su tórax, despacio, y busco el botón de sus bermudas; la abro al igual que el cierre y se los quito poco a poco, tocándolo apenas con la yema de los dedos. Su piel se eriza; lo escucho soltar el aire. Beso su muslo, luego el otro. Echa su cabeza hacia atrás, deleitado. Sonrío maravillado.

Llega el turno de su *bóxer* ajustado y lo bajo centímetro a centímetro, enloqueciéndolo, disfrutando de irlo dejando expuesto ante mí. Cuando está desnudo, me llevo la tela a la nariz, la aspiro bajo su mirada, notando su respiración acelerada.

Joder, este hombre es mi delirio.

Lo dejo caer y con una mano voy subiendo por su cuerpo, repasándolo con los labios, tomándome mi tiempo en el interior de sus muslos, en el hueso de su cadera; me detengo en su tórax marcado, que sube y baja.

—Por favor —lo escucho, y me derrite más, si eso es posible.

Sale a mi encuentro cuando estoy por llegar a su boca y, con un movimiento, me hace girar tomando el control. Este nuevo Alexandre es impaciente y jodidamente me encanta.

Intenta bajar mis vaqueros; le ayudo y pronto estoy tan desnudo como él. Busca mis labios, hambriento. Mi alma está justo en el punto que deseo. Sujeto su trasero, me incorporo sobre el colchón; nos arrastro hasta que mi espalda descansa en la cabecera, con él a horcajadas sobre mí y vuelvo a ser el dueño de la situación.

—Joder, Bastian —gimotea cuando acaricio su preciosa erección.

Lo acerco más a mí mientras besa mi cuello y mi oreja con ansiedad, con avidez acumulada. Aprieto con posesividad sus nalgas, su espalda. Mierda, cómo me enloquece la textura de su piel. Lo tomo por el cuello, clavo mis yemas en su cabello y lo detengo para ver sus ojos.

—¿Gritarás para mí?

Sonríe de forma lánguida, asintiendo. Entonces alargo la mano y tomo de la mesilla el lubricante. Lo necesito ya. Lo abro con la boca sin que él despegue sus ojos de los míos. Vierto suficiente en mis manos y me aproximo a aquel sitio en el que añoro

desesperadamente enterrarme. Despacio lo acerco más y comienzo a estimularlo. Deja salir el aire sobre mis labios. Soy yo ahora quien lleva las riendas, como descubrimos hace años que nos gusta, como noto que sigue siendo. Lamo su garganta, su cuello, todo aquello que me pertenece, que deseo, mientras lentamente empiezo a penetrarlo con un dedo.

Se aferra a mi cabeza en respuesta y nos besamos con renovada lujuria. Entre caricias feroces, gemidos roncos, mordiscos, lametones y marcas que dejamos en nuestra piel, la necesidad aumenta sin limitarse. Otro dedo entra en él; lo expando y lo engancho donde sé que lo excita. Enseguida se queja emitiendo un sonido gutural ahogado. Lo observo deleitado.

Añoré esto por tanto tiempo que, aunque me rogara parar, no me detendría. Recarga su frente sobre la mía; abre los ojos, sus labios, y nos miramos. Sonríe, respondo, y se siente tan natural. Me bebo sus gestos, sus quejidos, mientras él no deja de mirarme con esos ojos fascinantes.

—Hazlo —ruega recorriendo con sus manos mi rostro.

—¿Ya? —jugueteo un poco con su desesperación, que también es la mía.

Gruñe moviendo las caderas para profundizar la sensación.

—Joder, Bastian, o lo haces ya o…

No lo dejo terminar porque vuelvo a acariciar su próstata; entonces gime sin vergüenza y rodea mis hombros escondiendo el rostro en la cuna de mi cuello.

—Te follaré, claro que lo haré, siempre lo haré —prometo.

Asiente sudoroso, con la piel ardiendo. Tomo el preservativo, lo abro con los dientes y lo arroja decidido.

—No, te quiero sin nada, te quiero ya —ordena jadeante en medio de mis embestidas, con la boca hinchada por nuestros besos.

No me opondré, no puedo. Se levanta un poco tomándome por los bíceps mientras yo guío mi eje hasta su entrada. Enseguida humedece su boca. Lo beso y empiezo a entrar. Se queja abriendo los labios, pero sé que está listo para mí.

Lo lamo; su frente sigue adherida a la mía y lentamente lo penetro sin detenerme. Dre abre los ojos a ratos, conecta con los

míos, pero los vuelve a cerrar, prisionero de las sensaciones.

—Joder, Bastian, joder.

Está estrecho, caliente; resbalo con facilidad. Pronto paso la primera barrera y él ya respira de forma irregular. Esto era lo que necesitaba, su suavidad que contrasta con mi salvaje deseo por él. Lo rodeo con mayor fuerza por la cadera; entonces lo bajo sin tanta dilación. Deja salir un sonido ronco, respira rápido.

—Mírame, Dre —pido. Niega—. Ahora —exijo y abre los ojos —. ¿Estás bien? —pregunto.

—Mierda, sí.

Sonrío negando y comenzamos a movernos de forma acompasada. Busca ir más rápido, pero no lo permito.

—Bastian —farfulla.

Beso su rostro, moviéndonos al compás que solo él y yo conseguimos.

—Alexandre —consigo decir sobre su boca.

Esto no es solo sexo, es él. Es su cuerpo envolviéndome, son sus ojos sobre los míos, es su aliento acariciando mi piel, es su boca entreabierta, es la manera en la que arruga la comisura de sus ojos ante la fuerza de lo que siente, es su mano en mi cuello aferrándome como si yo pudiera ir a algún sitio sin él. Busca su erección al mismo tiempo que yo; lamo sus labios y la tomo con firmeza sobre su mano.

—Bas… tian —gimotea.

Con mis dientes aprisiono su labio inferior. Niega transpirando. Su cuerpo está alcanzando una temperatura que no debe ser saludable, pero que a Dre siempre le ocurre. Tiembla; nuestros pechos se tocan, sudorosos.

—Sí, y nadie más, jamás —prometo con bravura, para luego besarlo sellando esa promesa.

Me importa una mierda lo que ocurra a partir de este puto momento, porque ahora es que puedo darle todas mis promesas y eso es justo lo que haré.

Sonríe sacudiendo la cabeza, rendido a las sensaciones. Enseguida comienza a estremecerse, a apretarme cada vez más. Salgo de su cuerpo casi por completo y arremeto de nuevo, logrando

con ello que deje salir un grito ronco. Vuelvo a hacerlo y se dobla. Dios, amo esas reacciones, soy adicto a ellas.

—Sí, Dre —jadeo.

No me detengo, fascinado, excitado hasta lo indecible, apretado hasta el grado de la locura. Mi alma empieza a negar, temblando. Reconozco su momento; se estremece con violencia, busca detenerme por la fuerza de lo que está experimentando. Siempre hacía eso; lo asusta y a mí me pone peor. Y es que sus orgasmos son realmente fantásticos, inexpresables, tanto que siempre me encontré ansiándolos. En este momento los necesito como el sediento al agua.

Voy más fuerte, más exigente. Sigue negando, busca frenar mi mano que está sobre la suya acariciándose. No se lo permito, está llegando, yo también. No ceso; aprieto con más fuerza los dientes, su dureza entre nuestras palmas.

—No, joder, no —logra decir apenas con el aire y entonces su cuerpo se tensa, se sacude con una violencia que me aturde porque me aprieta tanto que exploto en su interior con la misma brutalidad.

Gritamos al unísono. Dejo marcas en su cuello y él rodea mi nuca hundiendo las yemas de sus dedos. Lo sigo moviendo hasta que me vacío por completo, hasta que estoy seguro de que él también. Lo rodeo conteniéndolo, sé que lo necesita.

Respira con dificultad, su piel se siente húmeda, mis rizos están mojados. El ambiente se encuentra cargado en esta casa que alberga tantos secretos, momentos y recuerdos; ahora los nuestros. Su cuerpo lentamente se va relajando, entonces salgo de él. Deja salir un sonido nasal que me embriaga. Acaricio su cabello, él mi nuca; su nariz descansa en mi mejilla.

—Creo que nunca me acostumbraré a esto —expresa turbado.

Busco su boca; me la ofrece sonrojada, carnosa, y disfruto de ella, lánguido, de su textura suave.

—Tendrás que hacerlo, Alexandre. Porque el infierno me puede tragar y, aun así, saldría por ti —declaro con seguridad.

Sacude la cabeza y me besa de nuevo. Minutos después los dos logramos respirar con normalidad.

—Arrojaste el condón —digo cansado.

Mordisquea mi boca.

—Acepté esperar, no iba a aceptar no sentirte por completo —explica.

Asiento lánguido y le guiño un ojo.

—Ahora tendré que limpiarte.

Niega buscando alejarse, más sonrojado aún.

—Puedo solo —replica solo un poco avergonzado.

Adoro que sea tan osado, extrovertido, que exija lo que quiere en el sexo, pero lo que ocurre después es otra historia y no ha cambiado; sigue siendo dulce y aún tímido.

—Pero no quiero —declaro.

Divertido a la par que apenado, termina rodeando mi cadera con las piernas para que lo alce yo. Lo quiero sobre mí en este momento, en las próximas horas, los siguientes años también.

—Ahora sí, el baño —concedo.

Nos llevo hasta allí. A regañadientes lo suelto a un lado de la bañera. Busca limpiarse, pero lo detengo sujetando su muñeca y la llevo tras su cadera mientras me siento en la orilla de la tina.

—Dije que lo hago yo, dame un segundo —ordeno.

No reniega, como sabe hacer; en cambio nota que su virilidad se encuentra frente a mí. Muerde el labio inferior mirándome con esos ojos claros, intensos.

—No has cambiado —expresa sonriendo con picardía.

Niego mordisqueando el hueso de su cadera.

—En lo que respecta a ti, no. Todo sigue intacto.

Templo el agua, voy por papel, lo atraigo por el trasero que ya escurre y retiro su eyaculación que quedó sobre su abdomen, toqueteándolo de más. Sacude la cabeza permitiéndome hacer lo que deseo. En la bañera cabemos los dos sin problema; es amplia. Aun así, lo recuesto sobre mi pecho. Se acomoda jugueteando con el agua, recargando su sien en mi mejilla mientras busco sacar parte de mi simiente.

—Volveré a ponerme duro —advierte lánguido, emitiendo gemidos suaves por mi tacto.

—Estoy para atenderte —bromeo, aunque es una total verdad.

Ríe y besa mi mejilla.

—No dejaré que lo olvides —dice cansado, por lo que decido que fue suficiente, por ahora.

—¿Aún te encuentras aturdido? —pregunto interesado, observando cómo vuelve a jugar con los dedos sobre el agua.

Niega. Beso su frente.

—¿Es parte de lo mismo?

—Sí, pero eso es más normal, solo es cansancio. Duermo y pasa —explica con sencillez, como si no fuese la gran cosa.

Recargo mi barbilla en su hombro; me mira de reojo.

—Quiero que vivamos juntos, Dre —declaro con seriedad. Se yergue y voltea sonriendo, evaluando mis ojos. Lo beso despacio, responde—. Sé que puede sonar prematuro. Respeto y entiendo que tú desees esperar, solo quería que lo supieras.

—Me gustaría vivir contigo —responde pasando su nariz por mi mejilla, mi oreja—. Quiero estar a tu lado.

Rodeo su tórax, sonriendo.

—¿No temes a la reacción de veinte millones de seguidores? —pregunto interesado.

Sonríe negando y me echa agua en el rostro.

—Es mi vida, no la de ellos. Claro que no, vería cómo manejarlo.

—Tienes más en *YouTube*, y peor en *TikTok* —le recuerdo.

Se encoge de hombros, girándose un poco para estudiarme.

—¿Eres un *stalker*? —inquiere arqueando una de sus tupidas cejas.

Suelto una carcajada honda. Con él siempre ha sido sencillo y continúa siéndolo.

—El peor de todos —aseguro.

Rueda los ojos, toma mi quijada y me acerca a su boca.

—¿Eres tú el que teme? —cuestiona mirándome con intensidad.

Sujeto su nuca y termino con la distancia, sometiéndolo.

—Siempre tendré más miedo a perderte que a cualquier otra cosa.

—Eres un empresario importante, esto no será sencillo —me hace ver.

Lo suelto, él a mí.

—Eres un *influencer*, un artista, un músico. No será sencillo para ambos.

—En mi ambiente puede ser más común —expresa un tanto agobiado, repasando mi rostro.

—Lo sé, Dre, sabré hacerle frente, no te preocupes.

—Cualquier cosa que tenga que ver contigo me preocupa. Ya pasaste por todo esto solo. Me… me da miedo que algo nuevamente te orille a tomar decisiones para protegerme —confiesa agobiado.

Ladeo el rostro, estudiándolo.

—Saberte bien siempre estará por encima de amarte como lo hago. Pero te aseguro que no soy ese chico. Te protegeré, pero sin dejarte ir. Sea lo que sea.

Baja la mirada, respirando hondo.

—Me duele lo que pasaste, me duele que haya sido tu madre, me duele la mentira de nuestros padres y lo que provocó —alza el rostro—. Pero más me duele que tuvieras que hacer eso por cuidarme. No quiero que vuelvas a anteponerme a lo que tenemos, nunca, Bastian. Si vamos a estar juntos, quiero ser contigo, en todos los sentidos.

Lo estudio amándolo más.

—No habrá secretos, lo prometo. Te lo dije hace un rato, tienes todas mis verdades.

—Y tú las mías.

Acaricio su labio con el pulgar.

—Eres mi compañero. Sé que podremos con esto, los dos.

Se recuesta sobre mi pecho de nuevo. Mordisqueo su oreja, juguetón. Me hace a un lado, riendo. Repaso sus costados y pincho su abdomen.

—¡No! —exige riendo otra vez, haciendo mis manos a un lado.

No me detengo y pronto terminamos en una guerra sin cuartel, con la mitad del agua afuera, carcajeándonos. Él aventándome para que deje de molestarlo, devolviéndomela cuando puede.

—Basta, joder —demanda sujetando mis muñecas, riéndose aún.

—Jamás —declaro poniéndome de rodillas, logrando con ello que retroceda; su espalda termina en el otro borde—. Te molestaré, te haré reír, te follaré y te haré temblar por siempre, Alexandre. Tendrás que acostumbrarte —prometo con intensidad, soltándome de un movimiento. Entonces lo beso con fiereza, misma que responde enseguida.

El agua está ya helada, así que decidimos darnos una ducha caliente. Cuando estamos con ropa, al fin, le propongo cenar algo en el pueblo para pasar después por Fa. Acepta. Ya es de noche cuando regresamos con ella. Es otra, debo aceptar. Olisquea todo, como cerciorándose de que sea su lugar. Dre le da de cenar y se sienta frente a Fa, acariciándola mientras come.

—No la puedo dejar aquí si nadie la reclama —murmura.

—Necesitaremos un espacio adecuado, entonces —comento desde el sofá, observándolo.

Voltea; está en el suelo a un par de metros. Sonríe.

—Vivo cerca de *Berklee*, es un estudio —explica atento a ella, pasando los dedos por su pelaje.

—Yo por el norte, lo alquilaré. Busquemos algo para los dos, o para los tres en realidad —aclaro.

Asiente volteando de nuevo, sonriendo de forma torcida.

—¿Estás seguro? —pregunta enganchando sus ojos en los míos.

Leo el miedo, me acerco, abro las piernas para encajarlo entre ellas. Espera. Adhiero mi nariz a su mejilla y absorbo su aroma. Cierra los ojos cuando lo rodeo con ambos brazos.

—No me esfumaré, no te fallaré. Puedes confiar en mí.

—Lo hago —declara en susurros.

—No aún y es lo normal.

Niega llenando de aire los pulmones sin abrir los ojos.

—Me acostumbré a vivir con tus palabras, a no creer. Lo lamento, sé que no tuviste la culpa —se disculpa afligido.

Lo hago voltear.

—Y quedaron en ti, lo sé, porque quedaron en mí. Es cuestión de tiempo, Dre, no pasa nada.

—Un sitio para los tres me gustaría —admite rozando mi boca.

—Entonces así será.

—Viajo con frecuencia a eventos, desfiles, tocadas, presentaciones, entrevistas —señala esperando que eso me haga dudar.

Acaricio su rostro.

—Es tu trabajo, yo tengo el mío. También viajo con cierta frecuencia, hay cenas, inauguraciones, cócteles. Los dos amamos lo que hacemos.

—Lo sé.

—Escucha —pido repasando la línea de su quijada—. No podemos cambiar el mundo, pero podemos crear uno para los dos —propongo.

—Eso es… es perfecto —concede relajándose.

—Entonces no hay más que decir. Al regresar tendremos que buscar ese lugar juntos.

Asiente recargando su frente en mi quijada, mientras retoma las caricias a Fa, que ya terminó su cena y nos observa. Pasamos unos minutos así, en silencio.

—No puedo creer que hayamos tenido sexo en la misma cama en la que ellos estuvieron —comenta de repente, logrando con ello desconcertarme. Cuando lo asimilo, suelto una carcajada y lo rodeo por los costados gruñendo en su cuello.

—Eso es algo en lo que no quiero pensar, Alexandre —aseguro mientras se ríe casi hasta lagrimear.

—Lo sé, pero no pude evitarlo, joder —logra decir entre risas.

Me levanto negando, divertido, y lo señalo.

—Quiero imaginar que es otro colchón, coño —me quejo con las manos en la cabeza, yendo al marco que da a la habitación, observando la cama.

Se ahoga de risa. Fa ladra por vernos a ambos así. Me encojo de hombros con practicidad.

—En fin, eso no tiene solución, porque te pienso follar ahí varias veces más y en cada puta esquina de esta casa —determino con simpleza.

Sabe que no miento; me mira tranquilizando la risa.

—Lo siento, solo aún intento entender eso —admite desde su lugar.

—Yo también, la verdad —secundo.

Por primera vez en cinco años duermo realmente profundo. Despierto y él está a mi lado, con los ojos cerrados. Mi brazo se encuentra bajo su cabeza que descansa frente a la mía. Lo contemplo fascinado.

Extrañé tanto esto que permanezco así, repasando sus facciones, memorizándolas de nuevo. Me encanta el chico en el que se ha convertido, esa es la verdad.

Todo lo robado ha vuelto con mayor intensidad, con mayor seguridad, tanta que me encuentro casi agradeciendo el tiempo que obró a nuestro favor; es ahora cuando podemos vivir lo que sentimos. No como en aquel momento que, aunque recuerdo como lo mejor de mi vida, también lo hago con mucho temor y frustración. Ahora esos dos ingredientes no están y nada se siente mejor.

Minutos después se mueve y respira hondo. Espero, entonces despierta. Voltea y sonríe.

—Eh —saluda frotándose los ojos.

—Eh —respondo besando su cabellera.

Sonríe.

—Ahora duermes apacible —comento recordando esa mañana que lo hablamos, años atrás.

Coloca una mano sobre mi rostro, aventándome, ligero.

—No te garantizo nada —refunfuña.

Enseguida se sienta sobre el colchón dándome la espalda. Me acerco y muerdo su cuello.

—Puedes seguir siendo una patada en el culo para dormir, o no. Mientras tu trasero esté en mi colchón, me importa una mierda

—declaro mordisqueando su hombro desnudo, como todo él. Voltea y absorbe mi aroma, sonriendo.

Pasamos los siguientes días envueltos en una neblina de deseo, lujuria, juegos y risas. Cocinamos juntos, aunque más veces de las que deseamos terminamos uno encima del otro, dándole fuga a nuestra necesidad y con algún alimento quemado.

Salimos a correr cada mañana. Lo empujo, él a mí. Competimos, nos desafiamos. Solemos regresar empapados, ya sea porque lo cargo hasta hundirlo en el agua, o porque Dre, molestándome, provocándome, consigue que termine hecho una sopa y con una maldita excitación del demonio de la que, por supuesto, hago que se responsabilice.

Baila y claro que me hace bailar, a veces de forma alocada, mostrándome lo que compone; y es que cierra los ojos y domina su cuerpo de tal manera que parece fundirse con las tonadas, con la música que vibra en él, que crece en él. Otras simplemente abrazados, besándonos.

Decidimos no abrir las cartas que van llegando. En cambio, por la noche nos tumbamos en la hamaca, hablamos de lo que sea, a veces de nada y siempre escuchando música porque es su obsesión, porque para mí es parte de estar a su lado. Lee junto conmigo, discutimos sobre algún tema, ríe todo el tiempo por cualquier tontería y yo también. Me enseña a mezclar sonidos. Le gusta escucharme hablar sobre historia, tema que me apasiona y que siempre le ha interesado. Podamos el césped o nos inventamos cualquier cosa que hacer.

Fa mejora con rapidez. Nos sigue a todas partes. Sin embargo, ha aprendido a detectar cuándo nuestros cuerpos se calientan porque es solo en esos momentos que nos da espacio. Nadamos, por supuesto, me jode aventándome cualquier cantidad de cosas marinas. Sus risas burbujean por toda la casa, su música; es como si le diera vida a los espacios.

Los dolores de cabeza no regresan, tampoco el cansancio. Come bien, toma su medicación, se cuida. No hablamos de lo que

nos separó y conforme transcurren los días noto cómo va confiando en lo que tenemos, en lo que vamos construyendo.

27. EXPUESTO, VULNERABLE, AGREDIDO.

ALEXANDRE

PRESENTE

Salgo de la ducha después de haber estado jugando con Fa en el mar. Es alegre, atenta, educada y, en general, un animal increíble al que ya siento parte de mí. Bastian se encuentra en la sala; tiene una reunión virtual con alguien de la empresa. Es la primera en esta semana y media. Lo escucho hablar concentrado, así que lo dejo estar porque ya sé lo que ocurre entre los dos con tan solo vernos.

Estos días ha sido casi imposible mantener nuestras manos alejadas el uno del otro, nuestros labios, nuestros ojos. Tal como dijo, hemos conquistado casi cada esquina de este pequeño y agradable lugar. El sexo a su lado es algo a lo que aún no me acostumbro; la potencia, lo primitivo, la lujuria... la forma en la que reacciona mi cuerpo, una que solo le pertenece a él.

He estado con otros hombres y jamás ocurrió en mí nada igual. Es como si entendiera cada uno de mis rincones, de mis necesidades. Como si supiera qué hacer, cómo y en el momento justo para llevarme a los umbrales de un placer que, estoy seguro, no es común. Cada momento a su lado ha sido diferente, lleno de novedosas sensaciones, de suavidad y fuerza, de palabras ocultas, otras dichas, de intensidad y complejidad, de seguridad; de nosotros.

Durante estos días no me he detenido a reparar en nada; he permitido que fluya lo que ocurre entre ambos. La confianza ha regresado. Saber que todo fue una estratagema, una mentira, me sacó de balance tanto como cuando ocurrió, pero hizo que lo que siento por él emergiera con más fuerza. Veo a Bastian con mayor claridad que hace cinco años, lo comprendo mejor; nos

sincronizamos sin esfuerzo y es que las cosas que en aquel entonces nos detenían, desaparecieron.

Sé que aún no pasamos las pruebas más complicadas. Que su familia, su entorno y el mío arremeterán con fuerza en lo que estamos recuperando. Pero, a diferencia de antes, no me llena de angustia. Estoy dispuesto a llegar hasta donde sea necesario por él, por lo que somos juntos, y tener la certeza de que Bastian también, me da paz.

Habló con la doctora; no pude convencerlo de lo contrario. Ella le explicó lo que ocurre con mayor claridad en mi caso a solicitud mía. Bastian solo me miraba mientras ella hablaba por el altavoz. Lo altera; siempre le preocupó mi salud, al grado de ser una de las condiciones para hacer lo que Martha quería.

Los dos sabemos ahora que, de haberlo hecho, no estaría lidiando con esto, pero he aprendido a vivir en el hoy. Lo que fue no podré cambiarlo jamás, así que he basado mi vida en el momento, en lo que siento, en lo que deseo, o ya me habría hundido hace tiempo.

Esa tarde se lo hice saber, aunque sé que lo lleva claro; me conoce bien, a pesar de los años. Solo me besó con suavidad y juntó su frente a la mía, rozando mi nariz con la suya.

—Sé que llegar a esa casa, después de la muerte de tus padres, fue otra carga en sí misma, Dre. Lo lamento tanto, lo lamento todo. Los secretos de nuestros padres, lo que ellos eligieron, lo que repercutió en tu vida más que en la de ninguno. Pero… —Y se alejó para perderse en mis ojos, como suele—. Agradeceré cada maldito día que tu vida se cruzara con la mía a pesar de eso. Y sé que es egoísta, mi alma, pero no puedo imaginar mi vida sin tu paso en ella.

Lo abracé sonriendo con tristeza.

—Yo no quiero imaginar la mía sin ti, incluso si tuviera que pasar por todo de nuevo —aseguré en su oreja, para enseguida dejarle un beso allí.

Negó buscando mi rostro.

—Sé que no puedo asegurarte que todo será sencillo, pero puedo prometerte que nadie me arrancará de tu lado, Alexandre,

nadie.

—Eso es suficiente —murmuré con mi rostro recargado en el suyo.

Los días a su lado pasan deprisa. Es sencillo dejarme llevar con él, fluir con mayor soltura. Lo incito a hacer locuras, a sentir cada cosa con mayor intensidad. No, Bastian no es igual a su padre. Bastian es alguien que anhela la libertad, que se acepta con seguridad. Es un hombre determinado en el sentido correcto, en el que es leal a sí mismo, a nadie más. Es de temperamento avasallante, dominante quizá, pero no asfixiante, sino protector de una forma en la que no busca controlar, sino cuidar, acompañar, hacerme sentir lo más importante para él. Sí, lo quiero, lo quiero muchísimo y, a pesar de la incertidumbre, el sentimiento me completa.

Sacudo mi cabello, me pongo una bermuda y tomo el celular que dejé en mi mesa de noche antes de salir a la playa. Suelo tenerlo en silencio, así que lo reviso con regularidad. La pantalla tiene varias llamadas perdidas de *Branland*, de Noe.

Arrugo la frente. Lo desbloqueo y leo primero los mensajes de mi amiga. Temo que le haya pasado algo. No le he contado lo que ocurre entre Bastian y yo; por ahora deseo vivir esto solos, sin nadie más en medio, pero sé que lo haré en estos días.

Noe: *¿¿¿¿Por qué no respondes????*

Noe: *¡Es urgente! Entra a tus putas redes, Lex, por favor.*

Noe: *¡¡Lex!! Aparece, carajo, no puede ser esto. ¡¡Mierda!!*

No respondo y hago lo que dice. En *Instagram* estoy etiquetado en varias publicaciones. Tengo el DM a reventar como siempre, pero los comentarios de mi última foto —que justo fue aquí, en la playa, sentado sobre la arena— se triplicaron. Abro una de las etiquetas y dejo de respirar.

Es… es el video que Martha usó para chantajear a Bastian, estoy seguro. Mi edad, él sobre mí... pero podría ser cualquiera, noto. Me acaricia sobre las sábanas, nuestros torsos desnudos. Joder, es evidente que es un hombre, mis gemidos son claros y no lo soporto. Apago la pantalla, negando conmocionado.

—Mierda —logro decir sin pestañear.

La vulnerabilidad me atraviesa. Me siento expuesto, agredido e invadido. Eso era algo entre nosotros dos, algo que se ha ensuciado. Nuestra intimidad acaba de quedar expuesta por todos lados, y aunque sabía que existía una mínima posibilidad de que ocurriera porque no confío en ella para nada, no creí que fuese tan pronto, que fuera así; que verme en ese video clavara algo furioso en mi pecho.

Bastian aparece en el marco quitándose los audífonos; lo observo aturdido. Se acerca preocupado, dejando los auriculares sobre la chimenea.

—¿Estás bien? —pregunta enseguida.

Retrocedo impresionado por la avalancha de cosas que me están sometiendo. Su celular suena. Lo saca de su bermuda para ver quién es; responde enseguida, alzando una mano para que no me aleje, pero yo solo no puedo creer que aquello esté circulando sin restricción. ¿Por qué hacer algo tan bajo? ¿Cómo nos grabó sin que nos diéramos cuenta?

¡Ah! Quiero gritar de rabia; en cambio permanezco aquí, congelado.

—¿Sí? ¿Qué pasa? —urge con el teléfono en la oreja, inspeccionándome. Llega a mí y toma mi hombro—. ¿Qué? —pregunta soltándome, alerta.

Mi boca se seca y alzo mi celular.

—¿Cuándo? —quiere saber.

No me atrevo a desbloquearlo, tampoco a responder a la llamada de Noe, que insiste.

—Mierda —dice pasándose una mano por los rizos oscuros. Vuelve a mirarme. Parece estar entre dos fuegos—. ¿Qué dicen los médicos? Carajo —pregunta y eso me toma por sorpresa. ¿Médicos?

Mi amiga no desiste; le respondo saliendo de allí.

—¡Lex! ¿Estás bien? —interroga alterada—. ¿Lex?

—Aquí estoy…

—Lo viste, ¿verdad? —deduce, suavizando la voz. Me dejo caer en una de las sillas del exterior, agachando la cabeza.

—Sí.

—No jodas, es tu habitación de esa puta casa, son tú y él, ¿no es así? Fue ese cabrón, ¿no es verdad? —ruge furiosa. Pero en este momento no logro hilar una idea con otra; mi mente es un remolino.

—Fue Martha.

No emite sonido durante un par de segundos.

—¿Qué? No, no, no, no. Esto es demasiado. Esa mujer está desquiciada. ¿Por qué? Mierda. No lo puedo creer.

Siento una mano sobre mi hombro. Volteo; Bastian se acuclilla a mi lado con los ojos abiertos. Está tan conmocionado como yo.

—Debo colgar.

—¡No! ¡Espera!

—Noe, debo solucionar esto, te marco más tarde —corto sin soltar su mirada.

—Fue ella —confirma él y enseguida cierra los ojos negando con fuerza. Luego se pone de pie, toma la mesilla y la lanza con fuerza, gritando.

—Debo… debo hablar con la agencia —le hago saber, tenso, incorporándome. Pero no logro dar un paso cuando me acerca a su cuerpo y me abraza con fuerza.

—Lo siento, Alexandre, maldita sea, lo lamento tanto, carajo —gruñe con la voz rota.

Le correspondo asintiendo en silencio, aferrado a sus omóplatos, con la mirada fija en la nada. Se separa después de unos segundos. Mi teléfono vibra. Lo veo; es *Branland*.

—Debo responder.

—Espera —suplica enmarcando mi rostro.

—Bastian, esto no te afectará, ya lo vi; no se define quién está sobre mí. Lo solucionaré —aseguro alterado, aunque intentando ocultarlo.

Arruga la frente, negando serio.

—No, no quiero que mientas por mí. Asumiré esto tanto como tú, ¿entiendes?

—No, era menor, fue hace años. Ahora mismo te afectará si sale tu nombre a colación. No tiene sentido —le hago ver ansioso,

comenzando a desbordarme.

Me sujeta con mayor fuerza, esa que requiero ahora mismo.

—¡Dije que no! Estamos juntos en esto y, aunque sé muy bien lo que sentiste al verlo, no imagino lo que ahora mismo pasa por tu cabeza, pero no te dejaré solo en esto. Olvídalo.

Mi labio tiembla; mi cuerpo también.

—Entró a mi habitación, estuvo ahí y quizá no fue la única vez… No logro acomodar esto, es desquiciante —susurro asqueado, indignado.

Baja la cabeza, negando, soltándome. Luego busca mis ojos.

—Alexandre, escucha. Mi madre está internada; ayer incendió parte de la casa —empieza. Abro los ojos, atónito—. Pudieron sacarla a tiempo antes de que las llamas la alcanzaran. La planta alta está en ruinas. Ella… ella está internada, no… no sé si sobreviva y… y perdió la razón. Está absolutamente fuera de sí. Leonel acaba de decírmelo.

La noticia me hace retroceder; estoy más que aturdido. Se frota el rostro, preocupado. Martha es su madre, finalmente.

—Debes ir —murmuro en *shock*.

Niega decidido, frunciendo el ceño.

—No, no saldremos de aquí, ¿entiendes? Aquí estás seguro. Por otro lado, no… no quiero verla y hay mucho de por medio, además.

—Mierda —musito girándome con las manos en la cabeza.

Su teléfono suena. Lo miro. El mío también; es de nuevo la agencia.

—Debo responder.

—Espera un segundo, no tomes ninguna decisión sin mí. Estamos juntos. No está a discusión —determina sujetando mi cuello. Asiento apenas. Responde.

—¿Wright? —lo nombra poniendo el altavoz.

—Bastian, estoy enterado de lo que ocurre con Martha. Lo lamento mucho.

—¿Qué pasa si salimos de aquí? —pregunta sin rodeos.

El abogado respira con fuerza.

—Si salen, la voluntad de tu padre se llevará a cabo.

Nos miramos.

—Entiendo.

—Sé que es difícil, no pensamos que algo como esto ocurriera. Aun así, no puedo ir contra lo estipulado, ni siquiera por esto. Hay mucho dinero de por medio, muchos intereses.

—¿Si fallece? —quiere saber.

Paso saliva.

—Lo lamento, Bastian, no hay nada que hacer —responde contrariado.

—¿Qué fue lo que mi padre le pidió respecto a Lex y a mí? Necesito saber.

—Es confidencial.

—Publicó un video por internet con el que me chantajeó hace cinco años —le informa serio, sin soltar mis ojos. Tenso la quijada.

—Oh, Dios… —susurra el abogado.

—¿Entonces?

—¿Fue ella? ¿Estás seguro?

—¿En serio lo preguntas? —replica indiferente, glacial.

Bastian es muy diferente cuando está conmigo y eso siempre me ha sacado de balance.

—Lo siento, Bastian. Las consecuencias Martha tendrá que asumirlas si fue su responsabilidad.

—Solo ella lo tenía.

—¿Qué contiene ese video? —indaga.

Bastian se frota el puente de la nariz.

—Intimidad entre Alexandre y yo —confiesa sin dudarlo. Mis pulmones se aprietan gracias a la forma en la que lo dice. No se detendrá, comprendo con la piel erizada, Bastian llegará hasta donde deba hacerlo esta vez.

—Oh. Entiendo. Haré averiguaciones. ¿Están al tanto tus hermanos? ¿Alexandre?

—Lex está frente a mí y Austin me informó del video. No sabe que soy yo, pero lo somos.

—Bien, *OK*, no se muevan de ahí. No hagan una tontería, averiguaré al respecto.

—De acuerdo.

—Lo lamento, chicos, lamento tanto todo esto.

—Gracias —dice estoico.

Nos miramos durante un rato.

—Llama a la agencia, acabemos con esto de una puta vez —pide con practicidad, una que logra sosegarme un poco, aunque aún no asimilo lo que está ocurriendo. No alcanzo a hacerlo porque el teléfono vibra en mi mano. Son ellos, otra vez. Asiente. Respondo con el altavoz, como él.

—¿Lex? —es Carry, la asistente de Lucien.

—Sí —respondo con la mirada fija en Bastian, con la adrenalina circulando por mi cuerpo aunque no quiera. Él enreda los dedos en mi mano libre; me da un apretón que ayuda a mis nervios un poco. La mujer suelta el aire.

—Al fin. Escucha, Lucien quiere hablar contigo. Dame un minuto mientras se reúne el equipo, no cuelgues.

—Sí —repito con la boca seca.

Bastian pega su frente a la mía y me guiña un ojo. Sonrío sin alegría. Pasan unos minutos cuando escucho la voz del dueño.

—¿Lex? Soy Lucien.

—Buen día, Lucien.

—No lo son, lo sabes. ¿Tenías conocimiento de esto?

—Hasta hace unos días —respondo.

Suelta el aire.

—¿Sabes quién lo hizo?

—Sí —contesto.

Bastian sacude la cabeza avergonzado, cerrando los ojos, sin soltarme.

—Bien. Escucha, está por toda la red. No hay manera de pararlo, ya lo sabes. ¿Fue grabado con tu consentimiento?

—No.

—Mierda. *OK*. Disculpa que te abrume con tantas preguntas, pero es delicado para tu imagen. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cuándo fue?

—Hace años, yo era menor —declaro porque sé que deben saberlo todo.

—Bien, ¿cuántos años?

—Diecisiete.

—Eso puede ayudar.

—¡No! —niego. Bastian pestañea—. Diremos que tenía un año más.

—¿Este chico? No se ve, pero… ¿fue él quien lo publicó? ¿Mantienen contacto? Lex, es importante saber todo. Entiendo que sea una intromisión, pero si queremos solucionarlo, necesitamos la verdad.

—Está conmigo —le digo.

Bastian, a pesar del agobio, sonríe claramente complacido con mi respuesta.

—¿Ahora mismo?

—Sí —responde Bastian. Lucien suelta el aire—. Somos nosotros los del video. Estás hablando con Bastian Andrews, Alexandre y yo somos pareja —completa con seguridad, una que me contagia. Vuelve a pegar su frente a la mía. Sonrío apenas.

—¿Andrews?

—Sí, Lucien, Andrews.

—¿*Forth&True*? —intenta corroborar.

—Así es.

—Bien, comprendo. Lamento conocernos así, pero entiendes lo que esto implica, ¿no es verdad?

—Sí.

—No es claro que seas tú el que está ahí.

—Soy yo. No dejaré solo a Alexandre.

—Bien. Disculpen, pero debo preguntarlo: ¿es serio lo que hay entre ustedes?

—Lo es.

Se escucha cómo Lucien suelta el aire. Bastian me guiña un ojo apretando mi mano.

—Perfecto. Escuchen, sé mejor que nadie que el camino no les será sencillo. ¿Están listos para ello?

Ambos nos miramos respirando rápido.

—Sí —respondemos.

—Genial. Bien, y deben saber que cuentan con mi apoyo —responde Lucien, admirado. Y es que él, mejor que nadie, entiende lo que vendrá. Cuando se supo lo que entre Cameron Walker y él existe, media zona Este tembló.

—¿Qué debemos hacer? —pregunto tomando las riendas. Bastian rodea mis hombros.

—¿Quieren hacer pública su relación?

—No podremos mantenerla oculta, ya no —le hace ver mi pareja.

—No si decides asumir tu papel en ese video.

—Lo asumo —responde.

—Correcto. Lex, continúas en California, ¿no es verdad?

—Sí.

—*OK*. Como imaginan, esto tendrá opiniones diversas; debes prepararte para ello. Algo que obra a tu favor es que tu manejo de redes ha sido impecable. En general no existe hasta ahora nada que pueda hablar de tu orientación o relaciones. Eso es punto a favor. No hay engaños, no hay mentiras. Así que, aunque sé que no deseas que tus cuentas se centren en esa parte de tu vida, tendremos que hacer unos ajustes por un tiempo, buscando cambiar la perspectiva de esto.

—¿Cómo? —quiero saber.

—No darás ni una sola declaración sobre este video, ni una sola.

—*OK*.

—¿Bastian? —pregunta para ver si está de acuerdo.

—Sí.

Recargo mi peso en su cuerpo. Nos dirigimos a la habitación; me siento sobre el colchón, él de pie frente a mí.

—El objetivo es que esto se diluya alimentando a las redes con una noticia que se enfoque en el lado bueno. Nos centraremos en la transgresión a su intimidad que ese video implica y la usaremos para mostrar, de alguna manera, que entre ustedes hay una relación formal, que Bastian era tu pareja en ese entonces y ahora también.

Busco sus ojos; asiente.

—*OK*.

—No será por mucho tiempo, pero deberás compartir momentos en tus historias: fotos, videos, cosas que tengan que ver con ustedes juntos. Nada gráfico, sutil nada más, que impacte en tus seguidores de forma positiva, que les despierte morbo en el buen sentido.

—Habrá muchos *haters* —habla otra voz; es la encargada de mi cuenta.

—Entiendo —respondo.

—Pero minimizaremos el impacto en la medida en la que se identifiquen de nuevo contigo otras personas. Debemos llevarlos a comprender que esto no tiene nada que ver con tu desempeño como *influencer* o músico —dice mi agente.

—Perderás quizá algunos patrocinadores, pero ganarás muchos más. Aun así, la discriminación por orientación en el área en que te desempeñas no será un problema. Para Bastian es casi un hecho que lo sea más —declara Lucien.

—Lo sé, no importa. No soy una figura pública, asumiré lo que venga —determina acuclillado frente a mí, rodeando con una mano mi cadera.

Le sonrío, me guiña un ojo.

—Son valientes los dos. Estarán bien —asegura Lucien—. Te haremos llegar por correo la propuesta. Conviene que continúen aislados; cuando regresen a Boston estará la situación más tranquila, se los aseguro, aunque haya cambiado todo en realidad para ambos.

—Entiendo —respondo.

—Estaremos revisando lo que vaya ocurriendo y te lo haremos saber. Ahora mismo reina el desconcierto, el impacto de la noticia, pero estás ganando seguidores. Tienes una base de seguidores muy leal que en su mayoría está insultada por la invasión a tu intimidad. Muchos de los morbosos se irán como llegaron. Este es el momento de actuar, Lex. Solo intenta no prestarle atención, ¿sí? Déjalo en nuestras manos y envía lo que pidamos. Lo que sea te lo informaremos —explica mi agente.

—Está bien. Solo que estoy por firmar con la disquera, ¿afectará? —investigo atento, nervioso aún.

—Hablé con ellos, Adler está al tanto. No te preocupes. Si revertimos el impacto negativo tornándolo positivo, esto será historia en unas semanas.

Bastian no luce alegre al escuchar ese nombre, pero asiente pragmático.

—*OK*, espero entonces el correo.

—Chicos —es Lucien—, estarán bien, se los aseguro, solo resistan.

—Gracias —responde Bastian.

—Sí, gracias por todo esto —secundo.

—Cuídense y lamento que hayan sido presas de esto, que los hayan sacado de esta manera. Sé que es muy violento. Solo busquen distraerse.

Cuelgo soltando el aire; lo observo sin saber muy bien qué hacer. Se acerca y roza mis labios despacio, casi sutil.

—Pudiste haberme dejado con aquello en ese momento; jamás se habría sabido que eras tú —susurro atento a sus ojos, comprendiendo aún más la magnitud de lo que le importé, de lo que le importo.

—Te amo, Dre. Eso en aquel momento te habría quitado las oportunidades que ahora tienes. Lo volvería a hacer, ya te dije. Por ti soy capaz de todo.

—Hasta ahora es que lo veo con total claridad.

Sonríe y me besa de nuevo. Lo sujeto con fuerza, profundizando el roce, ansiándolo porque en medio de todo lo que pasa, solo sé que ahora más que nunca Bastian es el hombre con el que quiero vivir mi vida, que no existe nadie más que él.

—¿Quieres que te distraiga? —pregunta buscando mi lengua, con sus ojos sobre los míos.

Asiento acercándolo más porque sé que lo conseguirá. Sonríe satisfecho, colocándose entre mis piernas.

—Puedo hacer eso —concede con voz ronca recostándome lentamente sobre el colchón, mientras mis manos suben por los laterales de su camiseta. Se la quita enseguida. Estoy tan duro a

pesar de lo que acaba de ocurrir que parece una maldita locura, pero no pienso eludirlo.

—Puedo darte placer hoy —dice besando mi cuello. Jadeo—. Mañana —continúa y besa mi garganta mientras lo dejo hacer, abandonándome a él, como necesito—. El resto de tu vida —completa.

Me pasa la camiseta por la cabeza, la lanzo y lo sujeto de los brazos. Baja por mi pectoral, lame y repasa mi barbilla.

—Eso me agrada —consigo decir, rendido a las sensaciones.

Entonces se acerca de nuevo a mi rostro.

—Puedo darte todas mis promesas en este instante, Alexandre Danworth —susurra. Su aliento caliente en mi piel, mientras repasa cada una de mis facciones con un dedo. El corazón me retumba en el pecho—. ¿Las aceptas? —pregunta, y aquel recuerdo me golpea: esa conversación brutal en casa de Noe, la agonía de creer que solo teníamos ese momento fugaz.

—Todas, Bastian Andrews, las quiero todas —aseguro con voz firme, sin sombra de duda. Las tomo, claro que sí.

—Son tuyas, mi alma —confirma, y sé que es un juramento. Sin perder el tiempo arremete contra mi boca con la desesperación de quien se aferra a un futuro. Nuestro beso se siente como la firma que lo sella.

Y aunque no tengo idea de qué vendrá, la certeza me inunda: mi vida está a punto de estallar y renacer. Pero esta vez será bajo nuestros términos, elegida con la libertad de quien asume su verdad, creando un mundo inquebrantable solo para nosotros.

28. ADICTO A ALEXANDRE DANWORTH

BASTIAN

SEIS MESES DESPUÉS

Los dos esperamos a que lo llamen; estamos fuera de la consulta. Dre revisa algo en su celular, distraído. Luce calmado; la verdad es que suele estar así con lo referente a este tema, o a cualquiera. Es un hombre que fluye —siempre lo he tenido claro—, pero estos meses viviendo a su lado lo han demostrado en cada momento.

Voltea al percatarse de que lo observo y sonríe.

—¿Qué? —quiere saber con su frescura habitual.

Niego pasando una mano por su hombro para acercarlo y dejo un beso en su sien. Hay otra persona esperando; nos mira con curiosidad malsana, no interesada en realidad. Además, aunque quisiera esconder lo que me genera, no lo consigo por lo general.

—¿Qué ves? —quiero saber.

Me lo muestra. Lo etiquetaron en unas fotos que hizo para *GQ* hace unas semanas. No me acostumbro a eso aún, pero resulta excitante verlo en portadas, en imágenes de alguna marca, como ha venido ocurriendo. Lo invitan a alfombras rojas, a eventos, conciertos. Firmó con la discográfica; ya tiene colaboraciones para el primer álbum y más en fila para los siguientes. Su música es algo especial, poco común, bastante solicitada y escuchada.

En la casa que compramos suelen llegar regalos de marcas y patrocinadores; desde ropa y accesorios hasta instrumentos y equipos electrónicos. Muchas las usa, las prueba; a veces los menciona, otras las regala a amigos de la universidad o a Noe, que es mi aliada hoy en día desde que supo lo que ocurrió años atrás. Y es que, después de que ese puto video saliera a la luz, el plan de *Branland* funcionó.

Nosotros, ese extraño día, simplemente lo pasamos en la cama. Dre estaba muy nervioso, aunque se esforzaba por controlarlo; no suele permitir que lo externo lo perturbe y sé que es por su forma de ser en gran parte, también por su salud, y esa es la razón por la que precisamente estamos aquí.

Los resultados de la resonancia magnética y demás pruebas ya están listos; hoy le dirán si avanzó de la forma correcta o habrá que revisar otras opciones. Me aterra secretamente la segunda opción; los riesgos son variados, aunque tengo claro que, si necesita que me dedique a él por completo, lo haré.

Aquel día revisamos juntos el correo que mandaron de la agencia. Debía tomar algunas fotos que aludieran a nosotros. Fotos que dejaran claro que estaba con alguien, ese alguien: yo. Si preguntaban algo referente al video, debía hacer caso omiso; sin embargo, en alguna historia debía hacer ver que era el mismo hombre de aquel entonces.

—¿Estás seguro? —me preguntó cuando apagó la pantalla dejando el celular sobre su abdomen, con su rostro volteando hacia mí sobre las almohadas.

Él sabía bien de qué hablaba; yo no tanto en realidad, pero mi certeza por Alexandre es inamovible. Suspiré con fuerza, mirándolo de la misma manera. Estábamos aún enredados entre las sábanas; su cuerpo es mi guarida preferida.

—No te negaré que las redes son algo con lo que no tengo idea de cómo lidiar. Mi trabajo y mi vida no van de eso, pero la tuya sí, por lo que no hay más. Estoy seguro —declaré.

Se giró del todo; su teléfono cayó entre ambos. Apoyó la mejilla en su puño, evaluándome.

—No compartiré nada en lo que no estés de acuerdo —aseguró.

Sujeté su mano y la llevé a mis labios.

—Lamento que nuestra intimidad y orientación hayan sido expuestas de esta forma. Sé lo que generó en ti verlo. Cuando ella me lo mostró, me sentí vulnerado, agredido profundamente.

Bajó la mirada, luego asintió atento a nuestras manos unidas.

—Es como si hubiera ensuciado eso que compartimos…

—No somos solo ese momento. Somos y seremos muchos más —susurré buscando sus ojos.

Encontró los míos y sonrió.

—Muchos más. Es perfecto —concedió con picardía.

Le guiñé un ojo en respuesta.

—Debes hablar con Noe, yo con mis hermanos —le hice ver.

Se dejó caer sobre el colchón con desgarbo. Sonreí. Yo tan calculador, él tan espontáneo.

—Te odia en serio —confesó mostrando los dientes.

Me acerqué a él para quedar sobre su cuerpo y me enganché en sus ojos.

—No imagino cómo fueron esos días para ti si para mí fueron un puto infierno.

—No tiene sentido traerlos al ahora —murmuró pasando los dedos por mi cabello, estirando uno de mis rizos que se enroscaban cuando los soltaba.

Rocé sus labios.

—Bien, entonces acabemos con esto.

—Eh, espera —me detuvo—. ¿Tu madre… tu madre está tan mal? —quiso saber, turbado.

Respiré con fuerza.

—Parece que sí. Está en observación.

—No puedo creer que todo esto haya pasado. Nuestros padres, los míos... asesinados; Abraham, Martha… Sus historias. Es que es una putada.

—Lo sé, suena a demasiado.

—De alguna manera creo que el hecho de que callaran ocasionó esto —reflexionó.

—También yo —concedí.

—Necesito terminar de entenderlos —susurró buscando en mis ojos la aprobación a aquello, porque de alguna manera ambos lo dejamos pasar durante esos días.

Asentí estando de acuerdo. Habló con Noe; tardó casi una hora en esa llamada, sentado en el jardín con Fa a un lado. Ella es importante para él, además de sus amigos. Alexandre es un hombre

que se ha sabido rodear de personas que lo sostienen, que lo aceptan, que lo quieren. Lo admiro en realidad.

Por mi parte, primero llamé a Leonel. Tomó la llamada enseguida.

—¿Cómo está todo? —pregunté con tono plano.

—Estable. Tuvieron que sedarla; no reconoce a nadie, está agresiva y su cuerpo está lastimado por el fuego y los golpes. Es lamentable verla así, Bastian —dijo con voz monocorde, pero lo conozco lo suficiente: estaba acongojado.

Pasé saliva intentando acomodar esa información.

—Sé lo que hizo —declaró de repente—. Sé por qué mi padre les pidió que fueran allí, a California —concluyó al fin.

—¿Sí? —quise saber, desconcertado, perdido en la espalda de Alexandre, que acariciaba el pelaje blanco de Fa en el jardín.

—Ese verano, yo estuve muy poco en casa, pero tú y él… ¿No es así?

—Sí. Él y yo —confirmé sin dudarlo.

Lo escuché inhalar con fuerza. No tenía idea de cómo lo tomaría, pero eso no me detendría.

—Yo… Mi madre, ese video…

—¿Qué?

—La escuché cuando se lo dijo a mi padre, cuando te fuiste. No acerca del video, sino de lo que había entre ustedes. También habló de Dominick. No soportaba que fuese hijo de él, que la historia se repitiera —expuso, y entendí que esperaba respuestas—. Ese video lo tomó ella, ¿no es así? Fue en casa, en su habitación. Te chantajeó con eso, ¿no es verdad?

Froté el puente de mi nariz y recordé las palabras escritas de mi padre.

—Leonel, hay cosas que…

—Solo no mientas. No entenderías lo necesario que es para mí comprender esto. Por favor, ya no mientas; estoy cansado de ello —rogó, y entonces noté que realmente era así.

Pero abrirme con ellos, con alguien más que Dre, no me era familiar ni siquiera sencillo; aún me cuesta bastante y sé que llevará un tiempo para que eso cambie.

—Nuestro padre y el padre de Lex sostuvieron una relación… amorosa por muchos años. De toda una vida, en realidad.

—Coño —expulsó dejando las buenas formas a un lado—. Sigue.

—Ellos… ellos se encontraban en este lugar donde ahora estamos nosotros. Tenían una vida aquí de pareja. No sé qué decirte. Nuestra madre lo sabía, siempre lo supo. La de Alexandre también estaba enterada.

—Pero cómo mierdas llevaron esto tan lejos. A ver… Joder, no entiendo. Íbamos en verano con ellos, eran mejores amigos, nunca vi nada.

—Supieron ocultarlo, pero te aseguro que no miento.

—Lo sé. De alguna manera suena casi lógico en este momento. El odio de mi madre hacia Alexandre ahora queda más claro, aunque no lo justifica; él no tenía nada que ver.

—Ese verano que mencionas, Lex y yo comenzamos algo. Algo serio. Yo… a mí…

—Bastian, prefieres a los hombres, lo sé —declaró, y el cómo lo hizo me desconcertó. No había recriminación, solo un dejo de dolor que nunca había detectado en su voz, además del hecho de poder hablar al fin con mi verdad.

—Sí. Y Lex siempre llamó mi atención más que cualquier otro hombre.

—Vaya… Eso es fuerte.

—Eso es mi realidad, Leonel. Tuve que terminar lo nuestro en esa ocasión porque mi madre nos descubrió; amenazó con hacer público ese video. Él era menor, además de que ya era conocido, las consecuencias… Tuve miedo —acepté sin remedio.

—Lo joderían, lo entiendo. Entonces, ¿por eso te fuiste a Grecia? ¿Por eso no volviste a acercarte a ella, a la familia? —conjeturó.

—No logro perdonarla. Lo lastimó de muchas formas a pesar de que le pedí a cambio lo contrario.

—Recuerdo que Lex estuvo muy mal ese tiempo. Austin me buscó para pedirme ayuda con él; finalmente su amiga, Noe, se

adelantó y se le pegó como una lapa. Pero sé que mi madre lo jodió aún después.

Mi cabeza retumbó porque no quería alimentar más rencor y no lograba evitarlo.

—Sí, lo sé. Nada salió como debía.

—Ahora que están allí, ¿sabe Lex lo que pasó?

—Sí, ya lo sabe.

—El video, claro, qué idiota.

—Lo supo antes. Retomamos lo nuestro, Leonel. Alexandre es mi pareja; pasaremos por esto juntos.

—¡¿Qué?! Joder, Bastian, son millones de seguidores, millones. Lex la está rompiendo en lo que hace. Serás señalado, juzgado. Mira, tú no te reconoces en el video, podrían…

—No —lo detuve con contundencia—. Asumiré mi responsabilidad. No lo dejaré solo, no otra vez. Sé que los salpicará, que no te agradará que nos relacionen después de un escándalo de esta magnitud, pero no hay más; enfrentaremos esto juntos. Ustedes decidirán lo que sea mejor.

—Coño, ¿tanto así? —Alexandre es mi verdad. Incluso en aquella ocasión estaba dispuesto a todo por él; imagínate ahora que lo recuperé. No me detendré, lo lamento.

—¿Lo lamentas? —me cuestionó desconcertado—. Mierda, Bastian, tienes unas pelotas envidiables. ¿De qué hablas?

—No quiero joderlos con las consecuencias de esto, pero será inevitable.

Aspiró con fuerza.

—Pasará. Con el tiempo el furor de la noticia quedará de lado. Imagino que ya pensaron en la estrategia para conseguir que esto se revierta. Lex trabaja con la agencia de la pareja de Walker; ese tío es infalible en lo que hace.

—Sí, hablamos con él. Espero que los daños no lleguen hasta la Firma.

—Me importa una mierda la Firma, Bastian. Escucha, sé que no nos conocemos en realidad, y es triste notarlo ahora… Pero debes saber que me estás dando una puta lección con esto.

—¿A ti? Por Dios, Leonel, de los tres eres el más centrado —repuse sacudiendo la cabeza.

Dre continuaba hablando por los auriculares; en ese momento río por algo y eso me tranquilizó. Entré a la casa.

—Soy gay, Bastian. Lo sé desde hace varios años —confesó logrando con ello que me detuviera enseguida—. Y soy el menos centrado, te lo aseguro. Solo me convertí en lo que me dijeron que debía ser.

—Tienes novia, ¿de qué cojones hablas?

—Justo de eso. Soy una mierda. Si no sale esto a la luz, habría repetido los putos pasos de mi padre.

—Joder, Leo.

—Joder, Bastian.

—¿Piensas seguir con ella?

—No sé. En este momento mi cabeza es un puto desastre. Primero la muerte de mi padre, las peleas con Austin, el testamento… ahora nuestra madre, lo que hizo, lo que les hizo y… ese video del que podrías huir y decides enfrentar porque… porque de los tres siempre fuiste el más fuerte, el más inteligente.

—No, te aseguro que no.

—Una mierda, que sí.

—Lo… lo siento, Leonel.

—Yo no. De alguna manera esto me libera, me quita un puto peso de encima.

—Te entiendo.

Ambos guardamos silencio durante un par de segundos.

—Quiero conocer ese lugar después, ¿será posible?

—Claro.

—Sé que es de Lex, ahora tuyo, más si ahí se reconciliaron, pero me gustaría saber más de mi padre, de lo que ocurrió.

—No te imaginas todo lo que hemos visto aquí. Sé que a Dre le gustaría que lo vieras también.

—¿Dre? —preguntó intrigado.

—Así suelo nombrarlo —confesé sonriendo y eso fue nuevo, porque no lo hacía con Alexandre, como siempre; con él me resulta tan sencillo, pero con mi hermano era distinto.

—Vaya. ¿Qué harán al regresar?

—Nos mudaremos juntos —respondí tomando la foto de mi padre con Dom, que Alexandre había colocado en el buró semanas atrás.

—Lex Danworth es una marca, Bastian. No será sencillo, aunado a todo lo demás.

—Estoy dispuesto a averiguarlo. No quiero estar sin él —dije por primera vez a otra persona que no fuese Dre y se sintió jodidamente bien.

—Mierda… te pegó duro.

—Me noqueó desde hace muchísimos años, Leonel —acepté con una ligereza a la que no estaba habituado, pero que me hizo sentir bien.

—Ya, por eso estaba tan enfadado en casa aquella tarde, ¿no es así? Tú lo conseguiste. Sacas su carácter porque suele no engancharse en nada —se mofó.

—Vete a la mierda —respondí riendo.

—Fuera de todo, debes saber que me alegra haber tenido esta conversación contigo, hermano.

—También a mí, Leonel.

—Sé que no puedes venir, me lo dijo Wright. También estoy al tanto de que puso gente a buscar de dónde salió el video. Sé que fue ella. Cuando la ingresaron aseguró que rompería a Dominick aunque estuviera… muerto. Alexandre pagó por ello mientras estuvo aquí, aún ahora.

—Él estará bien, es un hombre bastante fuerte. Pero… aunque nuestra madre no esté del todo bien de la cabeza, no puedo simplemente por ello olvidar. Menos en este momento. Alexandre está en un tratamiento por la lesión del accidente. Si ella lo hubiese llevado a tiempo al médico esto se pudo haber evitado. Debe estar tranquilo y en medio de tanta estupidez no lo ha conseguido.

—¿Qué pasa con esa lesión? —se interesó y le conté a grandes rasgos.

—Mi padre debió hacer más.

—Lo sé. Dominick jamás debió pensar que dejarlo en casa era una opción. Los cuatro actuaron mal, esa es la verdad…

—Y las putas consecuencias las pagó él más que cualquiera.

—Creo que de alguna manera sí.

—Lo lamento, Bastian. Y entiendo lo concerniente a mamá. Estaré al tanto, aunque tenerla cerca tampoco es algo que pretenda. Es duro aceptar lo mucho que nos jodió por no mandar a la mierda a mi padre. Y él… él lo permitió con tal de no aceptar quién era.

—Pasará. Mantenme informado, de todas maneras no puedo salir de aquí.

—Quizá sea lo mejor para ambos en este momento.

—Cuídate, Leo. Piensa bien lo que quieres. Es tu vida y la de otros la que puede afectarse; ahora lo ves con claridad.

—Sí, me daré tiempo para esto.

Colgamos y ya tenía varias llamadas perdidas de Austin. Le marqué; respondió enseguida.

—¡Mierda contigo! ¡Viste lo que está circulando de Lex! Es en la casa, joder, en su cuarto. Lo de mi madre. Lo de mi padre. ¿Qué coños pasa? —exclamó alterado.

—Austin, debemos hablar —comencé, y entonces le hice saber la verdad sobre lo que había pasado y pasaría.

Mi hermano escuchó sin interrumpirme. Cuando terminé solo lo oía respirar con pesadez.

—Puta madre… No estás bromeando, ¿verdad? —cuestionó inseguro.

—No soy bromista, me conoces.

—Y todo lo que dices encaja de una jodida forma que me deja helado. Mierda.

—Debías saberlo por mí y por ti. Sé que estás viendo a alguien más, sé que no quieres estar en la Firma. Sé que Any quiere formalizar.

—Lex te lo dijo, ¿verdad?

—Sí.

—Cretino soplón —gruñó, pero sin estar molesto, o eso noté.

—No soy nadie para decirte qué hacer, eso solo tú lo sabes. Pero después de esto los tres debemos entender de una vez que lo que se calla, que lo que se oculta, daña. Daña de alguna manera

tarde o temprano. Debes decidir si quieres un «ojalá lo hubiera hecho» o un «lo hice a pesar del miedo».

—Bastian…

—No tienes que decir nada. Soy tan solo tu hermano, uno que también está pasando por un jodido huracán como puedes notarlo.

—Lamento tanta mierda. Aún quiero saber cómo es que por un segundo Dom y mi padre creyeron que era buena idea joderle la vida a quienes los rodeaban con tal de no ser sinceros.

—No podemos juzgarlos. Hoy en día sigue siendo complicado y lo sabes. Además, no hay víctimas entre ellos cuatro; los implicados decidieron. Tampoco lo pasaron bien, te lo aseguro.

—Tienes razón. No tengo idea de lo que están cruzando ahora mismo ustedes dos, pero dile a Lex que los apoyo. Me importa una mierda lo que el puto mundo diga. Estoy orgulloso de tener un hermano con las suficientes pelotas como para enfrentar todo lo que conllevará su decisión.

—También te apoyaremos, Austin, elijas lo que elijas ser o hacer.

—Gracias, Bastian. Sirve saberlo.

Terminé la llamada y sentí una paz desconcertante, una que proporciona el dejar de pretender, de fingir, de mentir y ocultar. Una que da el asumir quién eres a pesar de las consecuencias que eso pueda implicar. La que da el aceptarte, el conocerte, el ser quien deseas ser.

Salí dejando el teléfono de una vez en la cama; quería desconectar un rato. Él estaba recostado sobre el césped con los brazos cruzados tras su cabeza, apacible, con los ojos cerrados.

Abrió uno al percibirme; sonrió de esa manera que, años atrás, cuando tocamos el ciervo, hizo que mi vida cambiara para siempre. Recosté la cabeza sobre su abdomen; se quitó un auricular y me lo tendió. Lo tomé y lo puse en la oreja; escuchaba violín.

—¿Es tuya? —pregunté mirando el cielo mientras una de sus manos peinaba mi cabello.

—Lo es.

—Bien —declaré permitiendo que la calma que existía entre los dos nos envolviera.

Más tarde tomó una foto de nuestras manos juntas, otra de Fa y finalmente otra de él muy cerca de mí, recargando su frente sobre mi hombro mientras yo tocaba su rostro sin que se viera mi cara. Me gustaron —tiene facilidad para ello— y las aprobaron enseguida.

La mañana siguiente subió la primera en *Instagram*, en una historia. Las reacciones fueron desbordadas. Por supuesto que las preguntas comenzaron. Querían saber si era el mismo hombre del video; otras dejaron comentarios no tan educados. Llegaron los *haters* por lo que nos informaron, puesto que por el bien de los dos no las revisaba él. Pero también aparecieron seguidores, personas que mostraban su respeto y otras su admiración por atreverse a aceptarlo.

Patrocinadores nuevos lo buscaron ese mismo día. Pero decidieron dar tiempo. Así que, mientras tanto, Dre y yo disfrutamos del aislamiento. Abrimos más cartas —se nos habían acumulado—, por lo que ese día decidimos comenzar a ponernos en ello balanceándonos en la hamaca.

Mi padre conoció a la madre de Lex, Amaya; Dom se la presentó, por lo que leímos. En la carta lo alentó a avanzar; él no estaba seguro, pero se enteró de la llegada de Leonel. Eso lo orilló a hacerle caso y entonces se casó.

Pasaron unos meses sin escribirse; papá fue quien retomó la relación. Se encontraron en la casa de California. Luego llegué yo; le mandó fotos de mí siendo un rollizo rizado. Los dos sonreímos al verlas.

—Qué duro todo esto —susurró Dre, observando mi fotografía.

Besé su cabeza.

—Debió serlo. Es como si hubiesen nadado contracorriente todo el tiempo.

—Agotador, triste —completó pensativo—. Ojalá Leo no se case y no avance con esa chica, ni Austin.

El día anterior le había contado lo que hablé. Él sobre Noe, que había quedado tranquila y alegre finalmente de que estuviéramos dando una oportunidad a lo nuestro.

—Ellos decidirán su vida.

—Pero afectarán más de lo que imaginan si no hacen lo que realmente desean, aunque no pareciera ser lo correcto.

—Lo sé, Dre.

Dominick en sus cartas le confesó a papá que le habló de él a Amaya una vez que Lex nació. No lo tomó bien, obviamente, pero al parecer Dom no podía ocultarlo más; además ella sospechaba algo relativo a mi padre. Finalmente no tuvieron más hijos por ese motivo; mantuvieron por un tiempo una relación abierta por el bien de Alexandre, pero le decía constantemente que se sentía encerrado en su realidad a pesar de ser exitosos en su trabajo. Le contaba que Alexandre mostraba facilidad para la música, que era increíblemente inquieto y que lo mantenían lleno de clases extracurriculares para que su energía no generara un desastre en casa.

Reí porque sí, ese es él en definitiva. En respuesta recibí un codazo. Sí, lo sabe, pero no lo asume.

Mi padre quería conocerlo. Dom quería conocernos. Es así como decidieron llevar a cabo las excursiones. El padre de Lex tuvo una gran discusión con Amaya, su esposa, pero en conclusión lo consiguieron.

Por otro lado, mi madre no tenía idea aún de nada. Pero luego… descubrió lo que pasaba. Papá prácticamente no hablaba de ella como mujer, de su matrimonio, sino de lo agobiado que estaba por lo exigente que era con nosotros, aunque constantemente la justificaba argumentando que era nuestra madre, que era buena mujer y que estaba en deuda por no ser la pareja que debió ser.

Dom pasaba por algo similar con Amaya y, a diferencia del mío, él sí se imponía. Ella quería que Alexandre fuese más convencional, más centrado, un chico serio que hiciera lo que le pidieran, pero no lo permitió y lo protegió para que fuese quien deseara ser.

Un día mi madre se enteró de lo que en realidad pasaba; lo escuchó discutiendo por teléfono con Dom de forma intensa.

Tuvieron que dejar de verse y escribirse por meses; ella lo amenazó con dejarlo, llevarnos y hacer pública su verdad. Es ahí cuando mi padre terminó de cederle todo el control sobre nosotros; sin embargo, después de eso, paradójicamente no objetó en que se vieran. Mi padre no negoció con las excursiones. Al parecer para mi madre se convirtió desde ese momento en un compañero de casa al que no dejaría, pero tampoco le exigiría ser su pareja. Se mudaron de habitaciones, empezaron una relación cordial por lo que se lee, pero lejana, donde no había nada de qué hablar.

Dominick le dejaba ver que no debía permitir que nos controlara con tanto rigor. Siempre, después de que nos viéramos en los viajes, le hacía ver mi seriedad, mi manera obsesiva de estar metido en libros y lo frío que era. Le insistía en permitir que Austin se soltara más, en hablar con Leonel desde otra perspectiva, no como si fuese un hombre mayor. Mi padre no cedió en eso; Dom dejó de hacerlo.

Se mandaban fotografías; hablaba con mucha intimidad a pesar de los años, con dulzura y amor. Eso era evidente.

Luego Dom comenzó a percibirse en sus letras más temerario. Mi padre estaba preocupado. Él lo minimizaba argumentando que era la única manera de sentirse libre. Empezó a aceptar cargos más importantes, de mayor riesgo, de los cuales no profundizaba; no le era permitido. Mi padre le rogaba dejar eso, buscar opciones más tranquilas. Pero Amaya también se aventuró en ello y era notoria en cada línea que compartía la amistad que entre ellos existía. Fue en ese momento que Dom le pidió hacerse cargo de Alexandre si algo salía mal. Por lo que leímos, accedió. Consiguieron las firmas de sus respectivas esposas para ese disparate que hoy me tiene aquí, con él.

Con el paso del tiempo, papá se mostró más ansioso en lo que le escribía; Dom tardaba más en responder. Se encontraban en esa casa, hacían alusión a sus momentos en ese lugar y parecían ser sus únicos instantes de paz.

Las últimas cartas fueron un tanto agobiantes. Dominick no llegó a la casa como habían quedado, no le respondía las llamadas, así que le escribió durante un año en repetidas ocasiones. Primero

cuestionándolo, luego contándole sobre sus días, lo mucho que lo extrañaba, alguna reseña de un libro, cómo nos percibía y cómo le dolía vernos convertirnos en él y lo que mi madre pretendía, lo mucho que le echaba de menos.

Cuando Dominick le respondió al fin, le hizo saber que ya no podía con esa relación, que estaba cansado de fingir, de ir en sentido contrario a lo que su cuerpo, corazón y mente le dictaba. Había estado intentando retomar su matrimonio con Amaya, pero no pudo, así que había estado con otros; tampoco funcionó. Se estaba destruyendo y se lo dijo con esa claridad.

—Recuerdo eso —expresó Dre aquella noche frente a la fogata.

Lo miré desconcertado.

—Viajaba mucho, peleaba con mamá, como te dije… Parecía triste todo el tiempo, hacía mucho ejercicio, parecía… parecía buscar a qué aferrarse, lucía… desesperado.

Respiré hondo con el papel en la mano. El dolor se podía incluso tocar a través de sus líneas. Papá había dejado cada carta cuidadosamente ordenada por fechas, por lo que fue sencillo seguir su historia. Aunque aún no comprendíamos por qué tenía las de Dom.

Unos días después supimos que él mismo las llevó a California en una ocasión en la que viajó solo, sin avisarle, junto con todos sus recuerdos de lo que compartieron. Fue en esa casa donde buscó serenarse, encontrar otra manera de abordar lo que lo estaba consumiendo, pero ya lo había sobrepasado en cualquier sentido.

Ir en contra de lo que eres, de quién eres, tarde o temprano te consume, leímos en una nota suelta. Él la firmó poco antes de que… falleciera. Finalmente accedió a encontrarse con él en la excursión que harían a Canadá, pero esa nunca llegó porque perdió la vida antes y no volvieron a verse.

Dre permaneció con la mirada fija en el fuego, luego sorbió la nariz negando… Me acerqué a él, igual de afectado; apoyó su cabeza en mi hombro y permanecimos en silencio.

La última carta fue escrita poco después de la que me hizo llegar. Aún nos quedaban cinco días para marcharnos de California

cuando el chico nos la entregó y la guardamos con recelo por lo mucho que significó para ambos esas líneas escritas para Nick.

Leonel me mantenía al tanto del estado de mi madre; no había mejoras. Dre continuaba cada tanto compartiendo algo referente a nosotros: un par de platos en la mesa, algún libro que leí y su computadora al lado, agregando algo alusivo a que éramos nosotros. Nuestros cepillos de dientes. Nuestros pies en la bañera. Pero no había dicho aún que era yo.

Sostuvo una reunión con el equipo de *Branland* en esos días. Lucien estuvo presente y le confirmaron que todo iba bien, que la discográfica no pensaba cambiar los planes, que su imagen estaba saliendo con pocas afectaciones y buenas ganancias.

Lo cierto es que la hora de mencionarme se acercaba; querían que fuese antes de irnos. Él me miró agobiado, pero acepté, así como la idea de hacer saber que lo nuestro venía de mucho tiempo atrás y que no lo ocultaríamos, puesto que ya no tenía sentido. No era que me resultara sencillo saberme en medio de un *boom* virtual, pero aseguraron que después de eso regresarían a momentos simples hasta que poco a poco se hicieran muy esporádicos; no deseaban que las cuentas de Dre cambiaran de foco. Estuve de acuerdo.

Fa había recuperado peso. Alexandre no tuvo ni un solo dolor de cabeza o algún síntoma; en general estaba tranquilo, alegre en realidad, igual de activo como años atrás. Jugábamos con ella, entre nosotros. Lo fastidiaba cada vez que podía porque, venga, eso es ineludible para mí cuando se trata de él.

Le enseñé ajedrez y finalmente le dejó de parecer aburrido. Compró una guitarra en el pueblo y tocaba algunas noches mientras yo lo observaba abstraído. Era común encontrarlo bailando, componiendo algo para luego darle vida.

Los días a su lado se deslizaron como un trineo en el hielo. Me sentía vivo, agradecido y conectado a la vida, a él, después de años en los que sentí algo similar a lo de Dominick. El recuerdo de esas semanas me acompañará por siempre. Tenerlo a mi lado hacía que todo fuese sencillo, lleno de emociones y de momentos intensos.

Soy adicto a la forma en que reacciona cuando lo toco, a la manera en la que me mira cuando me acerco, a su risa, a sus ojos pícaros. Soy adicto a Alexandre Danworth en cualquier sentido y lo sabe bien.

Una tarde nos tomó una foto cuando recién salimos del mar, goteando, sentados junto a Fa en la arena. Nuestros rostros juntos, él viéndome de reojo de esa forma traviesa, yo a él sonriendo. Esa imagen ha rodado por toda la web de una forma que nunca imaginé. No me nombró, pero no hizo falta. Pronto dieron conmigo.

Solo puso un: «No existió ni existe nadie más, te quiero…». Entonces me relacionaron con aquel video enseguida. Funcionó en realidad; el furor fue abrumador, pero seguíamos en California, eso ayudó. No supe cómo diablos dieron con mi cuenta de *Instagram*, pero la tenía privada y me aconsejaron no aceptar solicitudes. En la empresa nadie mencionó el tema. Mis hermanos, por supuesto, me mandaron mensajes de aliento ante aquello.

Un par de días antes de marcharnos, Any terminó con Austin debido a lo que se supo sobre mí. Mi hermano, de inicio, se enfadó, pero aceptó finalmente que le aliviaba que las cosas se dieran así y su libertad llegó.

El plazo se cumplió y no éramos los mismos que llegamos seis semanas atrás. La tarde anterior a dejar esa guarida que nos reconcilió con nosotros, con nuestro pasado, con… una vida, lo percibí ansioso. Iba y venía, me miraba agobiado. Es transparente y no hay modo de que se oculte; tampoco lo intenta.

Lo acorralé en el muro contiguo a la cocina con mis dos brazos junto a su cabeza. Los sujetó por mis codos, clavando los iris claros sobre los míos.

—Te escucho —le hice ver.

Negó sonriendo apenas. Sujeté su barbilla, arqueando una ceja. Estudió mi rostro con detenimiento.

—¿Si… si esto es demasiado para ti? Yo… n…

No le permití terminar y lo besé. En esa casa había disfrutado de su piel, de su aroma, de sus increíbles reacciones, de hacerlo temblar una y otra vez, pero también de verlo confiar, de abrirse a

mí, a lo nuestro. Lo cierto es que sé, aún hoy, que le agobia ser quien es y que eso me exponga.

—Ni siquiera una vida a tu lado es suficiente para mí. Estaré contigo.

—Pero no tienes idea de cómo es… —susurró tenso.

Junté nuestras frentes.

—No, es verdad, pero lo averiguaré.

—¿Y si no puedes con ello? —quiso saber—. No quiero perderte —admitió con la mirada turbia.

Lo besé despacio, absorbiendo su aroma.

—Puedo con lo que sea solo si estás conmigo. No me perderás. Han pasado cinco años y míranos, mi alma. Estaremos bien.

—Prométeme que si lo que soy, lo que hago, te sobrepasa, me lo dirás antes.

Acaricié su sien y asentí.

—Vivir conmigo también podría sobrepasarte, quizá aburrirte…

Río negando.

—No, sé que no. Pero es diferente.

—Esas diferencias son las que nos tienen juntos hoy. El que seas así, yo de esta manera.

Repasó mi labio con su dedo pulgar.

—Lo lamento. Es solo que… aquí es como si fuese otra realidad y siento que enfrentaremos el mundo mañana.

—Siento igual, pero es hora.

Me miró con intensidad.

—Su verdad quedará aquí; la nuestra no.

—No, no la esconderemos.

—Pase lo que pase.

—Pase lo que pase —confirmé.

Sonrió y rodeó mi cuello para adherir sus labios carnosos a los míos.

—Te quiero, Bastian Andrews —declaró sobre mi boca.

En respuesta lo alcé y lo llevé a los sofás en medio de besos voraces.

—Joder, Alexandre, ahora necesito tomarte, de nuevo —le hice ver enardecido, porque así como es tan alocado, vivaz y extrovertido, esas palabras no las dice todo el tiempo.

Sonrió sobre mi boca.

—¿Y qué esperas? —me provocó aferrado a mi nuca.

Lo desvestí en medio del hambre voraz que a veces nos somete; hay momentos en que solo es suavidad y dulzura. Con él siempre es diferente, aunque igual de intenso.

—Bastian —jadeó cuando mi boca se adueñó de su sexo.

Adoro verlo retorcerse, asombrarse de sus propias reacciones, entreabrir la boca con sus ojos cerrados, permitiendo que yo tome el control y que sus sensaciones también.

No me detuve hasta que su simiente inundó mi garganta. Entonces me desvestí deprisa, lo hice girar sobre el sofá cuando aún no se recobraba del orgasmo, tomé el lubricante necesario y me coloqué lo suficiente. Se aferró a la tela del asiento al verme, presa de la antelación. Besé su espalda, su cadera, lamí sus piernas y mordisqué cada puto centímetro de esa piel que me pertenece. Se apoyó en sus codos agachando la cabeza, gimiendo de forma ronca, transpirando, pero abandonado a mí, como siempre.

—¿Bien? —pregunté lamiendo su oreja, endurecido casi hasta el punto del dolor, como también es habitual.

Asintió emitiendo esos sonidos roncos que me ponen peor porque me calientan como a un puto horno en segundos. Cuando no pude más, me coloqué sobre él y me guié a su entrada. Dejó caer la cabeza mientras lo penetraba lentamente, deleitado por la forma en la que su estrechez me apretaba, me daba la bienvenida. Pronto mi pecho quedó sobre su espalda y de un movimiento entré del todo a ese lugar deliciosamente angosto. Entrelacé nuestros dedos cuando emitió un grito ronco cargado de placer.

—Podría vivir enterrado en ti, mi alma —farfullé con esfuerzo.

—Mierda, Bastian —gruñó apretándome en su interior.

Rugí ante aquello, víctima de la voracidad de terminaciones nerviosas disparadas. Coloqué mi frente en su nuca yendo y viniendo al tiempo que él me recibía sin oponerse, entregado por completo a lo que entre los dos siempre ha existido.

Lo hice mío por última vez allí alargando el momento, entrando y saliendo despacio, hundiéndome hasta donde fuese posible. Sus manos apretaban mis dedos; temblaba al igual que yo. Intentaba moverse, pero en esa posición estaba absolutamente a mi merced, por lo que a ratos me detenía y entonces arremetía, logrando con ello que de su estómago explotaran quejidos fieros.

—Para, Dios, no puedo —rogó como suele.

Amo que haga eso. Me pone peor y no sé si lo sabe, pero sí sé que no es porque desee eso en realidad, sino porque de verdad llevo a su cuerpo a un punto en el que o se rinde a mí o al miedo, pues la potencia lo agobia. Siempre gana la primera y lo disfruto como un idiota. Nos besamos en medio de aquel derroche de pasión, de fuego hambriento.

Esa tarde no le di tregua; lo obligué a recibirme hasta que de sus ojos emergieron lágrimas debido a la sobrecarga de sensaciones. Las lamí y entonces me dejé ir con fuerza hasta que exprimió de mis entrañas hasta la última parte de mí. Recargué parte de mi peso en los codos, empapados los dos por el sudor, por la fuerza de esa entrega.

—Fue… fue demasiado —pudo decir después de un rato, su rostro girado hacia donde yo estaba con los ojos cerrados, humedeciendo sus carnosos labios.

—Es ineludible, Dre. Debes ya entenderlo —susurré besando su mejilla.

Asintió sonriendo apenas.

—Tengo tiempo para aceptarlo.

—Todo el que quieras, mi alma —le hice ver recargando mi frente en su sien.

Al llegar a Boston fue imposible separarnos y esa misma tarde aparecí en su estudio cuando me mandó un mensaje con una foto suya y de Fa en un sofá. Ella, al verme, saltó alegre. Llevé algo de ropa y así comenzó a ser.

—Eh —saludó alegre cuando crucé la puerta.

—Eh —respondí pasando.

El lugar era acogedor, lleno de instrumentos, cuadros, aparatos, incluso vinilos. Me gustó enseguida. Colores rojos, grises y

negros por todos lados, pero limpio y ordenado en realidad.

—Esto está genial. Te representa —expresé en medio de su estudio.

Entonces me rodeó por la espalda; enredé mis manos en las suyas.

Se levanta, enredamos las manos y vamos juntos. El consultorio está abierto. Pasamos; ella nos sonríe como suele. Es una mujer mayor, seria, que se nota la

—Quédate —pidió.

Asentí besando su sien. Jamás dejamos de dormir juntos salvo si viajamos.

No es tan sencillo en realidad en algunos aspectos. Si vamos a algún sitio lo suelen reconocer; si es de día sale con gorra, gafas, pero eso no evita que sepan que es él.

Nos toman fotos que no sabemos ni en qué momento ocurren: en medio de una cena, en un bar, en algún centro comercial, cuando he ido con él al estudio de grabación, cuando subimos al auto o paseamos a Fa. Alexandre no se perturba salvo por mí. Se le acercan y saluda, se toma *selfies* con quien se lo pida, pero respecto a mí sí es más hermético. Si piden una foto con los dos, por ejemplo, o me preguntan algo, él responde. La verdad se lo agradezco. No es mi interés, aunque con el paso del tiempo he asumido que es parte de él y no me molesta, porque en lo general hago mi vida lo más parecida a la de antes.

Por supuesto que sé que se enteraron mis colaboradores, los accionistas, pero no se habló sobre el tema. Tampoco permití que ocurriera, aunque estoy consciente de que tras de mí es algo que se comenta, pero la compañía va bien y no ha detenido su crecimiento.

Las cosas con mis hermanos no se vieron afectadas; al contrario, Leonel terminó con su novia semanas después de nuestro regreso. Nos encontramos en un café y le di las cartas que acordamos Alexandre y yo, las que podían leer si lo deseaban, y lo hizo. Ahora mismo no es que se asuma ante el mundo como gay, pero sí se le ve más tranquilo.

Austin se fue a Australia. Sé que está bien, se escucha contento, optimista y es otro ahora: se ha dejado el cabello crecer,

está aprendiendo a surfear, montó un sitio de yates, da *tours* y enseña a navegar, vende aditamentos. Vive en una casa sobre una colina donde, abajo, está el mar. Es libre ahora; es quien desea ser en realidad.

En cuanto a mi madre, no quise verla durante algunas semanas. Sabía que estaba estable, pero muy deteriorada tanto mental como físicamente.

Una tarde, mientras llevábamos cajas a la casa que compramos casi enseguida de regresar, Dre sugirió que la visitara. Estábamos en la que es ahora nuestra habitación; un espacio amplio e iluminado, de ventanas grandes. Habíamos dejado lo que llevábamos en el suelo; los decoradores se estaban haciendo cargo del resto.

—Por favor, Bastian, ve —pidió obstaculizándome la salida.

Arrugué la frente, desconcertado.

—¿A dónde? —quise saber.

Sus ojos dorados me hicieron saber la respuesta. Pasé una mano por mi cabello, regresando al interior. No se mete con nada respecto a mi familia, esa es la verdad, aunque se lleva muy bien con mis hermanos y hemos logrado un acercamiento importante entre los cuatro. De hecho, hasta ese momento no había ni siquiera hablado de ella.

—Si… si Martha fallece, no quedarás en paz. Escuché lo que Leo te dijo —susurró serio.

Lo miré desconcertado.

—No tengo nada que decirle. No puedes tú precisamente pedirme eso.

—Tu madre no está bien. No la justifico, lo hemos hablado, pero el peso de lo que vivió, de lo que calló, de lo que asumió, la hundió, date cuenta.

—Lo sé.

—Tus hermanos y tú deben despedirse. Yo ya lo hice —dijo dejándome perplejo.

—¿Cuándo? —quise saber frente a él.

—Hace unos días.

—¿Por qué? —intenté entender. Le había hecho mucho daño. Metió las manos en los bolsillos del vaquero.

—Porque… porque mis padres murieron, Bastian, presas de sus decisiones. Abraham igual y esa carta... Tu madre no consiguió manejarlo. Todo se ensució por no afrontar ninguno de los cuatro la verdad. Me hizo daño, sí, pero necesitaba perdonarla para poner fin, de alguna manera, a esto. Alimentar más rencor no cambiará nada de lo que fue. No quiero eso en mi vida. Necesito aceptar lo que ocurrió, soltarlo y avanzar. Es la única forma.

Durante un minuto entero no supe qué decir, observándolo aturdido.

—¿Por qué no me dijiste que irías? —cuestioné asombrado.

—No lo planeé. Solo una mañana lo decidí. No cambia nada en el momento, pero ahora que conozco la verdad, con el paso de los días todo ha cobrado un sentido diferente para mí. Sé que para ti también, para tus hermanos. Terminemos con esto —suplicó.

Lo contemplé largo rato, el mismo que sostuvo mi mirada. Tenía razón y lo sabía, pero me inquietaba, esa era la verdad. Lo acerqué tomando su nuca.

—Espero que entiendas, Alexandre, que no pienso soltarte jamás. Eres alguien realmente único.

—Solo quiero acabar con eso —musitó, y hasta ese momento noté que estaba nervioso.

Uní nuestras frentes, calmado.

—Iré.

Días después lo hice. No fue fácil verla conectada a tantos aparatos, sola, tan consumida. Ahora que conocía la verdad se sintió diferente.

Me acerqué despacio bajo su mirada adormilada. Sonrió de pronto, eso me desconcertó; sus ojos lucían tan ajenos. Sujeté su delgada mano. Intentó apretar la mía sin dejar de verme.

—Era… era nuestra familia… —dijo con voz pastosa.

—Solo cinco minutos. Está muy débil, se altera con facilidad —ordenó el enfermero.

Asentí con la atención fija en ella.

—Te… amo. Era, era t…u tu esposa —continuó, y entendí que no sabía que era yo; creía que era mi padre.

Pasé saliva sin soltarla.

—Me… m…e usaste —tartamudeó con la boca seca. Mis ojos ardieron—. Lo… perdis…te a él, per… perdiste a tus… hijos… Nunca te… perdonaré —concluyó cerrando los ojos y lágrimas resbalaron por su sien.

Acerqué mi dedo, dudoso, y las limpié con cuidado, comprendiendo una vez más la magnitud del dolor, de la traición que experimentó. No fue hasta ese momento que pude sentirlo por completo y comprendí a Dre.

—Te perdono… mamá —solo dije.

Ella asintió sacudiéndose ahora por el llanto. Los monitores empezaron a sonar. Enseguida llegó el personal del hospital. La solté alterado. Un segundo después me sacaron de allí.

Minutos más tarde me buscaron en el pasillo. Había logrado pasar la crisis, pero debía descansar. Al salir de la UCI, Dre se acercó; había insistido en acompañarme. Lo abracé enseguida; me devolvió el gesto con fuerza.

Dos días después falleció y ahora sé que, de no haberle hecho caso, no me sentiría tan tranquilo respecto a eso.

—Alexandre, la doctora Newman te espera —le avisa la mujer que atiende la recepción, eso me expulsa de los recuerdos enseguida.

Se levanta, enredamos las manos y vamos juntos. El consultorio está abierto. Pasamos; ella nos sonríe como suele. Es una mujer mayor, seria, que se nota la estima que le tiene a él.

—Me alegra verlos. Tengo muy buenas noticias... Alexandre, estás respondiendo.

Entonces sé que mi alma estará conmigo mucho tiempo más.

EPÍLOGO:

PARTE I - EL CONTRAPUNTO DEL ÉXITO

ALEXANDRE

CUATRO AÑOS DESPUÉS

Entro al baño. El vapor denso se alza como una cortina opaca que oculta el interior. Cierro la puerta tras de mí y me acerco.

Bastian está bajo el chorro. Sus brazos, fuertes y tensos, se apoyan en los mosaicos húmedos; su cabeza permanece un poco inclinada. Es mi anhelo perpetuo, el hombre al que siempre amaré. Una sonrisa mordaz se dibuja en mis labios. Sí, estoy excitado y esta necesidad me ha consumido durante todo el día; una urgencia que no hace más que crecer.

Me deslizo bajo el agua en silencio. Sin mediar palabra, rodeo su cintura con mis manos mientras dejo un beso húmedo en la curva de su nuca. Él se endereza de inmediato, atrapando mis dedos sobre su abdomen. Su sonrisa, lenta y suave, aparece. Luce ridículamente sensual: el agua corre por su rostro, por los rizos que cubren su frente.

—Eh —dice con esa voz de barítono que suele viajar por todo mi cuerpo.

—Eh —respondo, lamiendo un segundo después su lóbulo.

Jadea dejándome hacer, abandonado a mi tacto, a mis manos repasando su tórax firme y marcado.

—Si empiezas, no te dejaré dormir —advierte. Lo mordisqueo en respuesta.

—No tengo sueño —repongo.

Entonces, se voltea sonriendo ampliamente y somete mi boca con exigencia, como solo él sabe hacer.

Sería una mentira descarada decir que todo ha sido fácil. Nada más lejos de la realidad. Ahora mismo, estoy inmerso en la grabación de mi segundo álbum. El primero arrasó en las listas de *Billboard* gracias a colaboraciones explosivas. Hace tres años, la sorpresa fue mayúscula: una nominación al Óscar por la banda sonora de una película. Y hace dos, me llevé el Grammy a casa.

Ha sido alucinante, vertiginoso e increíble... y profundamente complicado. El ritmo es despiadado. Vivo en aviones, paso semanas enteras encerrado en estudios de grabación. Acabo de componer la música para la banda sonora de otra película que se estrena este año.

He rechazado ofertas constantes para actuar y modelar, pero las entrevistas son incesantes y los foros son tan grandiosos que las entradas se agotan en un parpadeo. He creado música para solistas y bandas que nunca imaginé. Asisto a eventos de la más alta esfera, a pesar de que la mayoría debo cancelarlos por el agotamiento. Portadas de revistas, imagen de marcas exclusivas de ropa, perfumes, accesorios masculinos.

Es una reverenda locura, un torbellino que solo muestra el brillo superficial, pero que ha herido y desgastado, en demasiadas ocasiones, lo más importante que tenemos.

Bastian es mi antítesis absoluta. Nuestras vidas son dos trenes que chocan a veces. Él es mi opuesto en cada jodido sentido, pero justo esa química de polos opuestos es la que funciona: una atracción que fulmina, un contraste brutal y la magnitud bestial de lo que sentimos.

Sin exagerar, sus horarios son como de monje benedictino comparados con mi caos. Si no hay algo de extrema urgencia, él es quien se queda con Fa, el que está en casa. La verdad es que Bastian es un tipo que doma el tiempo; no es solo que trabaje, es que él decide cuándo hacerlo.

Se doctoró hace año y medio; eso lo consolidó. *Forth&True* es, ahora mismo, una de las empresas más potentes del país. Su expansión ha sido tan agresiva que no paran de buscarlo para dar conferencias de alta gama. Incluso está escribiendo un libro sobre el manejo de negocios.

El tipo es una máquina en los números, un genio administrando recursos y personal. Por eso todo lo que toca lo convierte en oro puro, en algo tan sólido como su maldita voluntad.

A pesar de todo, nos enorgullece estar logrando una rutina un poco más equilibrada, aunque cuesta bastante; mi vida parece un juego mecánico; es difícil saber la velocidad que tomará, las subidas o bajadas que implicará.

Trotamos juntos cada mañana si estamos en Boston; es obsesivo con el asunto de mi alimentación, así que siempre está al pendiente de que coma bien, de mi sueño, del ejercicio.

Mi cabeza no ha vuelto a retroceder. Después de aquella cita donde supimos que iba sanando al fin de la manera correcta, pasó otro año en el que tuve que continuar con tratamiento. Finalmente obtuve el alta y cualquier síntoma desapareció, pero debo acudir cada año para cerciorarnos de que no existan sorpresas. La doctora suele insistir en eso, algo que él ha tomado al pie de la letra, porque, vamos, es Bastian y no lo puede evitar.

Acepto que no me pongo difícil; primero, porque con él es batalla perdida. Luego, porque mi vida es tan estúpidamente agitada en ocasiones que su forma de ser me ayuda a mantener esa parte en control. Incluso si salgo de viaje, mi *manager* está aleccionado y se encarga de que mis horarios sean los adecuados; y es que, cuando compongo, toco o grabo, olvido todo.

Nuestras vacaciones ahora son innegociables e intentamos que sean con cierta frecuencia. También dejo semanas flotantes en las que no hago nada y desaparezco del mundo para entregarme a una vida dentro de nuestra casa; una en la que simplemente vemos películas, salimos a cenar, leemos, charlamos por horas o terminamos follando en algún lugar de la casa. En eso no hemos cambiado; al contrario, quizá se intensifica debido a las ausencias.

La verdad es que continúa asombrándome la manera que tiene mi cuerpo de reaccionar a él. A Bastian sigue fascinándole que así sea; me toca y, peor que con la música, mi mundo se reduce a eso, dejando de lado cualquier cosa, literalmente lo que sea.

Lo amo, me ama; hemos sabido construir una vida llena de momentos nuestros, de cada uno también, no sin tener grandes

tropiezos que supongo eran inevitables.

El video, afortunadamente, dejó de ser la gran noticia poco después de que decidimos abrir nuestra relación al mundo. Pero el caos mediático ya estaba desatado. Yo notaba su desconcierto total. De repente, lo buscaban hasta para pedirle el café, las fotos eran constantes y lo abordaban en cualquier esquina. Y es que, sí, Bastian acepta, respeta e impulsa esta locura que es mi carrera, pero, venga, mi hombre es serio, tranquilo, de rutinas. Verse expuesto no es lo suyo, en realidad. Para nada.

Notaba su desasosiego, no importa cuánto intentara meterlo bajo la alfombra, así que me esforcé como un demonio para que no se sintiera incómodo. Hice malabares para mantener a raya a los *paparazzi* y levanté escudos invisibles a nuestro alrededor. Lo último que quería era que la fama —mi maldito circo— le robara la paz que tanto valora. Él merece su calma, y yo soy su guardián contra este ruido.

Sin embargo, si soy completamente sincero, mi esfuerzo no siempre funciona, y eso me consume. Pero me ha dejado atónito ver cómo, con el tiempo, él se ha ido soltando frente a esas situaciones. Y es que el morbo por nuestra relación no baja de intensidad; es un maldito motor. ¡Joder! Hay cuentas enteras en *TikTok* y en *Instagram* dedicadas solo a nosotros. Sí, así de loco y así de intenso es el asunto.

Austin tuvo la brillante idea de enseñárselas, y aquello hizo estallar a Bastian. Rompió su maldita compostura.

—¿Sabías de esta locura? —me preguntó aquella vez, hace casi tres años. Tomé su teléfono, tirándome a su lado en la cama. Sonreí con ligereza y asentí. Arrugó la frente, molesto—. Hay fotos que no tengo idea de cómo cojones consiguieron.

—Cierra eso, Bastian, no tiene sentido —susurré dejando el celular lejos.

Dejó caer la nuca en la almohada, frustrado, tenso. Esperé. No quería darle más oxígeno al asunto y la verdad es que, en secreto, temía este momento.

—En una me estás besando, joder, si no solemos hacerlo en público y…

—Basta —pedí acercándome. Coloqué mis brazos a los lados de su cabeza, anclando su mirada a la mía—. No está en tus manos, tampoco en las mías. Somos pareja, no hay nada real que ocultar —le recordé tan cerca de sus labios que sentía su aliento.

Sujetó mi cadera por debajo de la camiseta; sus dedos se clavaron con suavidad en mi piel.

—Lo sé, Dre, solo... me alucina hasta dónde llegan —admitió soltando el aire.

—Eres un misterio para ellos —le hice ver.

—¡Pero si saben todo de mí! —repuso sorprendido, torciendo el gesto.

Sonreí ante su adorable ingenuidad en ese tema; él es agudo en todo lo demás, pero en esto, yo soy el puto experto sin duda. Rocé sus labios, demorándome hasta que el roce se hizo agonía y lascivia. Me enloquece.

—Solo yo sé todo sobre ti —declaré con una seguridad que no admitía réplica.

Esa respuesta posesiva y definitiva lo tranquilizó. Y a mí también.

—¿Tienes que irte ya? —preguntó cambiando el tema, con una necesidad palpable. Negué arrugando la frente, listo para el plan que su deseo dominante ya había trazado para mí.

—Bien —dijo, y con un movimiento rápido, me hizo girar. En un santiamén, terminó encima de mí. Sonreí expectante—. Porque pienso tomarte ahora mismo, y lo que consigo cuando lo hago, te lo juro, eso no lo sabrán nunca.

—Jamás —concedí besándolo enseguida.

La verdad es que no puedo echarles la culpa a los seguidores. Es imposible. Bastian es un hombre jodidamente atractivo: esa personalidad fría, inaccesible, cerebral, sumada a un físico asombroso, bestialmente masculino, y coronada con esa jodida mirada oscura... Es imposible que no deseen saber más de él. Es el combo perfecto para volverse obsesivo y perseguir. Y el hecho de que contrastemos como el día y la noche... sé que eso los incita sin remedio, los vuelve locos de curiosidad. Es inevitable; somos un

espectáculo visual, y él es la joya rara que nadie puede tocar. Nadie salvo yo, por supuesto.

Por aquel tiempo me buscaron de una importante revista. Nos querían para su portada y un artículo completo que hablara de la historia entre nosotros dos, además de fotos. No estuve de acuerdo; lo rechacé enseguida. Insistieron. Finalmente, mientras cenábamos una noche, se lo comenté como cualquier otra de mis cosas. En absoluto buscaba que estuviera de acuerdo; jamás lo presionaría para algo así. Cuando terminé, su mirada era pura intriga e incredulidad.

—¿Juntos? —buscó confirmar.

Asentí masticando lo que había cocinado yo de cenar; no es muy común porque tenemos quien lo haga, sería imposible para los dos hacernos cargo de eso a diario, menos si debo comer bien, pero cuando podemos, uno de los dos se encarga, o ambos.

—¿Qué les dijiste?

—Que no, obviamente.

—¿Quieres hacerlo? —preguntó de repente, estudiándome.

Dejé el tenedor en el plato, desconcertado.

—Es parte de lo que eres, soy parte de tu vida; no pretendo parecer un fantasma para ti.

—No eres un fantasma, pero no les atañe tu mundo, el nuestro —expliqué un tanto perdido.

—¿Es importante esa revista? ¿Qué dicen en la agencia? —indagó relajado.

Me encogí de hombros y tomé de nuevo mi tenedor.

—Que podríamos hacerlo. Es una revista seria, ya sabes, muy importante en cuanto a personalidades, por lo que no se lo piden a cualquiera. Ellos creen que ayudaría al morbo que hay alrededor de ti.

Asintió reflexivo. Arrugué la frente.

—¿Sabes de qué iría la entrevista? —preguntó para enseguida beber. Entorné los ojos, estudiándolo.

—Las preguntas me las mandarían; nosotros podemos aceptar las que queramos. Así se maneja eso —expliqué despacio.

—Ya… ¿qué clase de fotos? —curioseó.

Entonces solté otra vez el tenedor e hice mi comida a un lado.

—*OK*, ¿qué está pasando, Bastian? —lo interrogué recargando ambos brazos en la mesa. Se encogió de hombros, serio, aunque accesible como lo es conmigo y sus hermanos, con Noe, las personas cercanas, un par de amigos suyos.

—No respondiste.

—Pues supongo que normales.

—¿Normales? —repitió.

Reí sacudiendo la cabeza.

—Sí, como las que me toman a mí —comencé, pero vi que iba por mal camino cuando arqueó las cejas—. Bueno, ya sé que a veces lo que uso puede ser más excéntrico por el contexto, pero esa revista es seria en ese sentido.

Guardó silencio un minuto entero, perdiendo su atención en los árboles que circundan la propiedad y que nos regalan mucha privacidad.

—Si creen que eso podría disminuir el morbo que les genero, quizá sea buena idea —convino.

Torcí los labios, recargándome en el respaldo.

—Sí, pero podrías también generar más. Debes saberlo.

—Probemos, solo esta vez. Quiero saber qué preguntarán, qué tipo de fotos buscan y no cederé en la ropa —advirtió.

Joder.

Arrastré la silla sin cuidado, me puse de pie y llegué hasta él. Entre satisfecho e intrigado observó cómo pasaba una pierna por las suyas y me sentaba a horcajadas en su cuerpo. Complacido, sujetó mi cadera repasando con sus ojos oscuros mis facciones.

—No tienes que hacerlo, estas cosas no te agradan —murmuré colocando mis manos en su cuello.

—Sé que no tengo que hacerlo, pero quiero hacerlo contigo, por ti. Es parte de lo que haces. Harías lo mismo por mí, ¿o no?

—Supongo, pero esto es mucha exposición.

—Será la única vez, eso sí —declaró con seguridad.

Rocé sus labios.

—Hagamos una cosa. Pediré todos los detalles y si algo no te gusta o decides no hacerlo, estará bien para mí. ¿*OK*?

—*OK*, mi alma —accedió dócil.

—Bien —determiné impulsándome para levantarme.

Fue imposible; sus manos ya me sujetaban posesivas.

—Ah, no. Cenaremos más tarde —decretó alzando mi camiseta.

Fue una sesión jodidamente divertida, justo porque Bastian estaba tan al límite del nerviosismo que yo me dediqué a hacérsela fácil a punta de bromas, risas y recuerdos. Lo conseguí. Y la revista se convirtió en uno de los números más vendidos de su historia. Las preguntas las planeó *Branland* de forma estratégica, solo para sacar provecho manteniendo su intimidad intacta. En cuanto a las fotos, fueron milimétricamente cuidadas: solo miradas intensas, risas robadas... cero morbo, cero sexualización. Tuvimos que dosificar el deseo para que el mundo no ardiera más de la cuenta. Por supuesto, después de eso lo intentaron otras revistas y programas; no aceptamos ninguna otra. Para él eso había sido suficiente y quienes me siguen lo agradecieron, tanto que continúan circulando esas imágenes por la red.

PARTE II - LA FISURA DEL SILENCIO

Poco más de dos años después de aquel verano en California, Bastian me sorprendió de nuevo. Siempre lo consigue, el muy cabrón. Esta vez había estado insistiendo, machacando, en que me diera un respiro. Ya estábamos teniendo peleas serias por lo poco que nos veíamos. Y aquella tarde, se impuso.

Llegué a casa molido después de una reunión con los músicos. Y allí, sobre nuestra cama, estaba el equipaje. Maletas de verdad, no la mochila de un par de días.

—¡Bastian! —lo llamé desconcertado.

Lo acababa de saludar abajo, pero tenía prisa; debía cambiarme para ir a la presentación de una banda.

—Eh —respondió subiendo. Me quité la camiseta, sintiéndolo entrar.

—¿A dónde vas? —quise saber.

Él viaja, sí, pero dos o tres días, con lo indispensable. Una molestia ácida se arremolinó en mi estómago.

—Yo no. Vamos —me corrigió serio como una lápida, cruzado de brazos en el marco de la puerta.

—¿Que vamos? ¿De qué cojones hablas? Tengo una presentación ahora mismo, pero…

—Date una ducha. El avión sale en dos horas —me cortó, dándose la vuelta como si yo no hubiera dicho nada importante.

Me enfadé en serio. Lo detuve.

—¡¿Me escuchaste?! No puedo, tengo compromisos que no puedo cancelar. Se giró con la mirada de acero.

—El que no escucha eres tú. Necesitamos pasar tiempo juntos, ¿lo olvidas? Nos vamos dos semanas. Por favor avisa a quien tengas que avisar, Alexandre.

Negué soltándolo. La incredulidad me picaba la piel.

—No es así, no funciona así esta puta vida —le hice ver furioso, entrando al vestidor.

—¿Entonces cómo, dime? Ya te dije que necesitamos equilibrio. Que tu vida es un circo de cosas, pero la nuestra —la de pareja— es la jodida prioridad.

Lo encaré con la camisa en la mano.

—Sí, pero no puedes decidir esto por mí, Bastian.

—Si no hago esto, no veo cuándo carajos lograré pasar un maldito rato con mi hombre.

—Bastian —lo nombré acercándome, intentando aplastar mi enfado—. Prometo organizar la agenda. Hablo con Paul, con la agencia. Lo coordinamos y nos vamos —propuse acariciando su cuello.

Negó, inamovible.

—Llevo meses pidiéndotelo. Desde la última Navidad, que fue un milagro alejarte, no has encontrado el momento. No lo encontrarás. Es ahora —sentenció. La decisión estaba grabada a fuego en sus ojos oscuros.

—Bastian, simplemente no puedo.

—Bien, iré yo entonces —declaró pasando a mi lado.

La frustración hizo que me llevara las manos a la cabeza. Fui tras él un minuto después; estaba abajo, concentrado, revisando unos libros como si nada hubiera pasado.

—Te alcanzaré —propuse.

—No te preocupes, Lex. Cuando puedas… —murmuró, abriendo un tomo.

La calma de Bastian fue mi detonante. Me coloqué a su lado y le quité el libro, irritado al máximo.

—No puedes manipular mi vida así. No puedes planear un viaje de dos semanas sin decirme y esperar que lo acepte solo porque tú lo quieres —gruñí.

—Y tú no puedes esperar que viva una vida esperando a que tengas un hueco miserable para estar a mi lado. Me llevo a Fa. Suerte en tu evento —avisó sin enfado, solo con esa decepción silenciosa que me mata.

Salí de su estudio encrespado, una marea de furia y culpa hirviéndome. Entonces la vi: la foto sobre la mesita de la entrada.

Éramos nosotros riendo con Fa en medio, empapados después de nadar en el mar.

Hacía demasiado tiempo que no íbamos allí. La sujeté apretando la quijada. Fue en aquella primera Navidad a su lado, cuando supimos que mi lesión iría por buen camino. Maldita sea. Se iba con Fa, y yo me quedaba por un estúpido concierto.

Miré por encima del hombro hacia donde él estaba. De pronto la pregunta me golpeó como un puñetazo: ¿Cuándo fue la última vez que estuvimos sin prisa? ¿Que simplemente nos recostamos para charlar, que hicimos el amor sin esta puta urgencia que me persigue siempre? Bastian había lanzado la primera —y la más brutal— de las señales.

Subí a la habitación como un rayo. Llamé a mi agente, Paul. La idea no le hizo ni poquita gracia, pero afortunadamente, no tenía ningún compromiso urgente hasta la entrega de premios en Los Ángeles dentro de un mes. Le envié un mensaje a mis amigos de la banda. Sí, mandé todo —absolutamente todo— al carajo. También lo necesitaba. Siempre ha sido así, pero este estilo de vida es de doble filo y es muy sencillo caer del lado opuesto.

Revisé la maleta; había empacado como si fuese yo. Sonreí negando, sintiéndome culpable. Nadie me conoce como él, lo sé bien. Las puse en el suelo; solo había metido un par de cosas más. Sabía bien a dónde iríamos. Entonces escuché sus pasos. Yo estaba en el baño; me daría la ducha para irnos a la hora marcada.

—Dre, escucha —comenzó conciliador, de pie en el marco de la puerta.

Yo ya solo llevaba el vaquero. Me observaba de esa manera que me excita sin remedio, pero desvió la mirada. Se iba a disculpar y era lo último que deseaba escuchar.

Bastian es dominante, pero no intrusivo; la realidad es que se limitaba a verme ir y venir sin tiempo de nada, apoyándome, acercándose a mí cuando le era posible.

Joder, lo amo.

Sonreí antes de que continuara, giré su rostro y lo besé, lo besé con hambre. Respondió enseguida, sujetando mi nuca.

—¿California? —pregunté sobre sus labios. Asintió. Ya iba a hablar de nuevo, pero le gané la partida—. Iré. Iremos juntos.

Arrugó la frente, alejándose para verme a los ojos.

—No, podemos planearlo y…

Aferré su camiseta en mis puños y lo beso con exigencia, ansiando sentirlo aún más cerca.

—Está planeado. Quiero ir, quiero estar contigo —le hice ver decidido.

Sonrió asombrado.

—Lamento no haberlo hecho antes, Bastian. Necesito estar a tu lado sin prisas, sin urgencia, sin tener que correr de aquí para allá. Deseo que me folles despacio, que cenemos frente a la fogata, quedarme dormido sin importar a qué hora despertaremos. Nadar, correr, que me fastidies como sabes hacer… No hay nadie con quien quiera estar más que contigo.

—Entonces, mi alma —susurró relajándose, acariciando mi nuca—. Te tomaré despacio, pero será después; ahora mismo solo quiero enterrarme en ti —declaró acercándome a uno de los muros para hundir su cabeza en mi cuello.

Pasamos dos semanas llenas de tranquilidad, de charlas infinitas, de juegos y de lo que somos juntos desde el primer momento. La realidad es que no me había dado cuenta de lo mucho que mi cuerpo, mi mente y nosotros necesitábamos de eso.

Una de esas mañanas, estaba recostado en el césped, acariciaba el cuello de Fa, ideaba una tonada... y aunque solía componer todo el tiempo, allí fluían casi a borbotones. Entonces detecté algo en su collar. Me incorporé intrigado, la acerqué y, cuando vi lo que era, abrí los ojos de par en par. Conmovido, se lo quité y tomé el objeto entre mis dedos. Mi pecho aleteó con violencia. Era una sortija de oro blanco, lisa por un lado, gruesa. La hice girar entre mis dedos y noté que tenía una inscripción:

Mi alma y la fecha en la que comenzamos.

Alcé el rostro. No tenía idea de cuándo la había puesto en su cuello. Él estaba preparando el desayuno; habíamos llegado de correr media hora atrás y siempre seguíamos la misma rutina, cosa

que me gusta mucho. No perdí el tiempo y fui a buscarlo. Lo encontré cuando terminaba de servir el zumo de naranja. Me encaró sonriendo.

—¿Ya tienes hambre? —preguntó ahora sacando unos panes del tostador.

Me ubiqué a su lado, hombro con hombro. Sonrió sacudiendo la cabeza —seguro estaba esperando una de mis locuras— y entonces alcé la sortija con mis dedos, poniéndola frente a sus ojos. Congeló el gesto.

—¿Desde cuándo la tiene ahí? —quise saber, girándome.

También lo hizo y quedamos uno frente al otro.

—Desde ayer —respondió cauteloso.

—¿Por qué? —pregunté sin rodeos.

Sonrió arqueando una ceja, divertido ahora.

—Se llama proposición —explico logrando con ello que mi corazón diera otro un vuelco.

Contemplé el anillo y luego a él, aturdido.

—Estás… estás…

No pude terminar porque me lo quitó, tomó mi mano y lo introdujo en uno de mis dedos, serio.

—Pidiéndote matrimonio, sí —confirmó sereno, estudiándome.

Contemplé mi mano, asombrado.

—¿En… en serio? —balbuceé nervioso.

Sonrió de nuevo, apoyó la parte alta de su bermuda y se hincó en una rodilla. Negué emocionado.

—Quiero un mundo contigo por siempre.

Limpié mis mejillas porque ni en mis sueños más locos pasaba algo así. Me hinqué para verlo a los ojos y lo abracé asintiendo.

—También lo quiero por siempre, Bastian —respondí buscando su boca.

Nos casamos un par de meses después en esa playa, con sus hermanos y Noe, nada más. Fue uno de los mejores días de mi vida. Allí, con ellos, amanecimos riendo, hablando, y cuando todos

cayeron dormidos, los dos —enrollados en una cobija, yo sobre su cuerpo sentados en una de las sillas del jardín— vimos el amanecer.

—Oficialmente no quiero nada más de la vida —murmuró besando mi sien.

Apreté sus manos que descansaban en mi abdomen, perdiendo mi nariz en su aroma.

—Oficialmente, yo tampoco.

En respuesta, rozó su nariz con la mía.

PARTE III - NAUFRAGIO

Sin embargo, poco a poco la locura de mi vida volvió a atraparme. Siempre he tenido mucha energía, esta necesidad voraz de expresarme, de vivir con fuerza. Con el tiempo se vuelve adictiva la adrenalina y es complicado detectarlo como tal.

Poco nos veíamos; siempre había un compromiso: la gira —que fue agotadora—, las entrevistas alrededor de eso, viajes para marcas con las que trabajo, cenas, fiestas, tocadas, componer durante horas en mi estudio... y las semanas se hicieron meses.

Llegaba a casa y ya solía estar dormido. Él es disciplinado y yo comencé a perder la estructura por abarcar tanto. No era ambición; era esta sensación burbujeante que te da sentirte en un lugar tan inalcanzable que, cuando lo obtienes, solo quieres gritar y dejarte ir. A veces solo lo observaba, extrañándolo, otras simplemente tocaba la almohada y caía dormido.

Por las mañanas Bastian salía temprano. Al regresar a veces lo interceptaba cuando iba de salida, otras cuando estaba desayunando, pero pronto mi celular sonaba y algo había que revisar, que atender, que grabar.

No decía nada; parecía comportarse como siempre. Me daba un beso cargado cuando se marchaba, luego cada uno a sus vidas.

Ayudé a montar la coreografía para algunas de las colaboraciones, supervisaba los videos que se subían a *YouTube*, generaba contenido para *TikTok* en el que a veces bailo alguna canción de las que me gustan, que suelen estar en tendencia, y termino la coreografía mostrando el dedo medio o algo del proceso sobre una nueva canción.

Mi carrera iba y continúa yendo cuesta arriba, pero lo nuestro comenzaba a naufragar y no lo pude ver.

Hablábamos poco por teléfono; mensajes esporádicos donde me preguntaba sobre mi alimentación o a qué hora regresaría. No se rendía; incluso dejaba la cena lista, cubierta sobre la barra. Cada

cierto tiempo me buscaba para ir a cenar o a algún bar con sus amigos, encontrarnos con sus hermanos o solos. Tenía que declinar; mis semanas están cuidadosamente planeadas y no es tan sencillo improvisar.

Noe fue la primera en alertarme. Gracias, Noe. Estaba por irme de viaje a Ámsterdam y ella se había pasado al estudio. Ya habíamos realizado algunas colaboraciones juntos; me gusta cómo suena mi música con su voz, así que me empeciné aunque ella ahora da clases de música y canto, pero lo que creamos suele gustar bastante aunque intente ignorarlo.

—¿Cómo está Bastian? —preguntó tocando una pieza en el piano mientras yo revisaba los cables del violín.

Los demás se habían dado una pausa para almorzar.

—Bien…

—¿Qué hay de nuevo con él? —quiso saber, distraída.

La miré frunciendo el ceño.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

Detuvo sus manos.

—A eso… ¿sabes en qué anda últimamente? —indagó arqueando una ceja.

Continué con lo mío.

—Sabes que hace muchas cosas: la empresa, las conferencias.

—Lo buscaron para que escriba un libro, ¿te lo dijo? —curioseó estudiando mi rostro.

Me erguí desconcertado. Eso no era cierto, o bueno, yo no lo sabía.

—¿De qué hablas? —pregunté confuso.

No lo había visto mucho en los últimos días, pero eso era algo importante.

—¿Por qué no le preguntas tú? —me cuestionó seria, poniéndose de pie.

Aspiré con fuerza, volviendo a lo mío.

—Lo haré.

—¿Cuándo?

—Hoy, supongo…

—¿Supones? —replicó a mi lado.

Arrugué la frente, mirándola de nuevo.

—¿Pasa algo? —quise saber ya un poco fuera de quicio con su actitud. Se encogió de hombros.

—Tú eres su pareja, su esposo en realidad. ¿No deberías estar al tanto de lo que le ocurre?

—¿Qué intentas decir? Suéltalo —exigí. Comenzaba a cabrearme; detesto que cualquiera, incluyéndola, se inmiscuya u opine de lo que existe entre nosotros.

—¿Yo? Nada.

—¿Cómo supiste? —pregunté cruzándome de brazos.

Estaba seguro de que Bastian no la llamó para contarle; es un hombre absolutamente reservado.

—Me lo encontré después de que tuvo una reunión con los editores, en fin. Mejor regresemos a esto, por la tarde tengo clase —dijo abriendo de nuevo el piano.

La detuve.

—¿Te dijo algo?

—¿Bastian? —se río rodando los ojos—. Lo del libro.

—De algo más… —insistí.

Se soltó con suavidad, luego ladeó el rostro.

—No, lo conoces, pero quizá deberías de darte más tiempo para lo de ustedes.

—Déjate de acertijos.

—No son acertijos. Es lo obvio. ¿Acaso no te has dado cuenta de que no están nunca juntos? —señaló entornando los ojos.

—No creo que mi relación con él sea tema para tratar.

—Soy tu mejor amiga, idiota. Te conozco desde hace años, sé lo que significa ese hombre para ti y no me callaré por temor a que te moleste. Está demasiado metido en tus cosas, tanto que parece esta tu vida, ninguna otra.

—Es mi trabajo.

—Ya, eso me lo has dicho muchas veces, y sé cuánto lo amas, pero quizá debas preguntarte si tanto como a él.

—¡Qué coño! Amo a Bastian, no me jodas. Estás muy intensa hoy —gruñí.

—Te estás enfadando porque sabes que tengo razón.

—¡No! No tienes. Bastian es mi pareja, pero no por ello debemos dejar de hacer lo que sabemos, lo que nos gusta.

—Nadie dijo eso y, por lo que veo, no estás con las ganas de escuchar.

—Es que te estás entrometiendo en algo que no es problema entre nosotros. No somos una pareja convencional. No habrá hijos ni roles de esposo que espera o viceversa. Estamos juntos en libertad, compartiendo la vida.

—Compartiendo… suena bien.

Los demás músicos entraron y ya no hablamos más. Esa noche no pude preguntarle. Tenía una cena con la discográfica. Debíamos afinar detalles de lo que podría ser la imagen del álbum. Por la mañana él se marchó temprano. Solo me dio un beso cuando salía de la ducha.

En ese momento apareció una especie de angustia justo en la boca de mi estómago. Permanecí varios minutos viendo el lugar donde había estado segundos atrás.

Yo volaría a Ámsterdam al día siguiente y tenía las horas copadas de pendientes. *¿Cuándo fue la última vez que charlamos?*, me pregunté. Habíamos tenido sexo dos noches atrás; al llegar de una cena, me acerqué a su cuerpo tibio, me recibió y lo que tenemos se puso en marcha, pero después el silencio regresó.

Sacudí la cabeza, tomé mi celular con la intención de llamarlo, pero me marcaba mi *manager*. Lo dejé pasar. Por la noche hice todo lo que pude para alcanzar a cenar en casa; fue imposible. Llegué cuando él estaba en su estudio trabajando. Al escucharme, volteó; tenía un montón de libros abiertos.

—¿Mucho trabajo? —pregunté desde mi posición.

Asintió masajeándose el cuello.

—Tengo una conferencia el viernes. Estoy revisando unos puntos —explicó con voz cansada, aunque gruesa, amo su voz.

Me acerqué y masajeé su espalda. Ronroneó de forma masculina.

—Vi a Noe —dije con suavidad.

Hizo un ruido nasal, pero no respondió.

—Me contó lo del libro —murmuré.

—Aún no acepto —respondió.

—¿Por qué?

—Estoy revisando los tiempos.

—Es una gran noticia —le hice ver besando su cabello.

Sujetó mis manos y las apretó quitándolas.

—Debo acabar esto —susurró tomando una entre las suyas y dándole un beso para enseguida soltarme.

—Mañana me voy a Ámsterdam —le recordé.

Asintió pasando una hoja.

—Sí, lo sé. Seguro te irá muy bien —replicó como si fuese cualquier cosa.

Durante un segundo estuve tentado a hacerlo girar, pero me detuve. En vez de eso, salí de ahí y preparé el equipaje. No tengo idea de a qué hora vino a la cama, pero cuando desperté a la mañana siguiente ya se había marchado y solo me había dejado una nota junto al café:

Buen viaje, Dre.

La leí varias veces, sintiendo cómo esa incomodidad crecía. La hice bola y la tiré a la basura, inexplicablemente furioso, pero no me detuve a reflexionar. Simplemente me fui.

Una semana después estaba molido. Desperté tarde. Había hablado poco con él y, para ese momento, la incomodidad comenzaba a permear todo mi cuerpo, mis días, mi estado de ánimo. Incluso me encontré más de una vez viendo nuestras fotos, videos, leyendo los mensajes que habíamos intercambiado en los últimos meses. Eran escuetos, cada vez más cortos y esporádicos.

Tocaron a la *suite*. Me puse una camiseta encima. Deseaba ir a casa, pero faltaban algunos eventos, fotos. Era Paul, mi *manager*, supe después de preguntar.

—¿Acabas de despertar? —quiso saber.

Asentí dejándolo pasar para ir por agua. No suelo beber mucho, menos cuando estoy de trabajo, pero los días en ese tipo de

viajes son largos, además del contenido, la música. Abrí el *minibar* y saqué una botella.

—¿No tenemos que salir hasta mediodía? Ahora mismo necesito descansar —refunfuñé acercándome a la ventana.

—Tengo que decirte algo —comenzó, serio.

Es bromista, ligero, aunque cuando es necesario inquebrantable. Así que su tono me alertó. Arrugué la frente, volteando.

—¿Qué pasa? Aspiró con fuerza y se sentó en uno de los sofás.

—¿Has revisado tu celular?

—No, ¿qué ocurre? —pregunté enseguida pensando en Bastian; fue lo primero que llegó a mi cabeza. Iba a ir por el aparato, alarmado, pero me detuvo.

—Siéntate —pidió serio.

—Ya, déjate de misterios. ¿Qué pasa? —quise saber.

Se frotó la cabellera rubia.

—Algún seguidor se topó con Bastian y… Escucha, ya sabes cómo son las redes y sacan todo de contexto.

—Mierda, ¡¿qué?! —gruñí nervioso, poniéndome de pie y yendo a mi habitación.

Me siguió.

—Lex, espera. Le tomaron una foto; estaba en un bar —lo escuché tras de mí, pero lo mandé al carajo. Cerré la puerta y desbloqueé el teléfono.

Entré a *Instagram*, busqué en etiquetas y lo vi…

Un sudor frío recorrió mi cuerpo; una sensación de fiereza y posesividad brutal me aplastó. Estaba con otro tipo. Sujetaba su mano en medio de la mesa, lo veía a los ojos.

Sé de qué va mi vida, lo que hago, y justo lo que Paul me acababa de decir lo llevo claro, pero nadie te prepara para eso, para los celos ardientes, la ira, la sensación de dolor porque, mierda, no estaba haciendo en realidad nada malo, pero ¿por qué coños estaba tocando su mano? ¡Y en un puto bar! Importándole un carajo que yo pudiera verlo.

Mi respiración se hizo pesada, dolió el pecho e incluso me llevé una mano hasta ahí, evocando ese dolor de ocho años atrás. Pero no era el mismo; no estaba ocurriendo lo de aquel día, me recordé. Saqué mi maleta y la arrojé sobre la cama. No lo perdería, y una puta mierda que lo permitiría. Comencé a meter mis cosas con prisa. Paul tocó a mi puerta.

—¿Lex? Escucha.

Abrí sintiendo cómo mi sangre quemaba pasando por mis venas.

—Regreso hoy.

—¡No, claro que no! Espera, habla con él. Estoy seguro de que está sacada de contexto y que tiene una razón, pero debías saberlo.

—Me importa un carajo un puto contexto. Es mi hombre y está con otro. No espero que lo entiendas, pero debo verlo, debo, maldita sea, solucionar esto.

—Estás sobrerreaccionando. Es solo un amigo, te lo aseguro.

Giré impotente con una camisa en la mano.

—No me importa quién sea. Yo debía estar ahí con él. Debo irme. Lo siento.

—Tendremos problemas con la marca.

—Si les dices que tuve una emergencia, sé que entenderán. No me quedaré. Iré con Bastian. Ahora —determiné con seguridad.

Negó pasándose la mano por el rostro. Finalmente asintió.

—¿Estás seguro de esto? Siempre estás por tu lado, él en lo suyo.

Entonces me detuve, aturdido. Mi garganta escoció comprendiendo el peso de lo que había hecho, de lo que estaba ocurriendo.

—Amo la música, amo esto que he creado, pero definitivamente lo amo más a él. Debo volver.

—No se trata de elegir.

—No, se trata de equilibrar y una jodida mierda si lo he hecho. Yo soy importante, todo es importante y definitivamente Bastian es muy importante. Me voy.

Guardó silencio durante casi un minuto, mirándome a lo ojos, yo a los suyos. No cambiaría de parecer.

—*OK*, avisaré para que el piloto esté listo.

—Gracias.

Llegué temprano al día siguiente. Bajé de la camioneta cuando amanecía, entré a la casa y Fa me recibió alegre, como siempre. Acaricié su pelaje, besé su cabeza y subí.

Las horas se habían hecho eternas. Leí, por idiota, algunas de las cosas que ponían sobre esa puta foto. Estupideces que me hirieron, que daban por asumido que ya no estábamos juntos o terminaríamos de un momento a otro. *Branland* me contactó; no debía dar ni una sola declaración, pero tampoco preguntaron lo que ocurría cuando les dije que iba de regreso a Boston.

Entré a la habitación y Bastian no estaba en la cama. Entonces salió del vestidor, listo para correr.

—Oh, eh, hola… —dijo desconcertado, pero tampoco se acercó. Solo me observó con esos ojos oscuros que siempre han sido mi hogar y que en ese momento percibía a miles de kilómetros de mí.

—Eh —lo saludé.

—¿Todo bien? —quiso saber posando una mano sobre mi hombro, como si fuese cualquier pendejo.

La miré y me hice a un lado.

—¿Quién era el tipo con el que estabas en el bar? —pregunté sin rodeos.

Arqueó una ceja, alejándose desconcertado. En ese momento comprendí que no había ni metido las narices en su cuenta, típico de él. Su desinterés por esto es asombroso.

—¿De qué hablas? —preguntó con esa jodida voz gruesa.

Saqué mi celular del pantalón. Rodó los ojos y se giró con toda la intención de largarse. Esa actitud me jodió aún más. Lo detuve enfadado.

—Tienes cosas que hacer, iré a correr —avisó con esa fachada a la que no estoy habituado, esa que sabe usar a la perfección donde oculta cualquier maldito pensamiento con una maestría abrumadora.

Di con la imagen enseguida y se la mostré, desafiante. Tomó mi celular, la vio y sonrió negando, devolviéndomelo.

—Es Charles.

—¿Quién mierdas es Charles? —cuestioné rabioso por lo ligero que tomaba el asunto—. Estás en toda la maldita red, tomándolo de la puta mano.

Bastian retrocedió al notar mi molestia.

—Espera, para tu carro ahí.

—¡Qué carro! ¡Coño! ¡Estás en un puto bar tomando la jodida mano de otro hombre!

Bastian mantuvo su gesto imperturbable y quise sacudirlo.

—Charles es un amigo. Un amigo que conocerías si alguna vez tuvieras el puto tiempo para ir a algo de lo que te invito.

—De qué hablas… Jamás lo mencionaste.

—Claro que sí, pero sueles estar en medio de una llamada, con prisa. Los conozco desde la jodida universidad, Alexandre, pero no estás… jamás estás y no puedes pretender que me quede aquí encerrado mientras tú vas y vienes.

—¡Jamás he dicho eso! ¡Carajo! ¿Pero tienes una maldita idea de lo que esto me jode?

—¿Qué te jode? ¿Qué esté en la red y lo que todas esas personas a las que tanto tiempo dedicas piensen lo que se les dé su puta gana, o que sea yo haciendo mi vida?

—Me importa un carajo lo que ruede en el puto internet. Es mi pareja con otro hombre tomado de la mano. ¡¿No lo ves?! —le intenté explicar exaltado.

Se acercó ahora sí enfurecido; lo noté por su postura, que aunque sutil, ya no pudo ocultar.

—¿Y todas las jodidas fotos donde sales con cualquier cantidad de pendejos? ¿Qué? ¿Esas no cuentan para mí porque no soy tú? ¿Crees que me encanta que mi hombre esté cada maldita noche con personas que lo abrazan, que se le acercan, con las que bailas? ¡¿Tienes una puta idea?!

Sus palabras me hicieron retroceder. La manera en la que lo dijo. Se acercó más, mostrando su furia.

—Es trabajo —argumenté tenso.

—Y una mierda, Alexandre. Es mi compañero con otros, muchos…

—Jamás te he faltado —rugí aproximándome ahora yo.

Sonrió negando.

—¿Y yo sí? Por una puñetera foto de un amigo de hace años al que mi pareja no conoce porque jamás tiene tiempo. Esto no tiene manera de continuar así, Alexandre. No sucederá —determinó pasando a mi lado sin detenerse.

—¡Estamos hablando! —grité rabioso. Sí, grité aunque nunca lo hago, pero es que en serio estaba a punto de explotar, además de aterrado, y sí, ridículamente celoso.

—No, ya no —zanjó bajando con prisa.

Le di un golpe a la pared, furioso. Vencido y profundamente enojado, me acerqué a un muro, deslicé la espalda hasta quedar con las rodillas flexionadas y aferré mi cabeza.

¿Qué había hecho?

Después de recuperarme un poco me di una ducha, apagué el puto celular y me encerré en el estudio. Comencé a componer sin detenerme, rabioso, perdido. Dos horas después salí; sabía que ya debía estar en casa. Bajé. Servía en dos platos huevos y *beicon*.

—Gracias —murmuré sentándome.

Se encogió de hombros.

—Debemos hablar —repetí sin probar la comida.

Me observó con el tenedor a medio camino de su plato.

—Sí, pero ahora mismo no puedo.

—¿Es una revancha? —repliqué molesto con los ácidos reverberando en mi esófago.

Sonrió negando.

—No soy así, lo sabes bien. Solo ahora no puedo.

—Es importante.

—Ya suelta el tema. De verdad no es nada. El tío está pasando por un momento complicado; somos amigos. Eso es todo.

—¿Qué tan seguido lo ves?

Bufó.

—¿Es en serio, Alexandre? Te la pasas con Adler y con varios más que darían la puta vida por follarte y me preguntas estas

estupideces.

—No he follado a nadie que no seas tú, lo sabes.

—Lo mismo te digo.

—Sé que estoy poco en casa… —comencé.

Se levantó de forma abrupta, serio.

—No, no lo haremos ahora mismo.

—Vine desde Ámsterdam, carajo.

—¿Y por eso debo dejarlo todo? No funciona así, lo sabes. ¿O cuándo lo haces tú?

—Te lo estoy pidiendo ahora —contraataqué, notando que no iría esa discusión a ningún puto lado.

—Y yo te dije que no puedo y que las cosas no continuarán así.

—¿A qué te refieres? —pregunté con las náuseas atoradas en la garganta, acercándome.

—A eso, solo a eso. Nos vemos más tarde —concluyó saliendo de casa, dejando su plato sin tocar.

Frustrado y asustado, bastante, tomé el plato y tiré toda la comida en el basurero. Intenté componer, no pude. Me recosté y comencé a revisar nuestro *chat* yéndome a mucho tiempo atrás. De pronto todo comenzó a caer sobre mí. Él invitándome a cenar, él esperándome en casa, él queriendo pasear a Fa, él invitándome a una barbacoa, a un bar con sus amigos. Un nudo enorme creció con cada segundo en el que noté que nunca le decía que sí. Volteé a su lado de la cama, conmocionado. Tomé su almohada y me la llevé a la nariz para perderme en su aroma.

—Lo siento —susurré comprendiendo la magnitud de lo que había hecho y temblando de miedo de solo pensar que había llevado muy lejos todo.

Pasé así algunas horas, dormitando, agobiado, olisqueando la tela. Jugué un poco con Fa, revisando espacios de la casa en los que no había reparado. Fotos, algún cuadro, un par de velas. Sujeté una observándola. Fui al vestidor; me senté frente a su ropa, agobiado. Poco antes de las seis me encontré ansioso.

Preparé la cena, puse la mesa y, cuando todo estuvo listo, aguardé con Fa tocando el piano en la sala. Las horas pasaron y no

llegó. Lo llamé; no respondió. Comencé a tensarme. Le mandé un par de mensajes. No los leyó. Frustrado le marqué a Noe.

—Eh, ¿sigues en Ámsterdam? ¿Qué tal todo? Imagino que te estás divirtiendo como un idiota.

—Estoy en Boston, en casa —aclaré.

—*Oh*…

—*Oh*… —repetí.

Estaba al tanto de la foto; lo supe enseguida.

—¿Estás con Bastian? —preguntó con ese tono que conozco bien, ese que desea averiguar pero no quiere ser indiscreta, aunque siempre lo es.

—No, lo estaba esperando para cenar.

—Son las ocho…

—Sí, tengo reloj —gruñí.

—*OK*, viste la foto, ¿no es cierto?

—Ajá.

—Lex, sabes que es incapaz.

—Necesito verte.

—¿Hablaste con él?

—No, o sí, solo…

—Ya, voy para allá, pero en cuanto llegue me largo.

—Gracias.

Llegó veinte minutos después prácticamente en pijama; esa es ella. Me abrazó con fuerza.

—No estás bien —comprendió.

Negué yendo hasta la sala. Me dejé caer en un sofá.

—No, no lo estoy —confirmé frotándome el rostro. Se acomodó a mi lado.

—¿Qué pasa?

—Noe, el otro día en el estudio… lo que me dijiste.

—¿Sobre el libro? Negué.

—Sobre el tiempo que dedico a… mis cosas. ¿Él te dijo algo? —quise saber.

Negó resoplando, dejando caer su espalda sobre el respaldo.

—Lo conoces. Sabes que jamás lo haría. Pero… cuando lo encuentro y le pregunto por ti, suele evadir el tema. Es casi

inexpresivo, pero no se me escapa que le duele.

—El tipo con el que estaba es amigo suyo desde la jodida universidad y… no lo conozco porque nunca he tenido tiempo de ir con él a reuniones o a lo que sea —le expliqué dejándola aturdida.

—Lex —murmuró acercándose, apoyando en mi hombro su barbilla—. Es impresionante lo que has logrado. Dios, es abrumador en realidad porque ha sido en muy poco tiempo. Te admiro, estoy orgullosa de ti, te lo juro. Pero… pero creo que no estás equilibrando las cosas. Creo que… estás perdiendo de vista a tu pareja y creo que… si sigues así, él se acostumbrará a ello.

Agaché la cabeza, sintiendo un rasguño doloroso en el pecho.

—No puedo perderlo.

—No se trata de eso. Se trata de que aprendas a equilibrar. Eres noble, dulce, eres inteligente, un hombre maravilloso. Él lo sabe, pero no puede esperarte eternamente por muy casados que estén.

—¿Qué quieres decir? —la cuestioné aterrado por la sola idea.

—Eso. Bastian te ama, pero por encima de su amor por ti, estás tú, y te lo demostró una vez. Presiento que continúa siendo así y, si piensa que lo que haces te hace más feliz incluso que él, no se interpondrá, Lex.

—Pero son cosas diferentes.

—Ya hace un tiempo te llevó a California casi como un secuestro… Lo intentó, sigue aquí esperándote. No sé tú, pero no creo que sea lo correcto. Ahora mismo tú lo esperas y no se siente agradable, ¿no es así?

—No, además me preocupa.

—Bueno, supongo que no le preocupa a él que te pase algo cuando no estás, pero sí debe ser difícil ser un espectador de tu vida, esperar las sobras de quien amas.

Sus palabras me estaban haciendo sangrar porque no entendí en qué momento me perdí de esa forma. Asentí recargando la frente en mis manos entrelazadas. Acarició mi espalda.

—Me dijo hoy que las cosas no podrían continuar así… —confesé con la voz rota.

La escuché suspirar mientras acariciaba mi espalda.

—Debes hablar. Debes decidir qué hacer antes de eso, qué quieres.

—A él —solté sin pensarlo.

—Entonces haz que lo sepa, Lex.

Eran poco más de las diez cuando tocaron la puerta. Habíamos estado hablando de sus clases, de cómo estaba, y noté que a ella también en gran medida la había dejado de lado.

Abrí y la escena fue como si me hubiesen sumergido en lava. El tipo rubio de la foto sujetaba a un Bastian absolutamente borracho, inconsciente en realidad.

—Soy Charles, lamento conocernos de esta forma, pero… —expresó apenado, mirando a Bastian de reojo mientras este se balanceaba adormilado con su brazo rodeando su hombro.

El tipo es atractivo. Eso me enfadó más porque enseguida me di cuenta de que era gay y no por ademanes, sino por ese «algo» que he aprendido a detectar. Mi sangre rugió.

—Gracias por traerlo —dije cortante, tomando a Bastian de la cadera.

Enseguida se fue encima de mí y me rodeó el cuello, hundiendo su nariz allí.

—Dre —farfulló ebrio.

Repasé su espalda mientras con ambos brazos me rodeaba como si en ello se le fuese la vida.

—De nada, Alexandre. Me apena traerlo en este estado, pero no quiso parar —explicó. Negué ansiando que se alejara—. Tomó bastante…

Bastian comenzó a olisquear mi oreja, la curva de mi cuello.

—Dre, estás… aquí —murmuró acercándose más.

La culpabilidad me tenía sometido. Acaricié su nuca.

—Sí, cariño, aquí estoy —respondí en su oreja.

Asintió como un niño.

—¿Cariño? —logró decir sonriendo y apoyando de nuevo su rostro en mi hombro.

Negué sonriendo.

—Nos vemos —se despidió Charles.

—¿Suele hacer esto? ¿Solo fue alcohol? —tuve que preguntar. Él me miró extrañado.

—Yo no me meto esas cosas desde la universidad. No sabía que Bastian sí.

—No lo hace, pero debo saber —repliqué.

Sonrió enseguida, negando.

—Tranquilo. Fue casi una botella de vodka, nada más, y jamás lo había hecho —aseguró.

Asentí más tranquilo.

—¿Necesitas ayuda? —intervino Noe, apareciendo a mi lado.

—No, sé manejar esto —contesté con Bastian sobre mí, aferrado a mí.

Mi amiga asintió sonriendo apenas. Luego le dio una palmada en su espalda.

—Cuídate, Bas —dijo al tiempo que Charles se marchaba a su lado.

Cerré e intenté que rodeara mi hombro. Negó.

—No te vayas —rogó buscando mis ojos, sujetando mi cuello con su palma.

Besé su frente con un nudo en la garganta.

—No me iré. Vamos arriba, grandote —pedí con suavidad.

—¿Estás… estás enojado? —quiso saber alejándose tambaleante.

Lo sujeté por los bíceps.

—No, pero tú sí muy ebrio.

Negó sonriendo con gesto suave, mirándome con fijeza.

—Te amo, Dre, jamás te fallaría —aseguró arrastrando la lengua.

Lo acerqué a mí para enseguida abrazarlo.

—Lo sé, Bastian. Vamos —repetí.

Asintió obediente y rodeó mi hombro para que lo ayudara a caminar. Durante el tiempo que llevamos juntos se había puesto ebrio quizá una o dos veces, pero yo también y fue en California. Fuera de aquella vez cuando tenía yo diecisiete, no lo había vuelto a ver así sin mí.

Ya en la recámara comenzó a doblarse.

—Vom… vomitaré —avisó aunque ya lo sabía.

Lo llevé enseguida al baño. Se vació tres veces mientras lo sostenía porque era capaz de irse de cabeza.

—Mierda… lo… lamento —logró decir.

Debía bajarle la borrachera y todo se sintió aterradoramente parecido a aquel momento, cuando era un adolescente. Comencé a desabrochar su camisa.

—¿Qué haces? —curioseó aturdido.

—Te hará bien un baño.

—¿Tú… tú también? —preguntó buscando ayudarme.

Le hice a un lado los dedos.

—No, irás tú.

—No quiero —replicó decidido.

Le quité la camisa y su perfecto tórax quedó expuesto. Ah, este hombre es mi jodida perdición en cualquier puto sentido. Alcé los ojos y atrapó los míos.

—Aún… aún te gusto, ¿eh? —balbuceó.

Rodé los ojos y lo tomé por la nuca.

—Más que nadie —declaré rozando sus labios. Sonrió satisfecho.

Le desabroché el pantalón mientras sujetaba mis hombros y sus rizos despeinados cubrían su frente. Se los quité con esfuerzo: grande y ebrio, no ayudaba. Al final abrí la ducha con su cuerpo recargado en el mío; no había manera de soltarlo y que no se diera un buen porrazo. Con cuidado lo metí al chorro frío.

—Carajo —se quejó jalándome con brusquedad y entonces terminé sobre él, empapado.

Me separé un poco, molesto, pero sus ojos oscuros consiguieron que lo olvidara.

—Eres todo lo que amo. Siempre ha sido así —susurró de forma clara.

Asentí al tiempo que me quitaba la camiseta empapada, con los ojos empañados y con unas ganas tremendas de arroparlo en mi cuerpo, de trasmitirle una y otra vez lo importante que es para mí.

—Tú también —murmuré contrariado.

—Lamento llegar así.

—Tranquilo, no pasa nada —repuse sintiendo demasiado por él, todo en realidad.

Comprendí durante esas horas lo mucho que lo había estado lastimando y que, siendo como es, lo había escondido tan bien. Me desvestí, lo ayudé a ducharse, luego salimos. Se lavó la boca y lo llevé hasta la cama. Una vez ahí, cayó rendido. Con sigilo me senté a su lado, justo en la orilla del colchón. Necesitaba grabarme a fuego su rostro. Hice a un lado sus rizos oscuros y luego acaricié su mejilla.

—No te perderé. Eso es lo único a lo que no estoy dispuesto —susurré pasando un dedo por su frente.

Besé su boca y luego me vestí. Entonces me senté en la cama, a su lado, y comencé a trabajar en lo que ocurriría de ahora en adelante. Logré comunicarme con Paul; le expliqué lo que necesitaba, lo que quería. No pudo objetar; finalmente es mi decisión. No incumpliría, pero las cosas debían cambiar. Lo tenía muy claro al fin.

Por la mañana desperté antes que Bastian, me refresqué un poco y bajé a atender a Fa. También a hacer café y preparar el desayuno que suele ingerir y el mío, escuchando *covers* adaptados con música instrumental, principalmente violín y piano, que son mi predilección.

Inmerso en aquello fue que me percaté de cuánto me gusta estar en casa, tranquilo, y de cuánto lo echaba de menos.

Entonces noté a Fa excitada. Volteé y lo vi. Estaba de pie en la entrada de la cocina, duchado, con uno de esos jodidos trajes que le quedan como guante y lo hacen ver malditamente bien, listo para trabajar. No había rastro de la borrachera de la noche anterior.

—Lamento lo de ayer —dijo serio, de nuevo retraído.

Asentí, le serví café y le tendí su taza. La tomó desconcertado.

—¿Por qué estabas con él? —cuestioné apagando la estufa, apoyándome en la encimera con mi taza también en una mano.

Le dio un trago y luego respiró hondo.

—Es mi amigo —contestó ya no tan frío.

Asentí acercándome.

—Es gay, Bastian —expresé serio.

Sus ojos se clavaron en los míos.

—Si hubieses ido a algunas de las barbacoas o salidas, hubieses sabido eso y que tiene pareja —respondió dejándome peor.

—Debemos hablar —declaré decidido.

Su quijada se tensó. Y justo en ese momento mi celular sonó. Lo miró y luego a mí.

—Tengo una reunión —respondió.

Agarré el aparato y su gesto enseguida se descompuso, pero no respondí; solo lo apagué. Arrugó la frente, extrañado. Eso dolió de nuevo porque cada una de sus reacciones hablaba de mis conductas y no podía creer que hubiese llegado a tanto, a ser un cabrón tan insensible, tan ausente, que lo perdió de vista.

Se dirigió a la salida y sentí como si hielo se cerniera en mi cuerpo. Apoyé los brazos en la repisa intentando pensar si debía imponerme o simplemente darle su espacio. No tenía derecho a presionarlo después de todo.

—Ross, cancela la reunión; no sé a qué hora llegue —escuché y dejé salir el aire, aliviado.

Un segundo después apareció otra vez en el marco, circunspecto.

—¿No tienes nada que hacer? —preguntó ecuánime.

—Sí, arreglar esto —determiné.

—¿Cómo? —quiso saber, distante.

Negué apoyando mi cadera de nuevo en la encimera, nervioso. Con él, de alguna manera, siempre me he sentido más infantil, más inmaduro; una locura al lado de la razón.

—Disculpándome —comencé atreviéndome a encararlo.

Su expresión cambió, aunque no tanto.

—¿De qué?

—De todo. Sé que no estoy en casa, que he descuidado cada aspecto de nosotros, que estás enfadado, que…

—No estoy enfadado, Alexandre —me interrumpió.

—¿No?

—No. Sé que tu vida es esa, que has trabajado muy duro para conseguir cada cosa y que la mereces. Cada cosa la mereces. No puedo enojarme por eso.

—Pero por eso no estoy aquí. Nunca nos vemos, pasamos poco tiempo juntos, a veces nada. No sé de ti, de tus amigos, de lo que haces. Estás haciendo tu vida sin mí.

—Tú también —replicó con sencillez.

—Pues no quiero —declaré acercándome para quedar frente a él.

—Es como es.

—¡No! No tiene que ser así. Quiero estar a tu lado, quiero pasar tiempo contigo, quiero saber de ti y no puedo si no hago algo al respecto. Bajaré el ritmo. Esto debe cambiar.

—Estás en tu mejor momento, amas la música. No podría permitir que pierdas oportunidades por esto. De alguna manera pasará y…

Entonces vi con claridad lo que Noe me decía, lo que él hace. Me acerqué más, determinado. No se movió.

—Deja de hacer eso.

—¿Qué? ¿Pensar en ti?

—Sí, pensar en mí por encima de lo que sientes por mí. No quiero que lo hagas nunca más. Yo no soy tan magnánimo. Te quiero para mí.

—Yo también.

—Pero si eso puede desviar mi carrera, lo que hago, lo harás a un lado y, maldita sea, no quiero eso. Quiero que me digas que ya no soportas más esto, porque, ¡joder, sabes que es así! Y la facha de indiferencia que estás usando conmigo busca ocultarlo. Pero te conozco mejor que eso. ¡Así que deja de hacerlo!

—¡¿Qué quieres que te diga?! —gruñó al fin, apretando los puños.

Acerqué mi rostro al suyo, decidido.

—Que quieres que pare, que me necesitas como yo a ti, que quieres pasar tiempo conmigo y que deje de mandarte a la mierda debido a mis ocupaciones. ¡Que priorice, maldición! ¡Eso!

Su respiración comenzó a agitarse. Apretó los dientes, atento a mis ojos.

—Sería un maldito egoísta si te pongo a decidir. No quiero que lo hagas. Sé lo que amas esto.

—Te amo mucho más a ti. Mucho más —exclamé y noté enseguida cómo su expresión cayó—. Y mi música seguirá en mí siempre, pero tú no. No esperaré a que un día la distancia sea tanta que no logre llegar a ti. Ayer dijiste que esto no tenía manera de continuar. Sé que estás cansado de esto.

—Claro que estoy cansado —concedió mostrándose.

Mis pulmones se comprimieron.

—Y claro que no podemos continuar así.

—¿Qué intentas decir? —quise saber, nervioso, con un nudo en la garganta.

—Que debo empezar a involucrarme en tu vida, en lo que haces. No soy una figura pública, pero carajo, eres mi pareja y vas a todos lados solo porque sabes que no me gusta ser el centro de atención. Eso se acabó, Alexandre. No pretendo ser alguien diferente, pero sin duda soy parte de tu vida y estaré como debí estar desde el inicio: a tu lado.

Lo observé asombrado, amándolo más.

—Bastian —susurré.

Negó serio.

—Sé que no me involucras porque no quieres incomodarme, que eso comenzó a hacerse costumbre porque no deseas exponerme. Quiero que pares. No quiero que me protejas. Sé cuidarme y entiendo las repercusiones. Tengo muy claro lo que quiero. Te quiero a ti con todo lo que implica. Eres mi compañero. Apoyarte y estar a tu lado cuando sea posible es parte de esto; entender tu mundo —terminó decidido.

Mis ojos se anegaron sin remedio. Suavizó su expresión.

—No eres el responsable de esto.

—No. Somos los dos, porque cuidar de lo que tenemos es responsabilidad de los dos. Pero no imagines ni por un segundo que permitiré que las cosas sigan igual, Alexandre. Jamás interferiré en tu profesión, en tu pasión, pero aprenderé a conocerla, a entenderla y ser parte de ella.

—No quiero presionarte…

—¿No quieres presionarme o prefieres que no esté? —me cuestionó sin rodeos.

Sonreí con ironía.

—Quiero que estés cada puto segundo, maldición. Claro que quiero, pero entiendo que no sea algo que disfrutes.

—No lo sé, porque nunca me he permitido experimentarlo. Porque tú, en tu intento de no incomodarme, de protegerme, me aislaste y yo lo acepté. Pero contigo he aprendido que, si no lo intento, no lo sabré nunca y sí te perderé.

—No me perderás ni yo a ti —gruñí acercándome tanto que casi chocaron nuestros labios. Sonrió de forma torcida, complacido —. Y de ahora en adelante las cosas sí que cambiarán, Bastian. Quiero estar a tu lado, quiero hacer bien mi trabajo, quiero mi música y por Dios que lo tendré todo.

—Lo sé —confirmó orgulloso—. No hay algo que no logres, lo sabes.

Negué sujetándolo por la nuca.

—Hacerte sentir lo más importante de mi vida... eso no lo he logrado y debe cambiar porque, maldita sea, lo eres. Te amo… Te amo y no voy a lastimarte más.

—Entiendo que tu trabajo…

Lo silencié con un beso exigente que respondió de igual forma. Luego me separé sin soltar su cuello.

—No, no quiero que entiendas. Bajaré el ritmo; está decidido. Ayer arreglé gran parte de eso. El resto debemos revisarlo juntos. Tomaré una semana flotante cada cierto tiempo solo para estar aquí. Programaremos las vacaciones para que la agencia y Paul las tengan presentes antes de comprometerme y bajaré el ritmo de eventos.

—¿Estás seguro? No quiero joder tus logros.

—Solo joderás mi vida si te alejas, si no me permites demostrarte de lo que yo soy capaz de hacer por tenerte en mi vida.

—No tienes que demostrar nada, Dre. Solo debemos buscar ceder cada uno.

—Te necesito, Bastian. Necesito a mi hombre a mi lado.

Sonrió pasando una mano por mi brazo, desprovisto de esa envergadura distante, siendo quien amo otra vez. Ladeó el rostro.

—Me tienes.

—Mereces más de lo que hasta ahora te he dado.

—Me has dado mucho, Dre. Me has cambiado la vida.

Pegué mi frente a la suya.

—Solo deja que lo demuestre, Bastian, por favor —supliqué.

Rozó nuestras narices, pasando su pulgar por mi quijada.

—Y tú a mí… —pidió conciliador.

Asentí buscando sus labios, ansioso, soltando el aire. Me recibió capturando mi boca, profundizando ese beso que tanto necesitaba sentir hasta en mis entrañas.

—Quiero mostrarte lo que hice —dije entre roces. Asintió dejando un beso suave en mí. Lo guie hasta mi estudio y le enseñé lo que imprimí por la noche. Abrió los ojos, asombrado.

—No sabía que podías ser tan organizado —se burló atento a la hoja doble carta.

—Idiota —repliqué riendo.

Besó mi cabeza y enseguida rodeó mi cadera con una mano cuando alcé el calendario.

—Son los próximos dos meses. Lo que tengo comprometido: viajes, eventos —le expliqué.

Asintió atento.

—Ahora necesito saber tus planes, colocarlos aquí para poder sincronizarlos. También dejé estos espacios libres —le mostré algunos fines de semana, otros entre semana—. Esos, si no tienes nada que hacer, podríamos planear cosas juntos como… conocer a tus amigos —propuse mirándolo de reojo.

Sonrió estando de acuerdo.

—Eso me encantaría.

—Podríamos planear el año entero en lo general para las vacaciones, y cada dos meses. Dar espacio para improvisar también y… que sepas las fechas de los eventos que tendré por si… deseas acompañarme.

—¿Te gustaría que lo hiciera? —preguntó volteándome.

Aferré las solapas de su saco.

—Quiero que lo hagas.

—Bien. No será siempre, pero sí cada vez que pueda, que se preste.

—No asistiré a tantos, ya no. Pero me encantará saberte a mi lado en ellos.

Rozó mis labios, despacio.

—Me gusta tu plan.

—Me alegra porque no dormí prácticamente haciéndolo —confesé sonriendo.

Volvió a besarme.

—¿No tienes que regresar a Ámsterdam? —preguntó atento a mis ojos.

—Tengo una semana libre —contesté arqueando una ceja.

Me hizo a un lado, tomó el calendario y lo revisó con cuidado. Sonrió al notar que era verdad, mirándome de reojo.

—Entonces te tendré por aquí merodeando…

—Es la idea, pero si te molesta, podría…

Bromeé y no terminé porque comenzó a devorar mi boca con hambre.

—Eres mi puta fascinación desde que recuerdo y lo sabes bien —gruñó mordisqueando mi labio, lujurioso—. Y lo único que podrás hacer estos días es dejarte follar por mí, ¿estamos? —determinó siendo él de nuevo.

Sonreí sacando la lengua para lamer su boca.

—¿Qué esperas? —lo provoqué.

Sonrió con suficiencia. Reconocí enseguida esa mirada cargada de doble intención. Entonces se agachó y me levantó en su hombro, tomándome por sorpresa.

—No, no pienso esperar —aseguró conmigo a cuestas.

—Idiota, ¿qué coños haces? Joder, para —exigí riendo, retorciéndome porque me hacía cosquillas en las plantas de los pies y no las resisto.

—No.

—Basta —supliqué riendo, dándole pelea.

Por supuesto que no cedió. Nunca cede en esas cosas y me encanta. Subió conmigo a cuestas sin dejar de fastidiarme. Al llegar a nuestra habitación me bajó sujetándome para que no cayera; la sangre se había agolpado en mi cabeza.

—Estás demente —exclamé entre risas, buscando soltarme. Sin embargo, ocurrió todo lo contrario y terminé contra su pecho.

—¿Me dirás cariño de nuevo? —preguntó contemplando mi boca. Lo empujé abriendo los ojos. ¡Pedazo de cabrón!

—Estabas borracho —le recordé en plena carcajada, incrédulo.

Sujetó mi muñeca y me jaló para tenerme de nuevo sobre su pecho. Mi corazón retumbó. Me enloquece que no haya suavidad entre nosotros, solo necesidad y exigencia. Amo que Bastian me domine y amo que se muestre solo conmigo.

—Sí, pero siempre estoy consciente. Jamás olvidaré eso.

—Mierda, ¿qué pasa contigo?

—¿No me lo dirás de nuevo?

—No —dije entre decidido y divertido.

—Bien, entonces tendré que arrancártelo —determinó quitándome la camiseta con rapidez y acercándome a la cama.

Mi respiración se agitó.

—No te atrevas —lo amenacé conociendo sus juegos.

Sonrió pagado de sí al tiempo que me tumbaba de un movimiento y se quitaba el saco, la corbata y abría su camisa.

—Me desafías —expuso serio, arrojando su camisa, subiéndose al colchón mirándome hambriento, ávido.

—No te lo diré, es muy cursi.

—Me lo dirás —aseguró sobre mi cuerpo.

Negué. Entonces atrapó mis labios y ya no pude pensar. Jadeé cuando los repasó con la lengua. Despacio descendió por mi mandíbula, mi cuello, haciendo eso que tan bien sabe hacer, despertando mi cuerpo de forma abrupta.

Apreté sus hombros, entregándome a la sensación. Bajó por mi pecho lamiéndome, succionando, mordisqueando, tocándome. Introdujo la mano por el elástico de mis pantalones y sentí sus dedos rodearme.

—Mierda —gemí arqueándome.

—Cariño —dijo y reí expectante.

Sin esperar comenzó a tocarme de esa manera que me enloquece. Bajó mis pantalones de un movimiento dejándome

expuesto. Se quitó los suyos y quedó en bóxer. Lo observé mientras tomaba mi pierna y la recorría con su boca desde mi tobillo hasta el interior de mis muslos, logrando arrancar de mi garganta jadeos roncos. Cuando aterrizó en mi miembro lo rodeó con contundencia, lamiéndolo, probándolo.

—Siempre sabes tan bien —ronroneó tragándome por completo.

Me doblé extasiado. Se tomó su tiempo consiguiendo extraer de mí cualquier cantidad de ruidos llenos de satisfacción.

—Joder, Bastian.

—Cariño —repitió y sonreí, aunque ya tenía nublada la razón. De nuevo buscaba mi boca con exigencia.

Anhelante de él lo hice girar ahora yo.

—Bastian —lo corregí siguiendo el juego.

Soltó una ronca carcajada y sujetó mi cabeza para besarme de nuevo.

—Cariño —insistió succionando uno de mis labios.

Negué soltándome y ahora fue mi turno de probarlo y vaya que lo hice, pero me detuvo.

—No —ordenó irguiéndose, aferrando mi cadera y poniéndome boca abajo.

Apoyé las manos en el acolchado. Sujetó mis muñecas ayudándome a quedar de rodillas. Respiré rápido.

—Te voy a llenar, Alexandre. Tan lento que esa palabra será la única forma de que consigas correrte, ¿entiendes? —advirtió.

Busqué su boca y le di un mordisco.

—No te atrevas —gruñí expectante.

—Sí, mi alma —declaró y clavó sus dedos en los huesos de mi cadera con fuerza, bajando mi espalda para que quedara mi trasero alzado.

No se había lubricado. No me importó. A veces las cosas salen de control y ambos lo dejamos de lado, también la protección. Odia lastimarme, pero ya hace un tiempo que logré convencerlo de que no siempre eran necesarios y esa era una de esas ocasiones. Deseaba que estuviera en mí sin nada entre nosotros de forma urgente, casi animal.

Lo escuché escupir y enseguida percibí su excitación un poco húmeda por su saliva justo ahí. Sujetó mi nuca con su cuerpo posicionado entre mis piernas y comenzó a entrar tan despacio que empecé a transpirar. Aferré la colcha entre mis dedos, respirando rápido. En respuesta, acarició mi espalda de forma suave sin detenerse.

—Joder —me quejé porque así se profundizaba más.

Fue avanzando, abriéndome despacio, tal como prometió. Mi respiración se hizo pesada, trabajosa mientras Bastian me tomaba con una lentitud desquiciante, abriéndose paso de forma agónica.

—¿Estás bien? —quiso saber enronquecido.

Asentí con la frente sobre el colchón, sudoroso, siendo presa de sus lentas embestidas, casi agónicas. No se detuvo mientras tocaba todo mi cuerpo con posesividad, lo besaba, mordisqueaba y lamía allí por donde pasaba, excitándome aún más.

Entonces se detuvo. Me quejé cuando salió de mí. Me hizo girar y me sentó a horcajadas sobre sus piernas. No me dio tiempo de reaccionar cuando de nuevo me penetró clavándose profundamente.

Grité al sentirlo tan dentro mientras besaba mi clavícula, mi cuello, subiéndome y bajando. Lo aferré por la nuca, respirando con dificultad. Me estaba consumiendo.

—¿Cariño? —preguntó.

Sonreí con esfuerzo negando, buscando sus labios. Me besó a conciencia mientras sujetaba mi cadera para guiarnos. Rozó mi miembro que estaba a tope, esparciendo el líquido preseminal por él. Solté el aire sobre su boca comenzando a temblar.

—¿Ahora? —preguntó atento a mis reacciones.

—Idiota —rugí presa de esas jodidas sensaciones que solo a su lado he experimentado.

Río sobre mi cuello. Ese punto que sabe poner en marcha estaba sensibilizado por la forma de moverse. Mi excitación era potente, sus embestidas desquiciantemente lentas. Quise aumentar el ritmo; me detuvo.

—No, mi alma.

Me tumbó sobre la cama y continuó. Besó mi tórax lamiéndome, dejándome las huellas de sus dientes. Estaba decidido a consumirme. Mi cuerpo ya se quejaba, ansiaba llegar, pero con esa manera de tomarme era como si alargara el placer de una manera brutal donde me mantenía en el límite de él.

—Bastian, no puedo —supliqué buscando mi sexo. Quitó mi mano sujetándome por la muñeca.

—Esto es mi responsabilidad —determinó colocando mi brazo a un lado.

—No puedo —insistí sudoroso, con su miembro en mi interior moviéndose desquiciantemente despacio.

—Cariño —repitió.

Negué alzando la barbilla cuando su mano rodeó mi excitación masajeándola apenas.

—Cretino —dije a cambio.

Soltó una carcajada ronca. Aunque también estaba al límite, no se dejaba ir. Es obstinado. De repente se detuvo. Su rostro estaba sobre el mío. Lo miré respirando rápido.

—¿No cederás? —quiso saber.

Negué sonriendo, entrando en su juego. Asintió y mordisqueó mi boca. Salió de mí una vez más y me hizo girar de nuevo.

—Basta, solo… —logré decir, pero succionó ese punto tras mi oreja que no me deja pensar.

—No. Quiero que lo digas, mi alma, y por Dios que te lo arrancaré —aseguró.

Lo miré por encima del hombro sacudiendo la cabeza. Tomó mis manos y las colocó sobre la cabecera con su pecho sobre mi espalda e ingresó de nuevo, logrando arrancar un sonido ronco que provino de mi estómago.

Enredó sus dedos en los míos, fuerte, soltando el aire sobre mi nuca y con la otra mano comenzó a tocar mi excitación. Me retorcí. No se detuvo; cada vez comenzó a ser más rápido. Mi cuerpo ya no podía más. Temblaba, expulsaba ruidos llenos de deseo, de desespero. Sus embestidas se tornaron más urgentes y mi organismo comenzó a entrar en ese estado en el que siento que enloqueceré.

—Mierda, no, Bastian —rogué apenas con voz.

Entonces fue más potente, más decidido. No podía más. Sacudía la cabeza, me quejaba. Aferré con mayor fuerza sus dedos emitiendo los dos sonidos cargados de ese placer avasallador del que estábamos siendo presas.

—Sí, joder, sí —dijo contra mi oreja.

Con mi mano libre sujeté su trasero, apretándolo.

—Mierda, Dios, mierda —clamé fuera de mí.

Entonces se detuvo del todo.

—No te atrevas —exigí al límite, jadeante.

—Cariño.

—Bastian —le advertí.

—Cariño.

—Si no continúas, dormirás en otra habitación —prometí acercándolo con mi mano, esa que tenía sobre sus nalgas.

Escuché su risa suave.

—Cómo te amo, cabrón.

Y retomó lo andado. En segundos estaba temblando otra vez desesperado, buscando alejarlo por la fuerza de lo que me orilla a sentir, pero como siempre no se detuvo y me arrastró junto con él a ese lugar donde saltamos en pedazos de forma salvaje y primitiva en medio de ruidos roncos y convulsiones violentas.

—Dios —susurró sobre mi espalda.

Yo no podía hablar, no podía ni moverme y es que recobrarme lleva su tiempo. Rodeo mi abdomen. Mi simiente escurría por mi piel, sudoroso, agotado.

Despacio quitó mi mano de la cabecera y me enderezó aún con su miembro palpitando dentro de mí. Besó mi nuca, luego colocó su barbilla en mi hombro. Recargué mi cabeza en él con los ojos cerrados.

—No me acostumbro —logré decir con la voz pastosa.

—Me gusta que así sea —aceptó besando mi sien con suavidad.

Negué sobrecargado aún.

—Saldré de ti, Dre —avisó.

La sensación de vacío es extraña y suele antelármelo. Asentí. Cuando lo hizo, arrugué la frente soltando un gemido. Escocía, aunque de una forma agradable. En realidad solo era mi cuerpo ansiándolo en mi interior siempre.

—¿Te lastimé? —preguntó interesado.

Eso siempre lo agobia, y no es que permita que ocurra, pero a veces la urgencia hace de las suyas y él ya se da permiso de experimentarla.

—No... solo... estoy agotado —admití laxo. Aspiró mi aroma y despacio me hizo girar para quedar de rodillas uno frente al otro—. Soy un desastre —murmuré sintiendo cómo su simiente resbalaba por mis muslos y el mío por el abdomen.

Sonrió sobre mi boca.

—Me gusta cuando eres un desastre, *mi* desastre —concluyó aún agitado.

Rozó sus labios.

—Siempre seré solo *tu* desastre —aseguré buscando sus ojos oscuros. Acarició mi nuca.

—Y siempre seré el único que lo genere —determinó posesivo, pasando su nariz por mi rostro despacio.

—Sí, cariño —concedí.

Enseguida percibí su sonrisa. Entonces buscó mi boca y me besó con anhelo.

Ese día lo pasamos tranquilos entre sábanas. Organizamos en la computadora el archivo con sus ideas y las mías y conseguimos algo más decente que el que creé. Lo imprimió y lo colocó en el vestidor de nuestra habitación.

Yo tenía aún desfase horario, lo cual, sumado a la falta de sueño, generó que dormitara a ratos con él rodeándome o leyendo. Hablamos bastante y conectamos de nuevo con facilidad.

Fue a trabajar por la mañana del día siguiente. Yo me dediqué a holgazanear un rato porque no tenía idea de cuánto lo necesitaba. Llegó al mediodía y pasamos unas horas en aquel ojo de agua al que hacía un buen tiempo que no íbamos.

Por la noche nos encontramos en un bar con sus amigos —Charles entre ellos— y conocí a su pareja. Ahora sabía que los problemas que tenía eran debido a que su compañero —un tipo también muy agradable— deseaba adoptar y él no se sentía listo. Eso estaba generando asperezas entre ellos. También otro par de parejas heterosexuales bastante abiertas con las que enseguida simpaticé.

Esa noche fue divertida, lo que no calculamos fue que se convertiría en la primera prueba para Bastian porque, al día siguiente, circularon videos de nosotros en aquel lugar. Nada escandaloso: yo sentado en sus piernas durante algunos minutos cuando regresé del sanitario —donde me había interceptado para besarme en el pasillo—, yo dándole una patata frita, él abriendo la boca para recibirla. Brindando, riendo, nuestras manos entrelazadas y hasta cuando salimos, que me molestó y lo hice a un lado riendo.

Me debatí en mostrárselo; al final decidí que era lo correcto. Cuando aparecí en la cocina, él veía el celular, atento.

—Bastian —lo llamé cauto.

Alzó el rostro.

—¿Viste esto? —preguntó mostrándome la pantalla.

Eran esos videos precisamente. Le habían dedicado tiempo, esa era la verdad. Asentí nervioso.

—Era lo que iba a decirte. Escucha… —comencé.

Negó acercándolo a sus ojos de nuevo.

—No digas nada. No pasa nada. Es extraño verme desde afuera, pero no se siente incorrecto. Somos nosotros juntos.

—Es incorrecto. Era nuestra noche.

Apagó la pantalla buscando mi mirada. Luego se acercó. Tomó mi cadera y me alzó para quedar sobre la repisa. Repasó mis facciones despacio.

—Me gusta cómo me miras, la manera en la que reaccionas a mí —murmuró.

—Bastian…

—No, espera. Estoy bien, Dre. Ni a ti ni a mí nos encanta que nuestra relación sea pública, lo sé, pero debemos entender que es parte de lo que eres. Tú debes entenderlo y listo. Solo seamos

cuidadosos para no hacer nada que pueda afectarnos. Creo que solo eso.

Rodeé su nuca juntando nuestras frentes.

—Pensé que te enfadaría o algo así.

—No me pone feliz, pero son inofensivos. Solo muestra lo que sentimos.

—Habrá todo tipo de comentarios —le hice ver.

—Leí algunos. Parecen complacidos en general, pero no pienso estar atento a eso.

—¿Cómo supiste? —quise saber, separándome un poco.

—Leonel —aceptó.

Sacudí la cabeza sonriendo; mis cuñados siempre lo alertaban. Él ya tiene una pareja desde hace poco más de un año: un veterinario que ahora atiende a Fa, de hecho. Es más accesible y ligero, aunque ellos dos, de los tres, continúan siendo serios. Mientras tanto, Austin se suavizó muchísimo. Tiene un hijo con esa chica que me presentó en aquel restaurante años atrás. Los dos —o los tres, en realidad— viven en Australia, donde les va muy bien en el negocio.

—Vaya, quién lo diría.

Apretó mis piernas.

—Lo sé.

—Entonces, ¿bien? —curioseé. Acarició mi labio inferior con su pulgar.

—Muy bien. Por cierto, estaba pensando que podríamos ir a *Wingaersheek* —propuso cambiando de tema.

Sonreí abiertamente, rodeé su nuca y lo besé.

Desde ese momento las cosas han marchado bien. Hemos conseguido un ritmo sincronizado en el que cada uno hace lo que ama, pero de forma equilibrada. A veces no es tan sencillo, pero me ha dado más paz que agobio.

Bastian se ha adaptado a mi entorno casi de forma natural. Ahora es más común verlo en eventos. Llegamos juntos, lo hago partícipe de lo que soy y, aunque sigue siendo un misterio para quienes van detrás de mi día a día, lo aman. Esa es la verdad.

Viajamos, disfrutamos, jugamos como antes. Es sencillo con él dejarme llevar e incluso la creatividad bulle en mi interior aún más.

El vapor de la ducha nos envuelve, la laxitud del cansancio debido al viaje de vuelta. Llegamos hace una hora de California después de semana y media completamente desconectados del mundo, como solemos hacer.

Me levanta para que enrede las piernas en su cadera, apoyándome en los mosaicos húmedos. Sabe que siempre me angustia cuando retorno a mi vida aunque todo marche tan bien entre nosotros, y de un empellón se hunde en mí porque es justo lo que necesito y él mejor que nadie lo entiende. Jadeo de forma ronca buscando su boca.

—Te amo —dejo salir de mi garganta.

No uso mucho esa palabra ni ninguna dulzona, así que sé lo que provoco cuando las empleo. En respuesta, se hunde más profundo.

—Siempre has sido mi alma, Dre —me recuerda moviéndose en mi interior, poniendo en marcha todo eso que genera en mi cuerpo, en mi vida.

Las sombras del pasado se fueron y las cadenas se rompieron. Somos caos y calma, ahora sin miedo.

CARTA

A mi esposo, Nick:

Amarte nunca fue difícil; enfrentarlo, sí. Te fallé, nos fallé tantas veces… Sé que estoy por llegar a tu lado, que el tiempo sin ti ya es contado.

No puedo cambiar lo que fue, lo que hice, tampoco lo que generé con cada una de mis acciones, y lo lamento tanto. Debí ser fuerte, debí luchar por ti honrando la fiereza de lo que siempre sentimos.

Sabes que nunca existió nadie más que tú, que jamás lo dudé. Aún éramos unos niños y yo ya sentía esta necesidad de tenerte a mi lado cada segundo. Descubrir de tu mano mi mayor verdad fue el mejor regalo que recibí, y no supe aprovecharlo.

No puedo prometer que, si te tuviese en frente, haría todo diferente. Tu ausencia es la que me tiene ahora mismo comprendiendo lo que dejé ir, lo que me prohibí vivir, la ceguera en la que residí. Porque con miedo la paz jamás llega; porque pretender, fingir, mentir y ocultar por no asumir quién eres, a pesar de las consecuencias que pueda implicar, te aleja de aceptarte, de conocerte, de ser quien deseas ser y de la felicidad.

Me perdí, Nick, y al hacerlo, te perdí.

Pero de alguna manera sé que ahora podré regresar a ti y eso, al fin, me da la esperanza que se escurrió entre mis dedos durante toda mi vida.

Nuestros hijos estarán bien; hice todo lo posible para que, de ahora en adelante, sea de esa forma. Por ellos, por ti, sé que eso te dará paz donde estés. Tengo esta necesidad de que, aunque tarde, logre cambiar sus vidas y las vivan como deseen, como sienten.

Lex y Bastian, por otro lado, estarán bien. Lo sé. Siento esta certeza de que sabrán salir adelante porque, a diferencia de mí, mi hijo tiene las suficientes agallas para enfrentar al mundo por Lex; y Lex, a diferencia de ti, sé que no permitirá que sea de otra forma y

sabrá llegar a él las veces que sean necesarias. Ellos vivirán según su verdad.

Te amo, Dominick. Jamás cambió eso a lo largo de los años. Agradezco haberte tenido en mi vida, aunque no fuese de la manera que añoramos, sino de la que decidimos debido al miedo. Aun así, cada segundo contigo fue lo que me mantuvo en pie.

Ya no tardo, cariño. Entonces, estoy decidido a pasar la eternidad solo contigo, porque mi tiempo en este lugar termina y mi tiempo a tu lado apenas comenzará.

Siempre tuyo,

Tu esposo,

Abraham.

NOTA DE LA AUTORA

Gracias nuevamente por terminar una historia más. Por dar espacio en su imaginación a este par de hombres hermosos que, para encontrar la luz, tuvieron que atravesar profundas capas de miedo y odio.

Como saben —o no—, este es el segundo libro de una serie que para mí ha sido un parteaguas. Venía sintiendo desde hacía tiempo la necesidad de crear algo distinto; de llegar más allá, de comprometerme de otra manera y explorar situaciones que realmente me dieran la dosis de drama, evolución y sensibilidad que tanto me gusta. Soy amante de las historias *gay* desde hace mucho tiempo, pero no fue hasta 2023 que me atreví a ser yo quien las escribía.

Ha sido alucinante, en realidad. El Universo Boston surgió cuando me encontré tecleando la historia de Lucien y Cameron (*Inefable*, 2025, Amazon). En ese momento no imaginé una serie, ni lo planeé así, puesto que no suelo trabajar de esa manera; pero este par de chicos desencadenaron otra historia —la que acaban de leer — y me pareció fascinante realizar un *crossover*. Entonces Lucien apareció, pero la sensación de querer contar más persistía. Creé una trama más y ya no pude negarlo: tenía una serie en mis manos y debía atreverme.

Y heme aquí, dándole rienda suelta a mi imaginación y a todo lo que ella quiera dictar alrededor de este mundo que, espero, hagan parte del suyo. El viaje no termina aquí, pues vendrán algunas historias más, sin contar una saga titulada *Streoss*, que narra la vida de unos hermanos que radican en esa misma ciudad y viven bajo los mandatos sociales de la esfera donde se desenvuelven. Esta familia está también sumergida en el Universo Boston; de modo que entre los personajes se conocen, se mencionan e incluso se entrelazan en diversos momentos.

Aclaro: Boston es el escenario, pero cada página es fruto de la ficción, aunque sabemos que la literatura siempre guarda similitudes con la vida misma.

Gracias de nuevo por llegar hasta la última página, por dejar tu valoración y comentario en Amazon. Esos pequeños gestos son el aliento de quienes escribimos.

Besos,

Ana



Bastian y Alexandre

www.anacoello.con.mx

Play list en Spotify

Tablero de Pinterest

Sé parte de mi lista de correos

